

R. GOMEZ

LA

TIGROMANCIA  
RESUCITADA

2

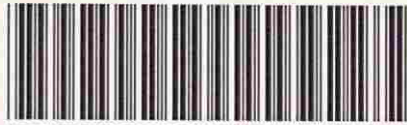
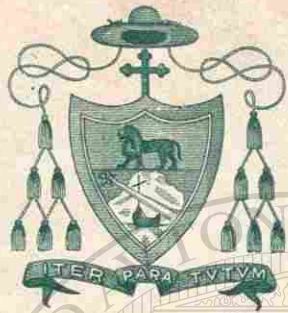
BF1615

G6

v. 2

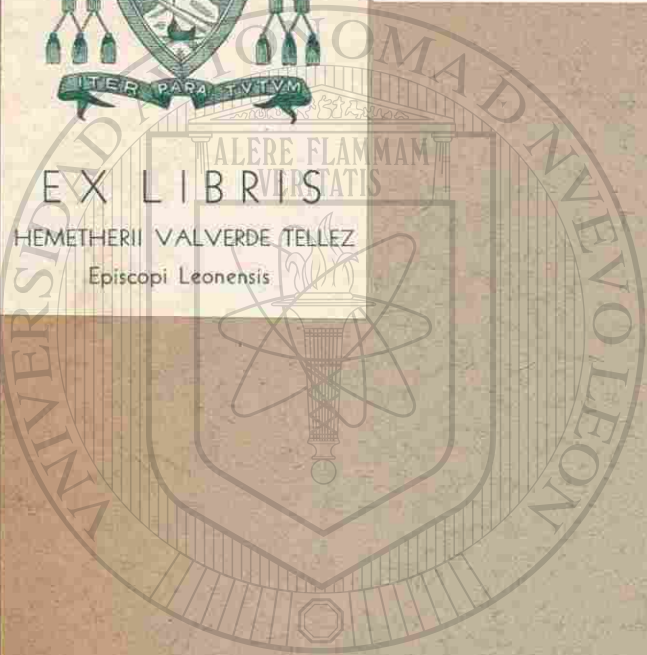
009943





1080014470

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

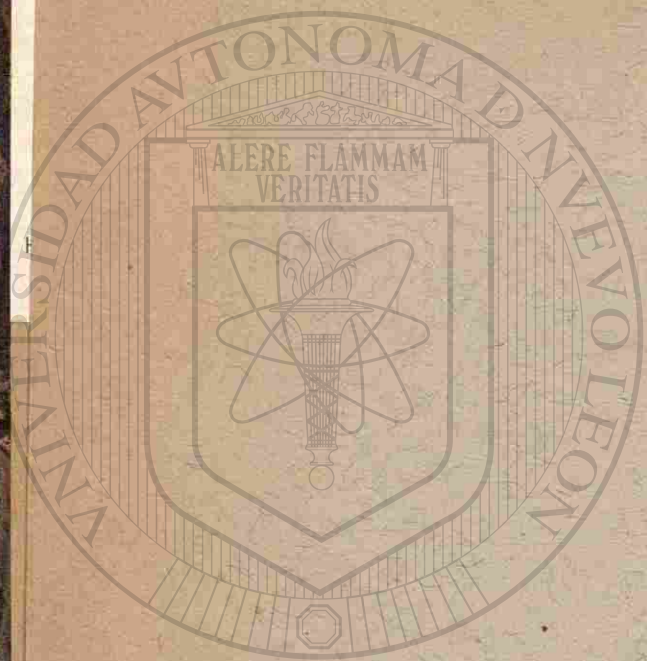


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





**La Nigromancia resucitada,**

**O SEA**

El Magnetismo, el Sonambulismo y el  
Espiritismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA  
**Nigromancia Resucitada,**

O SEA

El Magnetismo, el sonambulismo y el espiritismo

POR

**Rafael Gomez,**

ABOGADO.

¿Quid est quod fait? ipsum quod futurum  
est. ¿Quid est quod factum est? ipsum  
quod faciendum est.

¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? Lo  
mismo que será. ¿Qué es lo que se ha  
hecho? Lo mismo que se ha de hacer

*Eclesiastés. C. I. 10—9*

Edición de la "Voz de México."

TOMO II.

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y C.<sup>a</sup> Escalerillas núm. 21

1876.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE LEÓN

Biblioteca Valverde y Teller

46336

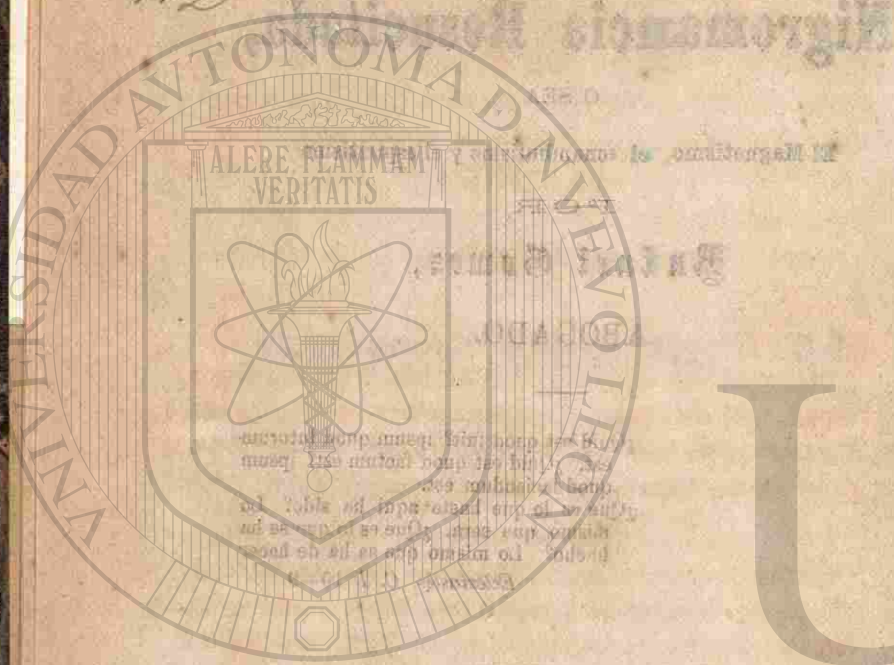


BF1615

66

v.2

L.A.



FONDO PATRIMONIO  
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO I.

SUMARIO.

Exámen de la teoría del sonambulismo.—Hay quienes tra-  
ten de conciliar éste con el magnetismo.—Condiciones  
que se presuponen para la producción de los fenóme-  
nos.—Contradiccion entre los partícipes de una y otra  
teoría.—No se niega el sonambulismo artificial, mas  
él no explica los fenómenos.—Se demuestra esto res-  
pecto de los físicos y de los mecánicos.—Caso referido  
por Puysegur.—Los pájaros de M. Treffen más inte-  
ligentes que el aldeano de Buzancy.—Se necesitan una  
inteligencia y una voluntad para la producción de lo-  
fenómenos, pero no pueden ser las del sonámbulo.—El  
hipnotismo tampoco da la explicacion.—Demostracion.

Toca su turno al exámen y refutacion del  
sonambulismo, así como al de las otras teorías  
psicológicas, á cuya cabeza le hemos colocado.

Se pudo notar en la exposicion de aquella his-  
tória (1) que algunos, reflexionando seriamente

(1) Cap. XIX tomo 1º

009943



te sobre la ineficacia de un agente físico para explicar fenómenos de naturaleza contraria, pero apegados, sin embargo, al sistema de las preocupaciones que forman su filosofía, se han visto obligados á señalar otra causa más homogénea y proporcional, y han creído que el sonambulismo puede serlo.

Entre ellos, hay unos que tratan de conciliar el magnetismo con el sonambulismo, considerando este como la causa inmediata de los fenómenos, y aquel como la materia de la causa; y otros que no creen necesaria su intervención. De aquí el sonambulismo magnético del siglo XVIII y el *hipnotismo* ó sueño nervioso del siglo XIX. Todos, no obstante, convienen en que para la producción de los fenómenos se necesita que el hombre salga del estado de vigilia y entre en el de sueño más ó menos lúcido, importando poco que esto suceda mediante la influencia magnética á consecuencia de excitación nerviosa casual ó espontánea.

Sí, llama la atención una cosa, que no sabemos como no se ha observado todavía por las personas científicas que se han consagrado al estudio del sonambulismo, siendo así que ella sería parte á desvanecer las más halagüeñas ilusiones que sobre él se hubiesen formado. Esta

cosa que llama la atención es que los defensores del magnetismo, considerando este como un ser intermediario entre el espíritu y la materia, suponen que para la producción de los fenómenos, hay necesidad de que el alma se comuniqué con el cuerpo por medio de un agente más eficaz, y que obedezca y ejecute más prontamente que los sentidos las órdenes de la voluntad; mientras que los partidarios del *hipnotismo* consideran indispensable para que los fenómenos se produzcan, y la explicación tenga apariencias de razonable, que el alma se aisle y se independice del cuerpo, de tal modo que tanto más crecen y se multiplican los prodigios, cuanto mayor es la distancia á que se coloca la una del otro, y cuanto más completa es su independencia. Los primeros, en suma, tienen en cuenta la materia, aunque una materia más sutil y vaporosa; y los segundos la creen un obstáculo. La oposición no puede ser mas diametral; y ella sola basta á un entendimiento reflexivo para ver con desconfianza la hipótesis del sonambulismo, sospechosa desde el momento en que los que la aceptan no se pueden entender.

Nosotros no negamos el hecho del sonambulismo artificial; le creemos posibles atentas las semejanzas que guarda con el noctambulismo ó



sonambulismo natural. No nos parece imposible que haya varios agentes que produzcan el sueño, unas veces tranquilo y reposado, como el que produce la fatiga corporal, otras veces acompañado de visiones más ó menos gratas, como el producido por el opio ó el *hatchiz* de las Indias, y de delirios ó perturbaciones más ó menos violentas, como el que infunde en el cerebro de algunos nuestro tabaco ó nuestra *marijuana*. Lo que negamos es que el hombre en semejante situación pueda ser la causa de los hechos que nos ocupan.

Y desde luego no lo es de los *físicos ó mecánicos*, como el simple movimiento giratorio de las mesas, sus saltos, sus estremecimientos y sus compasadas carreras. Tampoco lo es de los ruidos, de las voces y de las armonías; de las luces, truenos y relámpagos que se suelen formar en torno del sonámbulo, ni de los aromas que impregnan los aires, ni de los aires que soplan, ni de las risotadas que se oyen, ni de las manos que escriben, y acarician á los circustantes, etc., etc. Y no puede serlo; porque tales hechos tienen lugar fuera de la acción del sonámbulo porque no se unen á él por ningún género de vínculo; porque ellos suponen una causa en plena actividad y desarrollando á la

vez no una virtud en diversas suertes modificada, sino muchas virtudes esencialmente distintas; y que es difícil, digamos más bien, imposible que concurren en un mismo sujeto.

Si lo cierto es que el sonámbulo, influenciado por las corrientes magnéticas, queda dueño de un instrumento más delicado á los sentidos, que sea más dócil á las insinuaciones del espíritu; es decir, si no se aísla en realidad de la materia, sino que se une á ella de cierta manera eminentemente que le permite dominar en ella con una suma de poder mayor, convirtiéndose lo que era obstáculo en camino llano y quedando fundidas como por encanto las cadenas que sujetaban la acción de su inteligencia, la explicación de estos fenómenos que, al parecer, se puede fundar en el sonambulismo magnético por una parte, por la otra salta á los ojos que no se la pueda dar cimientos menos consistentes y menos sólidos.

Porque en este supuesto se cuenta, es verdad, con un instrumento; pero no basta el instrumento, sino que es menester una inteligencia que sepa obrar y una voluntad que lo quiera. Y los hechos observados, sin excepcion alguna, están constantemente diciendo que la inteligencia del sonámbulo no funciona cuando suceden los fenómenos, y (que su voluntad no es parte si-



quiera ya no digamos á mover el cuerpo que en el estado de vigilia mueve, como quiere y cuando quiere, pero ni aun á impedir ciertos movimientos que no son naturales en él, y que á pesar suyo la agitan y le atormentan.

Si el sonámbulo, viviéndose del fluido, puede mover los objetos que le rodean, sin tocarlos, y sin que sea obstáculo la distancia, es de rigorosa consecuencia que no le sería imposible mover su propio cuerpo de la manera y en el sentido que quisiera, y moverlo tanto más eficazmente cuanto á que la distancia que le separa del cuerpo es nula; y de hecho no lo puede. ¿Cómo, pues, contra todo criterio, sin excluir el infalible de las matemáticas, se admite en él una potencia que es capaz de mucho é incapaz de algo, que vence masas enormes, y es vencida por un átomo? Dadnos un número mayor que no contenga al número menor, una decena que no contenga unidades, una centena que no contenga decenas; y pasaremos por esa potencia extraña, á pesar de los absurdos porque sería necesario pasar. Cuando hagais todo ó algo de lo poco que os pedimos, entónces dejaremos nuestras banderas y no nos avergonzaremos de ir á militar bajo las vuestras. Teneis el plazo que os otorgamos; no podemos ser más largos, cuando

el que os concedémos comprende todos los siglos por venir.

La inteligencia del sonámbulo no funciona y su voluntad se encuentra encadenada. Si la inteligencia del sonámbulo funcionara, tendría conciencia de sus operaciones, y discurriría, si se quiere, con mayor lucidez, pero sin salir del círculo de las ideas adquiridas; y no tiene conciencia de sus operaciones y sus discursos son á veces de una profundidad que pasma y maravilla. Si se sintiera libre, podría salir á la hora que quisiera de un estado de verdadera lucha y sufrimiento, cual es el de letargía, catalepsia ó simple sonambulismo, en que le obligan á entrar las corrientes magnéticas; y no lo puede.

Oigamos un caso referido por Puysegur. No es único; como él son todos los que se han observado y observan; pero queremos citar á quien menores sospechas puede infundir en los que combatimos. “Con un hombre sencillo, dice, con un aldeano, alto y robusto, de 23 años de edad, naturalmente agobiado por la enfermedad ó más bien por el pesar, y por lo mismo, más dócil al agente de la naturaleza; con este hombre, repito, *me instruyo y me ilustro*. Cuando se halla magnetizado, no es un aldeano que sabe responder apenas una palabra. *¡Es un ser que yo no*



*puedo nombrar!* No tengo necesidad de hablarle; pienso en presencia suya, y me oye y me contesta. Si acaso viene alguno al lugar en que nos encontramos, le ve; con tal que yo lo quiera, él le habla, le dice las cosas que deseo le diga, *no siempre tales cuales yo las dicto, sino cuales las exige la verdad.* Cuando quiere decir más de aquello que yo no extimo prudente que se diga, contengo su *verba* con una sola palabra, y cambio su idea enteramente. No conozco nada de más profundo ni de más penetrante que este aldeano, cuando entra en crisis." Como se ve, la inteligencia del aldeano desaparece y se eclipsa ante la inteligencia de ese sér que Puysegun no se atreve á nombrar; y la voluntad propia del sonámbulo está sujeta á la menor palabra del magnetizador.

Pero se replicará: si lo que hace falta es una inteligencia en ejercicio de sus facultades y una voluntad dueña de sus acciones, ahí teneis la inteligencia y voluntad del magnetizador que infunde el sueño, inteligencia y voluntad que obran tantas maravillas, sirviéndose del sonámbulo como de un instrumento. Mas, ¿no estais viendo por el mismo pasaje, que no puede ser la inteligencia de aquel que confiesa sin empaño que ignora las cosas secretas que se le des-

cubren, una vez que es *instruido é ilustrado* por el sonámbulo? ¿No oís que las respuestas de este no son *tales cuales* aquel *las dicta, sino cuales las exige la verdad?* Y en cuanto á la voluntad, ¿es posible querer lo que de antemano no se conoce? Entónces ¿qué significa este axioma de filosofía moral, *nihil volitum nisi præcognitum?*

No son la inteligencia ni la voluntad del sonámbulo ni del magnetizador las que llegan á tantas alturas y sondcan tan inmensas profundidades. Un hecho palpitante, [sobre cuya verdad deponen gran número de testigos intachables, nos basta para demostrarlo. ¿Un pájaro tiene inteligencia, es capaz de voluntad? No, responden el naturalista y el filósofo de consumo. Pues los pájaros de M. Treffen, magnetizados de la misma manera que el aldeano de Buzancy, suplen bien al hombre: se muestran soberanamente inteligentes: sostienen pláticas sobre qualquiera materia, aun las mas elevadas, adivinan y profetizan. Enulos de las cabras y de las mesas de que habla Tertuliano, *per quos caprae et mensae divinare consueverunt* no desmienten sus desmendidas aspiraciones.

"La Austria, se pregunta á los pajaros, se verá complicada en una guerra en el invierno de 1858?"— Uno de ellos no hace esperar por mu-



cho tiempo la respuesta; busca con su diestro pico entre los caracteres esparramados bajo sus patas doctísimas, los que forman esta frase: —“Sí, si tal personaje lo juzga oportuno.”—No son sus respuestas como las del oso y el toro sabios del Circo Nacional, que para decir una necesidad, han tenido que pasar por los rigores de una larga escuela. Se trata de pájaros recientemente cogidos en las selvas, de pájaros que muchas veces mueren ahogados por el furor sagrado que hacia temblar á las antiguas pitonisas. (1)

Son necesarias una inteligencia y una voluntad que determinen los fenómenos, es cierto; pero no pueden ser la voluntad ni la inteligencia del sonámbulo ni del magnetizador, está demostrado.

Ahora, si para explicar los fenómenos por el sonambulismo, nos fijamos, no en el magnético, que, como se ha visto, no satisface, sino en el nervioso ó hipnotismo, no con eso adelantaremos más.

Y en efecto, si hipnotizado un hombre cualquiera mirando de hito en hito una superficie brillante, ó la extremidad de un objeto, como

(1) Véase á M. Des Moisseaux. *La magie au XIX siècle* y á M. Delaage.

la nariz, resulta que ese hombre se torna sonámbulo, y queda aislado absolutamente de la materia, pues no se ha puesto en juego ningun fluido que desempeñe el papel de *mediador plástico*, como si está aislado y desprendido, no solo de los cuerpos que le rodean, sino de sus propios sentidos, puede comunicar á aquellos movimientos tan complicados y varios? Si el móvil no está unido al motor en algun modo, el movimiento, que no es otra cosa más que la participacion de la virtud de éste en aquel, es imposible de todo punto. Romped el alambre que une las dos estaciones de un telégrafo, y por saturados que estén de electricidad los aparatos, no lograreis comunicar una palabra, la mas corta, una idea, la mas sencilla.

Como para la produccion de los mismos fenómenos físicos, se necesita una voluntad, supuesto que no suceden casual ni necesariamente, y una inteligencia, porque van encaminados á un objeto, es necesario examinar si pueden serlo la voluntad é inteligencia del *hipnotizado*; y entónces vienen de lleno todas las razones expendidas en contra del sonambulismo magnético; advirtiéndole que no queda en este supuesto el recurso de acudir á la voluntad é inteligencia del magnetizador, pues no le hay. El sonámbu-



lo entra en este estado, sin el auxilio, ni influencia de otra persona que no sea él. El mismo es el que *hipnotiza* y es *hipnotizado*: así, no se cuenta sino con su inteligencia y su voluntad. Y entónces llegamos á absurdos que van á palparse, materializándolos por medio de un ejemplo. Supongamos al aldeano de Buzancy, no magnetizado sino *hipnotizado*; y tendremos en él una inteligencia rústica y roma, pues apenas es capaz de pronunciar una palabra; á la vez que culta y penetrante, pues instruye ilustra y dice las cosas todas cuales las exige la verdad; una inteligencia envuelta en tinieblas de ignorancia al mismo tiempo que radiante desabiduría. Encontraremos en él una voluntad enteramente esclava y absolutamente libre, una voluntad que quiere lo que no le es posible querer, y hace lo que no está en sus manos hacer.

Pero los eslabones de esta cadena de absurdos se harán mas perceptibles en lo que falta que decir.

## CAPITULO II.

### SUMARIO.

Se ataca la teoría del sonambulismo en su base.—Papel que desempeñan los sentidos en los *hipnotizados* y en los sonámbulos.—Ellos son cadenas del alma.—No se demuestra, sino por la necesidad en que se está de explicar los fenómenos.—Si el sonambulismo es la causa, los noctámbulos obrarían aquellos prodigios, y no los obran.—Diferencias entre los sonámbulos y los noctámbulos.—El sonambulismo no produce los fenómenos por que sea *magnético*, ni por que sea *nervioso*.—Aburdo en que está basada la teoría del sonambulismo.—Supone que el alma pueda obrar sin el auxilio de los sentidos.—Semejante supuesto es falso.—El hombre es un sér compuesto de alma y cuerpo, de forma y de materia.—Es un todo, uno é indivisible.—La union de su alma y de su cuerpo no es accidental, sino sustancial.—Consecuencias de estas verdades.—El alma obra conforme á su naturaleza, cuando lo hace sirviéndose de los sentidos.—Si se la priva de ellos, se la hace violencia.—El sonambulismo artificial se halla en este caso.—El cuerpo es cárcel y los sentidos cadenas del alma conforme á la opinion de los que combatimos.—Yerran y se engañan á si mismos.

Ataquemos la teoría del sonambulismo en su base. Ella supone que la causa de los fenómenos físicos, psicológicos ó extranaturales está



dentro del mismo hombre, que por medio del sueño se apodera de un instrumento que hace más eficaz la acción de su inteligencia y de su voluntad, y entra en una atmósfera en la que más fácilmente se puede comunicar con las otras voluntades y con las otras inteligencias; ó bien, que á virtud asimismo del sueño rompe con las cadenas que le unen al cuerpo, y que, se da por sobrentendido, no desempeñan otro papel en la vida ordinaria, que el de entorpecer las operaciones del espíritu, limitar sus alcances y rodearle de tinieblas. El sueño *magnético* produce los primeros efectos, en opinión de sus partidarios, y el *nervioso* los segundos, en concepto de los que en el *hipnotismo* han creído encontrar últimamente la piedra filosofal.

Pero, en efecto, ¿el sonambulismo proporciona al hombre aqnel instrumento, le trasporta á aquella atmósfera, rompe la cadena de los sentidos temporal y pasajeramente como se asegura? No se rinde otra prueba sobre la verdad de este hecho que la necesidad que hay de él, para explicar la larguísima serie de los que se le siguen. Así se raciocina realmente: los prodigios de que es centro el sonámbulo, exigen tal poder tal vehículo y la suspensión de tales funciones de la vida común; luego el sonambulismo que

es el primero de los hechos que se observan, es la causa de los demás; luego él suministra ese poder al alma, la coloca en ese medio, é interrumpe el lazo que la une á los órganos que la comunican con el mundo exterior. El raciocinio no puede ser más ilógico: pues bien traducido equivale á este: los fenómenos deben tener una causa; luego esta causa es el sonambulismo. Debía demostrarse, cuando menos, que ninguna otra era apta para producirlos.

¿El sonambulismo es la causa? Entónces donde quiera que tengamos un sonámbulo, se realizarán los prodigios. Y no sucede así, tratándose de los sonámbulos naturales ó noctámbulos.

Entre estos y los primeros hay diferencias radicales que vienen á colocarlos en categorías diferentes. Así, el noctambulismo nunca tiene lugar en los niños, es frecuente en los jóvenes y raro en los ancianos; y el sonambulismo artificial *magnético* ó *nervioso* se aviene á todas las edades, y no exceptúa ninguna, aunque guarde más afinidades y muestre más simpatías por alguna determinada. El primero casi nunca se advierte en las personas del sexo débil, mientras que el segundo es en ellas más común, como lo era en las antiguas sibilas y pytonisas. Los efectos de uno y otro son absolutamente



diversos; los de aquel nada tienen de maravilloso, pues se limitan los noctámbulos á reproducir de un modo imperfecto las cosas que pensaron y practicaron en el estado de vigilia; y los efectos del sonambulismo o artificial son verdaderos prodigios, pues nada tienen en de comun con los actos de la vida ordinaria, y bajo sus influencias los magnetizados é hipnotizados hacen y piensan lo que nunca concibieron ni ejecutaron, sondan profundidades desconocidas y recorren espacios que han ignorado siempre.

Los sentidos del noctámbulo, además, permanecen los mismos, aunque adormecidos unos, y otros más excitados y estimulados por la imaginación, no abandonan sus órganos naturales ni se truecan las funciones de estos; y la trasposición de los sentidos es en los sonámbulos artificiales un fenómeno que no falta. Otra línea de separación que los viene á distinguir en sí mismos, es la marcada por la relación en que se encuentran con los objetos exteriores y principalmente con las personas. El sonámbulo natural no se comunica con ninguna que esté presente; y si casualmente su imaginación se ocupa de alguna, es dentro de sí misma y sin salir del círculo de sus propias, internas y por lo mismo, incomunicables operaciones; y el sonámbulo ar-

tificial poco ó nada se ocupa de sí mismo: su actividad propende hácia fuera, completándose, por decirlo así, en la comunicación con el magnetizador ó las demás personas que asisten al acto.

Tan sustanciales diferencias en los fenómenos que se observan en uno y otro caso, y en los efectos que se producen, están indicando que no se puede sin error identificar el sonambulismo natural con el *magnético y nervioso*. Ellas mismas alejan toda idea de atribuir al sonambulismo, solo por serlo, las maravillas espiritistas.

¿El sonambulismo es la causa de estas, no porque es sonambulismo, si no por lo que tiene de *magnético*? Pero entonces no se producirían los fenómenos en el *hipnotizado* en quien no se reconoce la presencia de ningún fluido, ¿Lo es por lo que tiene de *nervioso*? En este caso faltarían los fenómenos, cuando falta la excitación; y se presentarían, siempre que aquella aparece, y los hechos se oponen á semejante hipótesis.

El sonambulismo artificial es, pues, un hecho espiritista que no es causa de los demás, sino que como estos es causado por la causa desconocida que buscamos, y que si tenemos alguna paciencia, acabaremos por encontrar.



Por otra parte, esta teoría está basada sobre un absurdo, sobre un imposible metafísico, pues descansa en la suposición de que el alma puede conocer las cosas internas y las exteriores, y obrar sobre estas sin el auxilio de los sentidos, una vez que se consideran estos como obstáculo, como cadenas que impiden al alma desarrollar en la vigilia todo el poder de que es susceptible, toda la actividad que encierra en su carácter de espíritu. Por esto los partidarios del sonambulismo *magnético* creen una ventaja psicológica la paralización de los órganos por cuyo medio se manifiesta la vida de relación; y los defensores del *hipnotismo* la juzgan indispensable para la explicación de los fenómenos, pues no podrían ser, según ellos, si no se aislara e independiera absolutamente, sea por algunos instantes, el espíritu de toda materia.

De otra manera no podrían, por confesión de ellos, dominar, como parece que dominan la naturaleza física, y tener á su servicio, como parece que tienen, la muchedumbre de agentes naturales que se ponen en juego. No podrían tampoco causar las enfermedades en los que disfrutau de plena salud, y curarlas en los que las padecen. La trasposición de los sentidos y el trastorno de las sensaciones no tendrían ra-

zon de ser en el orden fisiológico, de la propia suerte que en los órdenes psicológico y ultra-natural carecerían de ella los fenómenos de la segunda vista, del conocimiento súbito de las cosas ocultas, de la penetración de los pensamientos ajenos, del dominio sobre el porvenir y de la consiguiente predicción de los sucesos futuros, atributo exclusivo de la Divinidad.

Pero la verdad es que, si el alma humana con el uso expedito de sus sentidos, unida al cuerpo, gobernándole y sirviéndose de él, no es capaz por sí misma de la potencia que suponen en la causa los portentos espiritistas, ménos capaz será, privada del auxilio de los sentidos, que son la causa instrumental, pero necesaria de todos sus conocimientos, y separada del cuerpo, que es como el complemento de su personalidad.

Porque el hombre es un sér compuesto de alma y de cuerpo, de forma y de materia; y es lo que es, es decir hombre, no solo por el alma, que le distingue esencialmente de los otros animales, y le coloca en medio de dos mundos, sino también por el cuerpo que le comunica con la tierra. Si el hombre fuera tal solamente por el alma, no sería uno con el cuerpo, ni la mano con que escribe, ni el pié con que se transporta de un punto á otro del espacio serían suyos. Le



pertenecerian, como le pertenece, por ejemplo, el cincel con que de un pedazo de mármol forma una estatua, y el pincel de que se sirve para pasar al lienzo las bellezas de la naturaleza. Mas esta accidental relacion de pertenencia, no autorizaria á ninguno para afirmar que el cincel y el pincel son miembros del hombre, como lo son la mano y el pié. El pincel de Apéles nada tenia de comun con la mano de Apéles. El pincel del artista griego habria podido servir á un artista del siglo XIX, si se le hubiera conservado; pero su mano solo pudo servir al padre de la pintura. En el supuesto contrario, Sócrates hubiera podido ver no solo con sus ojos, oír no solo con sus oídos, sino con los ojos y los oídos de Aristóteles y de Platon. Aquiles habria sentido el dolor de la mortal herida en el talon y en la sandalia que le cubria, ó bien ni en la sandalia ni en el talon.

El hombre, es fuerza reconocerlo ó renunciar á ser filósofo, es un todo; es uno y es invisible. Suprimid el alma, y tendreis un cadáver pero no un hombre: no contéis con el cuerpo, y tendreis una inteligencia, un ángel, si le extimais demasiado, pero nunca un hombre. Separad el oxígeno del ázoe que juntos constituyen el aire; y no quedará aire sino únicamente ázoe. Haced

lo mismo respecto con el oxígeno é hidrógeno que forman el agua, y despues de la operacion, podreis analizar cualquiera de aquellos elementos; pero no el agua que habrá desaparecido con la separacion.

El cuerpo no es un apéndice del alma, ni el alma el barquero que da direccion y movimiento á la barca del cuerpo. Si así fuera, podrian concebirse y existir separados el alma y el cuerpo, como se conciben y existen la obra separada del apéndice, el barquero de la barca, y reciprocamente la barca del barquero y el apéndice de la obra. La union del cuerpo y de la alma en el hombre no es accidental; es por el contrario, sustancial. El sentido íntimo nos lo está persuadiendo á todas horas. No siente el cuerpo solo, ni el alma sola; sino alma y cuerpo juntamente. No siente la una un dolor y dolor diferente el otro, sino entrambos el mismo dolor. La unidad del sér humano, su individualidad, su personalidad es un hecho que cuenta en su apoyo con la más irresistible de las evidencias, la de la conciencia, que ni tiene menguantes ni sufre eclipses.

La naturaleza, pues, del hombre consiste en ser un compuesto sustancial. Su existencia descansa sobre esa base y su accion debe seguir



esa razón. Es preciso no olvidarlo: el sér obra como es, y es como le muestra su naturaleza.

Y que se infiere de todo esto? Esperad. No nos resta otra cosa más que recordaros un principio claro como la luz, irresistible como la verdad. Un sér es tanto más perfecto, se acerca más al tipo de la perfeccion, cuanto más se conforman sus movimientos y sus acciones con su naturaleza constitutiva. Todo lo que tiende a contrariar la naturaleza es una especie de violencia; y toda violencia lleva por el camino de la destruccion, al aniquilamiento, á la nada que es la negacion absoluta del sér, y por lo mismo la negacion absoluta de la perfeccion que sigue al sér, como la sombra al cuerpo.

La consecuencia que extrañabais salta á los ojos ménos perspicaces, y se presenta del modo más espontáneo á los entendimientos más obtusos; no necesitamos hacérosia notar.

Si la naturaleza del sér que llamamos hombre está en la union de una alma racional con un cuerpo organizado, el hombre será tanto más perfecto, se acercará tanto más al tipo de la perfeccion, cuanto más conformes estén sus acciones con aquella naturaleza, cuanto más en armonia se hallen con esta union. Por el contrario, será tanto ménos perfecto, se alejará

tanto más del tipo de la perfeccion, cuanto mayor sea la violencia de que, al obrar, sea objeto su naturaleza, cuanto ménos estrecha sea la union entre el elemento inteligente y el elemento corpóreo que le constituyen; de suerte que si la union llega á cero, la perfeccion humana es ninguna.

Ahora bien; el sonambulismo artificial es una violencia que se hace á la naturaleza del hombre, y tiende á la separacion más ó ménos completa del espíritu y de la materia. Los efectos de que se le cree causa son mas asombrosos, miéntras mayor es la distancia á que el alma y el cuerpo se ponen bajo su inflojo, miéntras la independendia del principio pensador con respecto á los sentidos es más absoluta. El sonámbulo, pues, que en sus acciones se muestra más perfecto que el hombre, puesto que su inteligencia abarca verdades que en el estado de vigilia le seria imposible abarcar, y puesto que su voluntad ejecuta cosas en el sueño, que despiertos no ejecutarían todos los hombres juntos, es la personificacion del absurdo, si pretendemos ver en las acciones de que parece centro, acciones propias y no de otra inteligencia que le ha encadenado y le domina.



Si los sentidos fueran cadenas de la inteligencia, está bien que rotas aquellas, esta pudiera levantar su vuelo á regiones desconocidas y acrecentar su poder con el sonambulismo que viene á romperlas. Así lo creen los partidarios de esta hipótesis y principalmente los espiritistas que ven en el cuerpo una cárcel en que el hombre está cumpliendo una pena de que se hizo digno en una de tantas existencias anteriores como le suponen. Es fuerza demostrar á unos y á otros que yerran y se engañan á sí mismos,

### CAPITULO III.

#### SUMARIO.

El hombre, rey, convertido en esclavo; Señor, hecho presidario de la materia.—En qué consiste su grandeza.—La teoría que enseña que los sentidos son cadenas y el cuerpo cárcel destruye aquella grandeza.—La union de su alma con el cuerpo no es tampoco una pena como se supone.—Con esto se hace de la humanidad una raza de malvados.—Pasajes de Allan Kardec que justifican semejantes afirmaciones.—Las enseñanzas cristianas son enteramente contrarias.—La union del alma con el cuerpo, en que consiste la vida, es lo natural.—La separacion ó la muerte, es una pena temporal.—Remota antigüedad de aquellos errores resucitados por los espiritas.—Contradicciones en que incurren.

Hé aquí al rey de la tierra convertido en esclavo de su cuerpo; hé aquí al señor de sus acciones hecho presidario de la materia.

El hombre es grande por el alma principalmente; por que del alma es de donde brota esa



semillero de pensamientos profundos y sublimes, de creaciones vastísimas y fecundas, que le han dado el más incontestable de los derechos para llevar en su frente la corona de la inteligencia y en sus manos el cetro de la voluntad; porque en el alma es donde tiene su principio ese manantial purísimo de sentimientos generosos y nobles, de acciones abnegadas y heroicas, por los que ha podido con legítimos títulos juntar á la corona de la inteligencia, la corona de la sensibilidad, y al cetro firme, inquebrantable y poderoso de la voluntad, el cetro dulce, suave y ligero del amor

Pero si atais el alma con las cadenas de los sentidos, si la encerrais en el calabozo del cuerpo ¿queréis que entienda, cuando nada puede entender? Nada puede entender, porque nada puede ver ni oír ni tocar, etc., una vez que los ojos no son ventanas por las cuales se asoma el espíritu, sino espesas murallas que le impiden toda comunicacion con el resto de los seres; que los oídos no son conductos por los que el mundo exterior entra en ella, por decirlo así, sino cerraduras que solo pueden abrir carceleros caprichosos, como son esas *inteligencias separadas* de que nos habláis tanto y con las que, en las tinieblas, trabajáis prácticas que os enloquecen y finalmente, una vez que el tacto no es la de-

lica y finísima envoltura, en que acaba la impresion y empieza la sensacion, generadora de la idea, sino la grosera corteza que entrambas se interpone, é impide ese comercio maravilloso entre dos naturalezas en todo disímbolas y semejantes.

El ave en los bosques, el pez en los mares, el reptil en la superficie de la tierra, el insecto en la primera de sus capas y la nube en el aire andan libremente cumpliendo los destinos para que fueron criados, y en pos de aquella perfeccion de que son capaces, sin que lleven en sí mismos una fuerza que los aparte de su fin, ni un obstáculo que les impida perfeccionarse.

Los mares en sus abismos, la tierra en su atmósfera transparente y diáfana, el sol en la suya de fuego: la tierra y el sol y sus atmósferas en los espacios celestes, y los espacios celestes en el vacío, están de la misma manera libres; los unos agitándose para calmarse luego, las otras girando en torno de aquel que, inmóvil y fijo en su centro, ilumina estos con luces que no cesan de producirse ni se agotan jamás.

Y el hombre, que es sobre todos estos seres ¿ha de vivir entre cadenas que por sí mismo no podrá romper? ¿Ha de cumplir con sus fines altísimos entre las paredes de un presidio, como



Procusto sobre el lecho de hierro que le atormenta?

No sabéis lo que haceis cuando asegurais que los sentidos son cadenas, y una cárcel el cuerpo. Rebajais al hombre más allá de la abyección. Cuando ocupa el primer peldaño en la escala gerárquica de la creación, le arrojaís hasta el último. Mirais con desprecio al insecto y al reptil, y, siendo hombres, no os avergonzaís de hacer al hombre inferior al reptil y méaos que el insecto.

Al asegurar que el hombre, tal cual vive, vive encadenado y está encerrado en el presidio de su cuerpo, agregais que vive y está así, porque se hizo acreedor á aquella pena y á ese castigo. Y de esta suerte haceis de la humanidad una raza de malvados y de cada uno de sus miembros un criminal. ¿Lo habeis pensado seriamente? Al leer estas líneas que la dignidad de vosotros mismos nos ha inspirado, ¿no os ruborizaís, no abjuraís vuestros errores? ¿Pasais por el absurdo de que el cuerpo es de una naturaleza superior al alma? Lo sería en realidad si fueran ciertas vuestras desatinadas teorías. ¿Cómo pudiéramos considerarle inferior, si por una parte le vemos penetrar en los desiertos, engolfarse en los mares y levantarse á

la region de los vientos; y por otra parte suponéis que el espíritu no puede salir una línea más allá de la que separa al cuerpo en que le aprisionais de los otros cuerpos que le rodean? ¡Ah! desgraciados de vosotros! Teneis ojos, y no veis; oídos y no oís. Los objetos que abarcan vuestras miradas, nada os dicen, y las palabras que hacen vibrar los tímpanos auditivos nada significan para una alma ayuna del pan de la verdad y saturada de los insanos pastos del error.

Y que se consideran los sentidos como cadenas y el cuerpo como una cárcel, no es una suposición gratuita. Particularmente los defensores del espiritismo, que tambien lo son del sonambulismo, se muestran en este punto sobradamente francos. Oid á uno de sus sacerdotes más respetados:

“¿El espíritu encarnado, pregunta, permanece voluntariamente en el cuerpo?”

“Esto sería, responde, tanto como decir, si el prisionero está contento con sus cerrojos. El espíritu encarnado aspira sin cesar á la libertad; y á proporción que es más grosera la envoltura que le oprime, más desea desembarazarse de ella.” “Durante el sueño, continúa, los lazos que le unen al cuerpo se desatan, y no



necesitando de este, recorre los espacios y entra en relaciones más directas con los espíritus." (1)

En cuanto á que su permanencia en el cuerpo es un castigo, basta notar que la teoría espírita la explica por la necesidad, sobre todo, que tienen de expiar culpas anteriores, perfeccionándose por medio de la expiación. Y esto es tan cierto, que los espíritus ya puros, es decir, buenos y perfectísimos, no están sujetos á la ley de las reencarnaciones. (2)

Cuán contrarias son estas ideas á las enseñanzas cristianas acerca de la vida y de la muerte, lo comprende cualquiera que se tome el trabajo de comparar unas con otras. El cristianismo profesa el principio de que la vida del hombre, entendiéndose la que resulta de la unión del alma con el cuerpo, es la natural por excelencia, como en su todo conforme con la naturaleza primitiva, revestida todavía con el cándido ropaje de la inocencia original; y que la muerte es una pena temporal de la primera culpa, que terminará con la resurrección de toda carne, para que comience el castigo ó premio

(1) *Le Livre des esprits*, libro 12 o. VIII.

(2) *La misma obra á cada paso.*

eternos á que se haya hecho acreedor cada uno en su peregrinación por la tierra. (1) Y ya hemos visto que, en concepto de los que impugnamos, aquella vida no es otra cosa más que una mansión pasajera del alma en el cuerpo, que acabará, para no volverse á producir, cuando la expiación, que es su causa, quede cumplida; y que la muerte, es verdadera redención total ó parcial, según el grado de perfección á que el espíritu ha llegado. No es mayor la oposición entre la luz y las tinieblas. ¿Y hay cristianos que se dejen seducir por doctrinas que van derechas al aniquilamiento de sus creencias?

Siquiera tuvieran estas ideas el mérito de la novedad; siquiera nunca hubiesen sido convenci-

[1] Mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás. *De ligno autem scientie boni et mali ne comedas: in quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris.* Gen. 11, 17.

"Si alguno dice que Adán, el primer hombre, ha sido criado mortal; que su alma debía separarse de su cuerpo, aunque no hubiese transgredido la ley del Señor; que por lo mismo, la muerte no es la pena del pecado, sino una necesidad de la naturaleza, sea anatematizado." Conc. de Mileto Can. 1<sup>o</sup>

Hé aquí la doctrina católica; los que profesan el catolicismo, no pueden, sin abjurar, aceptar las teorías del espiritismo, ni mucho menos consagrarse á sus prácticas.



das de error, pudieran, con algun título, aspirar á cierta boga pasajera. Pero son de una antigüedad que espanta; son retrógradas, y han sido ya imparcialmente juzgadas y victoriosamente refutadas.

Los filósofos platónicos las profesaron; y San Agustín desde su tiempo se ocupaba en demostrarles que lo contrario éra la verdad, en hacerles ver la inconsecuencia en que incurrian, al burlarse de que los primeros cristianos pensasen de una manera diferente.

“Los filósofos; dice este coloso de la controversia, contra quienes hemos acometido la tarea de defender la Ciudad de Dios, es decir, su Iglesia, piensan que se muestran sábios, cuando se burlan de que creemos y decimos, que la separación del alma y del cuerpo es una de las penas de aquella, porque no la juzgan perfectamente feliz, sino cuando enteramente despojada del cuerpo, sola y en cierto modo desnuda, vuelve al seno de Dios.” “Si yo no encontrase nada en sus libros para refutar esta opinion, me veria obligado á extenderme más con el fin de demostrar que el cuerpo no es una carga del alma sino porque es corruptible. De aquí proviene agrega, esta palabra de la Escritura, *el cuerpo corruptible es un peso para el alma.* Y dice cor-

*ruptible* para hacer ver que no es el cuerpo en sí mismo el que agobia al alma, sino en el estado á que quedó reducido por el pecado.” (1) Siguiendo la huellas de San Agustín, nosotros que necesitamos, para no caer, de un guía tan experto y tan conocedor, y que advertimos en los libros de los platónicos modernos algo que sirve para refutar sus doctrinas en este punto, les vamos á convencer de error, primero, con sus mismos principios, y despues con razones cuya fuerza es imposible desconocer, sin renunciar ántes al título de animales racionales que es nuestra gloria.

Y desde luego encontramos en el *Libro de los Espíritus*, que la muerte que liberta al alma del

(1) *Si philosophi, contra quorum calumnias defendimus Civitatem Dei, hoc est ejus Ecclesiam, sapienter sibi videntur irridere quod dicimus animæ á corpore separationem inter penas ejus deputandam quia videlicet ejus perfectam beatitudinem tunc illi fieri existimant ad Deum simplex, cum omni prorsus corpore et sola et quodammodo nuda redierit. Ubi si nihil quo ista refellitur opinio in eorum literis invenirem, operosius mihi disputandum esset, quo demonstrarem non corpus esse animæ sed corruptibile corpus onerosum. Unde illud est quod de Scripturis nostris in superiori libro commemoravimus. “Corpus enim corruptibile aggravat animam.” Ad dendo utique “corruptibile” non qualicumque corpore, sed quale factum est ex peccato consequente vindicta animam perhibuit aggravari Civit. Dei L. XIII. c. 16.*



cuerpo, no la liberta del *periespíritu* que conserva, sea cual fuere el grado de perfeccion, como indispensable para comunicarse con los hombres que viven, y obrar sobre el mundo corpóreo. Notamos igualmente que ese *periespíritu*, por más que sea llamado *semi-material*, y formado de una sustancia sutil y *vaporosa*, constituye un cuerpo etéreo, invisible á nosotros en el estado normal, pero accidentalmente visible. Hé aquí las palabras escritas por M. Reival (1) cuando vivia, y cuyo espíritu es hoy el director de los círculos espiritistas mexicanos "El lazo ó *periespíritu* que une el cuerpo y el espíritu es una especie de envoltura semi-material. La muerte es la destruccion de la envoltura más grosera, el espíritu conserva la segunda que constituye para él un *cuerpo etéreo*, invisible para nosotros en el estado normal, pero que pueda hacerse accidentalmente *visible y aun tangible*, como sucede en el fenómeno de las apariciones. El espíritu no es un sér abstracto, indefinido que solo el pensamiento puede concebir; es un sér real, circunscrito, que en ciertos casos es apreciable por los *sentidos de la vista, del oido y del tacto.*"

[1] Verdadero nombre de Allan Kardec.

Segun esto, los partidarios del espiritismo y del sonambulismo, no se atreven á considerar al espíritu absolutamente separado de toda materia; y supuesto que nunca abandona el *periespíritu*, le tienen aun en él más alto grado de perfeccion á que pueden llegar, y de felicidad de que pueden gozar. La muerte tan solo destruye el cuerpo más grosero, dejando intacto el etéreo que lo es ménos.

Porque ¿qué cosa es el *periespíritu*, sino materia, una vez que puede ser apreciada por los *sentidos de la vista, del oido y del tacto*? Porque estos sentidos son materiales como el cuerpo grosero de que son órganos; y la materia solo puede ser afectada en ese modo por la materia. Tan cierto es esto, que para poder ser vistos los espíritus, necesitan de revestir formas materiales.

Tenemos, pues, que en realidad, léjos de negarse la necesidad de un cuerpo para el alma del hombre, se le conceden dos, uno corruptible y mortal, y otro incorruptible é imperecedero; y si el primero es, en concepto de ellos, una prision, ¿por qué razon no ha de serlo el segundo? Uno y otro no vienen á ser una envoltura más ó ménos grosera? Pero si lo cierto es, siempre conforme á sus opiniones, que el *periespíritu* no es una



prisión ¿qué motivo plausible hay para que lo sea el cuerpo? O los dos ó ninguno. Si los dos, entónces la condicion del hombre se hace verdaderamente intolerable, pues se le aumentan las cadenas. Si ninguno, entónces no es una cárcel el cuerpo, sino una parte sustancial del hombre; y en este supuesto, la doctrina católica encuentra apoyo en los escritos de los mismos que la combaten. Y no puede afirmarse, sin absurdo, que la muerte es natural y que la vida es la expiación de culpas anteriores, sino precisamente lo contrario.

Siempre el error camina con un numeroso cortejo de inconsecuencias. Los platónicos que opinaban que el cuerpo humano tenía que perecer en virtud de su naturaleza corruptible, admitian, sin embargo, dioses (hombres divinizados) con cuerpos inmortales; y esto es lo que les echa en rostro San Agustín. Lo mismo sucede con los que impugnamos; no creen compatible la perfeccion ni la felicidad al lado del cuerpo, y no obstante, enseñan que sus *espíritus puros*, ó los que están en el más alto grado de la escala espírita, conservan siempre un cuerpo, etéreo, si se quiere, pero de todas maneras, cuerpo.

#### CAPITULO IV.

##### SUMARIO.

Palabras de Pascal.—Reflexión acerca de ellas.—Horror á la muerte.—No se explica, así como ni tampoco el amor que se tiene á la vida con los principios enseñados por el espiritismo.—Dios no ha hecho la muerte.—Palabras de S. Próspero y de Bossuet.—Absurdos que resultan de considerar que los sentidos son cadenas del alma.—El sonámbulo es centro y no causa de los fenómenos.—Notable explicación de Sto. Tomas.—Reflexiones.

Pascal, al encargarse del punto que tocamos, hace esta observacion muy propia de su genio: "No hay consuelo, dice, sino en la verdad. Es indudable que Séneca y Sócrates no tienen modo con que poder persuadirnos y consolarnos. Vivieron en el error que cegó á todos los hombres en el primer hombre; todos tuvieron la muerte por cosa natural; y todos los argumen-



tos que fundaron sobre este falso principio son tan vanos y tan poco sólidos, que no sirven sino para demostrar, con su inutilidad, cuán flacos son los hombres, pues aun las más altas producciones de los más grandes, son tan rastreras y pueriles." (1) Tiene razon el filósofo de Palais-Royal. Y pudiera sentarse como regla infalible y segura, que tal ó cual principio es erróneo, si tiene desolada el alma é inquieto el corazón del hombre que le juzga verdadero; y si este mismo hombre es incapaz de sacar de él algo que haga felices ó ménos desgraciados á los demás.

Si la muerte fuera natural y la vida una carga, ciertamente que nada encerraria más atractivos para la humanidad que el lecho de un moribundo, que seria entónces el lugar en que la naturaleza ejerceria uno de sus actos más solemnes, y en que se nos libertaria del tremendo peso que agobia el espíritu en su peregrinacion por el mundo. Y sin embargo, nada más espantoso. No solamente los que se encuentran sobre él, sino todos los que le rodean padecen y tiemblan, y desearian no beber una copa tan amarga.

(1) *Pensamientos. XXX.*

Bajo el supuesto de que la muerte es natural, explíquese ese horror universal con que se le mira. La naturaleza no puede tenerse horror á sí misma, ni aborrecerse á sí misma con un odio tan universal y profundo; y sucederia todo esto, si la separacion del alma y del cuerpo humano se conformara con sus leyes. Explíquense los terrores que preceden y los espantos que acompañan á la muerte.

¿Qué origen pueden tener en el agonizante esas penosas ansiedades, esas tribulaciones inmensas, esas angustias indecibles, más enérgicas que la vida y acaso más terribles que el mismo mal que las sirven de ocasion y de causa? Ninguno ciertamente que dejara satisfecha á la razon.

De la misma suerte, si la vida es una carga, es un absurdo monstruoso ese amor que todos los hombres, sin excepcion alguna, le tienen, y que es sobre todos los amores; amor que no mengua con el sufrimiento, sino que crece; que no muere con el dolor, sino que se vigoriza; pues si el sufrimiento y el dolor nos apenan, es por lo mismo que la vida nos es amable, infinitamente amable, si caben afectos infinitos en el corazón de la criatura.



Si pudieran juntarse en un mismo sitio todas las pasadas generaciones con las presentes y las por venir, y se las preguntase qué cosa era más grata á sus ojos, más acepta á su corazón, más en armonía con sus aspiraciones y deseos, la muerte ó la vida, todos de consuno exclamarían: "La vida, sí, la vida; porque la vida es el sér, es la perfección, es la felicidad; mientras que la muerte es la nada, la más grosera de las imperfecciones y la última y más espantosa de las desgracias."

Si la muerte fuera natural, sería una de las obras de Dios, y *Dios no ha hecho la muerte*, como se dice en el Libro de la Sabiduría. Es interesante este pasaje de la Escritura, que al mismo tiempo que encierra la revelación de una sublime verdad, es la demostración más filosófica de ella. "Porque no es Dios, se lee, quien hizo la muerte, ni se complace en la perdición de los vivientes. Criólo todo á fin de que subsistiera eternamente en su presencia: saludables hizo el todas las cosas que nacen en el mundo: nada había en ellas de ponzoñoso ni de nocivo: el infierno ó la muerte no reinaba entonces en la tierra.—Puesto que la justicia es de soyo perpetua é inmortal.—Más los impíos con sus hechos y palabras llamaron á la muerte y repa-

tándola como amiga, vinieron á corromperse hasta hacer con ella alianza como dignos de tal sociedad." (1) Nada más conforme con el plan del que vive en la eternidad, que criar seres para la inmortalidad. Y entre estos debió elegir aquellos que le fuesen más semejantes y que estuviesen unidos á él de una manera más íntima. Por esto crió inmortales á los ángeles é inmortales á los hombres, á quienes hizo poco ménos que los ángeles; porque los ángeles y los hombres eran imagen suya, y le estaban extremadamente unidos por el amor, á diferencia de las otras criaturas que no eran capaces de tan elevado sentimiento. Así es, que aun cuando el cuerpo humano no hubiera podido ser inmortal por su propia naturaleza, lo sería por la vida que recibiría del alma, vida perdurable, si la unión establecida por el amor entre Dios y el hombre hubiera durado siempre; pero la rebelión primitiva vino á romperla, destrozando con un acto de soberbia, el lazo de amor que habían formado la sumisión y la obediencia. El pecado, pues, es el autor de la muerte; por esto, Saulo decía, después que de perseguidor se hizo defensor del nombre cristiano: "Por un so-

(1) I. 13, 14, 15 y 16.



lo hambre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte." (1) La muerte, pues, no es una criatura del Hacedor Supremo, sino una pena, y el primero y más tremendo de sus juicios. "Es necesario distinguir, dice un apolo-gista, las obras y los juicios de Dios. Haber juzgado al hombre digno de muerte por su pre-varicación, no es haberle criado mortal." (2) Y Bossuet, con aquella energía de expresión que le es tan propia, ha podido exclamar en uno de sus arranques oratorios: "El mismo que nos en-gendra nos mata." (3) Nótese bien, *el que nos en-gendra; no el que nos cria.*

Tan absurdo como es asegurar que la muer-te es una cosa natural y la vida un castigo, es sostener que los sentidos para el alma son ca-denas que aprisionan y obstáculos que matan su actividad. Pero lo uno es consecuencia de lo otro; y nada más común que un abismo conduz-ca á otro abismo.

Si los sentidos fueran cadenas del alma, resul-taria, dice el águila de Aquino, "que el alma no habría sido unida al cuerpo para su bien, una vez que su inteligencia sería de peor condición

(1) *S. Pablo ad Rom., V. 12.*

(2) *S. Próspero Sent. CCCIII.*

(3) *Sermon de la Inmaculada Concepcion.*

con el cuerpo que sin el cuerpo; sino que habría sido unida para bien del cuerpo, lo que es con-tra la razón, pues la materia es para la forma, y no la forma para la materia." (1)

Además es un hecho que el cuerpo recibe el movimiento del alma, y se desarrolla y perfec-ciona por la virtud del alma. Y repugna, ya no digamos á la sabiduría humana, tan de pocos alcances, que un sér inferior se perfeccione con detrimento y daño de un sér superior. Tal suce-dería en el supuesto bajo que discurremos, por-que no podría vivir sin perfeccionarse el cuer-po, si no tuviera dentro de sí propio el alma; pero como á la vez se asegura que la intelligen-cia de esta no puede funcionar libremente mien-tras que el cuerpo funciona, vendríamos á parar en que la perfección de la primera es incompati-ble con el perfeccionamiento del segundo. Esta sería la alternativa indeclinable: ó el cuerpo progresa, y entónces el alma retrograda; ó el alma se perfecciona, y entónces, el cuerpo no debe vivir ni desarrollarse. Y la verdad es que la perfección de la una no obsta al desarrollo de la otra, como lo demuestra la experiencia de todos los siglos.

(4) *Summa Theol. P. 1<sup>a</sup> 94 XXXIX, art. 1.*



La verdad es que el alma necesita del cuerpo; y el cuerpo ha menester del alma. Esto último es de toda evidencia. Lo primero no lo es ménos. Para convencerse, basta reflexionar que el alma forma su ciencia, partiendo de lo visible á lo invisible, de lo sensible á lo intelectual, de lo particular á lo general; que nada puede conocer sin el auxilio de las imágenes; y que éstas le vienen por los canales de los sentidos.

¿Lo dudais? Pensad que un ciego de nacimiento no tiene idea de los colores ni de la luz; un sordo, desde el vientre de la madre, ignora lo que es la palabra; y en tal grado lo ignora, que á consecuencia de esto será mudo, á pesar de que nada falta al aparato de la voz. En suma, la falta de cualquier sentido en el cuerpo, produce en el alma la ausencia del conocimiento ó conocimientos que á aquel sentido corresponden. No os argüimos con sofismas, sino con hechos que se palpan.

Así, pues, el sonambulismo, que pretende ser la causa de las maravillas espiritistas, principalmente de las que suponen conocimientos superiores, de que el hombre carece, léjos de aumentar la energía del alma, la mengua; léjos de abrirla puertas mas amplias, la cierra las únicas por donde puede ver; léjos de traspor-

tarla á espacios vastísimos, no la deja recorrer los estrechos que en el estado de vigilia recorre; léjos de darle la libertad, la oprime con pesadas cadenas.

O que, ¿es libre un sanábulo? ¿Puede acaso salir, cuando quiere, de aquel estado para él verdaderamente penoso, y hemos de juzgar, como parece que debe juzgarse, por los terribles síntomas que en él se advierten? No nos decís que es un verdadero esclavo y que obedece ciegamente las órdenes del magnetizador? ¿Cómo, pues, no reparais en tanto absurdo; y dais de mano de una vez para siempre al sueño *magnético* y al *nervioso* que os preocupan y os tienen sumergidos en un abismo de errores en filosofía, en moral y en religion!

Pero es un hecho, reponéis, que el sonábulo es centro de todas esas maravillas cuya realidad no se puede negar, ¿por qué no hemos de reconocerla como causa?

Es centro, está bien; pero no es forzoso que sea causa. Os explicaremos nosotros, no nosotros, sino una inteligencia la más grande con que se han honrado los siglos, y la que, sin embargo, vosotros aparentais desdeñar, porque no podeis seguirle en su levantado vuelo; ella os explicará, repetimos, de qué manera el sonám-



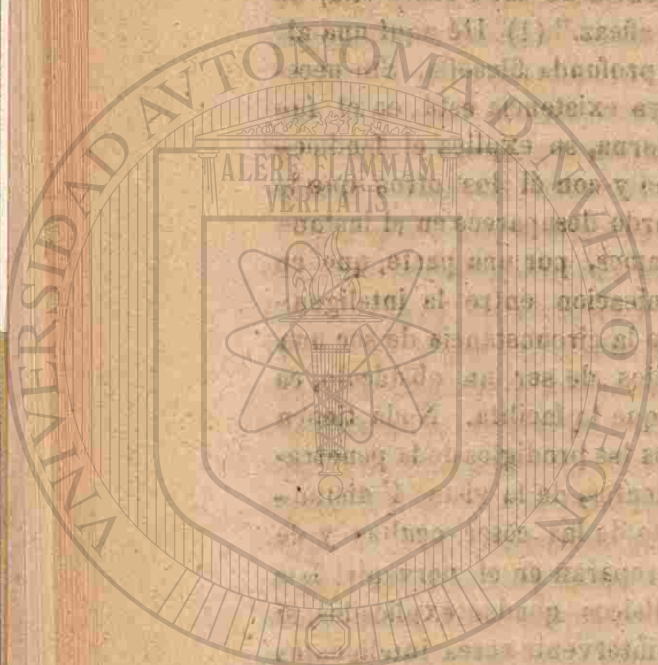
bulo es centro, sin que pueda ser causa de aquellos prodigios. Oíd á Santo Tomás; es su vigorosa palabra, la única capaz de vencer vuestra obstinada resistencia; la luz de sus razones, la única que puede disipar vuestra ceguera, si sois hombres de buena voluntad; si teneis en algo vuestra calidad de seres racionales.

“Los que están sumergidos en el sueño, dice el ilustre doctor, cuando no hacen uso alguno de los sentidos, y los humores y los vapores se hallan en el reposo más absoluto, impresionados por seres superiores, miran en el porvenir cosas que el hombre no podría descubrir por todos los razonamientos posibles. Esto se advierte principalmente en los que padecen *síncopes* ó entran en *éxtasis*, manifestando mayores alcances cuando más desprendidos están de los sentidos. Así debe ser, en efecto porque estando el alma colocada, como lo hemos demostrado, en los confines del mundo de los cuerpos y en los del de las sustancias incorpóreas, y como en el horizonte que separa la eternidad del tiempo, á medida que se aleja de los seres puestos en el peldaño más bajo de la escala, se acerca á los seres que ocupan los peldaños superiores. De suerte que cuando esté enteramente libre del cuerpo, se asemejará perfectamente á las sustancias sepa-

radas, en cuanto á la manera de conocer, y se hará sentir la influencia de éstas sobre ella, de una manera más eficaz.” (1) Hé aquí una alta metafísica y una profunda filosofía. Sin necesidad de fluidos, cuya existencia está en el fúdice de ciencia moderna, se explica el fenómeno del sonambulismo y con él los otros que le acompañan. El absurdo desaparece en el instante en que reflexionamos, por una parte, que en un hecho la comunicacion entre la inteligencias, y por otra, que la circunstancia de ser una de ellas superior, léjos de ser un obstáculo, es una mayor ventaja que la facilita. Nada tienen entonces de extraños los prodigios de la penetracion de los pensamientos, de la vista á distancia, del conocimiento de las cosas ocultas y de los hechos que se preparan en el porvenir. Los mismos fenómenos físicos quedan explicados, si se ellos tienen que intervenir seres inteligentes dotados de una fuerza de accion más amplia, poderosa y enérgica que la del alma humana. Colocados en este punto, estamos ya realmente en el terreno de la hipótesis espirita.

1) *Summa contra Gentiles*, Lib. 2.º C. LXXXI.





## CAPITULO V.

### SUMARIO.

Una palabra sobre las teorías psicológicas presididas por el sonambulismo.—La estalépsia, la sensibilidad, la epilepsia, el síncope, el histérico, la eclápsia, &c.—Estas teorías suponen en la persona, centro de los fenómenos un estado morboso que altera la vida de relacion.—Parten de la base del aislamiento del alma del cuerpo, y de la independencia del espíritu de la materia.—Ni lo uno ni lo otro son favorables á la acción *psíquica*.—Por lo mismo, estan en igual caso que el sonambulismo.—Las afecciones morbosas ni son causa única, ni explican juntos todos los fenómenos.—Absurdos que resultan, si se suponen ciertas esas teorías.—El hombre enfermo superior al hombre sano.—Los *mediums* al producir tantos prodigios, bajo la influencia de gran número de enfermedades, muchas de ellas contrarias; y al dejar de producirlos, re, entinamente curados de todas ellas.

Sóloamente nos falta para completar el estudio acerca de las teorías á cuya cabeza pusimos la del sonambulismo, decir algo, aunque seano más una palabra, sobre las otras que forman el



grupo de las que llamamos psicológicas. Una poca de atención, y la muy sencilla tarea de aplicar los razonamientos generales que hicimos valer contra la hipótesis del sueño artificial, á las otras que de paso mencionaremos, sobran para persuadir que todas estas son más insuficientes todavía que aquella, para suministrar la explicación de los variados fenómenos que se están realizando en pleno siglo diez y nueve.

Las otras hipótesis á que aludimos y que están ligadas á la del sonambulismo con los lazos de muy cercano parentesco, son principalmente aquellas que se fundan en las diversas afecciones de que Bricore de Brismont se ocupa en una obra suya, notable por la erudición que supone. (1) Estas afecciones son, entre varias que omitimos en gracia de su poca importancia, la catalépsia, la *sensitividad*, la epilepsia, el síncope, el histérico, la eclámpsia, la monomanía, la estupidez, el delirio, la pesadilla, el insomnio, la corea, las fiebres inflamatorias, las agudas, las crónicas; los envenenamientos con opio, con licores alcohólicos, con el éter y con el hachitz etc. Los que las padecen son centro de varios fenómenos extraños, parecidos á las maravillas

(1) *Histoire raisonnée des apparitions, des visions, etc.*

espiritistas; y esta circunstancia ha dado lugar á que la ciencia procure asirse de ese recurso, con el fin de ponerse al abrigo de toda acusación de insuficiencia en explicar cosas que tan comunmente suceden. Todas aquellas teorías suponen en la persona que es centro de los fenómenos, un estado morboso que produce un trastorno más ó ménos radical de las funciones orgánicas, que alteran más ó ménos profundamente las de la vida de relación. Por lo mismo, todas ellas parten de la base de ese aislamiento del alma con respecto al cuerpo, de independencia más ó ménos completa del espíritu y de la materia; y todas ellas caminan también bajo el supuesto de que aquel aislamiento y esta independencia aumentan hasta cierto punto la virtud de la parte superior del hombre, multiplican su actividad y la dotan de una penetración prodigiosa, á que en vano aspiraría colocada en las condiciones ordinarias de la vida.

Y ya hemos visto en los capítulos anteriores que lejos de ser aislamiento ó independencia semejantes favorables á la acción *psíquica* la dañan radicalmente, sacándola del único elemento en que puede libremente desarrollarse, y obstruyéndole los conductos y canales por donde en-



tran del mundo exterior, á ponerse bajo la jurisdicción de la inteligencia, los conocimientos más vulgares, que son como las alas con que se levanta á conocimientos de un orden superior y más elevado.

Por lo tanto, estas teorías como las del sonambulismo, claudican en su parte fundamental y llevan en sí mismas el germen de su muerte científica.

Pero hay más; ellas ni son una sola causa, y debe ser una sola, según lo hemos demostrado ni explican todos los fenómenos espiritistas; puesto que ni juntas en un solo individuo todas las afecciones morbosas en que estriban, ni separadas, los producen todos, sino que cada cual es ocasión de alguno ó algunos, siempre en escaso número, apenas á aquellos parecidos.

A ser cierto lo que se asegura en este particular, resultaría una cosa que nos parece de todas suertes absurda, y es que el hombre enfermo, es decir en una situación excepcional, anómala y que no le es natural, ni puede serle nunca, es superior al hombre en el goce de su salud, es decir, cuando todo en él se encuentra equilibrado; cuando es centro de la más perfecta armonía, y por lo mismo, se halla en condiciones

más propias para desarrollarse y perfeccionarse.

Si esto no es un absurdo, debemos apresurarnos á descartar del tecnicismo de las ciencias filosóficas, y á borrar de los diccionarios de la lengua aquella palabra. Porque es un hecho que las enfermedades que trastornan y estragan el cuerpo, extravían y debilitan el alma; y que así como aquel no puede moverse, ni ver ni oír, etc, las cosas como son, ésta no puede tampoco sentir ni conocer, ya no digamos cosas tan altas como las que conocen los sonámbulos, pero ni aquellas que están al alcance del entendimiento más romo.

Resultaría también que los *mediums* no podrían hacer que se produjeran bajo su influencia toda esa multitud de portentos, si á su vez no se encontraban bajo la influencia de las enfermedades, que son, cuando ménos, la causa ocasional de aquellos. De suerte que Hóme, por ejemplo, en los momentos en que desarrollaba á presencia de las naciones más ilustradas de la Europa su enérgica potencia *mediánimica*, debió haber sido víctima de todas estas afecciones morbosas, en opinión de los que siguen las hipótesis *psico-patológicas*. Y el hecho no se conforma con este supuesto. Quién se atrevería á soste-



ner que Home estaba en aquellos instantes, y solo en [ellos, cataléptico, epiléptico, histérico, eclámpico, monomaniático, calenturiento, emponzoñado, etc., etc, quedando, pasada la sesión que daba á los curiosos y á sus enemigos, en el goce de su cabal salud? ¿Cómo sería posible que bastara su voluntad para atraerse sobre sí mismo ese cúmulo de achaques, y para quedar libre de ellos en el tiempo y sazón que lo quisiera? Entre las enfermedades mencionadas, muchas de ellas son incompatibles, como se comprende de la simple observación de los síntomas. La catalepsia produce la insensibilidad, mientras la *sensitividad* de que hablan Reichembach y Verrots se da á conocer en *sensaciones exquisitamente sutiles y especiales*, que suponen una gran sensibilidad en el organismo.

## CAPITULO VI.

### SUMARIO.

La *alucinacion*.—En qué consiste segun M. Litré. —Prende explicar por ella los hechos del «piritismo». —La realidad de aquellos es únicamente subjetiva. — La *alucinacion* se supone existente sin causa. —La que M. Litré le da es arbitraria. —Demostracion. —La realidad de los fenómenos es objetiva. —Razones que lo justifican.

De intento no hemos querido mencionar entre los trastornos que se asignan como causa de los fenómenos, la *alucinacion* que tan en boga se puso en estos últimos tiempos, sin duda por ser engendro de M. Litré, miembro del instituto de Francia, aunque engendro que bien pudiera aspirar á origen ménos moderno.

Se ha dado á esta teoría espontánea de la *alucinacion* tal importancia, que se hace indispensable ocuparse particularmente en ella.



La *alucinación* es considerada por Littré como una enfermedad de la fantasía ó de los sentidos; es una cierta forma de delirio, bajo cuyo influjo el paciente cree tener sensaciones reales, sin que esté presente un objeto exterior que pueda ocasionarlas. De cierto, que el que se encuentra alucinado oye, por ejemplo, que se le habla, responde y sostiene una animada conversación. Littré quiere sacar partido de esta situación irregular y anómala; y por ella trata de explicar los fenómenos del espiritismo. Pero la realidad que les concede es meramente subjetiva y no objetiva. Y así, las mesas giratorias no circulan, ni hablan, ni adivinan; las armonías musicales no resuenan ni salen de ningún centro de vibración; las luces no se apagan ni se encienden, los ruidos y los golpes desusados no vienen del choque de los cuerpos que nos rodean; sino que las mesas giran únicamente en la cabeza del alucinado, hablan solamente á su oído y adivinan para él exclusivamente. A es tenor, los demás fenómenos son verdaderos sueños, visiones caprichosas y fantasmas de la imaginación.

Tales alteraciones mentales, si fueran raras, ó siendo comunes, tuvieran una causa general conocida, se resistirían ménos al asenso de la

razón. Pero no son raras, pues según palabras del hoy más célebre académico francés, *esta malvada alucinación* ha trastornado el seso á *media Europa y á más de media América*. Tampoco hay una causa general que produzca la *alucinación*, pues la que M. Littré le da es enteramente arbitraria. "Por romate de cuentas, dice, las revoluciones sociales y la fe atizada, en su contraste con la incredulidad y con la ciencia, son las influencias que han determinado la *alucinación*."

Si esto fuera cierto, en los lugares y épocas en que las revoluciones han dominado y en que la fe ha luchado más con la incredulidad y con la ciencia, sería donde la *alucinación* y los fenómenos que se la atribuyen, se hubieran extendido más. Y la historia no confirma esto, sino que con hechos contrarios le quita la poca fuerza que pudiera tener respecto de algunos espíritus superficiales. Y en efecto, ¿quién ignora que en los Estados Unidos de América es donde el espiritismo comenzó á mostrarse, y allí mismo, donde ha tomado esas proporciones colosales con que espanta al presente siglo? Y sin embargo, si se exceptúa la revolución separatista que fué vencida frente á los muros de Richmond, y que acaeció mucho después de la apa-



ricion del espiritismo, aquella nacion ha vivido en la paz más envidiable á contar desde la remotísima fecha de su independencía. Nuestra patria es tambien un ejemplo que puede aducirse en contra, pues siendo así que las revoluciones han sido endémicas en ella, las alucinaciones comienzan hasta ahora, precisamente cuando parece que la masa de la sociedad se muestra ménos complaciente con el espíritu de revuelta.

¿Cuándo fué más agitada la Francia por las revoluciones sociales y por las luchas entre la fe, la incredulidad y la ciencia, sino en el último tercio del siglo pasado y primero del presente? Y no obstante esta circunstancia, en tales épocas fué cuando ménos se habló entre los franceses de semejantes maravillas.

El poder de la alucinacion es inmenso, se repone; y en las enfermedades de la fantasía es más fácil el contagio. Esto que dice ahora Litré es lo mismo en el fondo que lo que un siglo ántes habia dicho Bailly del poder de la *imaginacion* y de la fuerza expansiva de la *imitacion*. ¡Qué no ve la fantasía, si el cerebro se siente estimulado por el *hatchish*! ¡Y cuánto no se debilita su energia por medio de los narcóticos! Es cierto, pero se trata de fenómenos que dejan huellas exteriores y palpables de su existencia.

Si se rompe una mesa, por ejemplo, en una *manifestacion espírita*, permanece rota despues de ella; si cambia de lugar, no se la encontrará, pasada aquella operacion, en el mismo sitio en que se la encontraba. Los fenómenos no son, pues, puramente subjetivos sino objetivos, doblemente reales, permitásenos la expresion.

Ademas, es indudable que para que la imaginacion obre, necesita de estar preocupada precisamente de aquellas cosas que van á pasarle, pues si no lo está, falta el estímulo. El conde-nado al último suplicio en Copenhague, no habria muerto á la influencia fantástica de la mentirosa sangría que los médicos fingieron aplicarle, sino hubiera sabido que de esa manera tenia que morir; pero lo supo, y sintió no solo que se le habia punzado con la lanceta, sino que ésta le habia hecho sangre, y oyó, hasta quedar privado de la vida, el ruido regular de la sangre que corria, siendo así que no se le habia sangrado y que el ruido de la sangre no era otra cosa más que el ruido de una pequeña corriente de agua que se habia dispuesto de una manera conveniente. Y la mayor parte de los casos del espiritismo suceden, ignorando el *medium* los que van á tener lugar y el tiempo en que se realizarán.



Si solamente los *mediums* alucinados fueran testigos de los fenómenos, pudiera tener esto vislumbres de probabilidad; pero no son solo ellos, sino todos los que á sangre fría, con el fin de estudiarlos, y prevenidos fuertemente en contra de su realidad, van á presenciarlos y á observarlos. No debe hacerse excepcion del mismo M. Litré que ha podido decir: "Dejese, pues, de apellidar impostura al espiritismo; llámesele simplemente alucinacion, y todo está comprendido." [1]

Ciertamente que no puede contentar al entendimiento más ruin esta teoría tan falta de fundamentos sólidos y tan descabellada.

Suponemos que en los *mediums* y en los asistentes á una *manifestacion*, obra la *alucinacion* con toda su potencia, cómo se explica el hecho de que todos, sin ponerse de acuerdo, ven, oyen y sienten las mismas cosas? Cada uno tiene su imaginacion, sus ideas, sus opiniones, sus inclinaciones, sus preocupaciones, sus pasiones, sus conocimientos, sus afectos; y naturalmente la imaginacion, al influjo de tan diversas condiciones, no puede ser afectada del mismo modo, ni figu-

(1) "Revue des deux mondes." Entrega correspondiente al 15 de Febrero de 1856.

rarse las mismas apariencias. El que está preocupado por la política, debía presentir caídas y elevaciones de imperios, debía presenciar guerras, triunfos ó derrotas, hablar de constituciones ó de reformas. El que lo está por el amor debía ser víctima de ingraticudes y desdenes, ú objeto de tiernas y delicadas afecciones; debía pintarnos en sus delirios paraísos de mujeres, hablarnos de enlaces eternos y de eternas felicidades; y á este tenor cada cual, segun el sentimiento ó pensamiento que le dominaba. En ellos debía ser cierto este proloquio vulgar: *cada loco con su tema*. Y nada de esto sucede; sino que el uno ve lo que el otro, aun cuando no piensen ni sientan de la misma suerte.

Hay más, apénas es de imaginarse como posible y nunca como hacedero, que la enfermedad susodicha ataque á las personas que van á darse cuenta de los fenómenos, en el momento de entrar al lugar en que los espiritistas se entregan á sus prácticas, y desaparezca luego que salen. Y más, cuando la enfermedad de la *alucinacion* no es tan sencilla ni afecta tan superficialmente el organismo. "No toda perturbacion de los nervios, dicen los ilustrados redactores de la *Civiltá Cattolica*, produce la alucinacion, sino únicamente aquella por la cual los puntos

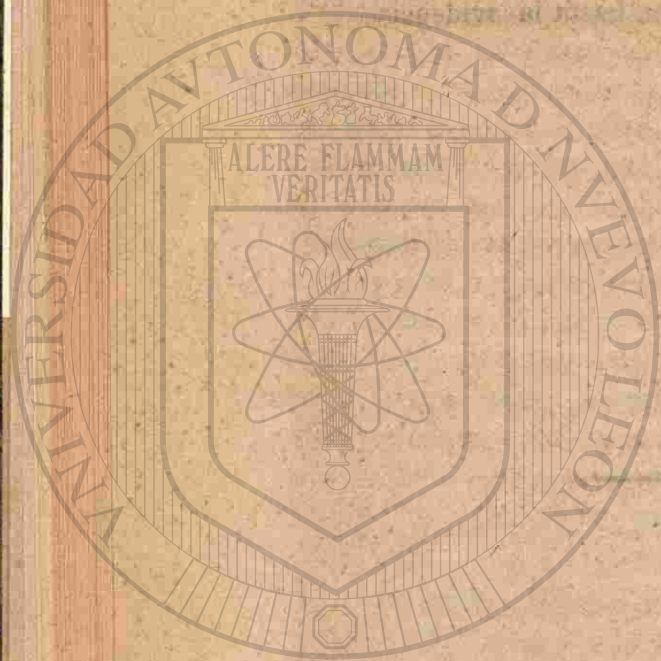


del encéfalo, en donde los nervios de las sensaciones tienen su origen, participan del estado morbozo de que se halla atacado el mismo encéfalo, por que lo mismo que en todas las enagenaciones mentales, así en la *alucinacion*, que es una forma especial de ellas, el sitio propio de la enfermedad, el que los patólogos llaman *subtracto*, está en las circunvoluciones del cerebro. Una perturbacion de nervios que produzca en el cerebro ó en las partes anejas al mismo tan grave afeccion, no es, á Dios gracias, la enfermedad más comun, así como desgraciadamente tampoco es la más leve. Es originada siempre por otras causas morbosas gravísimas, las cuales no pueden disimularse ni ocasionarse en el cuerpo humano, á voluntad de un inventor de *teorías espontáneas*. Por muy cierto que fuese que todo experimento mesmérico pueda causar una alteracion nerviosa, no se seguiria de ahí en verdad, que tal alteracion pudiera llegar siempre á aquel grado máximo que produce la *alucinacion*."

Estas palabras, que son las últimas de la ciencia, serian bastantes para contener á cualquiera en la arbitraria senda de los supuestos, y para abstenerse de declarar *alucinadas*, verdaderas locas de atar, á la mitad de la *Europa* y á más de la mitad de la *América*.

El célebre Litré ha estado infeliz en su hipótesis. Las pocas razones que hemos apenas indicado, lo persuaden hasta la evidencia.





## CAPITULO VII.

### SUMARIO.

La teoría del *espiritismo*.—Reflexiones preliminares.—Reminiscencias.—Porqué de ciertas afirmaciones nuestras respecto á aquella hipótesis.—Antigüedad de ella.—Palabras de Lucrecio á Mencio—O ras de Apuleyo.—Este hablaba como habla Allan Kardec.—Jámblico y las manifestaciones.—Porfirio y las comunicaciones.

Por fin, nos encontramos ya frente á frente del *espiritismo*. Esta teoría es la que ha ganado más boga y la que en México cuenta con algunos adeptos que la profesan.

Desde luego conviene advertir qué bajo el nombre de *espiritismo* se comprende no solamente la hipótesis que presume explicar los fenómenos espiritistas por la intervención directa de los espíritus errantes ó sean las almas de los difuntos, sino asimismo las que suponen como neces-



saría la intervencion de otras inteligencias superiores, que tambien son espíritus, como los ángeles buenos y los malos. A pesar de esto, cuando se dice *espiritismo*, se entiende por lo comun que se habla de la primera hipótesis, llamándose la segunda con el nombre de *magnetismo* (1) y la última con el de *mágia ó demonolatría*.

En el curso de este estudio hemos indicado varias veces que el *espiritismo* es entre las hipótesis que no se conforman con la verdad, la que más se la aproxima, la ménos absurda y la más filosófica. Esto y la lealtad con que hemos reconocido la realidad de los fenómenos, lealtad que es en nosotros un deber y no una gracia y mera condescendencia, pues importa nada ménos que un homenaje que rendimos á la verdad histórica, como le hemos rendido siempre á toda verdad, han dado lugar á que se nos diga por nuestros adversarios; que somos realmente los defensores de sus doctrinas y los auxiliares más eficaces en el pensamiento de propagarlas. Ninguno que haya tenido la paciencia de leernos, nos podrá juzgar de esta suerte. Abismos de abismos nos separan.

(1) Así llama el doctor Billot á la teoria que atribuye los fenómenos espiritistas á los ángeles buenos.

Semejantes afirmaciones dichas de suelto no nos desconciertan, si son parte á que corriamos en un ápice lo que sobre este particular hemos escrito. Repetimos en testimonio de ello, que los fenómenos son positivos y que la hipótesis espírita, teniendo más puntos de contacto con la única verdadera, es la que mas se aproxima á la verdad, la ménos absurda y la más filosófica. Esto no es asegurar que es la verdad, ni que nada tenga de absurda, ni que sea filosófica y razonable en todos sus principios y consecuencias.

Debíamos reconocer que entre las hipótesis erróneas, es la que más se aproxima á la verdad; por cuanto á que parte de este principio que merece la aprobacion entera de la razon: *un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente*, á diferencia de las hipótesis *fluidicas y psicológicas* que todo lo quieren explicar ó por agentes materiales que no pueden dar inteligencia que no tienen, ó por ciertas afecciones morbosas, que léjos de aumentar, tienden á disminuir el poder de la inteligencia humana. Debíamos reconocer que era la ménos absurda y la más filosófica, porque admite la proporcionalidad, permítasenos la expresion, entre los efectos y las causas; y porque acepta alguna de las



consecuencias del principio que la sirve de punto de partida, aunque al fin acabe por romper aquella proporcionalidad y se detenga en la serie de las ulteriores consecuencias, acaso las mas trascendentales, científica, filosófica y moralmente consideradas.

Con tales precedentes no debian los adversarios mostrarse descontentos, y se muestran, pues cuentan con un impugnador que no se encierra ni por vía de providencia precautoria, en el inquebrantable círculo de las negaciones, y que admite como ellos y acaso con una fuerza de conviccion mayor que la de ellos, este principio fundamental de su doctrina: *Un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente.* Esta circunstancia es más que sobrada para que se persuadan que no se las han con la mala fe ni el sofisma, armas que no tenemos costumbre de usar en las polémicas en que nos vemos complicados.

Haciendo á un lado cosas que son extrañas á nuestro propósito, vamos ahora á entrar en el exámen y refutacion de la hipótesis espírita.

En la parte histórica de este estudio hemos demostrado con documentos al abrigo de toda sospecha, que los fenómenos espiritistas que asom-

bran á la presente generacion no son una novedad; fueron conocidos con más perfeccion sin duda por los pueblos paganos; y ellos constituian lo maravilloso de las religiones del gentilismo; no significan, por lo mismo, un progreso en la verdad, sino el retroceso mas lamentable en punto á religion, á moral y á filosofía. Tambien demostramos que despues de la conversion del mundo al Evangelio, los fenómenos de sociales se convirtieron en individuales, limitándose tanto su produccion, que muchas veces cuesta trabajo encontrar una prueba de que se producian en ciertas épocas.

Pues bien, no solamente los fenómenos son de una antigüedad remota, sino que lo es tambien la hipótesis que los explicaba por la intervencion directa de las almas de los difuntos. Y esto, ciertamente que no era una teoría apenas parecida á la que ahora se presenta como original, sino la misma hasta en aquellas cosas que podríamos considerar como de pormenor y de poca significacion.

Es útil á quien desea conocer qué es lo cierto saber los orígenes de las cosas y las altas y bajas á que han estado sujetas. La verdad tiene de particular, que una vez conocida, jamás deja de ser reconocida por la universalidad en todos los



tiempos. El error que le es contrario, debe caracterizarse de una manera contraria. Así pudiera racionarse: lo que alguna vez ha sido concido, pero despues de conocido, no ha sido reconocido por la universalidad en los tiempos que siguieron á su reconocimiento, sino antes bien relegado á un olvido inmemorial y universal, es error, no puede ser una verdad. Este racionio aplicado á la teoría espírita, la hace aparecer como errónea, una vez que habiendo sido conocida durante el reinado del paganismo, no se la ha reconocido por la universalidad en tantos siglos como han trascurrido, ni se la reconoce en los momentos en que resucita.

Si preguntamos á Lucrecio acerca de la antigüedad de lo que hoy se llama *espiritismo*, nos responderá que ya en su tiempo no faltaban quienes abrigaran esa creencia. "No creas, dirá á su amigo Mencio, que estos simulacros ligeros ó fantasmas, sean almas transeuntes del Aqueronte que se empeñan en andar volando entre los que viven y en entremeterse todavía en las escenas de la vida." Apuleyo resume en su obra intitulada *El Dios de Sócrates*, la doctrina religiosa ó mística que los cultivadores de la teurgia desarrollaron con respecto al alma humana; y sin más diferencias que las de algunas palabras,

a doctrina mística de entónces iguala á la hipótesis filosófica de ahora.

Oigámosle siquiera por curiosidad, ya que no por estudio, sobre una materia cuya importancia se pondera tanto. "El alma humana, dice, es un demonio que nuestra lengua puede llamar génio. Es un dios inmortal, y que, sin embargo, nace en cierto modo con el hombre. Por tanto, podermos decir que muere de la misma suerte que nace.

*"Nace abandonando un mundo donde tiene una existencia anterior á la de la vida que conocemos.*

Hé aquí por que los dioses, que consideran en conjunto sus diversas fases, le hacen sufrir las penas que ha merecido en una vida anterior. Ella muere separándose del cuerpo, en el cual ha atravesado como en una frágil navecilla, este mundo. En esto se encuentra la explicacion, si no me engaño de enigma del esas inscripciones sepulcrales tan sencillas para los iniciados: *á los dioses mánes que han vivido.* Pero esta muerte no los aniquila, sino que únicamente los hace pasar al estado de *lémmures*. Los lémmures son mánes ó fantasmas que designamos con el nombre de láres. Cuando se maestran benévulos con nosotros honramos en ellos á los dioses del hogar doméstico; pero si sus crímenes los



condenan á andar errantes, les llamamos larbas. Son entónces el azote de los malvados y el espanto de los buenos.”

Si procediendo por el método algebraico de la sustitucion, pusiéramos en lugar de las palabras de Apuleyo las equivalentes de que usa Allan Kardec, no habria por qué extrañarse la igualdad de las ideas que ambas expresan:

Jámblico se adelanta á hablar de las manifestaciones, distinguiéndolas como las distingue el gnóstico moderno, segun el rango ó categoría de los espíritus que en ellas intervienen, “Los dioses y los ángeles, escribe, se nos aparecen en medio del orden y la paz; los demonios, produciéndose en torno suyo turbaciones violentas; los héroes en medio del movimiento y con precipitacion; y en cuanto á las *almas vulgares* hay algunas que se aparecen como las de los heroes, pero con más orden y persistencia en sus apariciones.”

Porfirio nos hablará á su turno de esa inclinacion de las almas de los difuntos á unirse á los cuerpos, y á comunicarse con los hombres. Teniendo el alma, dice, aun despues de la muerte, cierto amor á su cuerpo, una afinidad proporcional á las violencias que rompieron su union espiritu-corporal, vemos multitud de ellas voltear

en torno de sus despojos terrestres; las vemos tambien buscar con solicitud los restos de cadáveres ajenos, y sobre todo, la sangre recientemente derramada que parece volverles por un instante algunas de las facultades de la vida.

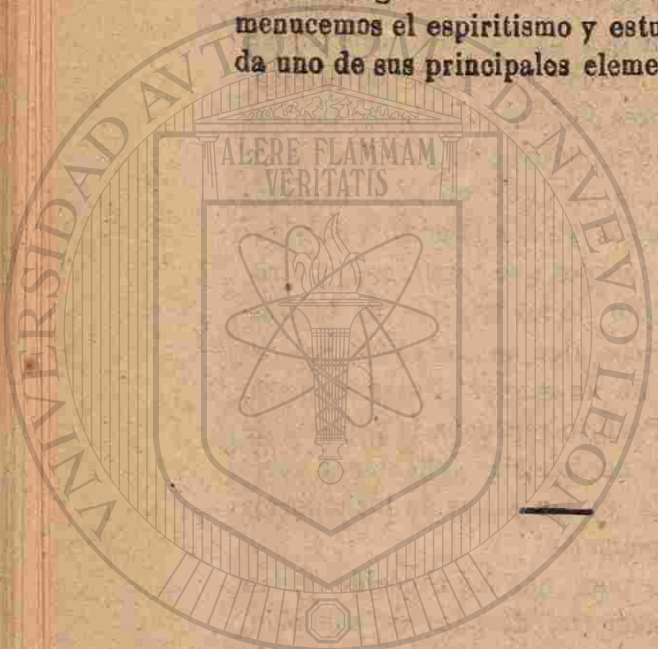
“Los encantadores ó hechiceros abusan muchas veces de este conocimiento en la práctica de su arte. No hay uno solo que no sepa hacerles violencia, *evocándolas* ya con el auxilio de algunos restos de los cuerpos que animaron, ya atrayéndolas por medio de los vapores de la sangre.” (1) ¿Han dicho algo de nuevo los modernos cultivadores de la *magia*? Notad de paso, cómo el mismo Porfirio reprueba la práctica de las evocaciones; y no dejéis de reflexionar acerca de esa simpatía de las almas de los muertos por la sangre derramada.

El espiritismo, pues, que fué conocido de tan antiguo y cuya memoria, despues de conocido, fué sepultada en el mismo sepulcro en que lo fuera el paganismo, tiene en contra la presuncion de ser erróneo; porque la verdad, si bien es objeto de ataques y de persecuciones pasajeras, no parece que muere sino para vigorizarse más, no parece que se eclipsa, sino para ostentarse más deslumbradora y resplandeciente.

(1) *De Sacrific. C. Del verdadero culto.*



Pero no nos contentemos con esta presunción, que por convincente que sea, no contentará en manera alguna á nuestros antagonistas. Desmenecemos el espiritismo y estudiémosle en cada uno de sus principales elementos.



## CAPITULO VIII.

### SUMARIO.

Certeza del principio en que descansa el *espiritismo*.—Se estravía al determinar que la *potencia inteligente*, causa de los fenómenos, son las almas de los difuntos.—Absurdos y errores que supone aquella teoría.—Uno de los principales es que el hombre, al venir al mundo, viene sin fin.—Realmente niega al hombre, y negando al hombre niega á Dios.

El *espiritismo*, que descansa sobre el principio cierto ó axioma incontestable de que un *efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente*, se estravía lastimosamente al determinar cuál sea esa *potencia* y al sostener que no puede ser otra que las almas de los difuntos.

Para sacar avante error tan trascendental, se ve en el caso de meterse en el intrincado laberinto de otros mil errores, y en el caos de un núme-



ro igual, cuando ménos, de absurdos que se tocan por todo aquel que tiene la fortuna de conservar un destello de razon.

No es nuestro ánimo examinar uno á uno todos aquellos errores, ni desanemascarar todos estos absurdos. Seria tarea demasiado larga. Entendemos que para demostrar la falsedad de la hipótesis espírita, basta y sobra demostrar que es falsa en su base, sin necesidad de ir siguiendo con el raciocinio el hilo interminable de errores y absurdos secundarios ó de consecuencia.

Elegiremos, pues, los más capitales y los que por la notoria monstruosidad con que se presentan al sentido comun que los juzga y al criterio que los analiza, son más á propósito para engendrar la convicción en la generalidad.

Lo primero que nos ocurre desde luego es que el espiritismo, al presuponer que las almas ó espíritus toman un cuerpo ó encarnan sin más objeto que expiar culpas anteriores, perfeccionarse ó desempeñar alguna misión sobre los mundos, (1) asientan sin quererlo, y acaso sin pensar, que ese ser que llamamos hombre, al venir á la existencia no viene con un fin propio que nunca falta á ninguno de los seres criados,

(1) Allan Kardec. *Le Livre des esprits*. L. 2. C. II.

por inferior que sea el puesto que ocupa en la escala gerárquica de la creacion: que carecen de destino propio, siendo una monstruosa excepcion que no puede cohonestarse con la infinita sabiduría de la primera causa.

La más insignificante de las criaturas, sea cual fuere el reino á que pertenece, ya al mineral, al vegetal ó al animal, ha sido creada y formada para algun fin, es una rueda de la gran máquina del universo; rueda que aislada nos parecerá de poca ó ninguna influencia en el movimiento del conjunto, pero que se relaciona estrechamente con el órden general; y esto aunque la relacion en que está con él no sea desconocida.

Si hubiera un solo sér que existiera sin fin ni destino propios, seria el argumento más poderoso contra la perfeccion sin límites del Hacedor Supremo, porque ese sér habria sido creado sin designio, lo cual no cabe en la suma bondad que hizo buenas todas las cosas, ni en la infinita sabiduría que ordenó el número, el peso y la medida de cada una de ellas.

Los reptiles más inmundos y los insectos más despreciables, si se les estudia sin preocupacion á la luz de la ciencia, no son una excepcion, pues se logra sorprender en su estructura orgánica, en su posicion en el mundo y en sus hábitos y cos-



tumbres, un objeto más ó ménos alto, pero perfectamente encadenado al objeto de los seres que inmediatamente les siguen, los cuales á su vez lo están al de otras criaturas superiores, hasta llegar por sendas secretas y misteriosas al sér de cuyo poder han recibido todos la existencia, y de cuya voluntad tienen que obedecer los mandamientos augustos,

Negar este órden es afirmar el ateismo. Por lo tanto, si el hombre es un sér, debe tener un fin y un destino propios; y la hipótesis que se los negase, seria una hipótesis absurda y sobre absurda, atea.

Ahora bien; ya indicamos que el espiritismo niega al hombre este destino y aquel fin; en consecuencia, por más que nos hable de moral y de religion, por más que en su *credo* reconozca formalmente la existencia de Dios y la necesidad, no de un culto, sino de tantos cuantos puedan imaginarse é inventarse, no hay que creerle. A imitacion del ladrón que nos habla de respeto á la propiedad, y á ejemplo del asesino que se deshace en alabanzas acerca de cuán sagrada é inviolable es la vida de los hombres, desmiente con el hecho lo que erige en dogma con sus palabras.

En efecto, para el espiritismo, el alma ó espíritu es el todo, y el cuerpo es algo todavía; mas por una inconsecuencia injustificable, el hombre, es decir, el compuesto que resulta de la union del alma con el cuerpo, es nada.

El alma tiene para el espiritismo su fin, que es el goce de una perdurable felicidad, y el cuerpo tiene su destino, que es el de purificar el alma sobre la tierra y prepararla por medio de los trabajos y los dolores, al eterno descanso y á los placeres eternos. Pero el hombre, que es sin duda más perfecto que el espíritu separado del cuerpo, y mucho más que el cuerpo separado del alma, no pide, sin embargo, siquiera despues de mil penalidades y fatigas, gozar de la ventura prometida al alma, que le es inferior, ni ser en el plan general del gobierno de la Providencia, al ménos de tanta utilidad como el cuerpo, sobre el que domina con un imperio absoluto.

Porque no se puede dudar que siempre el todo es superior á las partes, y el compuesto más perfecto que los elementos que le componen, y más aún si aquellas y éstos no sufren con la union, como acontece con el alma que es incorruptible, y con el cuerpo que recibe la vida del alma. Nada pierden las partes al unirse, nada



los elementos al combinarse; por lo mismo conservan las perfecciones que separados tenían y adquieren las que pueden venirles de la union, seguros que alguna les ha de venir, pues nada hace Dios sin designio.

Pero los espiritistas asientan, que, si bien el cuerpo gana con la union de alma, el alma pierde mucho de su perfeccion natural al unirse con el cuerpo, sin que por esto dejen de defender, como se ha visto, que el alma se encarna y reencarna precisamente para perfeccionarse. No es cierto que el espíritu pierda una sola de sus perfecciones, uniéndose á la materia, ni menos si esa union se verifica por disposicion de Dios, lo que no se niega, pues Dios no puede permitir que el sér inferior se perfeccione con detrimento del que le es superior en naturaleza. Semejante permission importaria á la larga la destruccion de su obra y argüiria impotencia ó falta de sabiduría.

Además, es un hecho notorio que tanto el cuerpo como el alma se perfeccionan con la union, pues aquella llega al conocimiento de la verdad, en lo que consiste su mayor perfeccion, procediendo de lo singular á lo universal, de lo visible á lo invisible, de lo concreto á lo abstracto; y lo singular, lo visible y lo concreto no se

ponen bajo su jurisdiccion, sino mediante los sentidos, que son partes integrantes del cuerpo. El alma del ciego no tiene idea de los colores, ni la del sordo, de los sonidos, ni la del de paladar enfermo, de los sabores.

En general, el alma no sentiria sin el cuerpo; y si despues de que ha vivido con él, entiende y conoce, es por las imágenes ó especies que conserva separada; imágenes y especies que se le han comunicado por los órganos de los sentidos. El alma, pues, conoce la verdad, se perfecciona, porque ha estado unida con el cuerpo.

Tambien es un hecho, como lo anunciamos, de toda notoriedad, que el cuerpo recibe las perfecciones del alma; no hay mas que observar que recibe la vida; y que la vida es la fuente de sus movimientos y operaciones, que cesan en el instante en que la muerte rompe el vínculo de union de la materia con el espíritu.

¿Cuál es, en opinion de los espiritistas, el fin del hombre? ¿Perfeccionarse? Pero este es el fin de su parte principal, y además, ¿cómo su fin es perfeccionarse, si somos testigos de que al cabo de una existencia más ó menos breve, el hombre deja de ser, se aniquila, y por lo mismo lejos de haber alcanzado la perfeccion mayor, pierde la que le comunicaban el ser y la



union hipostáticas de sus elementos? Téngase presente que hablamos del hombre tal cual la suponen los espiritistas, que le niegan la inmortalidad, atributo que reservan únicamente para el espíritu.

Dado que en la transitoria vida que se le concede adquiriese alguna perfección, no sería en verdad la que en fuerza de su naturaleza le corresponde, porque siendo superior, como todo, á las partes que le constituyen, su fin debería ser más elevado que el del alma y que el del cuerpo; en consecuencia, derechos mejores que aquella en su aislamiento, tendría á una vida de perdurable perpetuidad. Esto dice la razón, esto enseña el dogma católico, precisamente lo contrario de lo que dice y enseña el espiritismo.

El hombre es el término de la creación. Veámosle si no dominando la naturaleza, haciéndola servir á sus gustos é inclinaciones; veámosle dominarse á sí mismo y muchas veces dominar á sus semejantes, por la fuerza, y por el genio, ó por el talento, ó por la virtud. Su ascendiente es irresistible.

El hombre es el eslabon que uné los dos mundos; su naturaleza mixta, permítasenos la expresión, revela muy claramente cuáles fueron los designios de Dios al formar su cuerpo de la

tierra y al infundirle el misterioso soplo de la vida. Puede decirse con Santo Tomás que todas las criaturas del universo se encuentran en cierto modo en él. [1] Lo claro y evidente de esta verdad hizo pronunciar á la filosofía pitagórica esta bella y sublime frase: *el hombre es un pequeño mundo en el grande mundo*, que despues una filosofía más elevada ha convertido en esta otra, que la aventaja en belleza y sublimidad: *el hombre es otro mundo, grande en el pequeño: alterum quemdam mundum: in parvo, magnum.* (2)

Los destinos, pues, de tan poderosa criatura deben ser más altos que los de todas las que llenan el universo; y sin embargo, el espiritismo le mata cuando apenas empieza á vivir y le cierra las puertas de la felicidad á que constantemente se siente arrebatado. Repetimos que hablamos del hombre, y no del alma ni del cuerpo separados, que no constituyen solos el hombre.

No se niega que el hombre fué criado como lo fueron todas las cosas. Pero el espiritismo, sin negar este hecho, lo explica diciendo, que primeramente fué criada el alma, la cual, habiéndose

(1) *Summa Theológica. P. 1.º Q. XCI. Art. 1.º*

(2) *San Gregorio Nariaceno,*



dose sustraído á la obediencia de la ley, se hizo acreedora á un castigo; y entónces fué hecho el cuerpo, con el fin de encerrarla en él, para que expiase con el sufrimiento la culpa cometida.

Semejante explicacion es absurda y establece una excepcion que no se justifica. "Dios vió que todas las cosas que habia hecho eran buenas," se lee en el Génesis. Y aun cuando nos faltara este oráculo divino, la razon nos persuadiria lo mismo, pues un Dios bueno no puede crear ni hacer cosas que no sean buenas. Dios ha creado los séres espirituales y los materiales para comunicarles su bondad soberana, y no para castigar el pecado, que fué posterior á la creacion. Era necesario suponer, por otra parte, que tenia necesidad de una nueva criatura para que pudiera ponerse en ejercicio el atributo de su justicia; y suponer tambien que no habia logrado su objeto, una vez que, prescindiendo de los verdaderos felices que practican la virtud y no son pocos en la tierra, ¡tantos otros no se juzgan tales á pesar de las cadenas con que se les ve ligados! ¿Qué género de castigo seria este que engrie y contenta tanto á quienes le sufren? Suponed ambas cosas ó una sola, pero no habéis en seguida de Dios, que no se concibe sino omnipotente en grado infinito y sábio é infal-

lible en todos sus designos en el grado más alto de sabiduría y de infalibilidad.

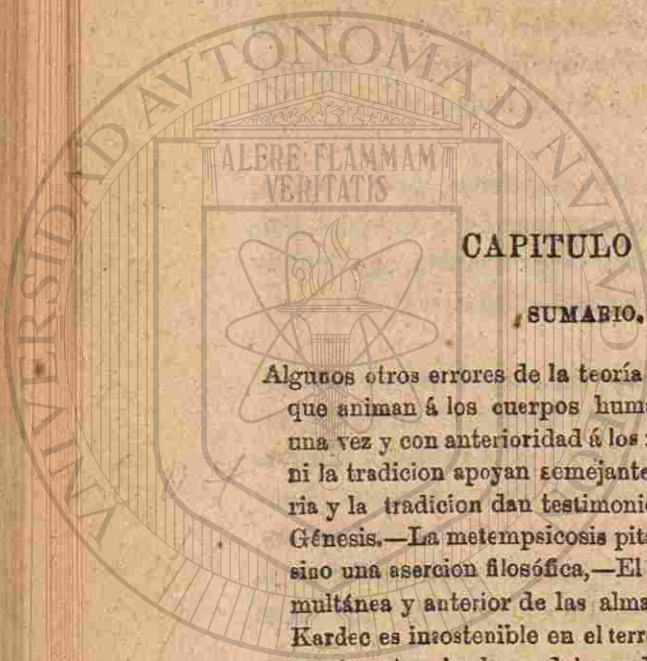
Y no digais, para romper el círculo de hierro que tan fuertemente os oprime, que el hombre es el alma, porque de Scyla ireis á parar á Caribdis.

El hombre es el sér que piensa, vive y siente; y el alma sola no siente, porque la vida del sentimiento depende de la organizacion, no puede nacer ni desarrollarse sin el auxilio de los sentidos.

El hombre es, pues, un sér, el primero de todos los seres criados que llenan el universo, superior al alma ó espíritu que le anima, y al cuerpo que le comunica con el mundo exterior, porque siempre el todo es superior á las partes, pues las comprende, y sobre comprenderlas la union le da la personalidad que ni la una ni el otro tienen separados.

El espiritismo, que á un ser que ocupa tan elevado puesto le niega un fin proporcional, niega en realidad al hombre, y niega tambien á Dios que nada cria sin designio ni sin destino; y la doctrina que descansa en semejantes negaciones, no puede ménos que ser falsa y absurda.





## CAPITULO IX.

### SUMARIO.

Algunos otros errores de la teoría espiritista.—Las almas que animan á los cuerpos humanos fueron criadas de una vez y con anterioridad á los mismos.—Ni la historia ni la tradición apoyan semejante afirmación.—La historia y la tradición dan testimonio de lo contrario.—El Génesis.—La metempsicosis pitagórica no era un hecho sino una asercion filosófica.—El error de la creacion simultánea y anterior de las almas, defendido por Allan Kardec es insostenible en el terreno de la filosofía.—Armonía entre las leyes del mundo de los cuerpos y del de los espíritus.—Unidad y variedad.—La creacion sucesiva de las almas corresponde á la reproduccion de los cuerpos.—Lo que es el hombre segun Allan Kardec.—Consecuencia de la importante confesion que se le escapa.—La union del alma y del cuerpo en el hombre, es sustancial y natural.

No concediendo el espiritismo al hombre fin y destino propios, poniéndole aun abajo de la

materia, da un golpe de muerte á la dignidad humana, que sin embargo, es el más esquisito de los sentimientos que radican en el corazon, una especie de idea innata, por decirlo así, un verdadero instinto, que resplandece y se manifiesta en los hombres cultos y civilizados, así como en los salvajes y bárbaros.

No concebimos, en vista de esto, cómo hay hombres que, teniendo á gloria y distincion insignie, pertenecer á la humanidad, arrebatan á ésta lo que más la sublima y enaltece. No se explica tamaña anomalía, sino suponiéndoles víctimas voluntarias de una incurable ceguera, ó presas de delirio ó de locura.

Continuando ahora en nuestro propósito de sacar á la vergüenza pública algunos de los muchos errores y absurdos de la doctrina espírita, no podemos ménos que detenernos en el que, por prioridad de tiempo y de razon, se nos ofrece al exámen, y es la primera piedra del edificio de la magia. Nos referimos al error que como verdad inconcusa se sostiene por los discípulos de Allan Kardec; y es este, que las almas de los que viven y de los que murieron, fueron criadas con anterioridad á los cuerpos que animan, y que ántes de animarlos han disfrutado de una



existencia más ó ménos pura. (1) Este error, que era el alma de la filosofía pitagórica, produjo en la antigüedad pagana la degradación moral de gran parte de la especie humana, y en los primeros siglos del cristianismo, la caída de una de sus más resplandecientes lumbreras, á pesar de ser él tan fácil de ser reconocido.

¡Terrible lección para los que abundando en su opinión, es decir, divinizando la soberbia, se abandonan al libre exámen y sacuden todo yugo! Ellos serán, como Orígenes, juguetes de sí mismos, y, al resistir la verdad que les haría libres, rendirán pleito homenaje al error que los esclaviza y encadena.

Conforme á esta opinión, todas las almas de los hombres, desde el primero que existió hasta el último que existirá, han sido criados de una vez en el principio de los tiempos. Como se ve, se trata de un hecho no cualquiera, sino de un hecho que es nada ménos que el acto de un sér que en el obrar es soberana é infinitamente libre, y en quien la necesidad, la coacción y la violencia no se conciben. En su carácter de hecho, su conocimiento debía venirnos de la histo-

(1) Léase el Cap. 5º, Lº Allan Kardec. *Le livre des esprits.*

ria ó de la tradición. Poco significan en materia de hechos los argumentos, si no es cuando, como auxilieres, forman el honorable cortejo de aquellos dos maestros de la verdad.

Ahora bien, el espiritismo, que va conforme con la doctrina católica en cuanto á que afirma la creación de las almas, se aparta de ella en cuanto al tiempo en que tuvo lugar aquella creación. El primero asegura que fueron criadas desde el principio, y la segunda que después de haber sido formado el cuerpo que deben animar. De qué parte se encuentra la verdad, de qué lado milita la razón, no es difícil adivinarlo.

Lo que por lo pronto es indudable, es que la historia y la tradición favorecen y apoyan las afirmaciones católicas, declarándose con esto solo en contra de las afirmaciones espíritas. El Génesis, considerado no ya como obra escrita bajo la inspiración de la Divinidad, y por lo mismo base sólida y oráculo infalible, sino como obra meramente humana que ha pasado por el crisol de la crítica de cerca de cuarenta siglos y de más de cien generaciones, nos basta para asegurarlo. Así considerado, nadie le negará lo que concede á historias ménos autorizadas, la fuerza para probar la certidumbre de sus rela-



tos. Este libro, pues, refiere en sus primeras páginas, que Dios, después de haber criado los cielos, los mares y la tierra, y todos los seres que se mueven en ellos y todo lo que les sirve de ornamento, formó de lodo el cuerpo del hombre, y después de formado, crió el alma por medio de la inspiración de su soplo vivificante (1). Esto, que en el Génesis es textual y expreso, se halla también en las tradiciones de los primitivos pueblos, tradiciones que á pesar de las revoluciones del tiempo y de los trastornos y cataclismos sociales, ha permanecido viva é incorrupta en el fondo. Sería curioso un estudio sobre el particular; pero no lo acometemos, porque no lo juzgamos necesario, pues parece que los espiritistas, si bien se toman la libertad de interpretar á su manera los libros sagrados, no niegan su autenticidad ni su verdad, supuesto que, como se verá después, no pocas veces presumen fundar en ellos sus erróneas doctrinas.

Ahora bien; ¿pueden los espiritistas autorizar sus afirmaciones relativas á la creación anterior del alma en algún pasaje del gran libro que cuenta los orígenes de las cosas? ¿Son capaces de autorizarlas, siquiera sea con las tradiciones primitivas y universales? ¿Las historias profa-

(1) Gen II, 7.

nas, la mitología, cuando ménos, contienen algo que atenúe ó disculpe su temeridad?

A buen seguro que si se mirasen favorecidos por ellas, las menospreciasen y no las exhibiesen con el fin de hacerse más fácilmente de prosélitos. Allan Kardec cree encontrar apoyo á su teoría en la metempsícosis pitagórica, que sin embargo refuta con poderosos argumentos (1). No deja de ser original querer que sea cimiento de lo que se intenta persuadir que es verdad, una cosa que se convence de falsa.

Además, la metempsícosis de Pitágoras era un ramo de todo un sistema de filosofía; jamás aspiró á hacerse pasar por un hecho histórico, cuya existencia acreditaran los documentos escritos y la tradición.

Las afirmaciones católicas, pues, están bajo este respecto en una posición más ventajosa que las espíritas. Son, cuando ménos más probables, consideradas á la luz de la tradición y de la historia. El hombre de juicio y de criterio no podrá optar por las segundas, sin mostrar en esto mismo que ha perdido el uno y extraviado el otro.

Pero borremos, demos por no escritas en el libro de los libros las palabras que deciden,

(1) *Le Livre des esprits*. L. 2<sup>o</sup> c. 11, pár. 611.



para nosotros sin apelacion, el punto que se debate. Midamos nuestras armas con nuestros contrarios en opiniones en el terreno filosófico. Demostremos una vez más que la razon, esa Argos de cien ojos del libre exámen, ve ménos que la fe, esa *ciega* tan vilipendiada, del catolicismo.

No dejamos de ver algo de impropio y de inarmónico en esa creacion anterior y simultánea de todas las almas. Se nota cierta conformidad entre las leyes que rigen el mundo de los cuerpos y entre las que gobiernan el de los espíritus; conformidad que para nosotros nada tiene de extraño, pues habiendo salido todo lo que existe del seno de la *unidad*, no debe haber sido para perderse en las múltiples sendas de la *variedad*, sino para llegar, despues de haberlas atravesado, á la *unidad*, que fué su principio y ha de ser su fin. Así los rios, despues de dar vuelta á la tierra por montañas, llanuras y precipicios, tienen que ir á parar en el oceano que los formó con el caudal inagotable de sus aguas.

Esa conformidad y armonía entre aquellos dos mundos existe y es una consecuencia de la infinita sabiduría y de la prodigiosa simplicidad del que hizo de la nada todas las cosas con una sola voluntad, con una sola palabra.

Observemos ahora lo que pasa en el mundo de los cuerpos; la ley de la reproduccion es en este una ley general; todo se reproduce continuamente en la naturaleza física, si bien varía la manera de reproducirse, segun las condiciones de existencia de los tres reinos. Cada año tenemos nuevas flores y nuevos frutos, que realmente pueden considerarse como nuevas creaciones.

Si las almas fueron criadas de una vez y desde el principio, es claro, que no pudiendo reproducirse á manera de los cuerpos, esas nuevas creaciones, que en el mundo físico son un brillante y continuo testimonio y como pregoneros cotidianos de la fecundidad y omnipotencia divinas, faltarian en el mundo de las inteligencias; y esto, no obstante la superioridad incommensurable del segundo sobre el primero.

Viceversa, supuestas las nuevas creaciones en el mundo intelectual, la conformidad y armonía entre las leyes del uno y las del otro, quedan establecidas desde el instante en que se reconoce como cierta la creacion sucesiva de las almas. La doctrina católica es más filosófica que la espírita, porque camina por el mismo rumbo que la naturaleza, porque previene los absurdos que de la teoria contraria se seguirian, en



vista de la sabiduría, omnipotencia, simplicidad y fecundidad infinitas del Hacedor supremo.

Es necesario, para dar el *exequatur* á este sistema, vejez exhumada de entre los escombros, por el siglo XIX tan dado á la geología, suponer, tener como inconcuso que el hombre no es un sér aparte, un compuesto de espíritu y de materia, ó cuando ménos que no es un compuesto sustancial, sino que la union de que resulta es en ese todo, accidental y casual, no radical ni necesaria. Pero ¿quién osara decir qué el hombre no es un sér aparte ni un sér compuesto de alma y cuerpo? El director de los círculos espiritistas de esta capital, el pontífice de la Iglesia espiritualista mexicana, el tantas veces citado Allan Kardec, no se atreve á tanto; sus discípulos que han formulado su *credo filosófico, moral y religioso* con fundamento en las obras del maestro, no se atreverán tampoco. Y bien, este se expresa así en uno de sus libros. "El hombre es un sér aparte, dice, que se abate en sumo grado algunas veces, y que otras puede elevarse á grandes alturas. Físicamente considerado, el hombre es como los animales y ménos provisto que muchos de estos, á quienes la naturaleza les ha dado todo lo que el hombre se ve forzado á *inventar con su inteligencia*, para sus necesidades

á su conservacion. Su cuerpo se destruye como el de los animales, es cierto, pero su espíritu tiene un destino que él solo puede comprender, porque él solo es enteramente libre." (1)

Así, pues, el hombre, por confesion contraria es un *sér aparte, un compuesto de cuerpo y de espíritu*. Si ambas cosas son ciertas, implícitamente se reconoce que es un compuesto sustancial; una sustancia que no es ninguna de las otras, pues no significan otra cosa en el lenguaje de la ciencia estas palabras: *un sér aparte*.

En consecuencia, la union de los elementos de que se forma, no es accidental [ni causal], sino natural; y siendo natural, debe existir desde el momento en que las partes del todo vienen á la existencia; y la una no puede existir, se entiende naturalmente, siquiera sea un segundo, con independencia de la otra. De manera que, ó el alma es criada actualmente para animar el cuerpo que de presente se produce, ó no existe. Esto último tiene en su contra la conciencia, la voz interior de toda la humanidad.

(1) *Obra citada, L 2ª Cap. XI. pa. 59.*



rumpa, no caprichosamente, sino llevada por altísimas razones de justicia. Acometamos la demostración, valiéndonos del rigor lógico de esta disyuntiva. No cabe medio, ó la unión es natural ó violenta; porque lo que pasa en el mundo tiene lugar, ó á virtud de los esfuerzos de la naturaleza ó de esfuerzos contrarios; y todo esfuerzo contrario es una violencia; y toda violencia es accidental; y todo lo que es accidental es posterior á lo que es natural y no afecta como ley general á la especie. Sin embargo, se nota que la unión del cuerpo y del alma es de toda la especie humana, general á esta en conjunto y á los individuos separados, sin ella ni unos ni otra se conciben; luego no es accidental, luego es natural.

Mezclad una sal y un ácido, y sin más que esto se producirá la nueva sustancia formada de los dos, á virtud de la infalible ley de la naturaleza. Fórmese un cuerpo y criése una alma, y se habrá criado el hombre, siguiendo la misma inmutable ley.

Lo que convence hasta la evidencia, si es que semejante criterio existe, que la unión del alma con el cuerpo es natural y no violenta, sustancial y necesaria, y no accidental y casual, es el argumento que vamos á exponer en seguida y

## CAPITULO X.

### SUMARIO.

*(Continuacion del asunto anterior.)*

Demostración directa de que la unión del espíritu y la materia en el supuesto humano es natural y permanente, sustancial y necesaria.—El hecho de la generación y de la unión del alma al cuerpo engendrado.—El alma no se une al cuerpo por disposición natural de Dios que la ha criado.—Los que afirman que tal sucede niegan á Dios la omnipotencia, la independencia y la santidad.—Arbitraria diferencia entre la generación del hombre y los otros animales.—Consecuencia de Pitágoras.—Diferencia de los sexos.—Ella es la base de la generación.—Otras consideraciones.

Directamente se puede demostrar que la unión del espíritu y de la materia en el hombre es natural, y por lo mismo permanente, si no hay una causa superior á la naturaleza, que la inter-



que estriba en el hecho de la generacion, fuente de donde ha brotado, brota y brotará de una manera invariable el torrente caudaloso de la especie humana, desde el principio del mundo hasta nosotros, y desde nosotros hasta el fin de las tiempos.

El hombre en su carácter de ser contingente, de que nunca podrá despojarse, es con respecto á la causa que le dió la existencia un efecto, en la rigurosa acepcion filosófica de la palabra. "Y un efecto, dice un gran metafísico, que resulta del concurso de dos voluntades, que no se han puesto de acuerdo en sí mismas, es puramente casual." (1) Mil ejemplos pudieran aducirse en comprobacion de tan explorado principio. Dos músicos, tomando cada cual su instrumento, que á la vez y sin prévio concierto, comenzasen á sonar unas mismas armonías, no podian atribuir más que á la casualidad tan inesperada coincidencia. Un acreedor, que deseando hacer alguna adquisicion, se dirige á la plaza pública, y con lo primero que tropieza es con su deudor, en cuyo encuentro no pensaba, no podía extimar sino como fortuita la ocurrencia tan conforme con sus deseos.

(1) Santo Tomas. *Summa contra gentes* L.º 2.º C. 83.

Ahora bien; ninguna relación ni mucho ménos relacion necesaria, hay entre la voluntad que determina al padre al acto del cual depende la generacion del cuerpo, y entre la voluntad del alma separada, que quiere unirse al cuerpo, cuya formacion se opera de presente. Luego si la union entre una y otro se verificara, no podía considerarse la union, sino como meramente fortuita, y nada tenia que influir en ella la naturaleza; lo cual es absurdo y contrario á la verdad, supuesto que la especie humana se propaga y se ha propagado siempre de igual suerte y segun leyes que nunca varian.

Decir que, á pesar de esto, la union no es natural, sino accidental y casual, es faltar á la ideología; pues si accidental es lo que no se sigue necesariamente á un acto, y casual lo que raras veces acontece; siendo, por otra parte, la produccion del hombre un efecto que se sigue necesariamente á la generacion, salvo algun obstáculo proveniente de causa extraña, y aconteciendo en todas ocaciones, llamarla casual, seria llamarla con una palabra que léjos de representar la idea que de ella se tiene en fuerza de los hechos, la contrariaría.

Como casual se reputaria, por ejemplo, que de varios caracteres de imprenta arrojados de



lo alto resultase formado un trozo, siquiera fuese del poema "Moisés," de Víctor Hugo, ó del Paraíso de Milton; porque si tal llegara á suceder, sucedería una, dos ó tres veces á más conceder, pero no siempre que se intentara. Fortuita sería, si deseásemos sucesos ménos inesperados y sorprendentes y que no entren en el círculo de lo moralmente imposible como el anterior, que por espacio de treinta días consecutivos apareciese el arco iris en un mismo punto del horizonte.

Pero como al acto de la generacion se sigue siempre la produccion del sér que se llama hombre, no puede reputarse esta como fortuita.

Comprendiéndose toda la fuerza que entraña el argumento que desarrollamos, se recurre por algunos al efugio de afirmar, que el alma no se une al cuerpo, impelida por su propia naturaleza ni determinada por su propia voluntad, sino por disposicion actual de Dios que la ha criado.

Los espiritistas que, como se ha visto, aseguran que la mansion del espíritu en la materia es un encierro en que aquel está compurgando una pena, una prision por medio de la cual expía culpas anteriores, son partidarios de tal opinion, que viene á tierra sin más que tomarse

el trabajo de considerarla por un momento, de teniéndose en ella unos cuantos segundos.

En efecto, aquellos sacerdotes de la mágia creen que por la voluntad de Dios justifico el alma es encerrada en el cuerpo y unida con él. Los artículos 12º, 13º, 17º, 20º y 21º de su credo nos dispensan de toda demostracion á este respecto (1).

No reflexionan que con esa teoría hacen un Dios en quien se buscaria en vano la infinita perfeccion, sin la cual no se concibe. Y así es en realidad. A ser cierto todo lo que se supone, resultaria: que Dios estaba en espera del momento en que al hombre se antojase consagrarse al acto, condicion indispensable para la generacion, de que nacen, como de única fuente, todos los individuos de la especie humana, para decretar el encierro del alma: que aplazaba, obligado por una fuerza que no le era dado resistir, la pena con que se proponia castigar á los espíritus rebeldes: que sin la voluntad humana no podia cumplirse la voluntad divina. Por poca perspicacia que se tenga, no hay inteligencia que no vea en todo esto, absurdos de primera magnitud, que no se sospechan, sino que se palpan.

(1) *La Ilustracion Espirita*. N.º 14, año de 1872



¿Dios no podía castigar de la manera que lo había dispuesto luego, sino que estaba obligado á suspender la ejecucion de su decreto hasta que pluguiese al hombre prestarle su ayuda? Entónces negais á Dios la omnipotencia. ¿podía, pero no lo quería? Entónces arrebatáis á su mano el rayo de la justicia.

Por otra parte, no estais viendo que el hombre, tal cual le suponeis vosotros, es un sér miserable, un criminal que trata ó acaso ni de esto, de purificarse con la expiacion, ¿cómo subordináis la voluntad divina á la voluntad de un sér tan abyecto y tan degradado? Subordinándola de esa suerte, quitais á Dios la independencia como le habeis quitado ya la omnipotencia y la justicia. Y un Dios esclavo, un Dios impotente, un Dios injusto, ¿es un Dios infinito en todo género de perfecciones? Que responda vuestra conciencia; la de la humanidad ha respondido ya.

Tanto es el atrevimiento ó ceguera de estos desgracia los hijos de la supersticion, que no perdonan, á trueque de apuntalar, que no de fundar su sistema, á la santidad divina. Y no la perdonan, pues hacen cómplice á Dios de tantos crímenes como muchas veces se cometen por los hombres que se propagan. No siempre lo ha-

cen segun el órden natural ni con el respeto debido á la virtud. ¿Qué decimos? Esa corrupcion que ha sido el cáncer de la mayor parte de los siglos y que es la pústula infecta del siglo actual ¿de dónde proviene? La inclinacion natural se extravía, y extraviada, hunde al hombre en el más asqueroso cieno. ¿Que distancia no media entre el esposo, sacerdote en el templo de la familia, y entre el cínico libertino, demonio tentador de todas las virtudes, de todas las reputaciones y de todos los nombres! ¿Qué diferencias no separan á ese numeroso coro de vírgenes, que son la honra y la gloria de la tierra, de aquella caterba que corre tras de la prostitucion con un ahinco parecido al frenesí, que rinde culto á todas las inmundicias, es el corrompido foco de todas las pestilencias, y el deforme tipo de todas las degradaciones; la del cuerpo, la del espíritu y la de la conciencia!

Sin embargo, en todo esto haceis intervenir á la Divinidad, sin arrancaros la lengua con que tales cosas decís, sin cortaros la mano con que escribis tan enormes blasfemias.

¿No es natural la union personal del alma con el cuerpo humano, sino el resultado de una sentencia condenatoria dada por el criador contra la criatura? La generacion que se presupone,



tampoco lo es entónces. Es fuerza tener siquiera consecuencia. Y ahora preguntamos ¿lo es la generacion de las varias especies de animales que se producen desde el principio sin variacion alguna, y son gala y adorno del Universo, ¿Sí? pues ¿por qué estableceis una arbitraria diferencia entre el género animal y el hombre que es una de las especies contenidas en ese género? ¿No? pues, la naturaleza no existe; es una palabra vana, una quimera; siendo así que si no de la misma suerte, si de una manera análoga y semejante, podria discurrirse con respecto á la reproduccion de los seres que entran en el territorio jurisdiccional de los reinos vegetal y mineral.

Pitágoras y sus discípulos que defendian la metempsícosis, no como la defienden los espiritistas, limitándola á uno solo de los reinos de la naturaleza, sino extendiéndola á todos, eran cuando ménos, lógicos y no huian el cuerpo á la consecuencia, por absurda que fuese. En efecto, ellos hacian pasar á las almas por todas las especies de cada uno de los reinos; y no habia cuerpo que en concepto suyo no estuviera animado. Pero los espiritistas se detienen en las fronteras del reino animal, y no se atreven á salvarlas, sin reflexionar, que si la escala de per-

eccion, por que hacen pasar sucesivamente á los espíritus, es razonable en aquel, no puede dejar de serlo en los otros dos.

La diferencia de los sexos es un hecho constante y que hasta ahora se ha tenido por conforme con la naturaleza. Tal diferencia es la base de la generacion; y el hombre sin ella no podria venir jamas á la existencia. El fin de esa diferencia es, á nadie se oculta, la reproduccion de la especie humana; y siéndolo, una y otra están en el mismo orden natural. ¿O tambien la diferencia sexual constituye una pena? ¿Por qué entónces no se establecieron diferencias en mayor número, en que cupieran tantos grados como indudablemente los hay en las culpas que se castigan?

No; la union del espíritu y la materia que constituye al hombre, es una obra de la omnipotencia, no un fallo de la justicia de Dios.

Los argumentos acuden en tropel al entendimiento. Se experimenta grande dificultad en decidir á cuál deba darse la preferencia. Si Dios crió las almas separadamente del cuerpo y con anterioridad, y las unió despues para castigarlas, es claro que esta manera de existir es la mas conveniente y la única natural, Trocarla seria alterar el orden establecido; y si el hom-



bre con su rebelion le altera en su perjuicio, en daño de sus semejantes, y con ofensa del Supremo Ordenador, Dios no lo podria alterar nunca, porque nunca podria quererlo. Dios no es como el hombre miserable, que quema lo que ayer adoró, y adora lo que ayer quemó. Inconmutable y eterno, su voluntad es siempre la misma.

Además, el orden establecido es un orden de perfeccion y de progreso; Dios puede levantar á los seres que crió á un estado superior, pero no hacerlos descender, y descenderian por disposicion divina las almas, si su manera de existir más natural fuera la que se supone, al ser encerradas en las prisiones del cuerpo.

Si los espíritus no retrogradan por sí mismos, sin duda porque tienen horror al retroceso que aleja de la perfeccion, ¿cómo se quiere que Dios que es la perfeccion misma, los obligase á retrogradar.

Reflexionen todavía los espiritistas sobre los monstruosos absurdos que se deducen de sus teorías.

Hé aquí algunos de los muchos que pudiéramos considerar más detenidamente; pero que en gracia de la brevedad, nos limitamos solamente á indicar.

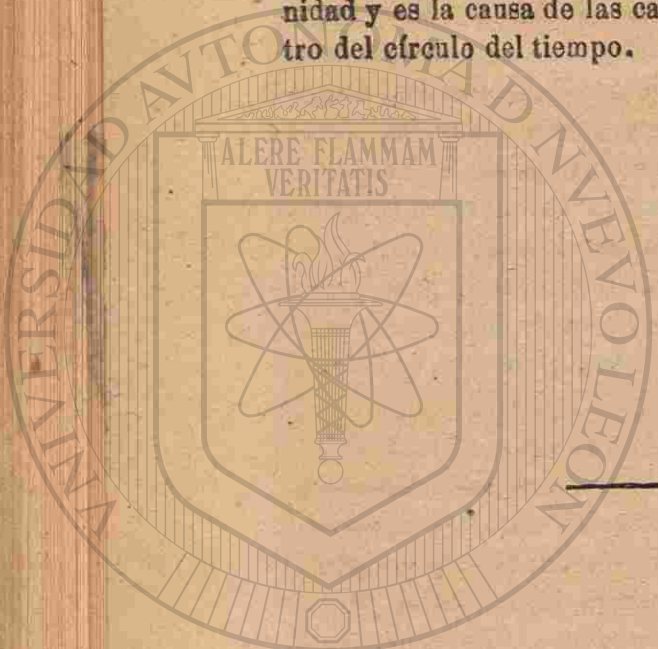
Los cuerpos que se reproducen para ser destruidos en seguida, están en el último grado de la escala gerárquica de los seres. El cuerpo animado por un espíritu, es decir el hombre, ocupa el primero; consecuencia absurda, luego Dios se conduciría, respecto de sus obras, como nunca se conduce el hombre miserable respecto de las suyas; ennobleceria sus obras inferiores con detrimento de las que le son superiores en naturaleza. ¿A qué hombre ocurrió jamas cortar un pedazo de traje nuevo para surcírsele al viejo y reparar las averías hechas en él por el tiempo?

La union del alma con el cuerpo ¿está en la intencion de la naturaleza ó no? Lo primero es lo cierto: porque, como se ha visto, tal union es el termino de la generacion. Si está en la intencion de la naturaleza, es un bien natural; y un bien natural nunca es una pena, pues precisamente lo que caracteriza, lo que forma la esencia de la pena, es su oposicion á un bien natural cualquiera.

Terminemos este punto, y convengamos en que la teoría que supone la creacion de las almas anterior á los cuerpos, de que son la forma sustancial, es una teoría absurda en sí misma, y en sus consecuencias mucho más, supuesto que



implícitamente niega la perfección infinita de Aquel que existió por sí mismo desde toda eternidad y es la causa de las causas que obran dentro del círculo del tiempo.



## CAPITULO XI.

### SUMARIO.

Los absurdos de la *reencarnación* y de la *erraticidad*.—El alma no tiene conciencia ni conserva memoria de una existencia anterior; y debía tener aquella y conservar esta, si la teoría espírita fuera verdadera.—Las reencarnaciones sucesivas son la negación de la personalidad del alma.—En qué consiste esa personalidad.—Aplicación de su concepto á las reencarnaciones.—Las reencarnaciones consideradas bajo el punto de vista de la imputabilidad moral.

Si la creación de las almas humanas, tal cual se supone en la hipótesis espírita, es insostenible, no lo es menos el otro error que la sirve también de fundamento. Nos referimos á las diferentes vidas porque sucesivamente se hace pasar á los espíritus, que ó bien andan errantes por los espacios y por mundos imaginarios, en-



vueltos en la ligera corteza ó envoltura de su *periespíritu*, ó bien por medio de la reencarnación bajan á encerrarse en los cuerpos por un término más ó ménos largo, para volver en seguida á su *erraticidad*; luego á nuevas prisiones; y así indefinidamente por *largas eternidades*.

Este principio fundamental del espiritismo, no es otra cosa más que la enmohecida trasmigración de las almas, la *metempsicosis* pitagórica recortada un tanto, con el fin de hacerla pasar más fácilmente y con ménos repugnancia en un siglo que se entretiene con otro género de quimeras. Las reencarnaciones son, hasta cierto punto, una consecuencia de la creación y existencia anterior de las almas con respecto á los cuerpos que animan, no resisten como éstas el exámen, y aparece cuánta es su vanidad, como principio filosófico, á la primera ojeada de la razón.

La simple enunciación repugna á los más vulgares entendimientos, á los ménos ejercitados en materia de filosofía. El mismo instinto animal la rechaza como indigna y absurda. La conciencia, ese destello de infalibilidad, ese incorruptible testigo que habla siempre con verdad y con franqueza al interior de todos y cada uno de los individuos de la especie humana, protesta

contra ella con la más incansable insistencia y la más vehemente energía.

Francamente cualquiera hombre de los que exista en la actualidad, á quien se le quisiera persuadir de que ántes de ahora habia tenido una, dos, tres ó más existencias, reiría y no podría ménos de creer que estaba trastornado el cerebro de aquel que tan seriamente le procuraba convencer; tomaría semejante revelación por un juego ó por el síntoma de la más rara de las locuras. ¿Quién tiene conciencia de haber existido alguna otra vez en diferentes mundos y en cuerpos distintos? ¿Quién guarda memoria si quiera sea vaga y confusa, de haber muerto una sola vez? ¿Quién pudiera decirnos lo que se siente en los momentos en que se verifica la separación del espíritu y de la materia? Y sin embargo, alguna idea debia quedar de hechos tan positivos, á ser cierta esa multitud sucesiva de existencias; esa cadena de muertes que no tienen un número fijo y determinado.

El globo terrestre trasmite á los presentes siglos y transmitirá á los siglos por venir la noticia de su existencia primitiva, de su formación y de sus revoluciones, siendo otros tantos monumentos de aquellos acontecimientos geológicos la diversidad de capas superpuestas desde el



*alluvium* hasta los terrenos primitivos. El conchífero, el exquisito cobrizo, los asperones rojos, etc., son los caracteres con que está escrita la historia de la tierra.

El soldado que combatió acredita su ardimiento y sus hazañas con las mal cerradas cicatrices que muestra en los diversos miembros de su cuerpo.

Solamente el alma, que es el centro de la vida, que sobrepuja en excelencia al cuerpo, de que es la gobernadora, y al universo todo, de que es la reina, nada guarda en los profundos depósitos de la memoria, nada conserva en las regiones infinitas del pensamiento, nada esconde en los abismos insondables del corazón, que recuerde hechos pasados, en la otra vida, atestigüe verdades conocidas en otra existencia, y suscite sentimientos que haya abrigado antes de la vida y existencia que actualmente lleva.

Recordamos la infancia en la juventud, la juventud en la virilidad, la virilidad en la ancianidad y la ancianidad en la decrepitud, sin olvidar en ninguna de estas edades sucesivas la más remota ni la más próxima; y esto aun cuando las enfermedades ejerzan en nosotros su influencia perniciosa. Los mismos locos en sus delirios, recorren con la memoria todos esos di-

versos períodos de la vida, más ó menos ordenadamente, y cuentan los varios sucesos que á ellos se refieren, con más ó menos claridad, con más ó menos precisión.

¿Por qué el alma hace todo esto, tratándose de la existencia presente, y nada respecto de las otras vidas que se la suponen? Su inacción en este sentido, y su ignorancia absoluta é invencible, son un argumento poderoso y sin réplica contra la opinión de los que la atribuyen un origen y una historia, de que no tiene ni puede tener conciencia.

O qué, el alma con la separación del cuerpo, en la existencia anterior, perdió no solamente la materia de que aquel se formaba, sino también la conciencia de los actos que le son propios, la conciencia que no es otra cosa que el alma conociéndose á sí misma por medio de sus operaciones? Esto no se concibe, no hay razón para imaginarlo.

Supongamos la multiplicidad de existencias; por grande que sea el número de ellas, no sería ni podía ser parte á destruir la personalidad del alma.

Esta sería radicalmente la misma en la primera, que en la segunda, que en la cuadragésima quinta reencarnación. Siendo la misma, se-



ria una, seria indivisible. Y lo mismo que se da cuenta de la última, se la daría de las que precedieron; pues de otra suerte su personalidad no sería una ni indivisible, ni consiguientemente la misma.

El sistema de las reencarnaciones es, si se le examina con despreocupación, la negación de la personalidad del espíritu, que por otra parte se defiende como una verdad inconcusa por sus propugnadores.

¿En qué consiste la personalidad que tiene el hombre y de que carecen los seres irracionales y los inanimados? El hombre, á diferencia de éstos, se conoce á sí mismo, entiende que debe seguir una ley y vislumbra los altos destinos á que la observancia de esa ley le va acercando poco á poco. Para él no son indiferentes todas las operaciones, sino que unas le honran y le hacen estimable, y otras le inflaman y le hacen aborrecible; para él la imputabilidad moral es ineludible. Así podía sepultarse en las profundidades del Océano y en las entrañas de la tierra; allí sentiría el juicio de Aquel sér para quien nada hay oculto y que penetra hasta en las más recónditas intimidades: allí se juzgaría acreedor á premio, despues de haber practicado

una buena acción, y digna de castigo despues de haber hecho un acto malo cualquiera.

La personalidad del alma es el cimiento de su dignidad y la piedra angular de su grandeza. Conocerse á sí mismo por medio de sus actos, juzgarse por medio de su conciencia, es una gran virtud que supone un inmenso poder y una elevada gerarquía. Su independencia y su libertad son indisputables; y su independencia y su libertad, no son otra cosa más que su grandiosa, incomunicable, ininterrumpible y perfecta personalidad. Ese *yo*, sentido y conocido, que no han podido oscurecer las vagas sombras de la filosofía alemana, que ha basado todos sus sistemas en él, es la expresión intuitiva de la personalidad. Todo el que puede decir *yo*, no se concibe, sino siempre como se siente. *Yo*, decimos cuando niños; *yo*, cuando jóvenes; *yo*, cuando ancianos; pero el *yo* de la infancia, no se distingue del *yo* de la juventud, ni del *yo* de la ancianidad. Más ó menos perfecto por el desarrollo y el progreso que es la ley de las inteligencias; mas ó menos rico con el tesoro de verdades que no deja de acrecentar, siempre es el mismo. Estas diferencias accidentales, no tocan la esencia del *yo*, que permanece invariable.



Ahora bien; este *yo* dividido, ageno á sí mismo, implica una contradicción; sería un absurdo, si pudiera siquiera imaginarse. Desde el momento en que el anciano desconociese al joven y el joven al niño, el joven y el anciano dejarían de ser. El fin no se concibe sin el principio.

Apliquemos esto al sistema que supone á las almas reencarnadas. ¿Cada alma es una, como debe serlo, y tiene conciencia de sí misma, como debe tenerla, sea cual fuere el número de cuerpos que sucesivamente vaya animando? Entonces debe conservar memoria de alguno de sus actos de otra vida, de aquellos que le den la conciencia de su unidad; debe conocer sus existencias anteriores, para poder afirmar su identidad, base de su personalidad. Si aquella memoria y sobre todo este conocimiento fallan, falla el ser; porque en el alma, ser, conocerse y sentirse, son una misma cosa. Si cada alma reencarnada no es una, sino varias, estamos fuera del supuesto.

Por el lado de la imputabilidad moral el absurdo de las reencarnaciones aparece más monstruoso. No es el alma solamente la que se cree buena ó mala, ni tampoco solo el cuerpo, sino el hombre, que es el compuesto que resulta de su unión. La razón de esta creencia es el he-

cho certísimo, infalible de que no son el alma independientemente del cuerpo, ni el cuerpo separado del alma, la causa eficiente de las operaciones, únicas á que corresponde la malicia ó la bondad, sino que lo son juntamente los dos. De suerte que si las obras son malas ó buenas, mala ó buena es por ellas su causa inmediata; y por lo mismo el hombre, y no únicamente el alma, ni solo el cuerpo.

Se infiere de todo esto una consecuencia irresistible, innegable, en orden á la imputabilidad, á saber: que lo bueno ó malo que hace el hombre, es decir, el compuesto, no es imputable á uno solo de los elementos que le forman, sino á los dos unidos ó á ninguno; porque la imputabilidad tiene por base la acción, y la acción á su vez tiene por base la causa. En consecuencia, no se debe premiar ni castigar únicamente al alma, ni solamente al cuerpo. Y conforme á la teoría de las reencarnaciones tan solo el alma es premiada, pues solo ella se une á Dios después de haberse perfeccionado transmigrando de un cuerpo á otro, mayor ó menor número de veces; y tan solo ella es castigada, encerrándola en la materia y haciéndola sufrir las varias penalidades, no de una, sino de muchas vidas.



Además, la justicia del castigo desaparece desde el instante en que no se tiene conciencia de la falta; y los nuevos pitagóricos condenan á los espíritus á un sufrimiento indefinido, por culpas que ignoran con una ignorancia invencible, por culpas que su conciencia les dice á gritos que nunca cometieron, ó que si acaso las cometieron, no les son imputables, supuesta la persuasión, errónea si se quiere, pero bastante para eximirlos de toda responsabilidad.

¿Sería semejante absurdo conforme con la infinita perfección de Dios, que así como ha querido que los cielos sean los pregoneros eternos de su gloria, quiere también que las conciencias aun de los mismos réprobos sean las lenguas que publiquen en lúgubres tonos y en tremendas lamentaciones los altísimos fallos de su justicia?

## CAPITULO XII.

### SUMARIO.

(Continuacion del asunto anterior)

**Amor á la vida.**—Este principio espírita: *los espíritus no retrogradan*, no puede cohonestarse con la teoría de las reencarnaciones.—Argumento perentorio contra éstas, desarrollado por San Agustín y Santo Tomás.—La reproducción sucesiva de los cuerpos humanos supone que el número de ellos es indefinido.—Si la creación de las almas que los animan se afirma haber sido simultánea, tenemos un *indefinido*, especie de *infinito en acto*.—Se patentiza que esto es un absurdo.

Además, ¿qué género de castigo sería este de que muchos en el mundo rien, y con el que se encuentran contentos, si no satisfechos? El amor á la vida no equivale á la repugnancia que naturalmente tienen los hombres á la pena, por



leve que sea, y el amor á la vida es un hecho universal.

No calculan los espíritus, como todos los afectados de ceguera, la trascendencia de algunos de los principios de su sistema: no se detienen en considerar que suministran en ellos á sus adversarios en opiniones, armas, cuyas heridas son infalibles y de muerte. Dicen, con un aire de convicción que apenas puede imaginarse: "Los espíritus no retrogradan,"(1) y no desconocen ni pueden desconocer el hecho histórico y materialmente certísimo del aumento progresivo de la especie humana, que contradice abiertamente aquella tésis. Prescindiendo de la unidad de la primera pareja, fuente de todas las otras, suponiendo solamente, sin conceder, que no haya sido una la pareja primitiva, sino tantas cuantas son las pocas razas que realmente se distinguen sobre la superficie de la tierra, resulta que al principio los cuerpos humanos, es decir, las prisiones de las almas culpables eran en número infinito, menor que lo fueron en los tiempos que inmediatamente se siguieron y que lo son en la actualidad.

(1) *Credo del círculo de la Luz*, art. 25. *Illustration spirite*, núm. 14, 1772, Allan Kardec. *Le livre des esprits*. L.<sup>o</sup> 1, c. 1.<sup>o</sup>, Núm. 118.

Consecuencia; luego entonces el número de espíritus imperfectos y dignos de castigo era menor que lo fué despues y lo es ahora. Luego hoy es mayor el número de estos, siendo como es mayor, el número de los cuerpos. Y como toda culpa es una imperfeccion, y significa alejamiento de la suma Bondad, retroceso en el camino que conduce hácia Dios, los espíritus realmente han venido retrogradando de una manera lastimosa. Y una de dos cosas es la cierta, pues ambas no pueden serlo á la vez: ó los espíritus no retrogradan, y en este caso todo ese seductor aparato de la teoría espírita viene á tierra; ó no tienen reencarnaciones sucesivas é indefinidas, en cuyo caso la metempsícosis carece de cimiento.

"Los espíritus no retrogradan," repiten con insistencia los desgraciados hijos de la supersticion; y sin embargo, asientan que no una sola vez, sino muchas, toman cuerpo en expiacion de sus faltas.

En concepto de ellos el espíritu, en el estado de *erraticidad* ó vagancia, diríamos nosotros, es mas inteligente y más libre, porque el velo que queda entre su entendimiento y la verdad (el *periespíritu*) es más ligero; y porque no le oprimen las cadenas del organismo. Si en ese



estado, los espíritus son más inteligentes y libres, son más perfectos. Luego aquellos que una vez encarnaron, no pueden reencarnar, sin dar un gran paso de retroceso, sin perder la perfección que con la primera muerte habían alcanzado, en el hecho mismo de comenzar una nueva vida con todos los inconvenientes de la primitiva; con los inconvenientes del cuerpo de que se habían desprendido, y con los inconvenientes de las cadenas de los sentidos que habían destrozado.

Volvemos á repetir, no es posible que sean ciertos al mismo tiempo el principio de que "los espíritus no retrogradan" y el principio pitagórico de la transmigración.

Para dar cima á esta demostración que deslumbra ya por su evidencia, entre los muchos argumentos que se disputan la preferencia de la pluma, exponamos uno que podemos llamar matemática, por ser tan evidente y exacto como un axioma de la ciencia de los números. Con ese argumento, las dos más resplandecientes lumbreras de la filosofía (1) desmenuzaron á los pitagóricos, neo-platónicos y discípulos de ambos que insistían en sostener como una ver-

(1) *San Agustín y Santo Tomás.*

dad, como hoy insisten los alumnos de Allan Kardec, la doctrina de la transmigración.

Es un hecho que los cuerpos humanos se propagan y reproducen desde el principio del mundo, y una inducción necesaria, como todas las que se fundan en una ley natural, que seguirán propagándose y reproduciéndose indefinidamente sin que nadie pueda fijar el número que limite su propagación y reproducción.

Si es verdad que todas las almas humanas han sido criadas de una vez y con anterioridad á los cuerpos que animan, resulta que el número de ellas es indefinido y actual al mismo tiempo. Dos cosas que están y deben estar en una relación fija y determinada, como lo están el cuerpo y el alma humanos á virtud de la unión personal, y principalmente si esta relación es numérica, un extremo se extiende tanto cuanto el otro. De suerte que, aplicando, y siendo, como es, cierto, que el número de cuerpos humanos no es actual, sino indefinido, porque es indefinida su propagación y reproducción, las almas deben seguir la misma ley, ó ir existiendo y siendo criadas en el momento que el cuerpo que han de animar existe y es formado. Pero el sistema de la metempsícosis, resistiendo esta verdad, va á caer en el absurdo de admitir un



número de almas indefinido en acto, cosa que repugna tanto la metafísica como las matemáticas: ¿O qué, es posible un número indefinido en acto? Sería, si existiese, un contraprinipio, una contradicción. Si el número existía en acto, estaba limitado: y si era indefinido, aun no llegaba á su límite. ¿Cabe esto en juicio alguno? Una línea es indefinida mientras se la prolonga; en el momento que se la fija un *hasta aquí*, deja de prolongarse, pierde aquella cualidad. Igual cosa sucede con el número: permanece indefinido, mientras se le multiplica; más en el instante en que se da punto á la multiplicación, queda limitado como todo aquello que es un acto. La transmigración de las almas, pues, que descansa en semejante absurdo, es, y no puede dejar de ser absurda.

### CAPITULO XIII.

#### SUMARIO.

(Continuacion del asunto anterior)

Los espiritistas pretenden fundar las reencarnaciones en algunos pasajes de los Libros Santos.—Texto de S. Mateo.—Antecedentes históricos necesarios para su buena inteligencia.—Explicaciones de S. Gerónimo y de San Juan Crisóstomo.—Texto de San Juan.—Tergiversación de él hecha por Allan Kardec.—Otra vez el Crisóstomo y San Agustín.—Reflexiones que se desprenden naturalmente del texto.

Sin embargo, perdidos los sistemáticos defensores del espiritismo en el terreno de la razón y del sentido comun, ocurren para darle cierta autoridad, al oráculo más venerado de la tierra, profanando sus altísimas revelaciones con interpretaciones arbitrarias, violentas y mezquinas en cuanto á producir la convicción. Se valen, en



efecto de los libros sagrados, en que no creen, para apuntalar el castillo de naipes, cuyo derrumbe no pueden impedir. El gran sacerdote del espiritismo moderno, Allan Kardec, tiente este medio pretendiendo hacer creer que el pasaje de Nicodemo da que habla San Mateo en el capítulo XVII y las palabras divinas que San Juan refiere en el capítulo III de su Evangelio, son un cimiento sólido sobre el que descansa la soñada verdad de la metempsicosis.

Mas léjos de conseguir su objeto, se aparta más y más de él, pues aquel pasaje y estas palabras en realidad, si pudieran tener aplicacion en el particular, es en contra de la doctrina pitagórica.

Hé aquí el pasaje de San Mateo: *Y al bajar del monte, les puso Jesus precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto, hasta tanto que el hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.*

*Sobre lo cual le preguntaron los discípulos: ¿Pues cómo dicen los escribas que debe venir primero Elías?*

*A esto Jesus les respondió: En efecto, Elías ha de venir, (antes de mi segunda venida) y entonces restablecerá todas las cosas. Pero Yo os declaro que Elías ya vino [y no le conocieron, sino*

*que hicieron con él todo cuanto quisieron. Así también harán ellos padecer al hijo del hombre.*

*Entonces entendieron los discípulos que les habia hablado de Juan Bautista.*

“Puesto que Juan Bautista, discurre Allan Kardec, era Elías, hubo reencarnacion del alma de Elías en el cuerpo de Juan Bautista.” (1)

Para la perfecta inteligencia del texto bíblico se necesitan algunos antecedentes históricos. La tradicion adulterada de los escribas, de que forman argumento los discípulos, se fundaba en las palabras profeticas de Malaquías: *Yo os enviaré al profeta Elías, antes que venga el día grande y tremendo del Señor.* Y decimos tradicion adulterada, porque la mision de Elías debia preceder, como terminantemente se consigna en la profecía, *al día grande y tremendo del Señor*, es decir, al día en que Jesucristo bajará de los cielos á la tierra, lleno de gloria y de majestad, no pudiendo en manera alguna referirse á su primera venida, en que ocultaria á los hombres su gloria tras los velos de una humildad sin ejemplo en los anales del género humano. Jesus rectifica la tradicion en este punto y se la hace entender á los que le siguen.

(1) “*Le livre des esprits.*” Lugar citado.



Pero oigamos al sábio orientalista, ya que no se quiera oír al ilustrado intérprete del gran libro. San Gerónimo di scurre así: "La tradicion de los fariseos basada en un pasaje de Malaquías (el citado anterior mente) es que Elías debe venir y preceder al advenimiento del Salvador, para inclinar el corazon de los padres hácia los hijos, y el de los hijos hácia los padres, y para restituirlo todo á su estado primitivo. Los discípulos piensan que esta trasformacion gloriosa, es la de que acaban de ser testigos en la montaña del Tabor, y preguntan diciendo: ¿por qué, pues, los escribas dicen que debe venir ahora Elías? Es como si dijesen: si este es vuestro advenimiento glorioso, ¿por qué vuestro precursor no ha venido?" (1) "Los discípulos no sabian, dice el Crióstomo, (2) la verida de Elías por las escrituras, sino que se la habian enseñado los escribas, y este rumor corria entre la peble ignorante, como todo lo concerniente al Cristo. Los escribas no interpretaban, como debian, lo relativo al advenimiento del Cristo y de Elías. Las Santas Escrituras hablan de una primera y de una segunda venida del Cristo; la que ha tenido ya lugar y la que tendrá lugar más tar-

(1) *Sn. Gerónimo. Apud. Thom. Catena aurea.*

(2) *Idem, idem.*

de. Empero los escribas, para extraviar al pueblo, no le hablaban más que de una venida, y le decian que si Jesus era el Cristo, debía ser precedido de Elías. Esta es la solucion que el Cristo dá á la dificultad. Respondiendo, les dice: de facto, Elías vendrá y restablecerá todas las cosas. Mas yo os digo que ya vino. No penseis que se ha engañado, porque unas veces dice, que Elías vendrá y otras que ya vino. En efecto; cuando dice que Elías vendrá y restablecerá todas las cosas, habla de Elías mismo en persona." "Y cuando dice que Elías ya vino, debe entenderse de Juan, agrega el grande Orígenes y no del alma de Elías, para no caer en la creencia de la trascorporacion, que es extraña á la verdad de la Iglesia; sino como lo habia dicho el ángel, vino en el essíritu y la virtud de Elías." [1]

Esta es la sola inteligencia razonable del texto que se profana por los espiritistas con aplicaciones absurdas. La que se le ha querido dar no concuerda ni con los precedentes históricos, ni con lo material de las palabras que le anuncian, ni con el espíritu que encierran estas.

En esta sola inteligencia está la verdad; en la otra el absurdo. Supongamos por un momento

(1) *Idem, idem.*



que, según dice Allan Kardec, el Bautista no era otro que el alma de Elías reencarnada. Bajo este supuesto, explíquense de un modo racional estas frases del pasaje de San Mateo: *Elías vendrá; Elías ya vino*, en el concepto de que no se contradiga la historia, ni se adultere la tradición apoyada en el anuncio de Malaquías.

Si ya vino en el Bautista, no vendrá ya después; porque la profecía dice que será el precursor de la segunda venida; y entonces resulta que Jesucristo se engañó. Si ya vino en el Bautista, los discípulos estaban en la verdad é igualmente que los Escribas, y no el divino Maestro que rectifica la tradición y les enseña que Juan en persona, pero con el espíritu y virtud de Elías, y no Elías mismo, es el que ha venido. Si Elías vino en el Bautista, no vendrá después; y con todo, se asegura por el Ungido, que vendrá á restablecer todas las cosas.

Por el contrario; dése al pasaje la inteligencia que naturalmente se desprende de su contexto, la que le han dado genios como esas lumbreras de la cristiandad, cuyas luces nos han servido de guía; y todo, la historia, la tradición, la lógica, el sentido común, la idiología y la gramática, quedará en su lugar.

Demuéstrese nos, por las palabras evangélicas, la identidad de Elías y del Bautista, y entonces ya será otra cosa. Pero esto sería un trabajo superior á los del Hércules de la Mitología. En las dos columnas del catolicismo, la columna de la fe y la columna de la razón, están escritas estas palabras, *non plus ultra*, que son la desesperación del libre pensamiento y del libre examen.

Véamos ahora las palabras del Evangelista San Juan: "En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

"Dícele Nicodemus: ¿cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Puede acaso volver otra vez al seno de su madre para renacer?"

"En verdad, te digo, que quien no renaciere por el *bautismo* del agua y la *gracia* del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios."

"Lo que ha nacido de la carne, carne es: mas lo que ha nacido del espíritu, es espíritu.

"Por tanto, no extrañes que te haya dicho: os es preciso nacer otra vez." (1)

En vista de tal texto, Allan Kardec no vacila en asegurar que la metempsicosis ó trasmigración de las almas cuenta en su apoyo con la

(1) *San Juan, III, 4, 5, 6, 7.*



autoridad del testimonio de Jesucristo. Pero ¡oh ceguera incurable del error! Todo lo confunde y lo tergiversa, sin contenerse en las monstruosidades á que se da cuerpo. En efecto, San Juan nada dice que pueda favorecer la teoría de la reencarnación. ¿Cómo no, se responde, pues no enseña terminante y expresamente que *para ver el reino de Dios, para entrar en él, es preciso re-nacer, nacer de nuevo?* No le negamos; pero vease de qué género de renacimiento se trata: si del de la carne ó de el del espíritu; si del material que consiste en volver á tomar cuerpo en el vientre de madre, ó del espiritual que se obra por el agua que purifica el cuerpo y por el Espíritu Santo que le ciñe la vestidura cándida é inmaculada de la gracia. Con razón Allan Kardec no se atreve á raciocinar á su manera, pretendiendo justificar con argumentos sofisticos la violenta interpretación, pues se limita á exponerla y la arroja como á la aventura, para ver si hay incautos que sin réplica la acepten.

Se trata, y esto se desprende de los mismos términos del texto, de una regeneración espiritual, que nada tiene que ver con el hecho del nacimiento natural.

Oigamos otra vez al Crisóstomo:

“No imagineis, dice, nada de sensible, ni penseis que el espíritu engendra la carne. La misma carne del Salvador ha sido engendrada no solamente por el espíritu, sino también por la carne. Lo que ha nacido del espíritu, es espiritual, y el nacimiento de que se habla aquí, no es el que da el sér, sino el que da el honor y la gloria.” “No veis, dice á su vez el filósofo de Tagasto, otra cosa más que el nacimiento corporal, pero para alcanzar el reino de Dios, es necesario que el hombre nazca del agua y del Espíritu Santo. Si el hombre, para ser heredero de su padre, en el tiempo, debe nacer de las entrañas de una madre según la carne, debe nacer del agua y del Espíritu Santo para hacerse el heredero eterno de Dios. Y como el hombre es el compuesto de dos naturalezas, el alma y el cuerpo, este nacimiento debe ser de dos modos: por el agua que es visible, dirigiéndose á la purificación del cuerpo y por el espíritu invisible que viene á purificar el alma de una manera invisible. Hé aquí la única significación razonable que tienen las palabras sublimes de Aguila de Pátmos. Advertimos de paso á los espiritistas que, cuando nos valemos de los raciocinios de los padres de la Iglesia, no es nuestro ánimo imponerles su autoridad, ciertos de que no



lo conseguiríamos, sino mostrar las altas razones en que los fundan, razones, que no por salir de su boca, dejan de serlo para todos, al menos para aquellos que no han dado de mano al sentido común ni al criterio filosófico.

Ahora vamos nosotros, los últimos siempre en este género de cuestiones, que génius muy levantados han circundado de claridad.

La metempsicosis solo podía encontrar fundamento en las palabras evangélicas, si estas dijeran expresamente ó pudiera deducirse de su sentido que Jesucristo puso como condicion á los hombres para entrar en el reino de Dios, un segundo nacimiento cuando ménos. Pero ni lo dicen las palabras, ni se deduce de su sentido.

Nicodemo creyó de buena fé, y no como creen los espiritistas, que Jesus decia, que era fuerza volver á nacer, saliendo otra vez del vientro de una madre: reputa esto imposible y lo objeta al divino maestro. A la objeccion responde Jesucristo, que el renacimiento era un nacimiento espiritual y no carnal, como el que se imaginaba; y como los partidarios del espiritismo se imaginan seriamente un nuevo ó muchos nuevos nacimientos carnales, que el mismo Nicodemo juzgaba imposibles; con aquellos debe entenderse tambien la respuesta del

Salvador, que echa por tierra los fundamentos de su sistema.

El texto se refiere á la regeneracion por el bautismo, y no á la regeneracion por medio de sucesivas y mentirosas reencarnaciones. La primera es una ley moral que, como tal, no puede ménos que encaminar á la perfeccion, ley moral que como toda ley dada á seres inteligentes y libres, su cumplimiento ó infraccion depende de la voluntad humana. El hombre, en vista de ella, puede obsequiarla, si quiere, recibiendo las aguas del bautismo, ó desobedecerla, negándose á recibirlas. No sucederia igual cosa con la segunda regeneracion, por medio de las reencarnaciones sucesivas, porque nacer y volver á nacer, una, dos, cien y millares de veces, no puede depender ni depende de la voluntad del hombre. Por lo mismo, la reencarnacion no es ni puede ser ley moral, como lo es el bautismo á que se refiere San Juan.

¿Y qué se sigue de esto? ¿Qué? La cosa más evidente para quien tenga ojos y quiera ver, oídos y quiera oír, que Jesucristo no puede, en manera alguna, hablar de las reencarnaciones; porque esto equivaldria á que hubiese puesto como condicion indispensable para entrar al reino de Dios, para salvarse, un hecho que no estaba



en las manos del hombre ejecutar, porque estaba fuera del territorio jurisdiccional de su voluntad; y tal exigencia sería la más monstruosa de las tiranías, y la más absurda de las injusticias; lo cual no cabe en Aquel que ha regenerado y civilizado el mundo.

Pero basta ya: la trasmigración de las almas, sobre la cual está cimentada la teoría filosófico-moral del espiritismo, no encuentra apoyo ni en las inspiraciones de la sana razón, ni en las altísimas de la revelación. Nos parece más que demostrado.

## CAPITULO XIV.

### SUMARIO.

Resúmen de las razones dadas contra El espiritismo.— Otra de las bases de esa teoría se hace consistir en la eficacia de las *evocaciones* y en la realidad de las apariciones de las almas de los difuntos.—Sentir de la Iglesia sobre este último punto.—Los espiritistas no abordan la cuestión fundamental, demostrando que la causa de los fenómenos son las almas de los muertos.—Única demostración de Allan Kardec.—Se funda en el testimonio de los pretendidos espíritus.—No son infalibles.—Alguna vez han manifestado que son el demonio.—Hechos que comprueban ser esto lo más creíble.—Notables palabras de Períro.

Ya de lo demostrado hasta aquí en otros lugares, y con este y otros motivos, podíamos inferir, que las almas de los difuntos no pueden ser, á pesar de su inteligencia, la causa de los



fenómenos espiritistas; y por lo mismo que la teoría del espiritismo es infundada como lo son las del magnetismo, sonambulismo y demas hipótesis físicas y fisiológicas, que aunque de una manera general y como de paso, hemos tocado.

Desde luego, resultando ser falso que las almas hayan sido criadas de una vez y con anterioridad á los cuerpos de que son los motores, no estando en razon, ni siendo conforme con la filosofía ni con el simple sentido comun el sistema de las reencarnaciones, cosas en que descansa el espiritismo de tal manera, que suprimidas queda en el aire; por seductoras que sean sus formas y halagadoras sus máximas, no puede sostenerse, como no podría sostenerse una arrogante columna griega, si se la arrancase la basa.

Todo lo que hemos dicho sobre la naturaleza del compuesto sustancial que llamamos hombre, sobre que el alma es la forma del cuerpo, y el cuerpo el complemento de la personalidad humana; todas las razones que hemos aducido para comprobar que la separacion del alma y del cuerpo, ó sea la muerte, no es conforme con la natural constitucion del sér humano, sino que en realidad es una pena, que no es una ley, sino un juicio del criador respecto de la criatura; cuanto hemos tenido ocasion de decir, siempre

fundados en argumentos sin réplica, acerca del papel que los sentidos desempeñan en la vida de relacion principalmente, y acerca del modo con que el alma va haciéndose poco á poco de un tesoro de conocimientos, procediendo siempre de lo visible á lo invisible, de lo particular á lo general; y esto sin poder prescindir, sea por un momento ó en una materia dada, del auxilio ó más bien de la cooperacion necesaria del organismo; los hechos innegables que hemos traído á colacion para poner de manifiesto que los sentidos no son cadenas del alma, sino más bien puertas francas por donde penetran las cosas exteriores en su interior, y por las que se establece la comunicacion entre dos mundos de diversa naturaleza; todo esto, decimos, ya directa, ya indirectamente, funda estas verdades que son diametralmente opuestas á las aserciones de los defensores del espiritismo; á saber, que las almas de los difuntos no pueden comunicarse en fuerza de su naturaleza, ni por ley de su destino, con las almas de los que viven, ni con el mundo en que vivieron; y que no tienen sobre los agentes naturales el dominio que se les supone, y sin el cual serian inexplicables, mediante su intervencion, los fenómenos mágicos ó espiritistas.



Si estas inducciones son ciertas, como no puede dudarse, por la conexión íntima que tienen con verdades demostradas hasta la evidencia y con principios de primera jerarquía, el espiritismo es falso por más que se haya removido el polvo en que yacía, y se le haya resucitado en un siglo que da fácilmente pase libre y patente de originalidad á los más grandes absurdos, con tal que se presenten con pretensiones de filosóficos y al arrimo de ciencias que todavía se encuentran en mantillas.

Todo el aparato del espiritismo moderno como el del antiguo descansa en aquellos dos supuestos, por un lado, y por otro en la eficacia de las evocaciones.

Las almas de los difuntos pueden comunicarse con las de los vivos, pueden aparecérselas, sin otro requisito que el de que sean formal y seriamente evocadas.

Las mismas almas que de ese modo se comunican, se suelen manifestar espontáneamente valiéndose de voces, ruidos, movimientos, resplandores, truenos, terremotos, cantos, visiones, etc., etc. que anuncian su presencia á los mortales y su buena disposición de entrar en pláticas con ellos.

No dicen otra cosa todos los días y á todas horas, los supersticiosos del siglo de la despreocupación.

Empero esto que dicen, es enteramente falso. El error, que se abre paso en las inteligencias, por poco perspicaces que sean, por extraviadas que caminen, no lo consigne por sí mismo, sino por la fuerza de algo de verdad que necesita para vivir con una vida miserable, y por la cual se encuentra como suspenso entre la nada y la realidad. En general las almas de los difuntos no pueden comunicarse con las de los vivos ni espantarlos, ni regocijarlos con súbitas apariciones. "Como se disipa y desvanece una nube, cantaba hace ya muchos siglos el bardo de Emaus, así el que desciende al sepulcro (*ad inferos*) no subirá, ni volverá otra vez á su casa, ni le conocerá más el lugar donde habitaba." (1) El alma en el momento que se desprende del cuerpo, marcha á su destino; no es un polvo para que se quede flotando en los aires, ni un átomo para que permanezca moviéndose en todos sentidos por los espacios, ni esclavo sumiso, que es igual cuando ménos á los que habitan la tierra todavía, para que esté largas eternidades en es-

(1) *Job VII, 9, 10.*



pera de sus mandatos y dócil á evocaciones caprichosas y sin objeto.

En general, las almas de los difuntos no pueden comunicarse con los vivos ni aparecerles. En las aptitudes de su constitucion natural, nada hay que anuncie la existencia de ese poder, como tendremos lugar de demostrarlo.

Esto no significa que nosotros neguemos, de una manera absoluta y en todos los casos, la posibilidad de tales comunicaciones ni de semejantes apariciones. La doctrina católica jamas las ha negado; pero el que alguna vez tengan lugar, no autoriza para creer que ello sucede siempre, que ellas quieren ó los hombres las evocan, ni mucho ménos que suceda de una manera natural.

Nuestro sentir en este punto, es el sentir de la Iglesia Universal. San Agustin, interpretándole, ó mejor expresado, traduciéndole, decia: "Algunos de los muertos pueden ser trasportados entre los vivos; pero este acto no se realiza por virtud de su propia naturaleza, pues no tiene lugar, sino por disposicion divina", (1) Solo por disposicion divina las almas de los difuntos pueden comunicarse con los vivientes;

(1) San Aug. *De cura pro mortuis gerenda.*

pero en este caso el espiritismo depende tanto del querer del hombre, como depende la voluntad suprema de Dios. En vano se querrá formar del espiritismo una institucion seguida y siempre la misma, sometida á ciertos reglamentos; eso seria pretender que se impusieran leyes á la Divinidad; en vano se querrá ver en él una ciencia, un ramo de filosofia, pues las ciencias se fundan en principios y no en hechos que serán ó no, segun el uso que se haga del libre albedrío de que aquellos dependen.

Nada más natural que en estas alturas exigiésemos á nuestros adversarios los títulos en que fundan la exclusiva, que su hipótesis establece las razones cardinales de su sistema. Trabajo inútil ciertamente, molestia de cuyo peso no se nos libetará; pues si escriben mucho y discurren más, cuando se trata de las consecuencias prácticas y del *altísimo fin* de la *novísima religion*; en tratándose de los principios y del cimiento sobre que se atreven á levantar un edificio de tan extraordinaria magnitud; ó callan ó prorumpen en puerilidades, que fatiga da creer que hablan con seriedad. Parece que se proponen no convencernos, sino burlarnos.

No hemos leído un solo libro de Espiritismo entre los muchos modernamente dados á luz,



ni de magia, que á Espiritismo equivale, de los innumerables antiguamente escritos, en que se aborde la cuestion fundamental, en que se demuestre con hechos ó argnmentos siquiera, que la causa de los fenómenos mágicos espiritistas es el alma de los muertos.

Reineval en el siglo, ó Allan Kardec en el templo ó claustro de las iniciaciones, que se propone dar de todo la razon, buena ó mala, pero que al ménos reconoce que debe darse, cuando se pone frente á frente de esta necesidad de su religion, se pasa de ligero y como brasas, temiendo tal vez que alzándose una llama, consuma los decrepitos pergaminos de su *credo*, que no ha podido hacer incombustible el barniz con que los ha sabido relajar.

He aquí todo lo que dice sobre una materia de tanta trascendencia para su sistema, él cuya facundia muchas veces parece charlataneria. "Fenómenos que salen de la ciencia vulgar se manifiestan por todas partes, y revelan en su causa la accion de una voluntad libre é inteligente.

"La razon dice que un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente; y hay hechos que prueban que esta potencia puede comunicarse con los hombres por medio de signos materiales.

"Esta potencia, *interrogada acerca de su naturaleza, ha declarado pertenecer al mundo de los seres espirituales que se han despojado de la envoltura corporal del hombre.* De esta manera fué revelada la doctrina de los espíritus." (1)

Toda la razon en que estriba el espiritismo, como religion y como ciencia, es, la que acabais de oir, el testimonio de los agentes invisibles que aseguran ser los autores de tan pasmosos prodigios; ellos, que no son otros que las almas que salieron del banquete de la vida y esperan sentarse de nuevo á la mesa como convidados, que estad seguros, guardarán el incógnito el día que se les conceda honor tan señalado.

¿Os satisface tan perentoria razon? Si esos espíritus, de que en verdad no es patrimonio la modestia, no dieran tanta importancia á su palabra hasta el grado de quererla imponer, sino que antes de todo, acreditaran el hecho sencillísimo de que son infalibles, de que no engañan, ni quieren ni pueden engañar, está bien, nosotros seriamos sus más abnegados partidarios además la senda porque nos dirigian era la que conduce á la perfeccion, por medio de la práctica del bien. Pero si de lo que ménos se preo-

(1) *Le Livre de esprits. Prolegómenes.*



cupan es de semejante demostracion, los entendimientos que no se nutren de viento ni de humo, no pueden quedar convencidos ni satisfechos. Y por más que se ponderen las excelencias y ventajas de la teoría, jamas podrán tenerla como cierta.

Léjos de que conste la susodicha infabilidad, esa caterva de espíritus *chocarreros, traviosos, burlones, locuaces, frívolos, ligeros, engañadores, mentirosos, fraudulentos, tentadores, corruptores, malos consejeros y mentores nada envidiables, que forman la escala gerárquica del espiritismo, protestan día con día y hora por hora contra la infabilidad que se les pudiera saponer; pues no se debe olvidar una cosa que es de consideracion y es esta, que los espíritus puros ó perfectos que están al abrigo del error, y en los que la influencia de la materia es nula, no se comunican con los hombres, sino rara vez; de suerte, que conforme al decir de Allan Kardec sería muy presuntuoso aquel que pretendiera tenerlos á sus órdenes, (1)*

Además, si de hechos se trata, y cualquier hecho que tiene su origen en las regiones del cielo espírita, basta para hacer prueba plena,

(1) Allan Kardec, *Obra citada*, L. 2ª, C. 1.

¿cuántos espíritus no han tenido la humorada de confesar, ó que son el demonio, ó que están dominados enteramente por la influencia demoniaca?

Esto que rara vez se dice, pero que se dice, tiene más caracteres de verdad que lo que más se asegura por los agentes invisibles. No carecemos de fundamento para afirmarlo; y creemos que no debemos callar una observacion, que si para los pocos reflexivos nada significa, para los que todo lo valoran y aquilatan, por escasa que parezca su importancia, es decisiva en cuanto á la determinacion de la causa de los fenómenos mágicos.

Abranse los libros en que se describen las manifestaciones y se da cuenta de las comunicaciones espíritas; y se notará, que cuando los *agentes invisibles* se dan el nombre de algun finado, nada particular se ha observado por los concurrentes en el lugar de la manifestacion ó comunicacion; las cosas siguen de la misma manera. Por el contrario, cuando los agentes invisibles confiesan que son el demonio ó se hallan sometidos á su influencia, más extraordinarios fenómenos se producen, las *mesas giratorias* se rompen, se escuchan rugidos y detonaciones de un carácter más alarmante, y comunmente la



sesion termina por la desaparicion del espíritu que antes se mostraba tan sereno y tan sobre sí mismo. Igual cosa sucede cuando se les obliga á repetir ciertos nombres augustos, como el de *Jesus* ó el de *María*; no ménos que cuando se les exige que pronuncien algunas sentencias del Evangelio. ¿Por qué esta diferencia? Porque entónces en los espíritus hay perturbacion, hay rabia, hay furor, que no pudiéndose ocultar, estalla con espanto de los testigos de esas escenas, propia y verdaderamente infernales.

Otro hecho, que viene á confirmar esta indudicion, lo sacamos de la tradicion que se remonta á antigüedades muy remotas; y es que los demonios acostumbran tomar en sus comunicaciones con los hombres, los nombres de los que murieron, para engañar más fácilmente á los que viven y someterlos á los rigores de su despótico y maléfico demonio. Esta tradicion es constante. No citaremos á Tertuliano ni á San Agustin, (1) nos contentaremos con citar á Porfirio que consigna en sus escritos este hecho tan comun en aquellos tiempos: "Estos espíritus, (los demonios) dice, son engañadores, y no por naturaleza, sino por malicia. Se hacen dioses y

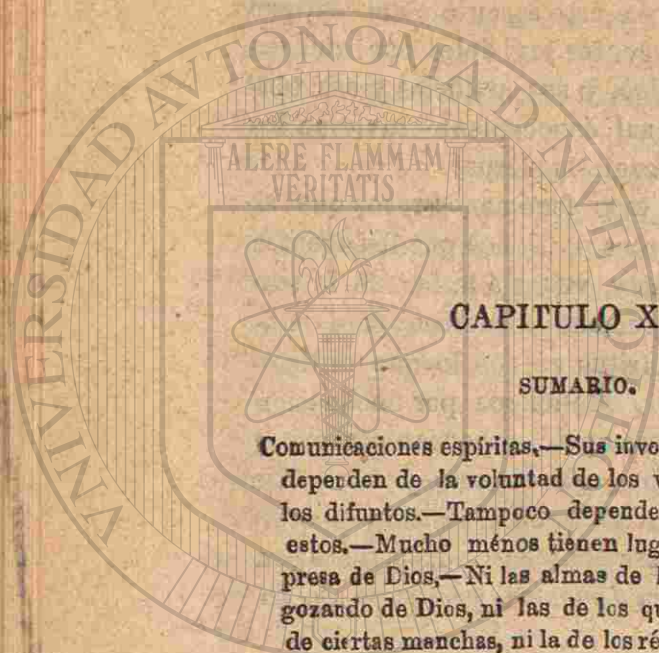
(1) Puede leerse la *Apologética contra los gentiles XXI* y la ciudad de Dios *Lib. X, Cap. 11.*

*almas de difuntos*; pero no se hacen demonios, porque lo son en efecto."

¡Qué bien conocia este sacerdote del antiguo espiritismo á los agentes invisibles con quienes vivia en familiaridad, y sus artificios y sus tendencias! ¡Ojalá igual conocimiento tuvieran los sacerdotes de la magia moderna!

En verdad que esos fenómenos raros que se observan en las pocas ocasiones que los agentes invisibles son francos, vistos á la luz de la tradicion, son un argumento poderoso para convencer que los espíritus no son lo que ordinariamente dicen ser. Maliciosos por inclinacion de su voluntad corrompida, procuran pasar por ser cualquier hombre, por abyecto y miserable que haya sido, invariables en el sistema de ocultar lo que verdaderamente son. Repetimos con Porfirio: *no se hacen demonios, porque lo son en realidad.*





## CAPITULO XV.

### SUMARIO.

Comunicaciones espíritas.—Sus inconvenientes.—Ellas no dependen de la voluntad de los vivientes que evocan á los difuntos.—Tampoco dependen de la voluntad de estos.—Mucho menos tienen lugar por disposición expresa de Dios.—Ni las almas de los muertos que están gozando de Dios, ni las de los que están purificándose de ciertas manchas, ni la de los réprobos, es creible que se comuniquen.—Mctivos que lo persuaden.

El sistema del espiritismo tiene tanto de repugnante á la razon, de absurdo, de extravagante y de ridículo, que apenas cabe en cerebros de mediana organizacion, concebir que haya quienes se dejen fascinar y hagan en sus idolátricas áras el sacrificio aun de la propia dignidad, sentimiento que nos es innato y de que no con-

sienten en despojarse los que ménos cuidan de su nombre, sino en último extremo.

Si los espíritus acuden á nuestro llamamiento cuando se nos antoja, sin otra condicion que poner en práctica el pantomímico rito de las evocaciones, resulta que la paz de los sepulcros depende de nuestros gustos, humores y caprichos, resulta que esas almas, de las que la voz universal del género humano dice que descansan al separarse del cuerpo, y á las que no hay uno solo de los vivientes que no desee que *la tierra les sea leve*, y descansen tranquilas en las regiones que van á habitar, *requiescant in pace*, son más infortunadas que nosotros mismos, nos estan sometidas, tienen que obedecer, á guisa de esclavos nuestras insinuaciones y nuestros mandatos. Es, además, falso que en el instante de la muerte pasen á vida mejor; la humanidad se engaña cuando les atribuye un descanso quimérico y su voz no por ser universal deja de ser mentirosa.

Porque una de tres cosas: ó las almas de los muertos evocados se manifiestan á los vivientes y se comunican con ellos, en fuerza del imperio que estos ejercen en aquellos, ó porque quieren; ó bien por disposición de Dios que les da alguna mision sobre la tierra.



¿Lo primero es verdad? Entónces el ¿cómo es que sucede que no siempre que son evocados comparecen? ¿Cómo es que algunas almas jamás han comparecido? ¿Cómo es que cuando por ejemplo se evoca el alma de Judas, se presenta el espíritu de Robespierre? ¿Cómo es que no todos los hombres que viven y que las llaman logran entrar en pláticas, ni oírlos, ni verlos, ni tocarlos; y esto por más observantes que sean del rito, por mayor recogimiento y seriedad que tengan en la práctica de las ceremonias prescritas, que por otra parte no serian necesarias, si la única causa de su descenso es el precepto de la voluntad humana? No es, pues, esta la espuela que la estimula y fuerza á ponerse al servicio de los hombres.

¿Se manifiestan y comunican porque ellos lo quieren? Entónces, ¿por qué han pasado tantos siglos sin abrigar esa disposicion? ¿Por qué han esperado el año de 1852 de la segunda era del mundo, para entrar en comunicaciones, que sin duda, les son gratisimas, supuesto que una vez que sonó la hora han inundado la América del Norte y se han precipitado como langostas sobre casi toda la extension territorial de la Europa? ¿Por qué en tiempos del paganismo, cuando se hacian ofrecer sacrificios y levantar alta-

res, cosa que ciertamente es tentacion á que no puede resistir una voluntad, por modesta y mesurada que se la suponga, repentinamente y sin razon alguna plausible se retiraron á sus aéreas regiones, dejando de proteger á tantos adictos, y pasando por la cesacion de los sacrificios y el derrumbe sacrílego de sus altares?

Si la mision que traen es divina, si bajan á desempeñarla por mandato expreso de Dios, ¿cómo se explican tantos errores á que los espíritus evocados inducen á las pobres inteligencias humanas; tantos crímenes y pecados á que no pocos de ellos exitan, tantas burlas indignas, tantas chocarrerías, tantos juegos y groseras chanzonetas á que se entregan no pocas veces, como consta de los anales del Espiritismo? ¿Una mision divina se desempeña de esta suerte? ¿No es esto hacer cómplice á Dios, que es la suma bondad y la santidad infinita, de tamañas monstruosidades y de semejantes disparates?

Si, pues, para las comunicaciones espiritistas se ha menester de una voluntad; y esta no puede ser la voluntad de Dios ni de la del hombre, ni de la de sus mismas almas, ¿cuál será ella, supuesta la necesidad de su intervencion.....

Por otra parte, ¿esas almas están gozando ya de la vista de Dios, son felices, porque son y



fueron buenas y perfectas? No hay motivo porque se decidan á interrumpir goces tan puros, por la simple humorada de venir al llamamiento de los evocadores. No se concibe tampoco de qué modo, siendo buenas y perfectas, practican ó son causa de que se practiquen actos malos, que como tales son prueba evidente de imperfeccion.

Tampoco pueden ser aquellas almas benditas que están purificándose de ciertas leves manchas, pero que no por esto, dejan de ser felices con la segura esperanza de que gozarán de la felicidad suprema. El centro de atraccion que no les es dado resistir en Dios, viven de su amor inefable y ciertamente no se alejarán ni podrán alejarse de aquel centro, ni dejar de confortarse por un momento con el vivificante néctar del amor divino, á que aspiran con la más vehemente de las aspiraciones.

Quedan solamente los espíritus réprobos que sufren la pena con que la justicia divina castiga las culpas que cometieron en el tiempo de su peregrinacion. Es fuerza suponer que los tormentos que padecen reciben algun lenitivo y la pena se suspende al descender al mundo de los vivos y ponerse en contacto con ellos; y es fuerza suponerlo, en vista de los actos ridículos á

que frecuentemente se entregan, actos que están muy lejos de la severidad y displicencia, que son los compañeros inseparables del dolor; y tal supuesto es absurdo.

La alternativa es ineludible y cualquiera que sea el extremo porque se opte, no se explican los fenómenos que se quiere. O se supone que son la causa de ellos las almas buenas y felices ó próximas á ser felices, ó las almas malas é infortunadas que sufren todo el rigor de la justicia del cielo que ofendieron; si las primeras, no es posible que intervengan en escenas de que muchas veces tienen que ruborizarse la inocencia y la virtud. Además, es indigno de tan elevados espíritus atribuirles el deseo siquiera de venir á divertirse en hacer saltar una mesa, poner en movimiento una butaca y obligarla á hacer reverencias á los concurrentes á la manifestacion, como si fuera una respetable señora; en bailar un candelabro una zarabanda estrepitosa entre innumerables objetos de cristal, de porcelana, sin romperlos, ni sacarlos fuera de su sitio; en burlarse de los asistentes, acariciarlos, tocarlos ya con manos glaciales cuyo contacto los horripila, ya con manos candentes, como una áscua, que los queman. Más digno, sério y reposado seria, sin duda, el papel que desempe-



ñan el titeritero en un jacalon de la plaza de armas por la temporada de Todos Santos ó el director de las *Marionetas* en el antiguo Chiarini, que el que se quiere hacer representar á almas, que por sus virtudes, fueron dignas de ser felices.

Si se supone que la causa de los fenómenos son las almas malas y reprobadas, gócese los espiritistas en comunicarse con ellas. Nada de envidiable tiene por cierto la felicidad de que hacen alarde, y con la que brindan á todo el mundo; y sí, mucho de terrible y de pavorosa. Pero ni estos infortunados espíritus podían ser los autores de las farsas ridículas de las manifestaciones mágicas. El estado de sufrimiento en que se hallan, supuesta la consideracion de que están recibiendo el castigo de sus culpas, lo hacen inconcebible. La cosa no es para reir, sino para llorar; y se encontrarán de seguro más dispuestos á lamentarse, que á cantar un trozo de una ópera bufa, tocar algunos motivos de Rigoletto ó un aire marcial con su indispensable acompañamiento de redobles de ruidosos atambores. Por otra parte, su carcelero, que le han de tener rígido y severo y de durísimas entrañas, no consentirá en soltarles las cadenas ni darles instantes tan frecuentes de *asusto*, á no

ser con una mira siniestra, que no es remoto abrigo el que se complace en los infortunios y en las desgracias de los hombres á quienes logra cautivar, durante la vida, y llevarse á su reino despues de la muerte.

Sea cual fuere el aspecto bajo que consideremos esta pretendida intervencion de las almas de los finados en las extravagantes escenas del espiritismo, no la encontramos racional, ni digna.



CAPITULO XVI.

SUMARIO.

Imposibilidad natural de las comunicaciones espíritas.—  
La comunicacion natural de las almas humanas tiene  
lugar por medio de los sentidos, y las almas separadas  
carecen de ellos.—Cuestion que se relaciona con este  
punto y que el águila de Aquino resuelve satisfactoria-  
mente.—Si las almas separadas pudieran comunicarse  
con los que viven, serian aquellas mas perfectas así, que  
unidas al cuerpo.—En el mismo supuesto los vivientes  
podrian comunicarse con los demas, sin valerse de los  
sentidos.—Si el cuerpo es un obstáculo para la comuni-  
cacion entre éstos, lo será tambien para su comunica-  
cion con las almas de los muertos.—Aun cuando hubie-  
ra en éstos y en los hombres capacidad natural para  
comunicarse, no puede suponérseles voluntad.—Re-  
spones.

Todo aquello que no está en la naturaleza de  
las cosas, es seguramente absurdo. Por el con-  
trario, todo lo que se encuentra en ella no pue-  
de ménos que ser una verdad. Conocer la na-

turalaleza de un objeto más ó ménos perfectamen-  
te es colocarse en una situacion más ó ménos  
favorable de conocer la verdad que comprende.

Es una gran fecilidad, y como tal, dón del cie-  
lo que lo que más nos importe conocer esté den-  
tro de nosotros mismos, sea nosotros mismos; y  
no es ménos grande felicidad, la de que en éste  
género de conocimientos estemos al abrigo de  
toda sospecha de querernos engañar, y de que,  
queriéndolo, lo consigamos, pues no es engaño  
aquel que tenemos como engaño.

El hombre se halla en las circunstancias más  
ventajosas para saber lo que puede y lo que no  
puede; pues el poder de una cosa es la energía  
de su naturaleza, la cual instintivamente anti-  
patiza con aquello que no puede. Estudiar la  
naturaleza del hombre es lo mismo que medir  
el alcance de su potencia; y esto, fijar los linde-  
ros dentro de los cuales desarrolla su actividad.

Dijimos en el capítulo anterior que nada hay  
en la naturaleza del alma humana que demues-  
tre la existencia de la facultad de comunicarse  
separada del cuerpo, con las almas de los que  
viven; y en efecto, nada encontramos en este  
sentido. Léjos de esto, su constitucion natural,  
aun superficialmente examinada, es un argumen-  
to contra semejante posibilidad.



La comunicacion entre seres inteligentes y libres no puede tener lugar, si no hay aptitud ó capacidad en el que es sugeto y en el que es objeto de la comunicacion: y tambien si no hay voluntad.

Si, pues, es cierto que las almas de los difuntos están en un activo comercio con los hombres, habrá aptitud en las unas y en los otros; no faltará tampoco la voluntad. Más estudiando al hombre, no son posibles en él esa aptitud ni esa voluntad. Vemos que las puertas por donde entra al mundo de las cosas exteriores son los sentidos; y de tal manera lo son, que, ó entra por ellas, ó no conoce punto de ese mundo. Por esto conoce ó puede al menos conocer los seres de la naturaleza material, sus relaciones y sus leyes; por esto, conoce ó puede conocer algo de lo perteneciente al mundo de las causas, supuesto el enlace necesario que hay entre estas y los efectos que están bajo el dominio de los sentidos.

La regla general es que el hombre puede comunicarse por sí mismo con cuanto sea accesible á sus sentidos ó tenga con ellos relacion necesaria. Regla general es esta que no limita excepcion alguna, absoluta en la acepcion más rigurosa de la palabra.

Ahora bien; el mundo de los espíritus puros no es accesible á los sentidos, ni guarda relacion necesaria con las cosas corpóreas, que lo son. Este es un hecho reconocido por los mismos espiritistas, que se ven en la precision de revestirlos muchas veces de formas materiales, de darles cuerpo como al hombre, y voz articulada que supone organizacion material.

En los anales del espiritismo se hacen constatar muchos hechos de comunicacion con los espíritus. Pero los *mediums videntes*, por ejemplo, no ven el alma evucada, en la simplicidad de su esencia, ni si quiera envuelta en ese fantástico *periespíritu*, de que no la despojan sino cuando ya no se comunican con los hombres, la ven con el cuerpo, y hasta con los mismos trages que usara en vida el sér humano á que perteneció. Lo mismo sucede con los *mediums auditivos* que oyen voces ni más ni menos que como las articuladas por los que viven.

La necesidad que hay de ocurrir á este medio prueba la imposibilidad de que haya comunicacion con los espíritus; si no es interponiéndose los sentidos. La constitucion humana, pues, repugna semejantes comunicaciones de parte del hombre. No las repugna ménos de parte del alma separada.



La naturaleza de una cosa es invariable; es como ha sido constituida ó no es de ningún modo. Y bien; las almas de los difuntos no mudan de naturaleza en virtud de la separacion del cuerpo á que se unian, porque no mudan de sér; separadas son las mismas que eran unidas. Si unidas no podian comunicarse con el mundo exterior, sino por medio de los órganos de los sentidos, perdidos estos por la separacion, la comunicacion con los vivientes les es imposible de todo punto.

El *Ígnila* de Aquino se propone resolver esta cuestion filosófica, en cuya generalidad se comprende la particular en que nos ocupamos: "¿Las almas separadas conocen lo que pasa aquí abajo? No, se responde, si se trata de un conocimiento natural." He aquí la razon en que se funda; la ponemos textual para que nuestros adversarios la examinen y la refuten, si quieren y pueden. Lo querrán, estamos ciertos; pero no lo podrán, "No conocen las cosas que pasan aquí abajo, porque el alma separada conoce las cosas singulares, á las cuales es determinada de algun modo, ó por las huellas que le quedan de conocimientos anteriores, ó por afeccion de la voluntad, ó por orden divina. Y las almas de los difuntos, por disposicion de Dios y segun su

manera propia de sér, estan separadas de la conversacion con los vivos y reunidas á la sociedad de las sustancias espirituales que estan separadas del cuerpo." En una palabra, no hay medio de conocer: luego no hay conocimiento en ellas de lo que pasa en el mundo; no hay medio de comunicarse: luego no hay comunicacion posible.

Supongamos, sin conceder, que puedan comunicarse las almas separadas. Resultaria entonces que léjos de disminuir, aumentaria su poder; y como conforme á la teoría del espiritismo, á mayor poder corresponde mayor perfeccion, vendriamos á parar en que el alma separada del cuerpo es más perfecta que unida con él, lo cual es contrario á lo que con otro motivo hemos demostrado.

Además, todos los hombres actualmente existentes son reencarnaciones de almas que existieron en otros cuerpos, y que hubo tiempo en que vivieron errantes y separadas; esto, tambien conforme con el sistema del espiritismo. Todos podriamos, pues, comunicarnos con el mundo exterior, sin necesidad de los sentidos; podriamos entendernos de espíritu á espíritu, penetrarnos, adivinarnos los pensamientos, etc., etc.; y nada hay más notoriamente falso. Evidente-



mente que lo podríamos, á ser cierta la hipótesis espiritista, pues siendo reencarnaciones de almas que existieron separadas, y que en ese estado adquirieron el poder de comunicarse con el mundo exterior sin el auxilio de los sentidos, cuando volvieron á tomar cuerpo: ¿ó conservaron ese poder ó le perdieron? ¿Le conservaron? entónces la comunicacion universal de los vivos entre sí mismos debería ser un hecho. ¿Le perdieron? entónces las almas reencarnadas son ménos perfectas; lo cual equivale á decir que retrogradan; y uno de los artículos del credo de los espiritistas, ya lo hemos dicho otra vez, es que *los espíritus nunca retrogradan.*

Si el cuerpo es obstáculo, queda, sin embargo en pié la dificultad. Si lo es, lo será, sin duda, tanto para el alma que en él está encerrada, como para el alma que está fuera de él. Y como aquella no puede comunicarse con los objetos exteriores, porque no puede salir de su prision, así tampoco ésta puede comunicarse con el alma del hombre, porque no puede entrar al oscuro calabozo en que se la supone cumpliendo su condena. Tener que entrar ó salir da lo mismo. Y ó una y otra cosa puede hacerse, ó ninguna de las dos.

O qué ¿no será obstáculo el cuerpo del hombre, para una alma separada, y si lo será para una alma unida con el cuerpo? Las almas de los que viven son perfectamente iguales á las almas de los que murieron; no hay entre ellas diferencia alguna sustancial; lo que se afirme de unas debe afirmarse de las otras, y lo que es niegue de estas debe negarse de aquellas. Esto quiere la lógica; esto exige el sentido comun. ¿Qué importa que el espiritismo quiera y exija lo contrario?

Esto por lo que mira á la aptitud, á la posibilidad de comunicarse; por lo que mira á la voluntad, habla muy alto ese terror natural, esa especie de aversion que los hombres abrigan y que los fuerza á resistir entrar en pláticas con los habitantes de otro mundo, al ménos en pláticas tan de mano á mano. Les es más grato y es más conforme con su inclinacion, la evocacion de un recuerdo que la aparicion del espíritu más querido, que les causa susto, les crispa los nervios y les eriza los cabellos. Quieren unirse, pero no directamente, sino en el centro de union de todo lo criado, por medio de la oracion.

No se puede suponer tampoco esta voluntad en las almas separadas. Por infortunadas que



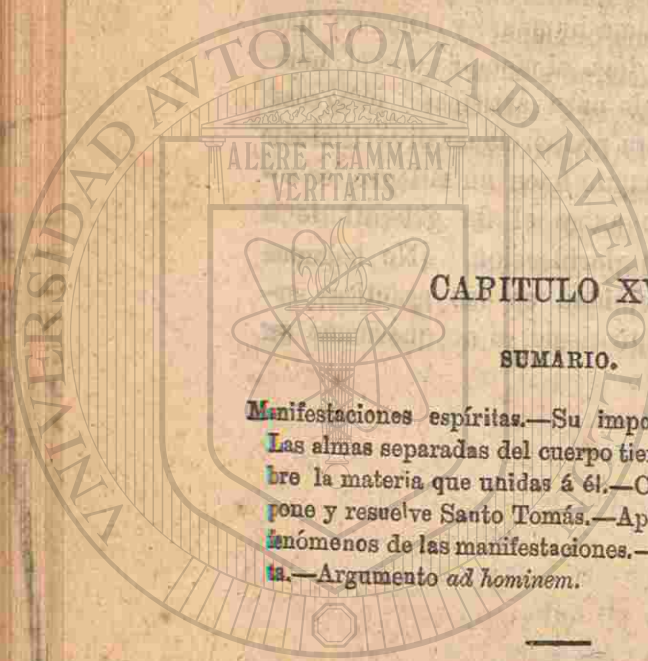
sean, deben ser más felices que los humanos, supuesto que ocupan regiones superiores, supuesto que se cree y se enseña que ellas los ilustran. ¡Y cómo pueden apetecer ser testigos de nuestras penas? ¡Si pudieran siquiera remediarlas! Pero en este particular son tan impotentes como nosotros.

¿Pueden encontrar algún goce al comunicarse con seres que están abajo, muy abajo de su escala, ellas que habitan un mundo de inteligencias altísimas con las que viven en sociedad, que se penetran recíprocamente y se entienden y se dan á entender, sin necesidad de signos ni de palabras? ¿O tendrán otros estímulos para obrar, distintos de los estímulos que determinan la conducta del hombre? Si son seres que tienen un fin, y este fin no es otro que la felicidad á que se llega por el camino de la perfección, lo que les aparte de aquella debe repugnarles más todavía que lo que á nosotros, criaturas imperfectísimas, repugna.

Solo pueden comunicarse por mandato de Dios, pero semejante mandato no es una ley general; y además la conducta que observan en sus comunicaciones no revela ni por asomos la intervención de la Divinidad.

En este caso particular, reflexiónese bien, Dios obraría un prodigio, puesto que suspendía las leyes ordinarias á que en sus acciones tiene que sujetarse el alma humana; y Dios no hace milagros todos los días, ni siempre que el hombre lo quiere, ni solo para satisfacer peligrosas curiosidades, ni para proporcionar divertimento á los espíritus. Cuando hace un milagro, es solamente cuando lo exige el fin general de la creación, que es su glorificación. ¡No hagamos intervenir á la Divinidad en las prácticas supersticiosas del espiritismo, si no queremos ser ateos!





CABITULO XVII.

SUMARIO.

Manifestaciones espíritas.—Su imposibilidad natural.—  
Las almas separadas del cuerpo tienen menor poder sobre la materia que unidas á él.—Cuestion que se propone y resuelve Santo Tomás.—Aplicacion de ella á los fenómenos de las manifestaciones.—Objecion.—Respuestas.—Argumento *ad hominem*.

No solamente es imposible que las almas de los difuntos se comuniquen en fuerza de su natural virtud con los espíritus de los que viven, sino que lo es igualmente que puedan manifestarse ó anunciar su presencia por medio de esa machedumbre de fenómenos físicos, fisiológicos, psicológicos, mágicos, ó extranaturales, que tie-

nen lugar en las sesiones de espiritismo, bajo la influencia *medianímica*.

Cada uno de estos fenómenos supone en la causa invisible que los realiza un gran poder, y todos juntos, una potencia inmensa, casi absoluta sobre los agentes de la naturaleza. De manera, que si las almas separadas son su causa, como quieren los espiritistas, es forzoso revestirlas, una vez que rompen las ligaduras que las unen al cuerpo, de esa omnipotencia para ella desconocida y jamas imaginada.

¿Y en qué podemos apoyarnos para proceder de esa suerte? ¿En la naturaleza del alma? Ella se asombra y se pasma de tantos prodigios: los conceptúa superiores con mucho á sus esfuerzos; y si se propone producir el más sencillo de los que observa, se lo propone en vano. Nada de esto sucedería si ellos fueran una emanacion de su virtud natural.

El alma, al dejar el cuerpo, no cambia de sér ni pierde su naturaleza, sino que permanece sustancialmente la misma. Lo único que consigue es existir y obrar de otro modo. Existia unida al cuerpo y en comunicacion con el mundo corpóreo; y despues existe á la manera de espíritu puro y en comunicacion con el mundo intelectual. Obraba al exterior por medio de



los sentidos, y despues solamente obra al interior por medio de las *especies* ó *fantasmas* que eonserva en el gran depósito de la memoria. Mas bien pierde que gana con la separacion, pues cuando contaba con dos faentes de conocimientos, sin el organismo, se encuentra repentinamente despojada de la más fecunda. Y decimos la más fecunda, porque ya con otro motivo demostramos, y además es un hecho, que el alma, tal cual existe, nada conoce sin el auxilio de los sentidos. Un sordo no tiene idea de los sonidos, ni un ciego de los colores.

Esto es una consecuencia de una ley general; y por lo mismo, lejos de chocar armoniza con la razon. El hombre, que no solo es alma, sino que tambien es cuerpo, es más perfecto en esa union sustancial, que en esa separacion que pugna con sus elementos constitutivos.

Así, encierra una verdad altamente filosófica esta proposicion: el alma no puede por si misma, separada del cuerpo, lo que no puede unida con él. Si, pues, los hombres no pueden producir, no digamos esa muchedumbre de fenómenos, pero ni uno solo aislado, tampoco pueden producirlos; todavía más, menos pueden producirlos sus almas *errantes por los espacios*.

Un hombre, por ejemplo, despues de haberse sujetado á un largo aprendizaje de la música, logrará tocar al piano una partitura, pero para esto necesitará servirse de las manos. Por grandes que fueran sus conocimientos musicales, nunca tocaria la misma partitura, sin acercarse al instrumento, pulsar sus teclas, etc., etc. No le bastaria un acto de voluntad. Méenos lo podrian las almas; y hemos elegido el fenómeno más sencillo.

Un sábio que nunca nos causaremos de citarí porque entre las visiones humanas la suya es la qua ha penetrado más íntimamente en los secretos de la naturaleza del alma, ya en su union con el cuerpo, ya fuera de esa union, se propuso, hace algunos siglos, resolver esta cuestion. "El alma humana despues que ha sido separada del cuerpo puede á lo menos imprimir en las sustancias corporales un movimiento local?" En ese tiempo la doctrina del espiritismo ó de la resurreccion de la magia era un secreto del porvenir; y sin embargo, cuando no era conocido se le zapaban los cimientos y de una manera victoriosa.

En último análisis, los fenómenos espiritistas, de cualquiera de los órdenes que sean, físicos, fisiológicos, etc., se reducen en su causa á un mo-



vimiento local de los agentes de la naturaleza física, diversamente modificado. Así todos ellos están comprendidos en la verdad ó falsedad de la proposición resuelta por el sábio á que hemos aludido.

Este, pues, afirma que no es posible á las almas separadas producir en los cuerpos semejantes movimientos. No es posible tampoco, decimos nosotros, que las mismas almas sean la causa invisible de los prodigios del espiritismo.

Las razones en que aquel sabio funda su afirmación, son sencillas como aquellas en que descansa una inteligencia de su elevación y de su temple. "El alma separada, dice, no puede mover un cuerpo, por su virtud natural. Es un hecho, que cuando el alma está unida al cuerpo, no mueve otro que el vivificado por ella: así, cuando un miembro muere, ya no obedece los mandatos del alma en cuanto al movimiento local. Igualmente es un hecho notorio que el alma separada no vivifica ningún cuerpo; y por lo mismo ninguno deberá obedecerla; teniendo en cuenta solamente la virtud de su naturaleza, salvo que Dios le conceda un poder superior á esa virtud." (1)

(1) Santo Tomás, *Summa. Theolog.*, P. 1.ª Q. CXVII  
art. 4.º

Los hechos en que el argumento se apoya son innegables: el alma solamente mueve su cuerpo cuando está unida con él, y mientras la anima y vivifica. Desde el instante en que deja de comunicarle la vida, cesa su poder. Allí teneis al atacado de hemiplegia. El alma puede mover el lado vivo; pero no puede mover el muerto. Se nota, además, que su poder va disminuyendo proporcionalmente hasta aniquilarse del todo, según que la vida en la parte paralizada es más ó ménos perfecta, ó absolutamente ninguna. De manera que conforme á los grados de la enfermedad, así son más expeditos los movimientos, no siendo ya posibles, cuando el mal toca el límite y viene la muerte. Es, pues, inconcuso, que el movimiento se produce por el principio que dá la vida, y en el objeto á que dá la vida.

En consecuencia los otros cuerpos de la naturaleza que no reciben la vida del alma, y que son todos, no pueden ser movidos por ella, separada.

¿Cómo, se nos objetará, no puede el alma mover los otros cuerpos, cuando diariamente la vemos entregada al trabajo, que no es otra cosa que una especie de movimiento del cual ella es la única causa. Contestación categórica: no es el



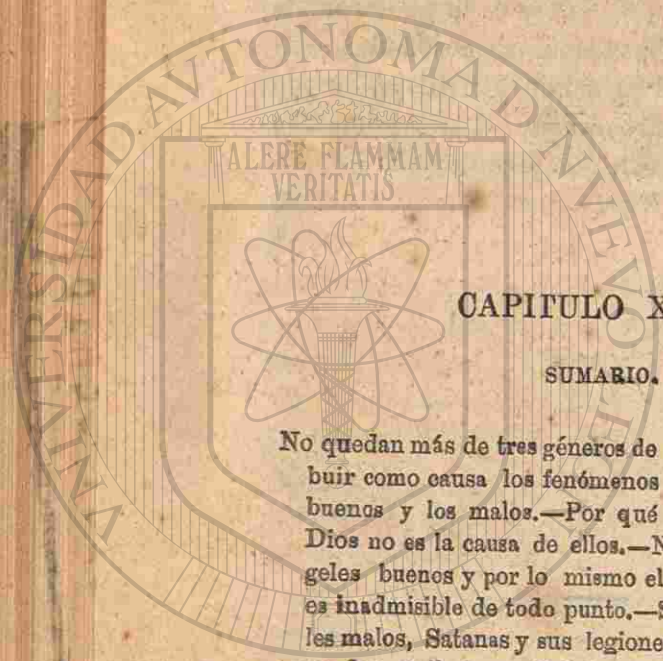
alma separada la que así trabaja, sino el hombre; es decir, el alma unida con el cuerpo complemento de la personalidad, el alma por medio de los sentidos en los que ejerce el dominio más absoluto. Pero vuestra alma errante y separada no es el hombre; vuestra alma errante y separada está privada del poderoso auxiliar del organismo. No confundais cosas perfectamente distintas.

He aquí otra razón tan manifiesta como las anteriores. Habeis visto que el alma no puede mover, aunque lo quiera con toda energía, unida todavía á su cuerpo, un miembro de éste paralizado. Si no lo puede, á pesar de que le está unido, ménos podrá mover los demás cuerpos que le están separados con solo el imperio de su voluntad.

Nos fundamos en hechos; é innumerables se ofrecen á nuestra consideracion, de los cuales puede inferirse la misma consecuencia. Mencionaremos otro solamente para concluir. Ningun hombre de los que han vivido, viva y seguramente ninguno de los que vivirán, ha producido nunca los prodigios que se atribuyen á las almas de los difuntos; y si los espiritistas quieren ser consecuentes con su sistema, todos los hombres lo producirán. ¿No dicen que los hombres no son

mas que reencarnaciones? Luego sus almas pudieron alguna vez lo que todas pueden en el estado llamado de *erraticidad*; y si lo pudieron alguna vez errantes, lo pueden reencarnadas, so pena de ser falso el principio espiritista, de que los *espíritus no retrogradan*. Los argumentos *ad hominem*, como este, son incontestables.





### CAPITULO XVIII.

#### SUMARIO.

No quedan más de tres géneros de seres, á que poder atribuir como causa los fenómenos espíritas, los Angeles buenos y los malos.—Por qué no se demuestra que Dios no es la causa de ellos.—No pueden serlo los Angeles buenos y por lo mismo el *Magnetismo* de Brillot es inadmisibile de todo punto.—Se indica que los ángeles malos, Satanas y sus legiones son los únicos á que pueden atribuirse.—Estado actual del mundo con respecto á fe y á moralidad.—Progreso de la materia y retroceso intelectual y moral.—Los espiritistas no aceptan la solución única del problema.—Razones en que se fundan.—Se anuncia que se refutarán estas razones.

No son, pues, la almas de los difuntos la causa de los fenómenos mágicos; no lo son el magnetismo ni ninguno de los agentes físicos, como

la electricidad animal, el *od*, etc., que muchos han puesto en juego; no lo son el sonambulismo, la catalepsia, la letargía, ni ninguna afección morbosa que altere la vida de relación en la criatura humana.

Todos estos agentes y causas son incapaces para explicarlos, y más todavía, para producirlos. Empero los fenómenos tienen lugar, son ciertos; alguna causa han de reconocer, pues no hay efecto sin causa.

Entre los seres no hay más que materia y espíritu. Tenemos derecho ya para desentendernos de la materia que no puede excederse á sí misma. Entre los espíritus no hay más que dos especies y el infinito centro de los espíritus y de la materia, que es Dios. Estas dos especies son los ángeles y las almas humanas; los ángeles buenos y los malos, las almas unidas al cuerpo y separadas.

También tenemos ya derecho para desentendernos de estas últimas. No quedan más espíritus que Dios, los ángeles buenos, confirmados en el bien y en la verdad, y los ángeles malos, obstinados en el mal y en el error.

¿Es Dios la causa de los fenómenos? No debemos entrar en el exámen de esta cuestión, tanto porque no ha habido hasta ahora quien



sostenga semejante blasfemia, cuanto porque, en las comunicaciones y manifestaciones espiritistas en donde se producen los fenómenos, muchas veces se presenta la inmoralidad sin embozo, el error sin careta, y el ridículo á toda luz; y sin sacrilegio y sin declararnos ateos, no podemos hacer intervenir á la Divinidad en escenas que repugnan á sus santísimos é incomprendibles atributos.

Los Angeles buenos confirmados en el bien y en la verdad, tampoco pueden ser sus actores, pues si lo fueran, nada de inmoral, nada de erróneo, nada de ridículo se produciría bajo su influencia. Y ya hemos visto que los espiritistas no pueden menos que reconocer, á su pesar, que muchas veces los fenómenos tienen esos caracteres, contentándose con atribuirlos en tales casos, á los espíritus corrompidos, amigos del error y á los inclinados á puerilidades, chanzas y chocarrerías. Por lo mismo el "magnetismo" de Billot es inadmisibile de todo punto.

Hé aquí cerrado el gran círculo que debíamos recorrer para llegar y llevar á nuestros adversarios poco á poco, y sin salir del sendero de una razon ilustrada, á la única solucion verdadera. El método de exclusion es infalible

cuando es completo; y en concepto nuestro hemos comprendido todos los supuestos posibles de una manera particular los más importantes, y de una manera general, pero igualmente sólida, los otros.

Uno solo no hemos comprendido, porque no podemos excluirlle. En él está, pues, la única solucion del problema, la explicacion que se busca, por más que nuestra asercion en pleno siglo XIX excite hilaridad y provoque risas en unos, alarmas y escrúpulos en otros.

Ya hemos dejado traslucir la sola solucion posible, la única explicacion aceptable. Seamos ahora que ha llegado la oportunidad, más claros y esplicitos. No tenemos inconveniente; lo habriamos dicho de buena gana desde el principio; pero queriamos primeramente preparar los ánimos que, ó ignoraban absolutamente la existencia actual de las maravillas espíritas, ó las tenían por quimeras, indignas de atraerse la atencion de hombres sensatos.

La causa de los fenómenos del espiritismo no es otra cosa más que la influencia demoníaca. Satanás y los suyos, ahora como desde el principio de los tiempos, no se cansan, ya que labran su ruina, de procurar la pérdida del hom-



ebr, impulsados por la más impacable de las iras y la más concentrada de las envidias.

Todo ese aparato con que se presenta hoy el espiritismo es el mismo vetusto de la antigua magia, inutilizado por mucho tiempo en las naciones cristianas, por la ardiente fé de los adoradores de Jesucristo y por su adhesión sincera é inquebrantable á la verdad revelada. El siglo XIX con su descreimiento y con su inmoralidad, con su ódio al Hombre-Dios y su desprecio por las verdades de la fe, le ha allanado los obstáculos y le ha hecho pensar de nuevo en su poder. ¿No ha resucitado el paganismo? No ha resucitado su culto? ¿Cómo sus dioses habian de permanecer sordos y no comparecer al llamamiento de esclavos que se ofrecen voluntarios para que les carguen de cadenas?

Las ponderadas luces del siglo no seran parte á impedir el reinado de las tinieblas; porque las unas siguen cierta direccion y las otras rumbo diverso. Las luces que forman la aureola del siglo XIX son materiales con toda propiedad, y las tinieblas en que asientan su trono y que tienen penetrado su sér, son tinieblas morales que ciegan su razon y aturden su conciencia.

No sabemos por que, aunque tal vez si nos propusiéramos averiguarlo, lo sabriamos; no sabemos por qué, repetimos, el desarrollo indiscreto de la materia, siempre ha significado históricamente apocamiento y miopía intelectuales, retroceso y decadencia, inmoralidad y corrupción crecientes en el orden de las ideas y en el de la moral.

El vapor y la electricidad han avanzado mucho; pero el bien y la verdad han perdido terreno. El paganismo, orgulloso con su Grecia y con su Roma, con sus mármoles y sus broncees, era, sin embargo, un cadáver en putrefacción. El siglo XIX con sus ferrocarriles y sus alambres, con sus máquinas y sus artefactos, no puede ocultar la fetidez interior que le corroe.

Tomad el escalpelo, punzadle, si os place, en el corazon, y vereis como no da muestras de que siente. ¡Es que está ya muerto ó moribundo por lo ménos.

Cuando la materia reina, es precisamente cuando Satanés es el dominador. El reinado del espíritu le aterra, porque el espíritu fué quien le arrojó de las alturas en que fué criado, á los abismos en que le sepultaron su envidia y su soberbia.



Ahora preguntamos nosotros: ¿No es el siglo XIX el reinado de la materia? ¿No es el siglo XIX el que niega la inmortalidad del alma y niega ó duda y pone á discusion la existencia de Dios? ¿No es el siglo XIX el que funda su moral en el egoismo y en los goces sensuales, y su justicia en el número? ¿No es la fuerza el único agente del siglo XIX? ¿No constituye ella su razon suprema? ¿Su política no es un verdadero juego de bolsa? ¿Por qué, si todo esto es verdad, no hemos de ver en él á Satanás, viendo, como vemos, en todas partes sus obras?

Porque no existe, respondeis; porque Satanás es un mito; porque á más conceder es la personificacion del mal, aunque mejor estamos por no ver en él más que una quimera á que dió vida la época de la supersticion, un fantasma con que se ha infundido terror á millares de generaciones cándidas y poco ilustradas; porque Satanás no existe, como afirmáis vosotros los católicos, pretendiendo que comulgamos con una rueda de molino; porque, aun dado caso que existiera, no sería capaz del poder de que le revestís; porque si no hay penas eternas, como no las hay, Satanás es un absurdo; porque..... Ya al refutar todas estas afirmaciones y negaciones gratuitas, tocáremos, para pulverizarlas,

todas las otras á que dais el nombre de razones, y tras de las cuales os guareceis, como tras de la más poderosa de las egidas.

Ya vereis cómo Satanás existe, por desgracia vuestra que le servís. Ya vereis que es capaz de fascinaros con todos los prodigios de la magia; os convencereis de que primeramente os unce á su carro y os arrastra encadenados, y en definitiva os pierde. Ya vereis la realidad de esas penas eternas que negais, no porque pugnen con algunos de los atributos de la Divinidad, sino porque os aterran y escuecen, y son en la vida práctica, las que vienen á derramar una gran dosis de hiel en la copa de néctar de vuestros placeres.

Atendednos, y tal vez con verdadera delicia nuestra, volvais sobre vuestros pasos. Os compadecemos en el corazon, y por esto os buscamos con amor, y estudiamos para convenceros, y trabajamos por ayudaros á vencer los obstáculos con que tropezais. ¡Dichosos nosotros si la semilla que sembramos encuentra con una tierra fecunda ó preparada con el correspondiente abono! ¡Maldito el hombre que confía en el hombre! Desconfiad de vosotros mismos.

En el momento en que llegueis á reconocer que Satanás existe, se encenderá la antorcha de



vuestra esperanza. Negar á Satanás es el síntoma más alarmante y que hace desesperar de vuestra salud. Porque Satanás, eterno contradictor de Jesucristo, ha querido disputarle las almas de los hombres, siguiendo caminos opuestos. Jesucristo triunfa de nosotros, cuando le confesamos; por esto exige que le confesemos. Satanás triunfa de nosotros cuando le negamos; por esto aspira á hacerse negar. Temed las asechanzas de la antigua serpiente.

## CAPITULO XIX.

### SUMARIO.

Palabras de Voltaire, reconociendo la existencia de Satanás.—El hecho que no se niega de la redención, supone, necesariamente la existencia de aquel.—¿Quiénes son Satanás y sus ángeles segun el catolicismo.—Algunas reflexiones.

“Satanás es el cristianismo; sin Satanás no hay cristianismo” ha dicho Voltaire, el mofador eterno de todos los dogmas cristianos, el negador sistemático de todas las afirmaciones católicas.— Y con esto ha defendido ante los tribunales del sentido comun la existencia real del enemigo de Dios y de la humanidad. Y en efecto, quitad á Satanás, y habreis borrado con una plumada del libro de la historia, y arrancado á



la voz de la tradicion universal las tremendas escenas del paraíso, y las magníficas promesas que siguieron, y el más conmovedor y grandioso de los espectáculos que ha visto y tocado el linage humano, y la más trascendental y maravillosa de las revoluciones que han agitado la sociedad, curándola, regenerándola y civilizándola. Si la especie humana no estaba encadenada, ¿a qué venir y brindarle con la libertad? Si no habia un señor que la dominase y la cautivase, ¿qué necesidad habria de un Redentor que la restituyese una dignidad que jamas habia perdido, y que la rescatara de un cautiverio á que nunca habia entrado? ¡Mentira es la redencion, mentira la regeneracion del mundo, mentira la civilizacion cristiana, si Satanás es mentira!

Si existe, pues, el cristianismo, si la regeneracion del mundo es más que una vana palabra, si su civilizacion está como encarnada en todas sus instituciones sociales, políticas y religiosas, y rebosa por todos y cada uno de sus poros; si la redencion de la humanidad y del hombre es un hecho, Satanás existe, Satanás no es un mito, Satanás no es la personificacion del mal, Satanás no es una alegoría, Satanás no es el espantajo de las conciencias, sino un sér real, un personaje histórico y una verdadera personalidad.

Satanás existe, por más que se clame y se grite hoy que es una invencion de la tiranía y del sacerdocio; pues tal clamor y semejante grito no son el clamor ni el grito siquiera propios de los que porfian por echar á tierra la creencia general acerca de su existencia, sino un eco del grito y del clamor del mismo Satanás, que quiere que se le niegue, para que no se le tema; que se le destierre de la sociedad, para reinar en ella mejor. Sabe muy bien que su presencia espanta, y por eso se oculta: que si le conocen los hombres, ninguno le admitirá como rey; y por esto cifra su afan en permanecer ignorado.

*Y sin embargo, se mueve, decia Galileo, hablando de la tierra; y sin embargo, existe, decimos nosotros, refiriéndonos á Satanás.*

Pero no se trata de solos nosotros, ni de solos los católicos, para contentarnos con este género de demostraciones, acaso las más enérgicas y poderosas, pero que suponen verdades contra las que algunos se rebelan. Se trata principalmente de nuestros adversarios, que no son católicos, aunque se dicen filósofos. Tomémosles la palabra, y demostrémosles, ó que no lo son, ó que si lo son, deben admitir la existencia de ese sér que se empeñan en negar, cuando



ellos mismos son monumentos vivos que depo-  
nen en favor de su pavorosa existencia.

Pero, ¿quién es Satanás? ¿Sebe la Iglesia ca-  
tólica á qué atenerse en todo lo que enseña re-  
lativo á Satanás y á sus ángeles? Ni Satanás  
ni sus ángeles son de toda eternidad, como Dios;  
sino seres criados por Dios, espíritus tentado-  
res y engañadores, no por naturaleza, sino por  
malicia; no por constitucion, sino por perversi-  
dad de su voluntad. Son criaturas de naturale-  
za superior á la naturaleza del hombre, y más  
poderosas que éstos, por lo mismo que les aven-  
tajan en dotes naturales y en perfeccion. Son  
criaturas que, como los hombres, debieron tener  
una época de prueba, de la cual, dotados de li-  
bertad para hacer el bien ó el mal, y de inteli-  
gencia para conocerlos, podian salir vencedores  
ó vencidos, y por lo mismo, dignos del laurel y  
de la palma, ó del tormento y del azote. La  
felicidad perdurable, igualmente que la eterna  
desgracia, no se reparten indiferentemente: pa-  
ra gozar de la primera, como para sufrir la se-  
gunda, se necesitan merecimientos. La misma  
ley respecto de los ángeles que de los hombres,  
porque en unos y en otros hay de comun la mis-  
ma base moral, más ó menos amplia, más ó mé-  
nos extensa, pero fundamentalmente la misma.

Si el hombre pudo caer y ha caído, cae y cae-  
rá todos los días mientras se encuentre en el  
campo de batalla y sea soldado en el gran com-  
bate de la vida, mientras esté pasando por la  
prueba que ha de fijar tarde ó temprano su  
destino, ¿por qué los ángeles no podrian haber  
caído de la altura en que los habia colocado su  
Creador? ¿por qué no podrian haber sido ven-  
cidos en el combate y cedido á la prueba? Lo  
pudieron los hombres, lo pudieron los ángeles  
pues tanto unos como otros fueron criados para  
merecer la felicidad eterna por medio de su  
amor libre hácia el sér que los crió. Ni unos  
ni otros fueron confirmados en el bien al recibir  
la existencia, sino hasta despues que hubiesen  
luchado y conquistado la victoria.

Estas criaturas, pues, decaídas de su grande-  
za original, porque siendo libres no quisieron  
prestar el obsequio de su inteligencia y de su  
voluntad á la voluntad y á la inteligencia divi-  
nas, á pesar de la superioridad de su naturaleza  
respecto de la naturaleza del hombre, nada tie-  
nen de absurdas, como lo sostiene Allan Kardec  
en su obra *El cielo y el Infierno*. Absurdas se-  
rian, si siendo libres para elegir entre el bien y  
el mal, no hubieran podido seguir en su eleccion  
deliberada este último extremo; una vez que



aunque inteligencias más perfectas que el hombre, no eran ni podían ser perfectísimas como Dios, único entre los seres libres incapaz de hacer el mal, porque su santidad y bondad son infinitas; atributos que no caben en criatura alguna.

La Iglesia sabe también á que atenerse sobre este punto, porque siempre tiene delante de los ojos la historia de las obras de Dios, escrita por Dios mismo ó bajo su inspiración, porque continuamente tiene el oído atento á las voces de la tradición universal, que sin duda tienen su origen en el cielo, supuesto que nada ha podido acallarlas en el mundo, ni el trascurso de los siglos, ni el ímpetu de las pasiones, ni las mil revoluciones y cataclismos de que ha sido teatro la sociedad universal. No importa que la Iglesia no sepa de cierto cuál fué la causa de la rebelión angélica, ni de la condenación eterna que se la siguió; si el pecado cometido por Satanás y los suyos fué de envidia ó de soberbia, si el dogma que motivó su apostasía fué el reconocimiento que se les propuso de la Encarnación futura del Verbo. Todo esto nada tiene que ver con la verdad del hecho de la rebelión, expresamente consignado en el libro de los libros.

Para que una cosa sea cierta, para afirmar que realmente existe, no es necesario, como quiere el mismo Allan Kardec, que se conozca su causa, ni ménos que se rinda acerca de ella una explicación minuciosa. El que se ignore la causa, que en verdad se sabe con más certeza que aquella con que constan otros hechos históricos sobre los cuales ninguno duda, el que falte la explicación detallada, que no falta en cuanto es necesaria para formar opinión razonable y creencia firmísima, no autoriza á nadie, que se extime en algo y no esté destituido de sentido común, para asegurar en tono magistral, como de contrario se asegura, que la existencia de esas criaturas desgraciadas es una obra de pura imaginación.

En las cosas que están delante de nuestros ojos y al alcance de nuestra inteligencia, casi siempre ignoramos la causa de este ó de aquel fenómeno, casi nunca tenemos acerca de esos fenómenos una explicación satisfactoria; y sin embargo, nadie se atrevería, sin exponerse á la rechifla universal, ó á que se le declarara demente, ó á negar el hecho ni el fenómeno con tan ridículo pretexto.

Negad la existencia del granizo, porque no sabéis de cierto cuál es la causa que le produce,



ni la manera con que se forma en el seno de la nube. Negad el rayo que puede aplastar vuestras cabezas, porque ignorais á que ateneros acerca de su origen verdadero y de los elementos que positivamente le constituyen. Negad, en suma, el universo, porque sois unos pigmeos para poder alcanzar con la inteligencia á sus alturas y sorprender en ellas el principio del movimiento; porque sois, no miopes sino ciegos de nacimiento, para poder descubrir en sus abismos la mochedambre de causas que se dan la mano para producir esa armonía maravillosa que, tan pronto parece variedad infinita, como unidad indivisible, y siempre y en todas partes y en todas sus facetas, belleza suprema y orden inalterable.

No ratiocinéis así, si no quereis quedaros solos en el estadio, sin quien aplauda ni vitupere vuestros triunfos ó vuestras derrotas. Sed siquiera aparentemente razonables, y tendreis al ménos por auditorio á los incautos, á los ignorantes y á los corrompidos.

## CAPITULO XX.

### SUMARIO.

El diablo no es un mito.—Fenómeno universal fundamento del dualismo; no el indiano ni el de los maniqueos.—El sacrificio humano.—No pudo ser inventado ni adoptado por el hombre.—Tampoco pudo ser de institucion divina.—*Lo que debe existir existe.*

Hay un fenómeno constante y universal, que no tendria explicacion, que existiria sin causa, si el diablo fuera un mito, una mera personificacion. No se conoce region en que no se haya producido, ni pueblo civilizado ni salvaje que le haya ignorado.

Nos referimos al hecho en que se funda el dualismo, no el dualismo de los Maniqueos, que supone coexistiendo desde toda eternidad y haciéndose la guerra más encarnizada á los principios del bien y del mal; no el dualismo indiano, que hace del bien y del mal dos entida-



des personales, dos seres igualmente poderosos, pero obrando en sentidos opuestos, que se disputan el dominio del mundo moral todo, y del hombre religioso en particular.

Hablamos de ese *dualismo* que no es eterno y cuyas luchas han tenido principio; de ese *dualismo* que toma su nombre, es cierto, de la dualidad de las causas que perpetuamente rivalizan y pugnan por su mútuo aniquilamiento; causas entre las cuales média una distancia infinita, porque una de ellas es Dios, oceano inmenso de todas las perfecciones posibles é imaginables, criador y conservador de todas las cosas; y la otra es una criatura que se hizo desgraciada, y aunque de naturaleza superior, de poder mezquino y limitado, foco de ódios inextinguibles y centro de malicia y de malevolencia, que no maquina sino males y no se goza en hacer sino daños; criatura que no pudiendo nada contra el Dios que la castiga, procura de dañar y se afana por perder al hombre, sobre el cual se levanta con una marcada superioridad de naturaleza con el fin de apartarle de la felicidad que le está prometida, felicidad de que él se apartó con su desobediencia.

Este fenómeno está escrito en todas partes con imborrables caracteres, desde el principio,

en las historias y en los monumentos y en las costumbres.

Nada hay más constante y acreditado; cualquiera de las cosas que se examinen, encontraremos que conserva cuando ménos una huella del paso de esa doble personalidad. Seria curioso un estudio profundo de la materia; ocuparia volúmenes enteros.

Basta á nuestro objeto, que es el de hacer que se toque la realidad del fenómeno, inexplicable sin la dualidad de la causa, examinar, siquiera sea superficialmente, un hecho histórico en que la incontrovertible realidad de los principios rivales, resalta con la evidencia de una primera verdad.

El hecho el es sacrificio humano que no ha sido práctica de solo este ó aquel pueblo, sino de todos los pueblos de la tierra; que no ha sido un achaque de este ó aquel tiempo, de esta ó de aquella region, sino de todos los tiempos y de todas las regiones. Los sacrificios humanos han dado la vuelta al mundo. ¿Quién les ha hecho dar tan enorme rodeo? ¿Que fuerza los ha impuesto á todas las naciones cultas y civilizadas, á las rústicas, á las salvajes y á las bárbaras.

El sacrificio humano, en su variedad de formas, no pudo ser imaginado por el hombre, que



tiene un horror natural á la muerte, ni pudo ser aceptado espontáneamente y con aplauso del hombre, que huye por instinto del dolor, y antipatiza con aquello que le atormenta. El sacrificio del hijo por el padre, del hermano por el hermano, de la esposa por el esposo, no cabe en los sentimientos de ningun corazón ni en las inspiraciones de ninguna razón humana. Uno y otra le rechazan,

Y sin embargo, el sacrificio humano ha existido; su causa, que no es humana, tampoco es divina, pues Dios no se deleita con semejantes holocaustos. Su causa, que no es humana, debe ser sobrehumana, necesariamente diabólica.

Lo que debe existir, existe. El fenómeno existe, la causa debe existir; la causa no es Dios, que es infinitamente bueno, ni el hombre, que no pudo concebir ni imaginar tan prvorosas fantasías; luego es un sér, que no es Dios, y una criatura, que no es el hombre; un sér que por su malicia ha puesto entre Dios y sí mismo un abismo de separación; una criatura, que por envidia, procura y no se cansa de procurar la pérdida y desgracia eternas del hombre. En una palabra, es un sér y una criatura que se confunden con aquellos seres y aquellas criaturas á que el catolicismo da el nombre de demonios.

Y hé aquí cómo la necesidad de explicar ese *dualismo* que está delante de nuestros ojos y penetra á nuestro espíritu por cada uno de los poros del cuerpo, nos conduce, como por la mano y con una violencia imposible de resistir, al reconocimiento necesario de la existencia del diablo y de sus ángeles, al punto á que nos conducen las revelaciones católicas. *Lo que debe existir existe* (1).

(1) El sacrificio humano es de institución diabólica, no obstante que el sacrificio en general fuese una necesidad de la naturaleza decaída por el pecado y que aspiraba á ser rehabilitada, como lo fué, en efecto, por la Víctima pura, santa y sin mancha inmolada en el Calvario. El Diablo para conseguir engañar mejor, se sirvió de la verdad, corrompiéndola. "De la creencia en la eficacia de los sacrificios, dice el Conde José de Maistre, justa en su raíz, pero corrompida por aquella fuerza que todo lo había corrompido, nació en todas partes la horrible superstición de los sacrificios humanos." (Aclaraciones sobre los Sacrificios Cap. 2.)



CAPITULO. XXI.

SUMARIO.

Objeciones contra la existencia de Satanás tenidas como argumentos por Allan Kardec.—Vana consistencia de ellas.—Respuesta.—No porque los angeles rebeldes fueron criados naturalmente perfectos, debieron ser siempre moralmente perfectos.—Su perfección natural es relativa, no absoluta.—La perfección moral depende del buen uso que se hace de la libertad.—Así, ó los ángeles, á pesar de su perfección natural, pudieron caer, ó no fueron criados inteligentes y libres.—Su obstinación en el mal nada prueba contra la bondad, la santidad y la misericordia de Dios, como se pretende.—Ocupación de Satanás y los suyos, con respecto al hombre.—Perniciosa influencia que ejercen en él.—De donde les viene el poder que tal influencia supone.—El hombre puede resistirla victoriosamente.—Cuenta con el auxilio de los ángeles buenos y con el poder de la Gracia.—Si alguno es vencido, es porque lo quiere.—Muchas veces esas desgracias inteligencias son instrumentos de la justicia divina.

¿Pero cómo es que existe el diablo, se dice, cómo es que una criatura obra de Dios, y una

criatura tan perfecta, cual debe suponerse un espíritu puro, persiste eternamente en su malevolencia? Si era perfecta, ¿cómo pudo caer? Si Dios es la Santidad y la Bondad infinitas, ¿cómo puede consentir en que semejantes criaturas, una vez caídas, continúen haciendo mal, y que nunca vuelvan sobre sus pasos? Si es misericordioso ¿cómo les cierra las puertas de la reconciliación?

Estas son algunas de las objeciones, que no razones, tras las cuales se escudan Allan Kardec y sus sectarios, al contradecir la doctrina católica respecto de la existencia de los demonios, y al asentar la hipótesis *espírita*, con que se quiere y se juzga necesario sustituir aquella, atentos los fenómenos que se realizan en esferas superiores y que serian otros tantos efectos sin causa, si no se admitieran inteligencias ocupadas en producirlos, inteligencias distintas de Dios y de los hombres. (1)

Estas objeciones, no obstante el aparato con que son presentadas, tienen la consistencia de

(1) Léase la obra de Allan Kardec, *El Cielo y el Infierno*, en el capítulo *Los demonios segun la Iglesia*, y los números 13 y 14 de la *Ilustración espírita*.



las burbujas de jabon con que los niños se divierten. Basta un ligero soplo para que sus bellas apariencias dejen de ser el encanto de los ojos. Y en efecto, en buena filosofia no se puede inferir del hecho de haber sido criada una cosa perfecta, la necesidad de que lo sea siempre. En la perfeccion de los seres criados hay una escala gerárquica. Y no siempre que se dice que una cosa es perfecta, se quiere significar que lo es de una manera absoluta. Solamente es absoluta la perfeccion en aquel que la posee en toda plenitud y en grado infinito; y por lo mismo solamente en Dios. Así, todo sér criado es perfecto en tal ó cual grado, pero no absolutamente perfecto. Estando dotado de una perfeccion relativa, está entre dos extremos; y caminando hácia uno de ellos, puede perfeccionarse más, así como tambien dirigiéndose al otro, perder mucho de su perfeccion. No se olvide que estamos tratando de seres inteligentes y libres, y que nos referimos principalmente á la perfeccion moral, que por más correspondencias que tenga con la perfeccion natural ó constitutiva del sér criado, no depende de ella, sino del buen uso que se haga de la inteligencia y de la libertad. Como este uso, á no ser que neguemos el libre albedrío, lo cual seria negar la dignidad

humana, constituye un sistema de actos, en los que la personalidad se manifiesta; sistema de actos propios de la persona, de tal manera propios, que Dios mismo no podría, sin destruir su obra, ni llevar la perturbacion al órden general, hacer que el sér inteligente obrara de distinto modo que queria, nada tiene de absurdo que semejante sér sea cada vez más perfecto, ni nada de repugnante á la razn, que decaiga de su perfeccion anterior ó primitiva. La libertad es una potencia que no encuentra tropiezos en el camino que recorre, ó que, si los encuentra, los allana. Tan fácil le es dar un paso hácia adelante como dar un paso hácia atras. Tan sencillo le es dirigirse hácia la perfeccion superior, como retrogradar al último grado de la escala.

Si esto no fuera una verdad, en cuyo apoyo están todas las evidencias, pero sobre todo la de hecho y de sentido comun, ¿cómo se explicaria por qué un hombre es honrado y virtuoso, por ejemplo, dos tercios de su vida, y en el último tercio se muestra y es malvado y criminal? La experiencia diaria da testimonios de que tales sucesos no son imaginarios, sino reales, ó no hay realidad ni verdad sobre la tierra. Y es claro que quien habiendo sido primeramente virtuoso, se convierte súbitamente en criminal,



se hace ménos perfecto, así como que adquiere una perfeccion mayor, cuando de criminal ó indiferente se torna virtuoso y bueno.

El hombre, miéntras no es confirmado en la perfeccion y en la felicidad, miéntras está colocado en el campo de la lucha y siendo alternativamente vencido ó vencedor, es comparable al número ó á la cantidad. Como ellos son siempre susceptibles de disminucion ó de aumento y pueden ser mayores ó menores, segun el genero de operacion á que se les sujeta por el calculador; así tambien el hombre puede aumentar ó disminuir en bondad, ser más ó ménos perfecto, segun la calidad de las acciones morales á que consagra su inteligencia y su voluntad. Lo mismo pasa con los espíritus puros, en esto son regidos por las mismas leyes que los hombres, porque como éstos, son inteligentes y libres. Si su naturaleza es superior, si su perfeccion natural es mayor, no por eso las leyes entre las cuales gira la libertad, cambian. Les será más fácil perfeccionarse moralmente, porque cuentan con mayores elementos; será más estrecha la responsabilidad de sus actos, porque en ellos el conocimiento de la verdad es más completo y la inclinacion hácia el bien ménos expuesta á la seduccion de las apariencias; pero en unos y

otros; la posibilidad de ir á más ó de venir á ménos es esencial; y en ella estriban su grandeza, su dignidad y su gloria, puesto que está en ella el mérito ó demérito de sus actos y la fuente de su poder y de su independenciamoral.

Los espíritus puros, que despues de su apostasía han sido llamados por la Iglesia demonios, no fueron, pues, ni siquiera pudieron ser criados absolutamente perfectos. La perfeccion absoluta corresponde solamente á Dios. Fueron criados más perfectos que el hombre; y siendo relativa su perfeccion, pudieron descender y ascender, como de facto ascendieron [y descendieron en la escala inmensa del perfeccionamiento moral. Pudieron caer al abismo, cómo cayeron, sin que este hecho arguya nada contra Dios, que al darles la libertad y la personalidad, los hizo semejantes á él, y por lo mismo independientes, aunque responsables del uso ó abuso que hicieran de aquel don, bueno en sí mismo y preciosísimo. La primera objecion, pues, es ciertamente pueril, y á tener algo de verdad, entonces ni los ángeles ni los hombres serian esas inteligencias cuya grandeza admira, sino autómatas de un orden superior al físico, pero siempre autómatas.



No es ménos inconsistente la otra objecion que se ha indicado, y á la que se quiere dar apoyo en la bondad, santidad y misericordia infinitas de Dios mismo. Se cree que repugna á tan elevados atributos la tolerancia por parte de Dios, en que tales criaturas, una vez que cayeron, persistan en su caída; que en ese estado de abyeccion se ocupen en hacer mal á criaturas inferiores y parezcan, como dice Allan Kardec, *agentes provocadores predestinados á reclutar almas para el infierno* (1). Entendámonos.

Tal persistencia es un acto, no de Dios, sino de las infelices criaturas, que no quieren renunciar al mal que abrazaron una vez. Por lo mismo, es extraña á la voluntad de la Divinidad que se glorifica á sí misma, reconociendo los fueros de la libertad y de la independencia de sus criaturas.

[1] *Predestinados* La palabra está mal aplicada. La predestinacion comprende únicamente los bienes (Suma Teológica, S. Tomas 2.<sup>a</sup> de la 2.<sup>a</sup> Parte Question 174 art. 1.<sup>o</sup>) Decir de un sér cualquiera que está predestinado al mal es ofender la gramática y la teología. Sin embargo, como Allan Kardec se expresa así en la frase subrayada, lo hacemos también nosotros por ahora, pero bajo el concepto de que *predestinar* significa en este capítulo lo que parece quiso significar aquel, es decir, *destinar*.

Si Dios los levantara á pesar de ellos, sería cargándolos de cadenas, haciendo fuerza á su libre albedrío, destruyendo su obra y contradiciéndose á sí propio. Y semejante conducta, que no cuadraría en un hombre respecto de las cosas que le estén sometidas, ménos cuadraría en un Dios, cuyos juicios son siempre infalibles, inmutables y eternos. En cuanto á que les cierra las puertas á la reconciliacion, nada hay más arbitrario ni más impío. Los ángeles caídos, lo mismo que los hombres degenerados, tuvieron sin duda una época en que pudieron arrepentirse de su culpa y rescatarse de la pena con el precio infinito de la sangre del Verbo hecho carne que, según la divina palabra, fué sacrificado desde el principio del mundo. *Agnus occisus est ab origine mundi*. Pero no lo quisieron, como no lo han querido ni quieren muchos hombres que han muerto y mueren impenitentes.

¿Se querría que Dios les hubiera otorgado el perdón, cuando léjos de pedirselo le despreciaban, perseverando en su rebelion y en su pecado? ¿No se ve que semejante perseverancia no es otra cosa más que la repeticion de la ofensa y del agravio? ¿Podríamos en tal supuesto, decir que Dios era infinitamente bueno, cuando mira-



ba con indiferencia ó más bien con amor el mal moral: que era infinitamente santo, cuando levantaba hácia sí y colocaba en derredor de su resplandeciente trono á seres manchados y que rehusaban lavarase de sus manchas: que era infinitamente justo, cuando léjos de castigar las ofensas que se le hacian, las premiaba con un eterno y perdurable galardón? Antes de decir semejante absurdo, con vergüenza de la razón, deberíamos borrar de los libros la palabra Dios, y proclamar el ateísmo como la única verdad.

Falta refutar la otra objecion relativa á la ocupacion de los ángeles caidos, con relacion al hombre á quien hacen todo género de males y procuran conducir al abismo de las tñieblas. Se piensa que Dios les da este poder, y no se reflexiona que lo tienen por su naturaleza superior, que no cambió con el hecho de la caída. En efecto, los espíritus angélicos influyen en los hombres y pueden ejercer en ellos un dominio más ó ménos pleno, porque pueden comunicarles esta ó aquella verdad y sugerirles este ó aquel pensamiento, que puede ser determinante de sus acciones. Pero aquella influencia y este dominio no son tales que no puedan resistirse por parte de los hombres, quienes tienen el

auxilio de los ángeles buenos, y sobre todo el soberano poder de la gracia.

Si tal cual vez aquella influencia es decisiva y este dominio es absoluto en alguno, es porque este se rinde y se entrega sin reserva al enemigo de su felicidad y no le opone para vencerle los eficaces recursos con que cuenta.

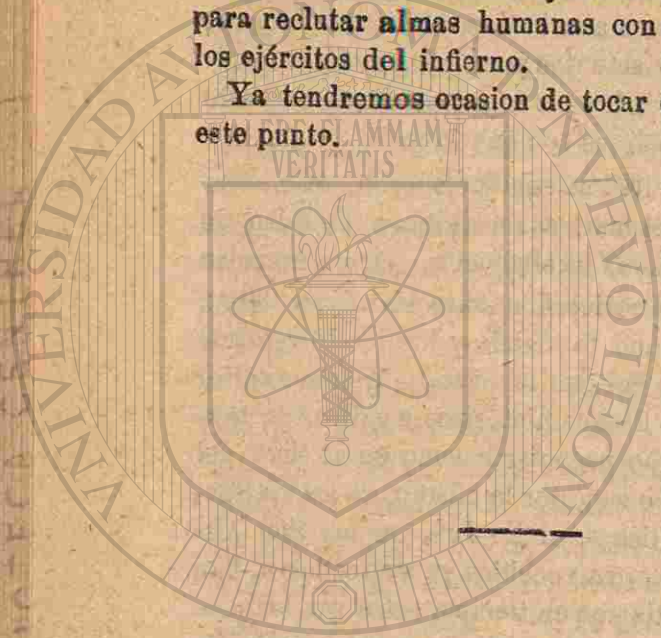
Dios, cuya altísima sabiduría sabe sacar siempre el bien del mal, suele valerse también de estas desgraciadas inteligencias, para ejercer su justicia y su misericordia sobre la misma tierra, castigando al que le ofende y haciendo resaltar más el mérito del que le sirve. Y esto explica la multitud de hechos históricos realizados, tanto en el antiguo paganismo como en el seno del catolicismo. No son, por lo mismo, raros los Santos, ni los Antiocos, ni los Job, ni los San Antonio Abad que, ya vencidos ya vencedores, han aparecido de tiempo en tiempo, para ser los pregoneros de la justicia y de la misericordia divina.

Pero es imposible demostrar que de que los demonios impulsados por su malicia y con el poder natural que pueden desarrollar en perjuicio de los hombres, los seduzcan y los induzcan al mal, por que se dejen inducir y seducir; ni de que Dios se valga de ellos para hacer el bien,



pues que no es otra cosa castigar el mal y hacer más insignes las victorias de la virtud, se infiera que tales seductores hayan sido *predestinados* para reclutar almas humanas con que engrosar los ejércitos del infierno.

Ya tendremos ocasion de tocar en otro lugar este punto.



## CAPITULO XXII.

### SUMARIO.

Consecuencias de lo dicho en el anterior capítulo.—La cuestion es de hecho; y en punto á hechos el fallo corresponde á la historia y á la tradicion.—Las tradiciones y las historias de todos los pueblos proclaman la existencia de los genios maléficos, llamados demonios.—El primero de los libros, desde su primera página hasta la última, les hace representar un papel importante.—Escena del Paraiso terrenal.—Es una prueba palmaria de la existencia de Satanás.—La serpiente que habla no es un mito.—Las ciencias confirmando la verdad de la relacion del Génesis.—Los Dragones-serpientes y la Geología.—Palabras de Cuvier.—Otras de Zimmermann.

Si el cristianismo fuera una teoría meramente filosófica, si el *dualismo* no pasara de una hipótesis científica, y si los sacrificios humanos pudieran ser otras tantas ilusiones de la fantasía,



ni el cristianismo, ni el *dualismo*, ni los sacrificios humanos, servirían para demostrar la existencia real de Satanás y de sus satélites los demonios. Pero resolviéndose el cristianismo y el dualismo en hechos innegables, y siendo una realidad, de que dan testimonio los sentidos los sacrificios humanos, aquellos génius maléficos, no pueden considerarse como personajes alegóricos; no pueden ser entes fabulosos, ni mitos imaginarios.

No; ellos son tan reales como el enemigo del género humano; este enemigo tan real como el Redentor de la humanidad, el Redentor tan real como Jesucristo, Jesucristo tan real como el cristianismo, que se siente, se ve y se toca en las sociedades modernas, que viven de su savia, como se sintió, se vio y se tocó en las antiguas, que fueron por él regeneradas.

No; el *dualismo* se resuelve en hechos, y en este número se comprenden los sacrificios humanos; aquel y estos deben tener una causa tan real como ellos mismos; y semejante causa debe ser maléfica, pues los efectos, que son los hechos, son contrarios al bien y á la virtud. La razón, pues, para explicar la historia, para darse cuenta de fenómenos cuya existencia reconoce á su pesar, tiene que ocurrir á las revelacio-

nes católicas ó que extraviarse en un laberinto más intrincado que el de Creta.

Pero no nos distraigamos en lucubraciones que, tratándose de hechos, servirán para hacerlos creíbles, para valorizarlos, para sorprender el secreto de su generacion y el hilo de su filiacion y para suministrar á lo más una prueba indirecta de su existencia; mas no para proporcionar la demostracion directa que adversarios exigentísimos demandan con insistencia. En punto á hechos, el fallo corresponde á la tradicion y á la historia. Aun en los casos en que haya algunos que aparentemente choquen con la razon y con los conocimientos adquiridos, aquel doble criterio es decisivo, y la sentencia que se dé con fundamento en él, es inapelable.

Pues bien, las tradiciones y las historias de todos los pueblos de la tierra, deponen en favor de la realidad de esos génius maléficos que la Iglesia llama demonios.

Pasemos la vista por los libros y nos convenceremos de que nada hay más cierto ni más certificado.

Y el primero que consultemos sea el que lo es por excelencia, venerable por su antigüedad, sagrado, porque fué escrito bajo el dictado de Dios mismo, y digno de recibir los homenajes



de la razón más independiente, por haberse anticipado á conocimientos altísimos hasta en órdenes que, como el físico, puedan decirse extraños á las teogonías.

Este libro, desde las primeras páginas del idilio con que abre, hasta las últimas de la tragedia con que cierra las variadas escenas, que pone á la contemplación del mundo y de los hombres, hace representar á aquellas infelices criaturas un papel importante, que dejaría de serlo, si fueran ellas una mera personificación, una alegoría, una quimera.

¿Quién no ha leído los pormenores de la primera lucha de nuestros progenitores colocados por la mano de Dios en el Paraíso de las delicias? ¿Quién al enterarse de la discusión sostenida entre Eva y la serpiente, el más astuto de cuantos animales había hecho el Señor sobre la tierra, acerca de la virtud oculta del árbol de la muerte, no se estremece de pavor? ¿Quién se contenta con ver en ese inmundo reptil, sobre el cual el hombre ha recibido pleno dominio, un simple animal, sin más que la vida del sentimiento y privado de la vida de la razón? No; la serpiente discernía entre el bien y el mal y comprendía la magestad infinita del Creador con una intuición clarísima. No era, pues,

una serpiente á la manera de las que conocemos. Inconcusamente una inteligencia superior movía sus labios y su lengua, y establecía los principios de la funestísima ciencia que puso una muralla de separación entre la tierra y el cielo. ¿Ni cómo en esta escena en que la justicia y la misericordia divina se dieron un ósculo de amor, en este acontecimiento de que brotó una promesa sublime y que dió lugar al pronóstico que vemos hoy cumplido, de un Dios Redentor que encarnaría en uno de los descendientes de la primera pecadora del linaje humano, y rescataría á éste de la más tremenda esclavitud con el inextimable precio de su sangre, había de ser uno de los actores un animal, que por astuto que se le suponga, no podría nunca salir vencedor de la muger, que le aventajaría sin duda en excelencia de naturaleza? En este supuesto absurdo no serían grandes ni sublimes, tiernas ni consoladoras, sino mezquicas y ridículas é indignas de la magestad de Dios, por quien se afirma fueron pronunciadas estas palabras del Génesis: "Pondré enemistades entre tí y la muger; y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantaré tu cabeza y tú andarás acechando á su calcañal." (1).

(1) Génesis, III, 15.



Se necesita por cierto grande atrevimiento para suponer en Dios frases que, ó no tendrían significado, ó no sería propio el que tuvieran de su infinita grandeza. No menor atrevimiento sería menester para dar un mentís, sin otra razón que preocupaciones sobre las que no se tiene suficiente poder, al libro y al autor del libro tan venerado; libro cuyo relato se justifica con las tradiciones de todos los antiguos y los modernos pueblos y con los monumentos de las primitivas edades.

Sin embargo, el atrevimiento no falta, y se declama sin rubor que esa revelación genésica, y sobre todo esa serpiente que habla, no pasa de un *mito*, común á muchos pueblos orientales; (1) debió haberse dicho, para hablar con verdad, común á todos los pueblos de la tierra. "Todos los descubrimientos, se continúa en afirmar siempre sin fundamento, de la geología, la paleontología, la lingüística, la arqueología han echado ya muchas capas de tierra sobre esa fábula propia de las edades infantiles del linaje humano." A negaciones tan arbitrarias ha sido necesario ocurrir para desvanecer la impresión que estamos ciertos hizo en los entendimientos sanos, una frase que vertimos en uno de nues-

(1) "Ilustración Espirita." núm. 22.

tros capítulos anteriores. Allí dijimos que el primer hecho espirita que tuvo lugar en el mundo fué el de la serpiente hablando á Eva, y ahora decimos que ese mismo fué el primer hecho demoniaco, aunque suene mal esta palabra en el oído de nuestros adversarios.

¡Es un *mito*! ¡Es una fábula! ¡Y en qué razones descansan quienes afirman cosas contrarias á lo que siempre la humanidad ha tenido como cierto? Ya lo hemos visto; se ocurre á los descubrimientos de algunas ciencias naturales cuya competencia en la cuestión que se debate deberíamos declinar. Pero no; esas ciencias, si se hallan en la verdad, no deben estar en contradicción con las revelaciones bíblicas, que son la verdad misma en todos los puntos que tocan.

Y en efecto, por más que la impiedad é incredulidad unidas han pretendido convencer de impostura al que fué juntamente el primero de los filósofos y de los historiadores, no han logrado otra cosa que hacer más verídico y razonable su testimonio, poniendo en claro, que aquel hombre, que existió en edades tan remotas y en las que los conocimientos naturales no se habían elevado á la altura que guardan en el presente siglo XIX, al hablar con tal aplomo, de infinito



número de cosas, que hasta mucho tiempo despues han venido á descubrirse, ha hablado con más exactitud que un Cuvier, un Buckland, un Mangin ó un Zimmermann. De esta manera han puesto á las inteligencias de buena fe en la necesidad de admitir un hombre prodigio ó de creer que la obra de este hombre fué inspirada; y en la de darle entero crédito, sea cual fuere el supuesto porque se decidan.

Para convencernos de ello, consultemos á estos gigantes del siglo de las luces, sobre algun punto que se relaciona con el en que nos ocupamos.

En los siglos pasados se hablaba mucho, como de una cosa cierta, de la existencia de una especie de monstruos anfibios, de cien piés de longitud, piernas terminadas con garras de leon, alas de murciélago, escamas de cocodrilo, dientes de tiburón, cabeza de cachalote, cuello y cola de serpiente. Esto en el siglo XVIII excitaba la risa de los sábios á la Voltaire; y ¿quién les hubiera dicho que muy pronto se les convenceria de que esa risa era la risa de la ignorancia ó de la necedad más estúpida; y que quien se encargaria de esta tarea, seria nada ménos que la misma ciencia tras la cual se creian parapetados?

Así fué; Cuvier en Francia, Buckland en In-terra, Humbold y Zimmermann en Alemania, despues de sérias investigaciones y de haber removido una y otra vez las capas del globo terrestre, se han visto en el caso de asegurar ser cierto que existian esos monstruos; y han descrito en presencia de sus esqueletos la constitucion física de los *Saurios*, *Megalosauros*, *Plesiosauros*, *Pterodactylos*, *Ichtyosauros*, *Hydrar-chos*, que tanta semejanza tienen con esos dragones-serpientes que describe la Biblia en varios lugares. Oigamos á Cuvier: "Hay una clase de reptiles muy notables, dice, cuyos despojos abundan en los arenales superiores, y es la del *Megalosauro* (gran lagarto); es llamado así con justicia, con la forma de los lagartos, y particularmente de los *Monitores*, de los que tambien tiene los dientes cortantes y dentellados." Refiriéndose al *Plesiosauro* y al *Pterodactylo* asegura "están armados de dientes agudos, con piernas muy largas y cuya extremidad anterior tiene un dedo excesivamente prolongado, que tenia verosíblemente una membrana propia para sostenerle en el aire acompañado de otros cuatro dedos de dimension ordinaria que terminan con uñas retorcidas." Y agrega: "si algo puede justificar estas hydras y demás mons-



truos, cuyas figuras han sido repetidas tan á menudo en los monumentos de la Edad Media y de todos los pueblos antiguos, es indudablemente este *Hesiosauro*, que tiene patas de cetaceo, cabeza de lagarto y un cuello largo, compuesto de treinta vértebras, número superior al de todos los animales conocidos, tan largo como todo su cuerpo que se levanta y retuerce lo mismo que el cuerpo de las serpientes. (1)

Zimmermann, cuyas libres opiniones respecto á todo lo que hace relacion al catolicismo, no son sospechosas, se expresa así: "Se encuentran fósiles de lagartos del tamaño de la más enorme ballena. A una de estas monstruosas especies pertenece el *Hydrarcho* (príncipe de las aguas), cuyo esqueleto tiene 120 piés de largo..... al que agregamos otro monstruo que parece justificar todas las leyendas de los tiempos antiguos sobre los dragones alados: y es el *Pterodactylo*."

"Su *pantagion* ó membrana, que sirve para volar, se despliega entre el pié de atrás, de tal manera, que deja las garras libres para coger la presa. La cabeza del monstruo es casi tan gran-

[1] *Investigaciones sobre las osamentas fosiles, tom. V, part. 2, pág. 343. Discurso sobre las revoluciones del globo, pág. 214.*

de como la mitad del tronco. Su mandíbula está armada de dientes agudos y encorvados (1)."

No hay duda, estos dragones son de la especie del que se describe en el Apocalipsis, y al que el hijo del trueno denomina la *antigua serpiente*, que no es otra que la misma del Génesis.

Hé aquí, pues, á la geología justificando de la manera más espontánea la verdad de las revelaciones que tan sin razon se califican de *míticas y fabulosas*.

(1) *El mundo ántes de la creacion del hombre, lib. 32, pág. 4, 1857.*



CAPITULO XXIII.

SUMARIO.

La lingüística y la arqueología por el mismo camino que la geología.—Draconías.—Agato-demonios.—El papiro Anastasi.—Lingüística y arqueología astecas.—En la estructura de las palabras del idioma asteca en sus monumentos, podemos leer lo mismo que en el Génesis.—Otros pasajes de los libros santos igualmente terminantes.—Reflexiones.

¡Es un mito! ¡Es una fábula! Empero mito y fábula que los sábios modernos han reconocido ser cuatro veces más ciertos que la misma historia (1).

Igual cosa sucede con la lingüística y la arqueología, que caminan paralelas á la geología.

(1) Aug. Thierry.

Ya Estrabon hacia notar que la antigüedad pagana daba á sus templos el nombre de *Draconías* (1). De suerte que como hoy son llamados los templos *casas de Dios*, se llamaban entonces, *casas del dragon ó de la serpiente*; no significa otra cosa aquella palabra. *Serpientes y ágato-demonios*, es decir, *buenos génios*, eran en Roma y en Egipto una misma cosa, segun Lampridio (2). No solamente éste, sino tambien el ilustrado Champollion, tan conocedor de las antigüedades paganas, opina de esta manera: "El símbolo de Enúfis, dice este último, ó el *alma del mundo*, se representa bajo la forma de una hermosa serpiente, levantada en piernas humanas, y ese reptil, emblema del *buen genio*, el verdadero *ágato-demonio*, es frecuentemente barbudo. Al lado de esta serpiente los monumentos Egipcios tienen esta inscripcion: *Dios grande, Dios supremo, Señor de la region superior* (3).

Esto que Lampridio y Eliano primero, y Champollion despues, han asegurado, lo ha venido á confirmar el papiro *Anastasi*, últimamente

(1) Strab. lib. XIV.

(2) *Egyptios draconiculos Romae habuit quos illi agathodæmones appellant. Lamprid. in Heliogab. p. 111.*

(3) *Panth egip. text. 3. lib. II, página 4.*



encontrado en Egipto. En él se lee: "No se debe invocar el gran nombre de la serpiente más que cuando hay necesidad absoluta de hacerlo, y cuando no tiene uno nada de que reconvenirse; despues de algunas fórmulas mágicas, entrará un Dios con cabeza de serpiente que dará las respuestas."

Pero si se trata de la luz que pueden derramar en este punto, y del apoyo que pueden prestar al relato bíblico los nombres y los monumentos antiguos, no andemos buscando ni la una ni el otro en idiomas que se hablaron en tiempos remotísimos ni en regiones que se encuentran tan distantes de nosotros. Aun hiere los tímpanos de nuestros oídos el que hablaban los aztecas, durante su gentilidad; y tenemos á la vista monumentos preciosos, que casi sin necesidad de interpretacion, nos cuentan la historia religiosa de los primeros habitantes de estas comarcas.

En la estructura de sus palabras, en sus grandes y pequeñas construcciones, podemos leer lo mismo que se consigna en las páginas del Génesis.

*Quetzalcohuatl*, es decir, serpiente cubierta de vistosas plumas, llamaban al Dios que generalmente era adorado en el Anáhuac. *Cihuacó-*

*huatl* (ó mujer-serpiente) y tambien *Coatlantona* (ó nuestra madre que es la madre de las serpientes) apellidaban á una diosa que veneraban y que habia dado el ser al principal de sus dioses, *Huitzilopóchtli*. La diosa *Chicomecóhuatl* (ó siete serpientes) era del mismo modo objeto de su culto. Los sacerdotes de sus templos llevaban el nombre de *coatlán* ó serpientes, así como el lugar en que solamente á ellos era permitido lavarse, *Coapan*, que significa tanto como fuente de las serpientes ó culebras.

El monte en que estuvo *Quetzalcohuatl* y en que nació *Huitzilopochtli*, fué denominado *Cohuatepec* (monte de la serpiente); y el lugar por donde desapareció el primero, para no volver, cuando fué perseguido por *Huemac*, *Coatzacoalco*, palabra que dice: *donde la serpiente se esconde*. Y lo más particular es que nombraron *Coatlapechtlí* [balsa de serpientes] la que de estos reptiles mandó formar, y en la que se echó á navegar por el oceano, como en una canoa, hasta llegar á *Tlapallan*.

Los monumentos aztecas, lo mismo que las palabras de su lenguaje sagrado, predicán la verdad que procuramos de convencer. En efecto, no hay más que abrir los ojos, y encontraremos que el templo que á *Quetzalcohuatl* fué con-



sagrado en Tula, tenia por entrada ó puerta principal una boca de serpiente; en torno del mismo, y en general de los templos todos de sus dioses, incluso el de *Huitzilopozchili*, se grababan y tallaban serpientes con extraordinaria profusion. Todavía hoy, en el patio del Museo Nacional, están puestos á la vista de los espectadores y de los curiosos, varios ídolos, entre los que no falta la serpiente [1]. ¿Pudo ser esto un mero capricho? Los pueblos, por bárbaros que sean, son lógicos por instinto, porque la naturaleza siempre le será, y sus obras siempre son el espejo de sus creencias, y estas, siendo de un orden sobrenatural, revelarán siempre, al encarnar, permítasenos la expresion, el carácter y la naturaleza de los dioses que se las han infundido (2).

No habrá punto del globo en que no encontremos una noticia más ó menos clara, una huella más ó menos hondamente impresa del pasaje

(1) Entre los ídolos que allí se han colocado, todos con excepcion del que está en el centro, son serpientes enroscadas, y tres de ellas adornadas, al parecer, de plumas. El del centro, sin embargo, tiene boca de serpiente, dientes de tiburón, garras de león y se halla envuelto en una red de culebras entrelazadas.

(2) Véase al P. Sahagun. *Historia general de México. Torquemada, Monarquía Indiana*, tomo 2.º *Humboldt. Vista de las Cordilleras*, tomo 2.º

bíblico que examinamos. Se necesita cerrar los ojos de la inteligencia, para no palpar la certeza de aquella, y los del cuerpo, para no ver las trazas de esta.

Y claro es que la serpiente, que logró hacerse adorar de toda la humanidad, y que la consagrasen templos en toda la redondez del mundo, no es una serpiente como las que abundan sobre la tierra y en medio de las aguas, privada de inteligencia y de razon, sino una serpiente que presta sus horrorosas formas á una razon superior y á una inteligencia más levantada que la del hombre, á quien subyuga y esclaviza con sus malélicas influencias y engañosas asechanzas; una serpiente igual ó la misma que describe el Génesis.

De intento nos hemos detenido un poco en lo relativo á México, porque fácil es á cualquiera que dnde lo que aseguramos, de salir de sus dudas con poca diligencia y estudio ciertamente. La escena del Paraíso no fué extraña al conocimiento de los habitantes primitivos de estas comarcas. La diosa *Cihuacohual* ó muger de la serpiente, que vivía siempre con ésta, ¿no equivale bien á Eva, conversando con la serpiente del Génesis, y cediendo á sus seducciones en el eden de las delicias?



Pero prosigamos nuestra tarea de justificar la existencia de Satanás por el Libro de los libros; una vez que hemos demostrado, aunque de paso, que la Geología, la lingüística y la arqueología, léjos de contradecir lo referido por el caudillo hebreo, lo corrobora y lo afirma con todos los caracteres de la certidumbre.

Abrid el libro de Tobías, y encontrareis allí á Aemdeo complaciéndose en hacer la desgracia de la hija de Ragüel, de quien mata siete esposos impuros, cuando apenas han traspasado el dintel de la puerta, que conduce del salon de las bodas á la secreta y misteriosa alcoba, donde, para ser felices, deben arder los fuegos del amor al lado de las llamas de la oracion.

Abrid el de Job, y se os representará, desde sus primeras páginas, delante del Señor, á Satanás, que viene de dar la vuelta al mundo y de recorrer la tierra. El duda de la virtud, que ex-  
tima interesada, del fuerte de Hus; y Dios suelta sus cadenas y le deja en libertad por un momento, para hacerla resplandecer más y más, pasándola por el crisol de toda tribulacion.

Ezequiel os descubrirá su hermosura y grandeza cuando fué criado juntamente con los innumerables ejércitos de querubines; y os pintará con los más vivos colores su caída

Oíd al profeta, arrebatado por ios arranques de la mas robusta inspiracion, cantar la realidad de la rebelde criatura: "Tú eras el sello de la imágen de Dios, y estabas lleno de sabiduría y colmado de hermosura. —Vivias en medio de las delicias del Paraíso de Dios; en tus vestiduras brillaban toda suerte de piedras preciosas; el sardio, el topacio, el jaspé, el crysolito, el onique, el berilo, el zafiro, el carbunclo, la esmeralda y el oro, que te daban hermosura, y los instrumentos armoniosos estaban preparados para tí en el dia de tu creacion. —Tú eras un querubin que estendias tus alas y cubrias el trono del Señor; yo te coloqué en el monte santo de Dios; tú caminabas por entre piedras brillantes como le fuego. Perfecto eras en tus obras desde el dia de la creacion hasta que se halló en tí la maldad; con la abundancia de tu tráfico se llenó de iniquidad tu corazon, y pecaste, y yo te arrojé del monte de Dios (1)."

Ya Isafas habia dicho: "¿Cómo caiste del cielo. ¡oh lucero! tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú que has sido la ruina de las naciones? —Tú que decias en tu corazon: escalaré el cielo: sobre las

(1) *Ezech. XXVIII, 12 y sig.*



estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el Monte del Testamento situado al lado del Septentrion.—Sobrepujaré la altura de las nubes; seré semejante al Altísimo.—Pero tú has sido precipitado al infierno, á la más honda mazmorra (1).”

El Aguila de Pásmos vendrá á referirnos todavía, en las últimas páginas del libro sagrado, las mismas pavorosas escenas y concordará los relatos; y en la serpiente de Moisés, en el Asmodeo de Tobías, en el Leviathan de Job, en el Lucero de Isaias, en el querubin resplandeciente de Ezequiel y en su dragon de siete cabezas y de siete diademas, no verá otra cosa más que á la antigua serpiente, que es llamada diablo y Satanás, para quien no quedará un lugar en el cielo. “Miguel y sus ángeles, dice, peleaban contra el dragon y el dragon con sus ángeles lidiaban contra él.—Pero estos fueron los más débiles y después no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo.”—“Así fué abatido, añade, aquel dragon descomunal, aquella antigua serpiente que se llama diablo y también Satanás, que anda engañando al orbe universo, y fué lanzado á la tierra (2).”

[1] Is. XIV, 12 y sig.

[2] Apoc. XII, 7, 8, 9.

Serian necesarios volúmenes enteros, si quisiéramos citar todos los textos bíblicos que prueban la existencia de los demonios, de los cuales se pretende hacer hoy un mito, una alegoría.

Conocida es de todos la escena del Desierto, donde Jesucristo permitió ser tentado por Satanás, para enseñar á los hombres la manera de vencerle. ¡Cuántos pasajes de su vida no se señalaron con públicos lanzamientos de demonios! Sus enemigos se admiraban de tan extraordinario poder.

Los mismos príncipes de las tinieblas le suplicaban que no los arrojase de los cuerpos de los poseidos, al abismo. Seria distintivo de los discípulos de Jesucristo esa divina facultad sobre los espíritus inmundos, cuya eficacia es infalible, si se pronuncia el nombre del Redentor.

Fuera menester trasladar los Evangelios, las Epístolas y demás escritos sagrados del Nuevo Testamento, si intentáramos agotar todo lo que encontramos en ella acerca de este punto (1).

(1) He aquí algunos textos, tales cuales van apareciendo en el registro que hacemos de los Evangelios, de las Epístolas y de las Actas de los Apóstoles. Sin orden irán puestos, pues los tomamos al acaso y sin elección.

“Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles” (Math. XXV. 41.)



Y es indudable que los pasajes aludidos y los textos que hemos cuidado de poner íntegros no se refieren á entes de razon, ni á personificaciones. Para interpretarlos de ese modo sería preciso hacer violencia á las palabras y á

"Satanás me os ha pedido para sarandearos como el trigo."  
"Dios ne perdonó á los ángeles delincuentes, sino que amarrados con cadenas infernales los precipitó al abismo en donde son atormentados." (II S. Ped. II 4.) "Sed sóbrios y estad en continua vela; porque vuestro enemigo el diablo anda girando como leon rugiente al rededor de vosotros, en busca de presa que devorar" (I S. Ped. 18)  
"A los ángeles, que no conservaron su primera dignidad, sino que desampararon su morada, los reservó para el juicio del gran dia, en el abismo tenebroso con cadenas eternas." (S. Judas I 6) "Revestios de toda la armadura de Dios, para poder contrarestar á las asechanzas del diablo." (S. Pab. á los Effeos. VI, 11 12.) "No es nuestra pelea solamente contra hombres de carne y sangre sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos por los aires." "No quiero que tengais ninguna sociedad con los demonios: no podais beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios." (Id á los Corint. X, 20)  
"En mi nombre lanzarán los demonios: hablerán nuevas lenguas" (S. Márc. XVI, 17) "Y le suplicaban estos (los demonios) que no los mandase ir al abismo." (S. Luc. VI, 8 31.) "Jesus..... ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado, y ha curado á todos los que estaban bajo la operacion del demonio." (Act. X, 38.)

las ideas que expresan, y no tener en cuenta para nada los hechos que se complican con las ideas y las palabras.

Ni unos ni otros podian explicarse de una manera razonable, si por demonios debiera entenderse, no personajes reales, sino personificaciones imaginarias. ¿Qué lanzaba Jesucristo de los cuerpos de los poseidos, cuando se refiere por los Evangelios que lanzaba los demonios? ¿Quiénes les suplican y cómo, si eran meras personificaciones, que no los arrojase al abismo, cuando los demonios le hacian semejante suplica?

¿Quién le tentó en el desierto, poniendo espuelas al apetito, alas á la ambicion y vanos resplandores á la gloria? ¿A una simple personificacion se pudieron dirigir éstas enérgicas y significativas expresiones; *vade retro, Satanas?*

¿Cómo meras personificaciones podian causar en los posesos los mil trastornos de que todos los que rodeaban al Cristo, sin excluir á sus jurados enemigos, eran testigos irrecusables? ¿Los accesos, los trasportes, los delirios, las catalépsis y demás enfermedades de que estaban atacados y de que eran sanados á una sola palabra del Redentor, las blasfemias y maldiciones en que prorrumpian y que se tornaban luego en ala-



banzas y bendiciones, tendrían por causa una cosa que realmente no existe y carece de actividad, y por lo mismo es incapaz de acción alguna trascendental sobre los otros seres, tendrían por causa, repetimos, una personificación que solo existe como idea en la mente del que la hace y de los que la comprenden?

Así, los Evangelios no serían humanamente considerados, una obra capaz de cautivar las más altas inteligencias, ni de arrancar los elogios más entusiastas acerca de su grandeza y sublimidad, de los labios de los mismos que le combaten. "Sería más admirable, dice Rousseau, (si lo referido en los Evangelios fuera una invención) el inventor que el héroe."

Los demonios, pues, de que se nos habla en ellos á cada paso, son inteligencias tan reales como nosotros y superiores á nosotros; no son mitos ni fábulas, ni invenciones de los teólogos, ni de la Iglesia Católica.

Los espiritistas, que citan con alabanza muchas veces á los agiógrafos, ¿nos vendrán diciendo que mienten cuando dan por indudable la existencia de Satanás y de sus ángeles? Los mismos, que aparentan cierta veneración á Jesucristo, y á quien sacrílegamente consideran como uno de los *mediums* más poderosos que hayan

existido, ¿osarán llamarle impostor, porque no solamente afirmó la existencia real de los demonios, sino que los arrojó muchas veces, librando á hombres desgraciados de sus pesadas cadenas, y porque no se contentó con esto, sino que hizo partícipes de ese poder á los propagadores de su doctrina? ¿Insistirán los hijos de la superstición y de las tinieblas en llamar *mito* á la verdad más patente, y *fábula* á la realidad más demostrada?

¿Dirán que mienten los agiógrafos; llamarán impostor al que es la misma infalibilidad, e insistirán en sus sueños y sus delirios? Para eso y mucho más les inspira valor y audacia el que juega con sus entendimientos, después de haberlos cegado, y con sus conciencias, después de haberlas corrompido.

Pero estrechémoslos, reduzcámoslo á sus últimos atrincheramientos, y obliguémoslos á callar ó á confesarse vencidos, ó á gritar con los necios, que la humanidad toda se engaña y ha engañado; que la humanidad entera miente y ha mentido.

La humanidad entonces se reirá de ellos ó los compadecerá; y la sociedad cerrará los oídos á sus doctrinas y pondrá obstáculos invencibles á su propaganda.



Y cómo no, si vemos que todos los pueblos en todos los tiempos y de todas las regiones, sin ponerse de acuerdo, han proclamado lo mismo que proclamó el pueblo de Israel y hoy proclama el pueblo cristiano!

## CAPITULO XXIV.

### SUMARIO.

La tradición universal de los pueblos confirma la existencia de las demonios.—La misma es inexplicable bajo el concepto de que no son más que mitos.—En Persia son tenidos como seres reales *Ariman* y los *Deus*; *Ozr-mud* y los *Darudes*.—En Egipto *Tifon* y sus legiones.—En Grecia *Pluton* y los *Agato-demonios*.—En otros pueblos los *Kury*, los *Daitias*, los *Racsasis*, &c.—En el Perú *Eponamon* y en México *Miclansecutli* ó *Tzontemoc*.—Esto por lo que ve á los nombres, en cuanto á la cosa, poetas historiadores y filósofos dan idea precisa de ello.—Extracto de una carta de Porfirio á Anebon.

La creencia en la existencia de Satanás y de los génius maléficos que preside, es universal. Con diversos nombres, pero sustancialmente los mismos, han sido reconocidos en todas partes. No creyeron una cosa los hebreos, ni otra los



persas, los fenicios, los egipcios, los griegos, los romanos, los germanos, los galos, los chinos, los indios, y, en suma, los americanos. Todos estos grupos sociales, tan diferentemente constituidos, todas estas razas de organizaciones tan variadas, todos estos seres pensadores separados por el lenguaje, las costumbres y las distancias; todos estos miembros dispersos del gran cuerpo de la humanidad, sabios ó ignorantes, civilizados ó bárbaros, entendieron de la misma manera y vieron con la misma claridad y se condujeron uniformemente en todo lo relativo á la existencia de esos seres degradados, enemigos del hombre y trastornadores del mundo.

Y no se comprende semejante acuerdo, conformidad tan universal, si hacemos un puro *mito* de lo que es objeto de uno y de otra.

Un puro *mito* no pasa de una invención; y es imposible que todos los hombres hayan inventado lo mismo, si ántes no hubieran entrado en discusión y en consulta, lo cual en el caso, no se puede suponer.

Y es más imposible todavía, no solo que hayan inventado, sino aún que hayan pensado en inventar aquello que les serviría de tormento. Si, pues, se acuerdan y se conforman, es porque lo que atormenta, lo que hace su desgracia,

existe á su pesar. Un error universal en circunstancias tales y en cosas que pueden decirse y que se sienten, es imposible para la humanidad. Está bien; pudo errar, por ejemplo, acerca del movimiento del sol: no podía trasportarse á la órbita de aquel astro, ni contaba con los medios que despues ha ministrado la ciencia para salir de un engaño, que por otra parte disculpaban las apariencias.

No sucedía igual cosa, ni parecida, con los hechos demoniacos, cuyo teatro era la conciencia de cada uno de los hombres, y de cuya verdad se podía persuadir con el auxilio de todos los criterios, incluso el de los sentidos. En materia de hechos que presenciamos, que se suceden á nuestros ojos, y en los que hasta cierto punto somos actores, no cabe error, salvo que los sentidos estén enfermos y los entendimientos trastornados. De suerte que es necesario suponer una demencia general en todo el linaje humano, y forzoso afirmar ántes, que éste ni veía, ni oía, ni sentía, ó lo que es lo mismo, que era ménos que un autómeta y una verdadera máquina. Locos ó autómetas fueron entónces Moisés y demás escritores sagrados, cuya sabiduría admiran aun los mismos que los atacan; locos ó autómetas fueron Homero y Hesiodo, Sanchoniaton y



Jenofonte, Aristóteles y Platon, Eurípides y Esquilo, Plutarco y Virgilio, Ovidio y Terencio, etc., etc. Locos ó atómatas fueron los padres de la Iglesia, Orígenes y Tertuliano, el Crisóstomo y San Agustín, y los mismos filósofos paganos de este lado de la Cruz, Porfirio, Jámblico, Varron y Plotino. Locos ó autómatas, fueron y son todos los cristianos de diez y nueve siglos, los heresiarcas todos, y los protestantes de todas las sectas conocidas, pues todos han afirmado y afirman la existencia del demonio y sus perniciosas legiones.

Si los modernos magos ó los espiritistas, nacidos ayer, son los únicos cuerdos, los únicos que tienen expedito el uso de sus sentidos y de su razon, ellos solos han hecho el monopolio de la verdad. Pero ¿qué sucede entónces con Dios que pensando criar un mundo en que reinasen el orden y la belleza, y en donde combatieran y triunfaran sienpre la verdad y la virtud, edificó apénas un hospital vastísimo y una casa de orates inmensa?

Abrid las historias y vereis en ellas á Satanás y los ángeles bíblicos, con el solo cambio de nombres, consecuencia precisa de la diversidad de lenguajes.

Entre los medo-persas y á orillas del T'gris y del Eufrates, encontrareis á *Ariman* y á los *Dews*, raza de inteligencias perversas que se ocupan en hacer la guerra á *Ormuzd* y á los génios benéficos que le sirven, y á los *Darudes* entretenidos en hacer todo género de males á los hombres (1).

Bajad á las riberas del Nilo, y tropezareis con *Tifon* y sus ejércitos, consagrados á las mismas tareas.

Grecia os hablará de Platon y del inmenso número de seros espirituales que llama *agato-demonios*. Roma no hará otra cosa que repetir las palabras de la Grecia.

En las comarcas que Confucio constituyó, dareis con los *Kuey*; en la India con los *Daitias* los *Racsasis*, *Yucseis*, *Pisatsis*, *Sarpuis* y *Naguis* (2); en Africa, con *Atahenstico* y sus servidores; en el Taibet, con los *Lahs*; en Germania con *Teutatés Teuston*; en la Nueva Zelandia, con *Tiis*; en el Perú con *Eponamon*, y en México con *Miclantecuitle* ó *Tzontémoc*. De un extremo á otro del mundo resonará diferente voz; pero resaltará la misma idea.

(1) *Zend Avesta*. Tomo 2º c. I, n. 3 y 4 publicado por Duperron.

(2) *Sauthier*. *Ley del Manú Lib. 1º*.



Mas si no os contentan los nombres, no puede ménos de contentaros la cosa que los poetas, los historiadores y los filósofos de aquellos pueblos y tiempos, describen con la precision que describieran el hogar en que vivieron y las batallas que presenciaron.

Queremos poner aquí un extracto de la carta que el filósofo Porfirio dirigió á Anehon, sacerdote egipciaco que le consultaba su opinion: ¡Cómo sentimos no reproducirla íntegra!

Comienza este gran filósofo y sabio ilustre [1] á sublevarse contra los demonios, y de ellos dice que tienen una loca pasion por el espeso vapor de los sacrificios, concluyendo de aquí que no residen en el cielo, sino en el aire, abajo y en el gloto de la luna.

No se atreve, sin embargo, á atribuir á todos los demonios las maldades, locuras y falacias de que da testimonio. Asienta que hay demonios buenos, aunque confiesa que la demencia es su carácter general. Se admira de que los dioses no solamente son atraidos, sino forzados y obligados por las víctimas á hacer todo cuanto los

[1] Así se llama la "Ilustracion Espirita" núm. 23, Enero 15 de 1873, lo mismo que á Amonio Platon, Hierocles y Jámblico, de quienes desea hagamos citas mas extensas. Vamos á darle gusto en parte.

hombres les piden, y de que cómo, si se distinguen de los demonios en que estos tienen cuerpo y aquellos no, se cuenta entre el número de los dioses el sol, la luna y los astros. No puede comprender que se diga, si estos son dioses, que los unos son benéficos y maléficos los otros, y que se asocien seres corporales á los dioses que son incorporeales. Se pregunta todavía, con expresion de duda, si los que predicen el porvenir y hacen prodigios tienen inteligencias más poderosas que los otros, ó si han adquirido este poder de algunos espíritus extraños; juzga que esta opinion es la más plausible. "De donde se sigue, dice, que muchos creen que hay espíritus de cierto orden; que prestan oido á las evocaciones de los hombres, y que son naturalmente falaces, que toman toda clase de formas; se cambian ya en dioses, ya en demonios, ya en almas de difuntos; y que estos son los que hacen todo lo bueno y lo malo que parece suceder, aunque en el fondo no contribuyan jamas á lo que es verdaderamente bueno, todo lo cual ignoran; y no dan más que consejos funestos, dirigen reproches y se oponen á aquellos que siguen el camino de la virtud; son temerarios y están henchidos de vanagloria; se saborean con la grasa y el humo de los sacrificios y se embriagan con la



lisonja." Enumera todos los otros vicios de estos espíritus maliciosos y engañadores que fascinan á los hombres dormidos ó despiertos.

Prosigue, sin embargo, y habla de ciertas cosas que bien consideradas no pueden atribuirse á que más potencias malignas. Pregunta, por ejemplo, porqué despues de haber invocado á los espíritus buenos se manda á los malos á ejecutar las voluntades injustas de los hombres: por qué no oyen la oracion de un hombre que sale de los brazos de una mujer, cuando ellos mismos no vacilan en precipitar á los hombres en el adulterio y en el incesto: por qué ordenan á sus sacerdotes abstenerse de la carne de los animales cuando ellos mismos se gozan con la grasa de las víctimas: cómo un hombre, entregado á toda clase de vicios, puede amenazar no solamente á un demonio ó al alma de algun difunto, sino á cualquiera de los dioses celestes, á quienes intimida con vanos terrores para sacar de ellos la verdad. Porfirio parece no poder explicarse todos estos fenómenos, sino considerándoles producidos por esos espíritus engañadores, no por naturaleza, como lo asegura, sino por su propia malicia, los cuales, agrega, se hacen pasar por dioses ó almas de difuntos y no por demonios, porque realmente lo son. Termi-

na su carta el expresado filósofo, suplicando á Anebon, le diga de qué manera la ciencia de los egipcios puede conducir á la felicidad. Y con respecto á aquellos que no conversaban con los dioses y no los importunaban, sino con peticiones de bienes temporales, declara, sin vacilar, que estas gentes vanamente hacen profesion de sabiduría. Y añade, que aunque las predicciones de estos dioses fueran ciertas, no serian ellos ni dioses ni buenos demonios, por solo el hecho de no dar consejos que interesen á la felicidad, sino que serian ó espíritus seductores ó ficiones puramente humanas.

Hasta aquí el extracto de la carta del filósofo Porfirio al sacerdote Anebon.



CAPITULO XXV.

SUMARIO.

(Continuacion del asunto anterior.)

Otras palabras de Porfirio.—En nada se diferencian los demonios, cuya existencia asegura el filósofo pagano, de los del catolicismo.—Pasaje de Hermes Trimegisto.—Este y Porfirio no confunden como Allan Kardec las almas de los muertos con los demonios.—Reflexiones.—Jámblico y San Pablo.—Testimonio de Platon.

Los demonios, dice en otra parte el mismo sabio pagano, son invisibles; pero saben revestirse de formas y de apariencias sujetas á innumerables cambios, lo cual puede explicarse por su naturaleza que tiene algo de corporal. Su morada está cerca de la tierra; y no hay mal que no se atrevan á cometer." Mas adelante añade: "Por la mediacion de estos malos demonios,

los sortilegios son algo. La magia (el espiritismo) no es otra cosa más que un efecto de sus operaciones, y los hombres que dañan á sus semejantes con encantamientos tributan grandes honores á los demonios malos, y principalmente á su jefe (Satanás). Estos espíritus solamente se ocupan en engañar con ilusiones y prodigios; su ambicion es pasar por dioses, y su jefe quiere que se le reconozca por el Dios Supremo (1)." No parece, en verdad, que es un pagano quien así se expresa y condena tan abominable idolatría, sino un padre de la Iglesia, un teólogo, un fanático, como dicen los discípulos de Allan Kardec.

En nada se diferencian estos demonios de Porfirio, de los demonios cuya existencia predica el catolicismo. Los unos igualmente que los otros son espíritus falaces, seductores, que hacen todo lo malo y jamas contribuyen á lo que es verdaderamente bueno; inspiradores de malos consejos, vanos temerarios y enemigos de los que van por el camino de la virtud; y lo que es más, aquellos y estos son engañadores no por naturaleza, sino por malicia, y quieren pasar por dioses ó almas de difuntos; mas nunca por lo que realmente son,

(1) Porfirio. De los sacrificios de los dioses y los demonios. Cap. 2º.



por *Demonios*: el gefe pretende que se le adore como al *Dios Supremo*, ser como Dios; y los subalternos trabajan porque se les rinda culto como á dioses inferiores.

¿Quién no recuerda, ante tales relaciones de la filosofía del gentilismo que muere, el levanta. *Alzará mi trono sobre las estrellas de Dios, y el será semejante al Altísimo*, que el hijo de Amos, el Demóstenes israelita, pone en la mente del soberbio areólogo? ¿Quién no proclama con el salmista de arpa de oro; "Demonios son los dioses de los gentiles (1)."

Es preciosa, por autorizada, la opinión de Hérmenes Trismegisto, nieto de Mercurio, en este punto. "Pero nada realza más, dice, la gloria del hombre, como el don que tiene de encontrar por todas partes y hacerse dioses. Este arte debe su origen á la inventiva de nuestros antepasados, que cegados por la incredulidad, y desconociendo la naturaleza de la Divinidad, se pusieron de acuerdo para hacerse dioses por sus propias manos; (2) y en la imposibilidad de

(1) Salmo XCV. 5

(2) Teopeya se llamaba este arte entre los griegos, arte que no fué desconocido por los antiguos mexicanos que acostumbraban también fabricarse sus dioses; y nombraban Teotihuacan al lugar en que los fabricaban.

crear almas, evocaban la de los demonios ó la de los ángeles, para hacerlas entrar en las imágenes consagradas y en los divinos misterios, á fin de que por ese medio pudieran los ídolos hacer el bien y el mal." (2) Las almas de los demonios y de los ángeles malos eran las que evocaban los antiguos espiritistas, y las que bajaban á encerrarse en simulacros groseros, al imperio mágico de tales evocaciones. Almas de demonios y no otra cosa son las que evocan hoy los magos modernos, y las que bajan y dan á las *mesas giratorias y parlantes* el movimiento y la palabra, después de los ensalmos y ceremonias supersticiosas prescritas por la *religion espírita*.

Nótese que tanto Porfirio como Hérmenes distinguen perfectamente las almas de los hombres y de los demonios. Ninguno las confunde como Allan Kardec, quien se empeña en convencer que los seres llamados demonios no son otros que las almas de los demonios que persisten en sus malas inclinaciones. No se olviden las palabras del primero: *se hacen pasar por dioses ó almas de difuntos, y por demonios, por que real-*

(2) Trismeg: Asclep, cap. XIII. Ciudad de Dios Lib VII, XXIV



mente lo son, las cuales vienen a fijar claramente aquella distincion.

De paso, haremos acerca del pasaje de Trismigisto una observacion que no dejará de impresionar, en sentido favorable á la doctrina católica y contrario á la del espiritismo, á los entendimientos que de buena fe inquieren y buscan la verdad. La observacion brota de la idea expresada por las palabras que subrayamos, relativas al origen que se da al arte de hacerse dioses los hombres, arte casi universal entre los gentiles. A la incredulidad y á la irreligion, ha dicho, se debe el nacimiento y progreso de la magia.

Con raron el espiritismo, que es la misma cosa con otro nombre, resucita y vuelve á nacer en el siglo XIX, que es el siglo de la irreligion y de la incredulidad, por antonomasia. Cuando no se cree en las revelaciones divinas, se tiene que creer en las inspiraciones demoniacas. Cuando se vuelve la espalda á los grandiosos portentos de Dios, es fuerza rendir la rodilla ante las ilusiones y prodigios fantásticos del demonio. Cuando se rompe la alianza con el cielo, es preciso que se firme y selle el pacto con el infierno. El hombre ha menester vivir en una atmósfera sobrenatural, diáfana y pura, como la en

que brilla el sol de la redencion, ú opaca y fétida como la que circunda al príncipe de las tinieblas. ¡Quién no se espanta, si estudia el fenómeno social y religioso del espiritismo, y se remonta con la investigacion á la fuente de que dimana y á la causa que le produce! Las lecciones de la historia son tremendas para quien las desaprovecha.

Prosigamos en nuestra tarea. “Los dioses, los ángeles y los demonios, dice Jámblico, de la misma manera que las almas de los difuntos, se aparecen, al poder de las evocaciones. Los malos demonios se presentan rodeados de bestias feroces y procuran de darnos la muerte... Cuando en las operaciones de la teurgia y en el ejercicio de las funciones sacerdotales, se comete alguna falta, ¡guardaos de creer que obedecen á vuestra palabra las divinidades bienhechoras que evocais: no; son, por el contrario, las divinidades maléficas que se ponen la máscara de las buenas! porque los espíritus malignos se disfrazan con las apariencias de los buenos, y se ponen en un rango superior al que ocupan. La jactancia que los caracteriza los vende al cabo y los traiciona (1).” Hé aquí tambien confesada

(1) Jámblico. *Misterios de los Egipcios*. Cap. *En qué se diferencian los demonios y las almas, etc.*



y reconocida la existencia de los demonios, y establecido al ménos, que ellos no son siempre las almas de los que murieron. No debemos preocuparnos mucho de la distinción que se supone entre buenos y malos demonios, en primer lugar, porque ya Porfirio tiene manifestado que los mismos demonios buenos no lo son en realidad, supuesto que su carácter general es la demencia, y además se le resiste creer que si todos son dioses (los buenos y los malos), sean *maléficos unos y benéficos otros*. En segundo lugar, porque aun cuando algunas veces se presentan bajo apariencias tranquilas y como respirando una atmósfera de vida, no por eso son de naturaleza mejor; pues para engañar más fácilmente, se visten un traje que quisieran ver hecho pedazos.

El Vaso de elección, que conocia perfectamente los ardides del enemigo de los hombres y del príncipe de este mundo, nos advierte de estas transformaciones, para que veamos y no caigamos en los lazos que tiene costumbre de tender. "El mismo Satanás, dice; se transforma en ángel de luz" "*Ipse enim Satanas transfiguratur se in angelum lucis* (1). Y esto es indudable, supuesto que el Apóstol del cristianismo y el filósofo

(1) 2.<sup>a</sup> S. Pab. á los Corint. XI, 14.

sofo de la gentilidad lo proclaman unánimes. *Trasformarse en ángel de luz y hacerse pasar por Dioses*, son dos frases materialmente diversas y bajo diferente forma, pero que significan lo mismo.

Seríamos interminables, si transcribiéramos todos los pasajes de los escritores del otro lado de la cruz, en que se reconoce la existencia de esas desdichadas criaturas de un modo tan explícito, que revela una convicción profunda, apoyada no solo en el raciocinio, sino en las tradiciones y lo que es más en la propia experiencia. Oid, sin embargo, á Platon. Cuando se habla de materias que se relacionan con el mundo superior, al que no pueden alzarse por sí mismos todos los entendimientos humanos, se debe escuchar la voz de aquel investigador, llamado con justicia *divino* por los de su tiempo.

"Los dioses, escribe, habitan el lugar más elevado, los hombres el lugar más bajo y los demonios el lugar intermediario; porque la mansión de los dioses está en el cielo; la de los hombres sobre la tierra y la de los demonios en el aire; y su naturaleza *difiere en dignidad tanto cuanto los lugares en que habitan* [2]." He aquí

(2) Platon, De República II.



enseñada por una parte la existencia de los espíritus malignos, y por otra la distinción esencial entre ellos y las almas de los hombres. Los espiritistas, pues, lo repetiremos una y cien veces, carecen de razón al querer confundir los unos y las otras.

La naturaleza de los seres que forma la escala gerárquica del mundo espiritual, es tan varia y distinta como el cielo de la tierra, y como la tierra de las regiones del aire que los separa y los uno á la vez.

## CAPITULO XXVI.

### SUMARIO.

(Continuacion del asunto anterior)

Las opiniones de los escritores citados eran las de las sociedades en que vivian.—Porqué no nos servimos de la autoridad de los Padres de la Iglesia.—Testimonios de los fundadores del protestantismo y de otros sectarios suyos.—Lutero en pláticas con Satanás.—Calvino, Melancton y Zuinglio.—Vosio.—Consideraciones sobre el protestantismo.—El ministro *anabaptista* M. Murrey atribuyendo los fenómenos espiritistas al diablo.—Igual opinion de un ministro *metodista* y de otro *congregacionista*.—Profesion de fé de Cocquerel.—El mismo Home reconociendo la existencia del demonio.

Como opinaban los escritores cuyas palabras hemos trascrito, opinaban Sócrates y Pitágoras, Aristóteles y Plutarco, etc., de quienes, por no



difundirnos más, suprimimos los pasajes que lo justifican. Y como pensaban estos filósofos, pensaban las antiguas sociedades en que vivieron, y de cuyas tradiciones eran los órganos. Ellos no hicieron otra cosa más que reducir á la escritura lo que sabian de sus antepasados y confirmaban con sus experiencias cotidianas.

En este punto, los Padres de la Iglesia, todos sin excepcion, creyeron lo mismo que los genios del paganismo, y esta conformidad universal entre adversarios que se encontraban á tan enormes distancias, es un argumento no poco persuasivo de verdad.

Era oportunidad de hacer valer su autoridad, de gran peso por cierto; tanto porque sus testimonios no han sido dados, sino despues de haberse aquilatado los hechos por sus vastísimas inteligencias, de haberlos depurado con el auxilio de su gran sabiduría, y de haberlos pasado por el cribol de su honrado, escrupuloso y fino criterio, cuanto por su venerabilísima antigüedad y grande proximidad á las épocas en que fueron más frecuentes y casi universales los fenómenos, que más que toda otra razon convencen de la existencia de su causa, y de ser esta los seres maléficos en que nos ocupamos. Pero ¿qué valen para los espiritistas sus tan insignes

testimonios? Si la misma verdad se les presentase, empero haciendo profesion de catolicismo, y llamándose cristiana, no creerian á la misma verdad, ¡Tan grande es el horror que tienen, tanta la rabia que les inspira todo lo que lleva ese, para nosotros, preciosísimo nombre!

En cuanto á los que creen, no han menester de ningun género de demostraciones, pues la existencia de Satanás y de sus ángeles es uno de los artículos del Credo, por que darian la vida.

No sucede igual cosa con los testimonios de las sectas separadas. Entre el protestantismo y el espiritismo hay cierta fraternidad, ciertas ocultas simpatías que el tiempo tiene de exponer á la publicidad. Semejante autoridad no podrá, por lo mismo, ser desairada, pues este equivaldria á un parricidio.

No tomemos las cosas desde muy lejos; desentendámonos de los herejes primitivos que pueden considerar los modernos nigromantes como sospechosos. Hay mayores afecciones á la obra de Lutero y de Calvino, que á la de Arrio y de Paracelso, de Pelagio y de Mánes.

Los fundadores del protestantismo, que tantas libertades proclamaron, que á tantas independencias aspiraron, dejaron en pié al diablo, padre de toda esclavitud y exigente señor, que siem-



pre lleva levantado el cetro sobre los vasallos que se conquista.

Nada más explorado que esto; M. Becker se lamentaba de que Lutero *no hubiese pensado en purgar á la Iglesia de ese dogma* [el de la existencia de Satanás] *tan digno de ser condenado* (1). Esto le valió nada ménos que dejar de ser ministro de la *Iglesia evangélica* á que pertenecía.

En verdad no pensó en ello el furioso reformador, que habria sido ingrato negando la superior inteligencia, de la cual era inspirado, como no tiene embarazo en declararlo en las obras que dejó escritas. El diablo era, por decirlo así, su inseparable compañero, la Egeria que en medio de la soledad y de las tinieblas le dictaba la ley y le daba el diseño conforme al que debia construir el edificio de la *Reforma*.

Es curiosa la descripción que nos hace del coloquio y entrevista que tuvo con Satanás, que procuraba de convencerle con argumentos, y de obligarle á prohibir la misa privada. El demonio se le aparece en las altas horas de la noche. Lutero, á pesar de que su trato con él era ya familiar, se horroriza, suda, tiembla y siente

(1) *Diccionario de Ciencias Ocultas, Apéndice 1º, tomo 49, de la Enciclopedia Teológica de Migne.*

que le palpita el corazón de una manera horrible. Sin embargo, se inicia por aquel la discusión, que se sostiene por éste hasta no tener nada serio que oponer á la tenebrosa lógica del dialéctico infernal. "Entonces entendí, concluye el padrastro del *libre examen*, lo que sucede á menudo, de que mueren muchos repentinamente al amanecer, y es que el demonio puede matar ó ahogar á los hombres; y hasta sin esto los pone con sus disputas en tales apuros, que puede causarles así la muerte, como muchas veces lo he experimentado yo." ¿Puede haber reconocimiento más paladino, ni testimonio más autorizado? Se reconoce á Satanás, porque se le ha tocado con las manos: se da testimonio de que existe, porque es un hecho apoyado en la experiencia, no de un día, sino de muchos, no agena, sino propia.

Calvino, Melancton, Zuinglio, etc., no llamaban con voz unánime al pontífice de la Iglesia católica, *anticristo*, y á los católicos, *hijos de Satanás*, porque se figuraran que este no pasaba de un mito, sino porque creían en su verdad, más que en la verdad de los *nuevos símbolos* de la *religion* de que fueron sacerdotes.

Como pensaban los gefes, pensaban también los sectarios del protestantismo. ¿Qué cosa más



natural? Y no únicamente las masas que creen porque creen, sino las inteligencias superiores que creen porque raciocinan, como Leibnitz, Grossio, Vosio, etc. En la carta que este último escribió acerca de la Pitonisa de Endor á un amigo y correligionario suyo, califica de ignorantes y de poco versadas en las Escrituras, á todas esas gentes, son sus palabras, que no quieren reconocer que el demonio haya tenido nunca comercio alguno con los hombres, y que creen que todo cuanto se refiere á las pitonisas y seres que se las parecen, no ha sido más que impostura y truhanería.

Tal opinión no fué propia solo de los tiempos en que la reforma religiosa nació, sino que ha sobrevivido hasta nuestros días. Esta circunstancia, tratándose del protestantismo, que como Proteo cambia de formas á cada instante, y como Penélope de noche desteje la tela que ha urdido durante el día, es de poner en alarma y en temor á los que viven y se conducen como si Satanás no existiera. En efecto, el protestantismo que varía tanto, que puede asegurarse que sus continuas variaciones forman su carácter distintivo y el fondo de su esencia, en este punto no ha variado, á pesar del trascurso de algunos siglos. Y si Bossuet exclamaba con razon

que lo que varía no es la verdad, nosotros podemos afirmar, de la misma suerte, que lo que no varía, lo que permanece, es la verdad, sea cual fuere el nombre que se le dé y la calidad de la persona que se lo dé.

Así ha sucedido, como puede certificarse de ello cualquiera, sin mas que arrojar una mirada y fijar un tanto cuanto la atención en el gran escenario de las religiones reformadas, donde tan frecuentemente se cambian las decoraciones y se representan dramas de distintos géneros, de los cuales no hay uno solo igual ni parecido siquiera á otro de una misma temporada.

En semejante variedad de escenas, en tal sucesion de cuadros, sin embargo, el ménos perspicaz podrá ver que hay un episodio que no falta, que más ó ménos felizmente dispuesto se encuentra en alguna parte; este episodio está revelando una cosa, y es que el protestantismo que hoy quema lo que ayer adoró, y mañana lo que hoy, no se ha resuelto á quemar lo que todos los días le sirve de tormento; que el protestantismo, que de todo ha prescindido y prescinde, no puede prescindir de Satanás.

Para simplificar, no tomemos las cosas desde muy atras, ni las vayamos á examinar á puntos



lejanos. Véamos cómo se discurría por los años de 1857 y en la república de los Estados Unidos, nuestra vecina. Elijamos las circunstancias que más roce tienen con el punto que se debate.

Era en esta nación, y por aquel tiempo, donde el famoso *medium*, que ya conocen nuestros lectores, Daniel Dunglas Home, comenzó á experimentar dentro de sí mismo y á observar en torno suyo el efecto de los fenómenos mágicos ó espiritistas, que la familia Fox había sacado ya á luz pública y que tenían preocupados los ánimos de todos. Una tia de este predestinado sacerdote de la Nigromancia, á cuyo lado vivía, que había oído hablar de los *espíritus golpeadores*, y que los juzgaba *muy mal*, pues para ella no eran otra cosa que demonios, consultó con tres ministros protestantes de diferentes sectas, sobre lo que debía hacer con su desgraciado sobrino.

Mr. Murrey, anabaptista, desde luego creyó que tales fenómenos eran trabajos demoniacos, y procuró de hacerlos cesar por medio de la oración. Es curioso el pasaje en que M. Home refiere su entrevista con el ministro Murrey. "Después de haberme preguntado, dice, la manera con que me *había atraído* tales manifesta-

ciones, no habiéndole pedido dar respuesta satisfactoria, se resolvió á que orásemos juntos, para hacerlos cesar. Nos arrodillamos, y á cada invocación de los nombres de *Dios* ó de *Jesús*, se producían ligeros golpes en la silla y en diferentes partes de la pieza en que esto pasaba; y siempre que implorábamos la misericordia del Altísimo.... estruendos continuados se unían á nuestras fervientes oraciones (1)." He aquí de un lado la opinión y de otro el hecho, acordados en reconocer en el *agente invisible* de los fenómenos, al diablo: ¿Quién otro que el soberbio arcángel, que quiso ser como Dios, y se rebeló contra el Altísimo y fué después vencido por Jesús, podrá horrorizarse y temblar al oír pronunciar nombres tan augustos? ¡Desgraciado del ciego que, como Home, ve en este hecho una muestra de alegría divina, y no un testimonio de la rabia satánica!

Como el ministro anabaptista pensó el metodista; y el congregacionista, sin negar la posibilidad de que el diablo se las haya muchas veces con los hombres, por consolar á la tia, se limitó á decir que *que no debían ensañarse contra*

(1) M. Home, *Revelat. sur ma vie surnaturelle*. P. 7, 9



un muchacho por hechos que no le era dado impedir (1).

Tenemos, pues, comprobado por este pasage, que el protestantismo no ha abjurado, sino por el contrario cree la existencia de Satanas, y esto á pesar de la versatilidad dogmática que le es característico, y que la creen no solamente los gefes sino tambien los fieles de las sectas reformadas.

Pero el protestantismo, se dirá, no está reducido á esas tres ramas del árbol que plantó Lutero, regó Calvino y han podado y podan los que han llevado y llevan su bandera. Está bien; pero no son ellos solos los que así piensan, es todo el clero protestante. "Este, dice Bizouard, que al principio habia negado y ridiculizado, obligado á reconocer los hechos, se ha conmovido y ha proclamado, en los púlpitos y en los periódicos, que esas manifestaciones eran obra del demonio (2)." Lo mismo aconteció en la Europa; y son notables las declaraciones, que el pastor protestante Cocquerel hacia en 1854 en

(1) *Ibid.* Véanse además sobre este punto las excelentes obras de M. Bizouard y del caballero Gougenot des Mousseaux, intituladas: "Des rapports del Homme avec le demon" y "La magie au dix neuvieme siecle."

(2) Bizouard, Obra citada, tomo 6º P. 145,

un sermón predicado ante un auditorio tambien protestante. En él, á pesar de que rehusa por las falsas razones que alega, su creencia á prodigios en el siglo XIX, y por lo mismo, á los del espiritismo, hace profesion explícita de fe respecto á la existencia de los demonios. "Creemos, predicaba, en la revelacion, en las profecías y en los milagros consignados en la Escritura hasta la muerte del Salvador. Despues cesamos de creer; sostenemos que ningun hombre puede predecir etc. Creemos en los ángeles y en los demonios; pero sea dicho, despues de Jesucristo, Satanas ha sido arrojado fuera del mundo; no puede, pues, encerrarse en un mueble y mezclarse en los actos humanos (2)." Asombra cómo, quien reconoce la verdad de las Escrituras, donde se palpa la intervencion de Satanas en el mundo, aun despues de la muerte del Redentor, se atreve, sin respetarse á sí mismo, á pronunciar las palabras con que termina el párrafo trascrito. Empero tanto más autorizada es su opinion cuanto más enemigo se muestra respecto del príncipe de las tinieblas, á quien despoja de todo poder. Decimos más autorizada, entiéndase para nuestros adversarios,

2) Bizouard. Obra citada tomo 6º P. 497.



Mostein, Bodin, Binnet y otros millares de escritores que pudiéramos citar, y que fueron enemigos del catolicismo, enseñan la misma doctrina. Pero lo que más debe llamar la atención es que el mismo Home, respecto del cual no hay que abrigar sospechas, y que sin duda conocía algo de lo sobrenatural, sea siquiera por las estrechas relaciones que cultivó con los espíritus, estaba convencido de que Satanás era algo y ejercía alguna influencia sobre el mundo. Leed sus *Revelaciones*, si queréis una demostración. Nosotros nos contentamos con recordar el hecho que tuvo lugar en París durante el invierno de 1856 en la casa de la condesa L. Es el caso que Mr. Home arrojó una mirada súbita sobre un busto magnífico de mármol que tenía delante, y se mostró tan vivamente agitado que la condesa le preguntó la causa. “El hombre cuyo busto veis aquí, respondió el *medium*, está poseído por un demonio (3).” ¿Queréis más? Los mismos vuestros os traicionan.

(3) Home. *Revelat etc*, P, 141 149, Bizouard, *Obra citada* tomo 6º P. 250,

## CAPITULO XXVII.

### SUMARIO.

La existencia de los demonios confirmada por los principios del moderno espiritismo.—Artificios de Satanás.—Demonios admitidos por Allan Kardec.—La diferencia entre estos y los que reconoce el catolicismo es solo aparente.—Se demuestra.—Los demonios de Allan Kardec son en realidad seres aparte y no las almas de los difuntos, como lo quiere persuadir.—Siendo el poder de aquellos espíritus superior al de estos, lo es también su sér.—Se deduce esto mismo de dos principios, base del espiritismo: *Los espíritus fueron criados buenos y sencillos; los espíritus nunca retrogradan.*—La perversidad de los espíritus de Allan Kardec se reconoce por el mismo, que no es transitoria, sino perpetua, y para siempre.

La existencia de los demonios se encuentra, además, confirmada, ¡cosa increíble por los li-



bro y sistemas de los mismos espiritistas que la niegan, y principalmente por la historia del espiritismo.

Se conoce en esto la astucia del que los tiene cautivados. Satanás se oculta lo bastante para no infundir temores y ganar confianzas; pero no tanto que no puedan los que *tienen ojos y ven*, sorprender y adivinar por los rasgos de las varias fisonomías con que se enmascara, sus propias y originales facciones, los perfiles que más lo caracterizan. Engaña, pero no de tal suerte que sea imposible descubrir el engaño.

En efecto, si consultamos las obras del pontífice de la moderna Nigromancia, encontraremos en ellas formalmente reconocida la existencia de los demonios. Poco importa que no se les quiera dar precisamente este nombre. Nosotros no tenemos costumbre de disputar por *nombres*, toda cuestión de palabras será siempre una puerilidad, que no vale la pena ni merece distraer la atención de quien busca el fondo, no la superficie de las cosas, la sustancia, no los accidentes en que se la envuelve.

Allan Kardec, aunque parezca esto una paradoja, que tanto se empeña en demostrar contra los católicos, que Satanás y sus secuaces son seres alegóricos, es, ¡quién lo imaginara! el que

nos suministra las mas concluyentes pruebas de que aquellos son las realidades mas terribles. Llámense unos á esto falta de lógica, monumento de inconsecuencia; otros ignorancia, pequeñez de inteligencia ó de talento. En cuanto á nosotros, siempre veremos en las confesiones del *inspirado de los espíritus*, un hecho providencial obrado por Dios en favor de la verdad y en beneficio de la humanidad, un argumento que patentiza la ceguera que el príncipe de las tinieblas pone en los ojos de los que voluntariamente se le someten.

Desde luego Allan Kardec no rechaza absolutamente que haya seres que puedan llamarse demonios, sino únicamente en el sentido de que por tales se entienda, como gratuitamente dice lo entienden los católicos, seres esencialmente perversos, malos por naturaleza. Los rechaza tambien en el sentido de que se les crea entidades distintas de las almas de los hombres; pero los admite, si se les iguala con estas y si no se considera su perversidad como esencial, ni su maldad como constitutiva de su naturaleza.

Y positivamente admite la existencia de unos espíritus que califica de *imperfectos, inferiores, impuros, malignos, etc.*, los que son caracterizados por sus *propensiones al mal, por su ignoran-*



cia, orgullo, egoísmo, y, en suma, por todas las malas pasiones que son la consecuencia de semejante índole y de tales sentimientos. Después de haberlos caracterizado así, de una manera general, dice; "No todos son esencialmente malos: algunos son más ligeros, inconsecuentes y maliciosos que propiamente malos. Los unos no hacen ni el bien ni el mal; pero por solo el hecho de no hacer el bien, denotan su inferioridad. Otros, por el contrario, se gozan en el mal, y experimentan grande satisfacción cuando se hallan en circunstancias de hacerlo.... Ellos ven la felicidad de los buenos, y esto les sirve de incesante tormento, porque sienten todas las angustias que pueden producir los celos y la envidia juntos. Conservan la memoria y la percepción de los sufrimientos de la vida del cuerpo, y esta impresión les es más penosa que la realidad. Sufren, pues, verdaderamente, tanto los males que los han atormentado, como los males con que han atormentado á los demás; y como sufren largo tiempo, creen sufrir siempre; Dios, para castigarlos, quiere que lo crean así." (1)

"Son inclinados al mal, prosigue el mismo escritor, y el mal es el objeto de sus preocupaciones.

(1) *Le Livre des Esprits. Lib II, cap. I, P. 43.*

Como espíritus, dan consejos perversos, encienden la discordia y la desconfianza; y para mejor engañar, se enmascaran de infinito número de modos."

"La palabra demonio, dice en la misma obra, debe entenderse de los espíritus impuros, que no son mejores que los designados con aquel nombre (1)."

Empero todavía este raro sistema de Allan Kardec aparece expuesto con más claridad en otra de sus obras: "El Cielo y el Infierno (2)."

"Segun el espiritismo, dice, ni los ángeles ni los demonios son seres aparte; la creación de los seres inteligentes es una. Unidos á cuerpos materiales constituyen á la humanidad que puebla la tierra y las otras esferas habitadas (?); desprendidos de estos cuerpos constituyen el mundo espiritual, ó de los espíritus que pueblan los espacios. Dios los ha criado perfectibles; les ha dado por objeto la perfección y la felicidad que es su consecuencia; pero no les ha dado la perfección; ha querido que la debiesen á su trabajo personal, á fin de que tuviesen este mérito. Des-

(1) *Allan Kardec. Obra y lugar citados, P. 56.*

(2) *De esta obra está publicando la "Ilustración Espírita." un extracto.*



de el instante de su formación, progresan, sea en el estado de encarnación, sea en el estado espiritual: llegados al apogeo son espíritus puros ó ángeles, según se les llama vulgarmente; de suerte que desde el embrión del ser inteligente hasta el ángel, hay una cadena no interrumpida de la que cada eslabón marca un grado en el progreso.

“Resuelta de aquí que existen espíritus en todos los grados de adelanto moral é intelectual, según que estén en lo alto ó bajo ó en el medio de la escala. Los hay, por consiguiente, en todos los grados del saber y de la ignorancia, de bondad ó de maldad. En los rangos inferiores hay quienes son *profundamente inclinados al mal y que se complacen en él*. Se les puede llamar demonios, si se quiere, *porque son capaces de todas las maldades atribuidas á éstos* (1).”

Hé aquí confesada y reconocida la existencia de los demonios del modo más paladino, en la existencia averiguada por el espiritismo de esa multitud de *espíritus impuros* que pueblan los espacios; y de quienes no se teme decir que son

(1) *El Cielo y el infierno*, Extracto publicado por la “*Ilustración Espírita*,” núm. 16, Octubre 1.º de 1872.

capaces de ~~de~~ *todas las maldades atribuidas á los demonios del catolicismo*.

Aparentemente no se diferencian los últimos de los primeros más que en dos cosas: en que estos no son *seres aparte*, ni creaciones especiales, sino que se confunden en naturaleza con las almas de los hombres, y fueron criados como ellos; y en que esa perversidad y profunda malicia que caracteriza todas sus acciones, y que ponen en juego para seducir, engañar y perder á los hombres, es transitoria.

Confesamos que en verdad los demonios que los católicos admitimos son seres aparte, de naturaleza más elevada y perfecta que las almas humanas, y que en la creación son una especie tan diferente de los hombres, como éstos lo son de las bestias, las bestias de las plantas, y las plantas de las infinitas criaturas del reino mineral.

Reconozcamos de igual modo que nuestros demonios están definitiva, perpetuamente obstinados en el mal; de suerte que su perversidad y malicia no son transitorias, ni de siglos que pasan, sino de toda una eternidad que siempre permanece.

Pero la diferencia entre unos y otros es, como dijimos, aparente. Dejando á un lado la cor-



teza, y penetrando en el corazón del árbol *espirita*, no fijándonos en las palabras, sino estudiando los principios de la doctrina de la nueva magia, las apariencias cederán el puesto á la realidad, las sombras artificiales á la luz verdadera.

De manera que nuestra tarea consiste ahora en demostrar, que los espíritus malignos de Allan Kardec, por más que se intenta persuadir que no son seres aparte y distintos sustancialmente de las almas, por más que se afirma una y otra vez que su perversidad dejará de ser algún día y que su malicia existe solo temporal y *finitamente*, son, sin embargo, conforme á los principios del espiritismo, seres aparte y obstinados para siempre en el mal, como los demonios del catolicismo.

Así sucede, en efecto. Desde luego nada sería más fácil de demostrar; bastaría hacer comparación entre el poder de un espíritu y de una alma humana cualquiera; y nos veríamos precisados á reconocer en la escala de los espíritus, poderes y aptitudes varios, esencialmente diversos, que nos conducirían como de la mano á admitir idéntica variedad y diversidad de esencias en los seres mismos. La base de todo poder es el ser; y entre uno y otro métrica proporción. La

nada, que es la negación del ser, es también la negación absoluta de poder. Dios, que es la plenitud del ser, es la plenitud de poder, la infinita, la única y la verdadera Omnipotencia.

Las criaturas, que están entre Dios que las dió el ser y la nada de que fueron criadas, tienen tanto de poder como de ser; así que si el poder es esencialmente diverso, lo será el ser de igual y propia suerte.

Sin salir de las páginas escritas por Allan Kardec, podríamos poner en el más alto grado de evidencia que el poder de esas criaturas, de esos *espíritus* que habitan los espacios, es esencialmente diverso que el de los que pueblan la tierra; y por lo mismo que unos y otros son seres aparte y de naturaleza diferente.

¿Es capaz de producir el *medium* más poderoso y feliz en sus arrobamientos y manipulaciones, alguno de los muchos fenómenos prodigiosos, que en los tres órdenes de la naturaleza realizan esos moradores de los espacios? Los que, como Mesmer, Home y el Barón de Galdenstätt han puesto en asombro al mundo moderno, han andado escasos, y se hallan muy lejos de igualar su casi inagotable potencia. Además lo que aquellos *mediums* han podido, no ha sido



metred á una facultad inherente á su naturaleza, sino á una facultad de los génius por quienes son inspirados. Así lo confiesan á una voz los espiritistas que siguen las doctrinas de Allan Kardec y los espiritualistas que profesan las de Prierat.

Empero para demostrar esa diferencia esencial entre unos y otros espíritus, no es fuerza entrar en un estudio que tendria de ir más allá de los límites que nos hemos asignado. Nos basta y sobra deducir las consecuencias lógicas y naturales que se encierran en dos principios fundamentales del espiritismo. En ellos se encuentra encerrada, como el cuerpo humano en el embrión, y como la planta en la semilla, esa diferencia de naturaleza que buscamos.

He aquí los dos principios: 1º "Dios ha criado á todos los espíritus, sencillos é ignorantes (1)." 2º "Los espíritus pueden permanecer estacionarios; pero nunca retrogradar (2); ó en otros términos: "Están sometidos á la ley del progreso por su aptitud de progresar (3);" ó como se

(1) Allan Kardec *Le Livre des Esprits*. Lib 2º, c. 1, número 115.

(2) *Id.*, núm. 118.

(3) "El Cielo y el Infierno. Extracto de la "Ilustracion Espirita," núm. 16, Octubre 10 de 1872.

dice en el *Credo* de los espiritistas del *Círculo de la Luz*: "Cree (el espiritista) que el espíritu, antes de alcanzar la bondad eterna, puede elevar; se ó detenerse en gerarquía, segun su albedrío; pero no puede retroceder ni sufrir una retrocreación, es decir, no puede transformar su esencia en otra inferior (3)."

Supuestos estos dos principios, y tambien supuesta la indisputable existencia de esos *espíritus inferiores* que rodean el mundo y se comunican con él, es menester confesar que estos son seres aparte, creaciones especiales y de diversa naturaleza que las almas de los hombres.

Si todos los espíritus han sido criados sencillos y buenos, en lo que caminamos conformes con nuestros adversarios, pues *Dios vió todas las cosas que habia hecho, y eran en gran manera buenas* (4); si por otra parte los espíritus tienen que seguir la ley del progreso, y de hecho nunca retrogradan, los *espíritus inferiores* que no son un mito, sino la realidad más explorada á los ojos del Espiritismo, no son del número de

(3) *Credo religioso y filosófico de la Sociedad espiritista central de la República mexicana, publicado en 12 de Agosto de 1872.*

(4) *Gén.* I. 31.



aquellos espíritus que, criados sencillos y buenos, progresan más ó ménos lentamente, sin retrogradar jamas. Luego pertenecen á otra familia, en la que el retroceso es posible, en la que el progreso ó la marcha hácia la perfeccion no es una necesidad; luego son seres aparte.

Para que aparezca más clara esta induccion rigorosamente lógica de los principios de nuestros adversarios, materialicemos un tanto las cosas, considerando á un espíritu recientemente criado, resuelto ya á obrar en el sentido en que pueda hacerlo. Bien; él es sencillo y bueno, porque bueno y sencillo le criaron, ¿cómo se torna, preguntamos nosotros, en malicioso, malévolo y maléfico juntamente? Queriendo y haciendo el mal, se nos responderá. Perfectamente; pero una pequeña dificultad se interpone que impide la suposicion de que puedan querer y hacer el mal; dificultad que no existe para los católicos, que siempre han entendido y entienden que las criaturas dotadas de libertad pueden elegir y practicar lo bueno ó lo malo, sin que se sigan absurdos ni contrasentidos; mas dificultad que es invencible para los espiritistas que sostienen que los espíritus criados buenos y sencillos, si bien pueden y deben progresar, nunca pueden retrogradar, ni de hecho retrogradan

Y hacer el mal es retrogradar, porque hacer el mal es alejarse de la perfeccion. De aquí es que Allan Kardec y los que profesan su doctrina, llaman á los *espíritus inferiores* que hacen el mal, *espíritus imperfectos*; y entre estos mismos establecen una escala gerárquica, segun es la malicia y maldades de cada uno. (1).

Resulta, pues, que para que un espíritu criado sencillo y bueno, se torne en malicioso y maléfico, es fuerza que haga el mal; y para hacer el mal, es menester que retrograde,

De suerte que una de dos cosas: ó esos *espíritus imperfectos*, cuya existencia reconoce el espiritismo, no son del número de los que fueron criados buenos y sencillos, y entónces son seres aparte, creaciones especiales y diferentes de las almas de los hombres, ó los espíritus pueden retrogradar y de hecho retrogradan en el camino de la perfeccion: y en este caso la teoría espírita descansa sobre base falsa, y por lo mismo es errónea.

Y en ambos supuestos resplandece la verdad de la doctrina católica acerca de los demonios; á quienes considera como *seres aparte*, como crea-

(1) Léase bien todo el libro 2.<sup>o</sup> de la obra citada de Allan Kardec.



ciones especiales esencialmente diversas de las almas humanas; y de quienes afirma, no solo que padieron retrogradar, sino que de fácto retrogradaron.

El hecho de que algunos espíritus retrogradan, supone la aptitud de retrogradar, y esta importa, según los espiritistas un *cambio de esencia*, una *retrocreacion*, que siendo imposible y absurda, como lo reconocen ellos mismos, fuerza es suponer, no un *cambio de esencia*, porque es imposible, sino una *esencia diferente* que no repugna; no una *retrocreacion*, porque es absurda, sino una *creacion especial* que se conforma con la divina sabiduría. “El espíritu, se asienta en el artículo del *Credo* antes citado, no puede retroceder ni sufrir una *retrocreacion*, es decir, no puede transformarse su esencia en otra inferior.” Volvemos á trascribir estas palabras, para que no se crea que las violentamos y las interpretamos á nuestro modo.

Falta demostrar que, siguiendo los principios asentados por Allan Kardec, la perversidad y malicia de los *espíritus inferiores* no es transitoria, como en varios lugares lo asegura, sino perpetua y para siempre.

Con el fin de simplificar desentendámonos de multitud de pasajes, en que se reconoce la impo-

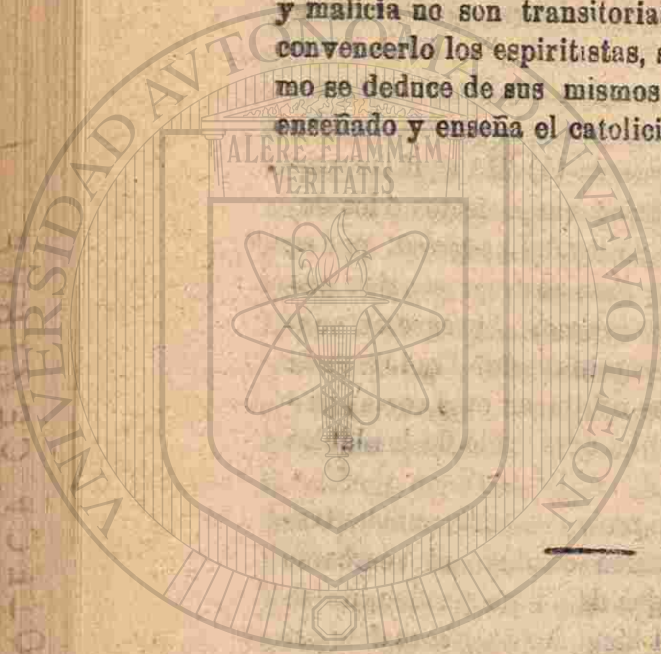
sibilidad en que se hallan los *espíritus inferiores* de hacer alguna vez el bien y de dejar de hacer el mal. Nos bastan estas palabras que leemos en la obra “El Cielo y el Infierno,” publicada en extracto por la “*Ilustracion Espírita*” en la parte en que se propone explicar lo que son los *demonios según el espiritismo*. (1) Hé aquí las palabras: “*Están (los espíritus imperfectos ó los demonios) sometidos á la ley del progreso, por su aptitud de progresar; pero no progresan á su pesar.*” *No progresan á su pesar; no progresan aunque lo quieran, ¿qué significa esto?* Traduzcamos el pensamiento que se oculta en esas cortas palabras que la verdad ha arrancado de los labios de sus enemigos.

*No progresan á su pesar*, es decir, aunque tengan voluntad, no pueden caminar ni acercarse á la perfeccion; aunque deseen, no pueden; no se resuelven á hacer el bien. *No progresan á su pesar*, es decir, no dejarán de ser alguna vez *espíritus imperfectos*, nunca los abandonará su malicia y perversidad. *No progresan á su pesar*, es decir, están sufriendo las consecuencias de una pena, viven irrevocablemente obstinados en el mal.

(2) “*La Ilustracion Espírita*” núm 16, Octubre 1.º de 1872.



Y todo esto equivale á reconocer que están eternamente condenados, y que su perversidad y malicia no son transitorias, como tratan de convencerlo los espiritistas, sino perpetuas, como se deduce de sus mismos principios y lo ha enseñado y enseña el catolicismo.



## CAPITULO XXVIII.

### SUMARIO.

La existencia de los demonios demostrada por la historia del antiguo espiritismo.—Los *agentes invisibles* han confesado y confiesan que son demonios.—Lucha entre el cristianismo y el paganismo.—Silencio de los oráculos atestiguado por los cristianos y reconocido por los paganos.—Testimonios de Estrabon, Juvenal, Plutarco y Porfirio.—Consecuencias de aquel hecho.—Los cristianos arrancando confesiones á los espíritus que cautivaban á los poseos.—Autoridad irrecusable de Tertuliano de Lactancio, de J. Cipriano y de Minucio Felix.

La historia del espiritismo dice lo mismo que se deduce de los principios de su solapada filosofía. En ponerlo de manifiesto nos vamos á ocupar.



Pero las negaciones son castillos de naipes que se derrumban á un soplo. Una afirmacion basta para acabar con todas las negaciones hechas y por hacer.

Cuando el cristianismo estaba en mantillas, los pocos que se agruparon en torno de su cuna, se atrevieron á decir al paganismo que se sentaba en cien tronos, que lo que él llamaba dioses, no eran otra cosa que demonios, y por lo mismo, debia poner la barreta en sus templos y en sus altares. Y no solo lo decia, sino que lo demostraba con hechos que concitaban su cólera y sus iras.

A consecuencia de esto, el paganismo, viejo coronado que contaba sus partidarios por el número de pueblos poderosos que le servian, y el cristianismo, niño sin más ayuda que la bien mezquina de unos cuantos desvalidos que le miraban con interes, hombres sin poder, sin riquezas, sin génio y hasta tímidos y cobardes, se empeñaron en una lucha, la más encarnizada, la más desigual de que ha sido testigo presencial el mundo. La victoria, contra todas las evidencias, quedó por el niño. ¡Tan formidables fueron las armas con que combatió! Eran las armas de los mismos que le odiaban y le resistian.

Dos eran los argumentos de hecho poderosísimos que los primitivos cristianos oponian á los antiguos espiritistas, para convencerlos de que los que llamaban dioses y aparecian como los autores de los prodigios que admiraban, eran únicamente demonios: el primero, fundado en el acontecimiento histórico de haber entrado en silencio sus oráculos, enmudecido sus pitonisas y caido por tierra sus ídolos, precisamente en el tiempo en que el Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, comenzaba á tomar posesion de su herencia; y el segundo argumento, tambien de hecho, consistia en lo que ya hemos indicado, y es, que los cristianos de aquella época de fe arrancaban de los *agentes invisibles* que se hacian adorar por la tierra, resplandecientes confesiones que desconcertaban al moribundo paganismo; los hacian declarar en presencia de sus adoradores, que no eran dioses como se creia, ni almas de difuntos porque muchas veces querian ser tenidos, si no *espíritus engañadores*, verdaderos demonios.

Los argumentos no podian ser más tangibles, ni más directos; porque los hechos eran públicos y no se negaban. Los hechos eran tan ciertos, que los cristianos no vacilaban en desafiar á los gentiles obstinados en la supersticion, pa-



ra que vinieran á oír de la boca de sus mismos dioses la confirmacion de lo que los apóstoles de la nueva religion aseguraban. Muchos debieron su conversion á pruebas de tan alto grado de evidencia, tan robustas y tan flagrantes.

Y era forzoso; porque, ó no creían á sus dioses, y entonces los consideraban capaces de engañar, y con esto les negaban la infalibilidad que es atributo esencial de la Divinidad, ó los creían, y entonces tenían que reconocer que eran demenios.

El silencio de los oráculos y de los profetas de la gentilidad, es un hecho atestiguado por los cristianos, y reconocido por los paganos en cuyo tiempo tuvo lugar. No es una suposicion gratuita ni una invencion clandestina.

Cifaremos únicamente los testimonios de los últimos, porque su autoridad no es sospechosa ni recusable.

Estrabon, que escribia poco tiempo despues de Jesucristo, dejó consignado en dos palabras, que en su época el oráculo de Dodona y otros muchos habian enmudecido: *sed et oraculum Dodonaeum defecit, quaeamodum et reliqua* (1). Ju-

(1) Strabo, Geogr. L, VII, sub finem, interprete G. Xilandro.

venal dijo tambien que en sus dias el de Delito, ya no respondia á los que le consultaban:

..... *Credent á fonte relatum*

*Ammonis, quoniam Delphis oracula cessant* (1)

Statio secunda al poeta satírico:

.... *Mutisque diu plorabere Delphis* (2).

Lucano repite lo mismo que el autor de la Thebaida:

..... *Non ullo saeculo dono*

*Nostra carent majore Deum quam Delphica sedes*

*Quod siluit* (3).

Plutarco no es ménos explícito y claro. "Todos los oráculos," dice, con excepcion de dos ó tres, entraron en silencio; principalmente la Beocia, que ántes era una fuente tan fecunda en predicciones, no tiene ya más oráculo que el de Trofonio, único que dá respuestas (4)." Y tanta era su conviccion, que procuraba como filósofo encontrar la causa de ese silencio, ya en la naturaleza de los beneficios de sus dioses que no reputaba eternos, ya en la muerte de los génios que presidian los oráculos y que consideraba mortales, ya, en suma, en la falta repentina de

(1) Sat. VI.

(2) Thebaid. L. VIII.

(3) Pharsal. 1 V.

(4) Plutarchus, I. De defectu oraculorum.



las *exhalaciones*, por cuyo medio los dioses comunicaban á los hombres el don de profecía.

Empero las palabras de Porfirio son preciosísimas; este sábio ilustre, como le llama la "Ilustración Espírita," toca el cáncer de la llaga y se expresa como un padre de la Iglesia. Hélas aquí: "No hay por qué maravillarse, dice, de que las enfermedades reinen en la ciudad ha tanto tiempo, supuesto que Esculapio y los otros dioses se han retirado de los hombres. Ninguno ha recibido un *beneficio público* de los dioses, desde que comenzó á ser adorado el Cristo (1).

Y en efecto, las anteriores palabras son preciosas, pues no solo se lamenta en ellas la cesación de todo beneficio público, entre los que figuraban la curación de las enfermedades y las respuestas de los oráculos, sino que se hace coincidir esto con el principio del reinado de Jesucristo en el mundo.

No resta otra cosa más que sacar la consecuencia del suceso histórico, tal cual se conserva por los historiadores, los poetas y los filósofos del pag mismo.

El acontecimiento prueba de una parte, la divinidad del cristianismo y de su fundador; de

(1) *Porfirio Filosofía de los oráculos Apud. Euseb, Prep. Evang, Lib. 5.º*

otra, la usurpación que de aquel tributo incommunicable, habían hecho los dioses paganos, y que éstos, léjos de ser dioses, como ántes lo habían persuadido con sus prestigios, no eran más que demonios, como después lo pregonaban á su pesar, obligados por el superior poder de la nueva religión y por la eficaz virtud de los que entraban en su seno.

El otro hecho (el de que los mismos dioses confesaban ser demonios) que desenmascaró al antiguo espiritismo, aparece igualmente ó mejor todavía, pues no solo se le citaba como sucedido, sino que se provocaba á los que osasen negarlo, con la reproducción. El lenguaje de los primitivos cristianos á este respecto, es de un vigor y de una energía tales, que no solo revelan la convicción profunda de los que le empleaban, sino la notoria verdad de los que aseguraban sin sombra de vacilación, ni asomos de embarazo.

Oigamos al rudo Africano en su célebre Apologética; notemos cómo reduce á sus últimos atrincheramientos á los demonílatras de aquellos tiempos. "Hasta aquí, dice, os he alegado razones; ahora os mostraré *hechos evidentes* que persuaden de que vuestros dioses no son otra cosa más que demonios. Que se lleve á la presencia



de vuestros tribunales alguno que esté verdaderamente poseído del demonio; si un cristiano cualquiera le ordena que hable, el infortunado espíritu confesará al punto que verdaderamente es un demonio, y no un dios como anteriormente lo había asegurado como falsedad: *tam se demonem esse confitebitur de vero quam alibi deum de falso.* Igual cosa hágase con uno de aquellos que se dicen inspirados por la divinidad, que reciben la inspiración con el humo y el olor de los sacrificios, que sacan con esfuerzo las palabras de su pecho y al respirar pronuncian oráculos. Preséntese la misma vírgen celeste que promete las lluvias; el propio Esculapio que prescribe remedios y ha prolongado la vida de Socordio, Thanacio y Asclepiadoto que debían morir al siguiente día: si uno y otro no declaran que son demonios, al cristiano que se los pregunta, (porque no se atreverán á mentir en su presencia) *derramad inmediatamente* la sangre de ese cristiano temerario." ¿Qué cosa hay más evidente, prosigue, que este hecho? ¿Qué prueba más segura y digna de crédito que aquella? La verdad aparece en ella con toda su sencillez; se hace sentir su fuerza, y no queda lugar para la desconfianza (1)."

(1) *Tert. Apolog*

No era únicamente Tertuliano quien fijaba en los lugares públicos este singular cartel de desafío y quien arrojaba á los paganos que recorrian las calles y las plazas, el guante, esperando en vano, se parase alguno á recogerlo. Eran todos los que llevaban escrito en su bandera el mismo símbolo de fe que aquel ilustre apologista.

La palabra de Lactancio no es ménos firme y segura que la de este; "Tráigase, exclama, á uno verdaderamente poseído del demonio, y si se quiere, á los mismos sacerdotes de Apolo; Uno y otros bramarán al oír el nombre de Dios. y Apolo saldrá de su falso profeta con tanta ligereza como el demonio del poseído. Y una vez arrojado y conjarado este Dios, su falso profeta enmudecerá y guardará silencio para siempre. Luego los demonios que los paganos execeran son los mismos que adoran como Dioses (1)."

San Cipriano sigue también la misma huella. "Estos malos espíritus, dice, se ocultan en las estatuas y simulacros consagrados. Con su soplo inspiran el número de sus profetas, remueven las fibras de las entrañas de las víctimas, dirijen el vuelo de los pájaros, preparan las suertes y dan oráculos, mezclando siempre lo

(1) *Divin Inst. L. IV., c. 27.*



verdadero con lo falso. Sin embargo, los mismos espíritus conjurados por el verdadero Dios, nos obedecen al instante, se someten á nosotros, nos confiesan todo, y son obligados por nosotros á salir de los cuerpos que habitan. Se observa que nuestras oraciones redoblan sus penas, los agitan y los atormentan horribilmente. Se les oye quejarse, llorar, suplicar y declarar en presencia de sus adoradores, de dónde han venido y cuando se retirarán (1).” El mismo Santo invita al pagano Demetrio, á que venga, *ya que hace profesion de adorar á los dioses, á saber cuáles son los dioses que adora* [2].

Por último; Manicio Félix hace valer con igual ventaja en contra del gentilismo esta prueba de hecho que no tiene otra respuesta que someterse á ella y callar. “La mayor parte de vosotros, dice, sabéis que los demonios mismos confiesan que son los autores de todas nuestras supersticiones siempre que por nuestras oraciones los arrojamos de los cuerpos de que se apoderan. El propio Saturno, Serapis, Júpiter, y todos los otros demonios que adorais, declaran entónces lo que son. Y en verdad que no es creíble que mientan, para deshonorarse á sí mis-

(1) *S. Cip. De Idolorum Vanitate.*

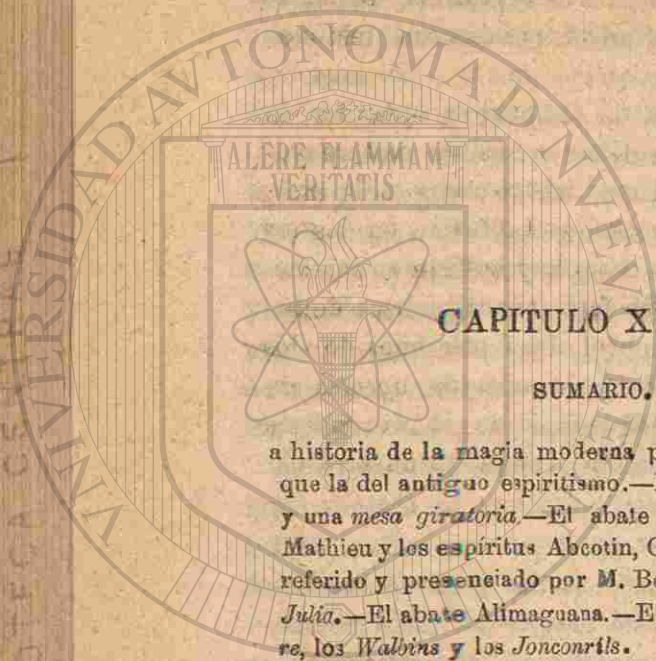
[2] *Contra Demetrium.*

mos, ni ménos delante de vosotros. Creedlos, pues, y reconoced, que son demonios, supuesto que de ello es garantía precisa su testimonio (1).”

Detengámonos un momento al resplandor de tanta luz, y véamos cómo es una verdad apoyada en la historia del espiritismo antiguo, la existencia de los demonios, que hablaban en las estátuas de los ídolos como hoy hablan en las *mesas giratorias*, que profetizaban por boca de las pitonisas, como hoy profetizan por boca de los *mediums*. Es la voz de los mismos *agentes invisibles* la que responde hoy de la verdad de nuestra doctrina y de la certeza de nuestra palabra.

(1) *Minut Fel. In Octavio*





### CAPITULO XXIX.

#### SUMARIO.

a historia de la magia moderna persuadiendo lo mismo que la del antiguo espiritismo.—El párroco de Herbay y una *mesa giratoria*.—El abate Agustin Renon.—Mr. Mathieu y los espíritus Abcotin, Gedoa y otros.—Hecho referido y presenciado por M. Benezet.—El espíritu de *Julia*.—El abate Alimaguana.—El espíritu de *Saint Fare*, los *Walbins* y los *Joncourts*.

No es ménos copiosa en revelaciones de ese género la historia de la mágia moderna.

Ya tuvimos oportunidad de citar las palabras de Home á la condesa de L..... en presencia del basto de su hermano; palabras que suponen una revelacion súbita del "medium" anglo-sajon.

Tomemos ahora nota de hechos más positivos y que no han menester de interpretaciones.

En 9 de Octubre de 1853, reunidas veinte personas en la casa del párroco de Herbay (Francia) se consultó á una *mesa giratoria*; el alma que fué evocada respondió constantemente de conformidad con la doctrina católica. Ocho dias despues, el abate Gay de Paris, tan insigne por su ciencia como por su piedad, partió á Hervlay, donde accidentalmente residia su familia: se quiso que presenciara el fenómeno; consintió á pesar de su repugnancia, y se propuso para sí mismo obligar al demonio á manifestarse. La reunion tuvo lugar en el presbiterio, despues de vísperas. Concluidas estas, puestos todos de rodillas, el abate rogó á Dios que no se produjese el fenómeno, ó que si se producía, fuera para gloria de Jesucristo y confusion de Satanás. Los concurrentes eran trece, siendo solamente seis los que provocaban el movimiento de la mesa. Despues de mucho tiempo se logró un principio de rotacion. Pero la mesa callaba como de intento con tal persistencia, que los *magnetizados*, fatigados, iban ya á desistir, cuando uno de ellos pregunta: "¿Eres un espíritu malo?" Un gran golpe, signo afirmativo, fué su respuesta. "¿Cuál es el nombre del abate Gay?"—Contestacion exacta.—"¿Cuál es el tuyo?"—Por medio de golpes significa una D, despues una E.



Al llegar á la tercera letra, se agita convulsivamente, y significa una M, y continúa hasta completar la palabra DEMONIO [1].

Se levantó una acta de todo, la cual se remitió al obispo de Versailles; y despues de graves reflexiones y para que fuese útil, se le dió publicidad.

El abate Agustín Rencu, que declara con franqueza haber sido incrédulo en todo lo relativo á las *mesas giratorias*, ha visto, tocado y creído estos fenómenos que no discute ni explica, dejando semejante tarea á los sabios (2). En la sesión á que estuvo presente el *agente invisible*, dijo llamarse *cancerbero*. Se le juzga un *espíritu malo*, y se fastidia de que así se le juzge; muestra que su cólera es seria, adelantándose hácia el interlocutor para vengarse. Uno de los asistentes tuvo la ocurrencia de poner un rosario sobre la mesa, y esta vino á tierra: se acerca una medalla y gira con movimientos desordenados y se levanta por sobre el pavimento con tal violencia, que el *velador* se estrella en mil peda-

(1) Bizouard, *Les Rapports de l'Homme avec le Demon*, Tomo 6.º pág. 176. Letra de M, l'abbé Gay, de 21 de Octubre, au Redacteur de l'Univers.

(2) *La table Parlante*, mai 1854. P. 71.

zos. Al fin, el *agente invisible* confiesa que es el *demonio*.

Es natural, se dirá, el dedo del clero anduvo es estas operaciones: era preciso que el demonio se manifestase ó que el espíritu tomase ese nombre. ¡Cómo! ¿Un clérigo es capaz de tanto poder? ¿Un eclesiástico puede imponer su voluntad á un habitante de los espacios?

Pero presigamos en nuestro propósito; y en lugar de clérigos, cuyos testimonios se dan por nulos y de ningun valor, sin duda porque la tonsura cambia su naturaleza de hombres, citaremos legos, no de los que sirven ó sirvieron en los conventos, sino de los que andan en el siglo, y han emitido sus votos ante los más autorizados representantes del gran mundo.

Mr. Mathieu, antiguo farmacéutico del ejército frances, y miembro, por añadidura, de muchas asociaciones científicas, refiere las manifestaciones de un espíritu, que primeramente se llamó Abcotin, y que expresaba ser el alma de un individuo muerto hacia veinticinco años. Despues de dar á los que le evocaron algunas lecciones acerca del papel que el *fluido magnético* representa en las *mesas* y de contar su vida, habla de que hay en los espacios siete cielos: afirma que en los dos primeros se *sufre* y son *inútiles* las



oraciones; y que en los demás se vive con Dios. Habiéndosela preguntado con quién se vivía en el primero de los siete cielos, respondió que con *Satanas*.

Mr. Mathieu no se contentó con evocar un solo espíritu, sino que después de Abcotin evocó á otros que se llamaron Gedeon, Viron, Gedoa, Safo, Sórates, Minoa, Olimpia. Esta, que había sido una religiosa condenada por incontinencia, acabó por confesar, que no era otra cosa que *Belcebub* (1).

M. Bénezét, redactor en jefe de la *Gazette du Languedoc*, entre varios casos que presencié y refiere, cuenta uno acaecido bajo la influencia mediánica de sus padres. Un día el alma evocada enmudeció; se la fuerza á responder, y dice que el diablo se opone. Se interroga en seguida á Satan, y contesta inmediatamente: "Desde este día, dice el redactor de la *Gaceta*, las manifestaciones de *Satanas* fueron frecuentes, las almas desaparecieron y le cedieron el puesto." En el último experimento se presentó un espíritu, que á las preguntas que se le dirigieron,

(1) Bizouard obra y lugar citados, Tomo 6º pág. 181, 182, y 183. Un mot sur les tables. P. 7, 10 y 13.

dijo, que era el diablo *Astaroth*, que tenía cuernos etc (1).

En otra ocasión y bajo la influencia de MM. B.... D.... y J...., se lograron varias manifestaciones; y en todas ellas *Satanas* era quien al cabo aparecía, después de darse mil nombres de personas que habían muerto. Curioso es el papel que desempeñó en lucha con un espíritu llamado *Julia*, que se comunicaba en magníficos versos. Protestaba que era el buen génio de los que la consultaban y que velaba continuamente por ellos. Repentinamente, y cuando todavía se la cree presente en la reunión, el lápiz del médium escribe esta frase: *Satanas se..... de vosotros*; frase que fué seguida de otras chabacanas y groseras. Pronto cambia la escena y reaparece el espíritu *Julia*, anunciándoles que les trae flores de primavera, y advirtiéndoles, de que *Satanas* es un malvado, que es fuerza rechazarle cuando se presenta. Vuelve *Satanas*, se sigue el consejo de *Julia*, y se le rechaza; á poco *Julia* escribe: *estaba ausente y ocupada en consolar desgraciados* (2).

(1) *Des tables tournantes et du Pantheisme*, pág 9, 33.

(2) *Bizouard, obra y lugar citados*, pág. 209. Un mot sur les tables, Págs. 14 y sig. ®



En otra sesión presidida por el señor M., el lápiz escribió *los placeres, la embriaguez la impunidad: no hay Dios: ¡viva el infierno!*, firmado todo al calor, "Satanas" (1).

El abate Alimagnana, cuya autoridad es superior en este punto á la de un lego del siglo, pues no obstante su carácter sacerdotal, ha tratado de demostrar (2) que nada tiene que ver el demonio con el sonambulismo, las mesas giratorias, ni los *mediums*, refiere que una ocasion de las muchas en que se entregó á este género de experimentos, se manifestó un espíritu de los que hoy se llaman *chocarreros*; y fastidiado, lo trató de infame, de triton, desterrándole de la sesión.

Al separarse el espíritu, el abate sintió la mano atacada de un fuerte temblor nervioso, y escribió en grandes caracteres: *Yo soy el demonio, y vos sois un mal sacerdote que procurais de penetrar los secretos de Dios.* A esto opuso el abate: *despues de lo que ha pasado, no puedo creer que eres el demonio, porque, segun el ritual, el demonio habla en todo, los idiomas, y tú ignoras el valaques.* El espíritu replicó, escribiendo con

(1) *Bizouard. Pág. 206, t. 6.º*

(2) *De sonambulisme, des Tables tournantes, etc., págs 3, 16.*

la mano de su interlocutor: ¡Perdon! ¡perdon! *No soy el demonio; si he dicho tal, es por poneros espanto. . . . mas veo que sois un hombre que nada teme, un grande y experimentado pensador; os diré siempre la verdad. Solamente hablo los idiomas que vos hablais; si he obrado en otra manera, ha sido por burla* [1].

Pasajes iguales ó semejantes tuvieron lugar bajo la influencia de M. Candemberg y de los hermanos Hennequin, tan autorizados ó más que el precitado abate. Seriamos interminables, si los refiriéramos uno á uno.

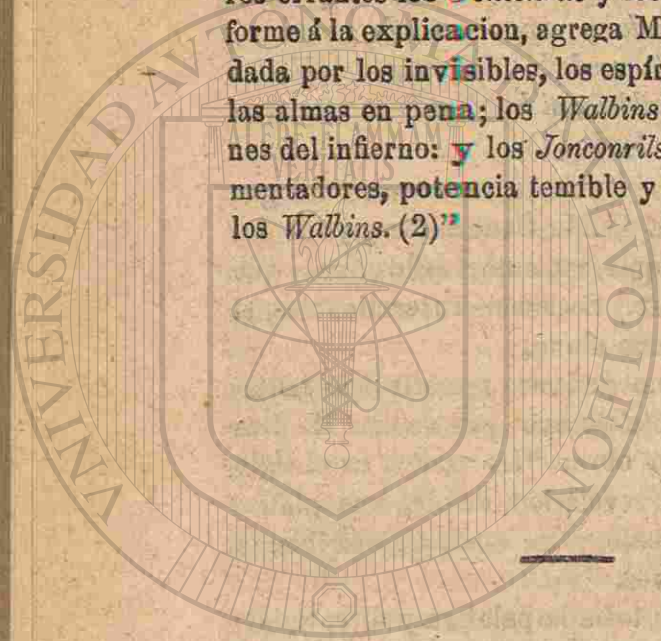
Sin embargo, no podemos resistir á la tentacion de tomar nota de uno que cuenta M. Des Mousseaux en su obra: "La magia en el siglo XIX." Es una revelacion doble, una plática entre un sonámbulo y un *medium* escribiente que operan á la vez.

"El sonámbulo toma la palabra y dice, Saint-Fare (así se hace llamar el espíritu evocado) acaba de trazar al rededor de vosotros un círculo de luz. Pero hay una corta brecha en ese recinto, formada para asegurar su terreno y para levantar una muralla entre vosotros y los malos espíritus que os amenazan. Los estoy viendo:

(1) *L'abbé Alimagnana. Obra citada. Pág. 18, 20, 21*



son *Walbins* y *Jonconrils*. En este momento el lápiz del *medium* escribió: si los veis, son pícaros errantes los *Jonconrils* y los *Walbins*; "conforme á la explicacion, agrega M. Des Mousseaux dada por los invisibles, los espíritus errantes son las almas en pena; los *Walbins* son los guardianes del infierno: y los *Jonconrils*, demonios atormentadores, potencia temible y muy superior á los *Walbins*. (2)"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(2) *La Magie au dix-neuvieme siecle*, Pág. 30.

### CAPITULO XXX.

#### SUMARIO.

Los espiritistas no tienen razon para sostener que los espíritus no son lo que afirman, sino lo que niegan ser.—Motivos para creer que no mienten cuando afirman que son demonios.—La preocupacion de las almas de los difuntos sobre que existen demonios, y de la que no pueden desprenderse, segun el espiritismo, no los puede inducir á creer y decir que realmente lo son.

Los hechos referidos hasta aquí, y que se registran en los anales históricos de la magia moderna, son más que bastantes para que se vea que la existencia de los demonios aparece comprobada por las mismas revelaciones de los habitantes de los espacios.

Si los espíritus invisibles afirman, cuando á ello se les obliga, ó cuando están ciertos de que





ya dominan en los que los consultan, que son *demonios* y no *almas de seres que vivieron*; si declaran las más veces, á pesar suyo, que lo primero es la verdad, y lo segundo no es más que un engaño, ¿fundados en qué los espiritistas, que creen en ellos de tal suerte y en tal grado, que no vacilan en reconocer como bases de una filosofía y de una moral novísimas y como cimientos de la *religion* que llaman del *porvenir*, esas revelaciones de ultratumba; fundados en qué, repetimos, se atreven á sostener que no son lo que afirman sino lo que niegan ser? ¿Guiados por cuál criterio los convierten en oráculos infalibles, cuando voluntariamente anuncian que pertenecen á la especie humana, y los juzgan órganos de seducción, de engaño y de mentira, cuando aseguran poseídos de espanto y de horror, que su naturaleza es otra? ¿Qué! ¿les será más fácil engañar cuando son dominados, que cuando dominan? ¿La mentira, que es una invencion más ó ménos especiosa, una negacion más ó ménos encubierta de la verdad, que ha menester, para que tenga algo de eficacia, de ciertas apariencias que la acerquen siquiera á la verosimilitud, se concibe mejor en un espíritu agitado y enfurecido, que en un espíritu calmado y tranquilo; en un espíritu dueño de sí mismo, que en un es-

píritu coartado por una fuerza moral superior?

La psicología protesta con no menor energía que la razon, contra tamaña hipótesis? Estúdiense lo que pasa en nuestro interior, lo que día con día sucede en el secreto de la conciencia; y si los *espiritus invisibles* son de nuestra misma naturaleza, como se asegura, no debemos tener una medida para ellos, y otra para nosotros, un criterio para los *habitantes de los espacios*, y otro para los moradores de la tierra.

Para decir la verdad, los momentos más favorables son aquellos en que el hombre se encuentra presa de un sentimiento más ó ménos vehemente, de una pasión más ó menos violenta, sea el amor ó el odio, el temor ó la esperanza, la cólera, la envidia ó el despecho. En estas circunstancias el hombre interior pasa al exterior, se trasparente, por decirlo así, se muestra, en suma, tal cual es, con sus perfecciones y sus defectos, con sus virtudes y sus vicios.

La mentira, que necesita de la ficcion, exige en el que trata de persuadirla, reposo de espíritu, una vez que ha menester de tomar ciertas medidas precautorias, para que pueda pasar como verdad. Se puede mentir, y bien, por un general cobarde en un gabinete, en un salon;



pero jamás sobre el campo de batalla y en el instante en que el peligro es inminente y la muerte casi cierta. Esto es lo que nos dice la psicología ó la ciencia del alma humana. Si los espíritus que afirman que son demonios, son otras tantas almas, no deben estar sujetos á otras leyes psicológicas; y por lo mismo serian más dignos de fé, cuando dicen que son demonios, que cuando fingen que son almas de difuntos; cuando revelan que son *espíritus imperfectos y malignos*, que cuando aparentan ser *espíritus superiores*. Y entónces, ¿qué es del espiritismo?

Además, ya se suponga á los *agentes invisibles* espíritus de una y otra categoría, es inexplicable el fenómeno que analizamos. Si son espíritus superiores, no pueden engañar á sabiendas, diciendo que son lo que no son: si inferiores, no pueden atribuirse una naturaleza que no es la suya, sin dar muestras de la más estúpida torpeza, torpeza que por otra parte es inconciliable con la pasmosa habilidad de que no escasean las pruebas en la producción de la multitud de fenómenos maravillosos de que son causa; pues si se examinan estos, los del orden físico, por ejemplo, se ve que para producirlos es forzoso que el agente esté dotado de un gran poder, de un gran dominio sobre las fuerzas naturales,

á fin de ponerlas en juego; y de una vastísima inteligencia para combinarlas y encaminarlas á su intento.

¿Se ocultaria á quienes tanto entienden y pueden, que la manera más fácil de inducir al mal es inspirar confianza; y que esta no se inspira, publicando que se es un sér maléfico y perverso, sino por el contrario, ocultándolo con afanosa solicitud? ¿Mienten para deshonrarse? Se acostumbra mentir, dice Tertuliano, para adquirir honores. ¿Mienten por placer? ¿Cómo es entónces que cuando profieren la *mentira*, se quejan, se enfurecen y huyen precipitados? ¿Mienten por atormentarse! Si todo sér inteligente busca su bienestar y se dirige siempre á lo que cree ó es su felicidad; ninguno apetece lo que le causa desazones y amarguras, lo que le hace verdaderamente infortunado.

La conducta de los *agentes invisibles*, por imperfectos que los supongamos, es inexplicable en el sistema del espiritismo, y solo tiene solución satisfactoria dentro de las indestructibles afirmaciones del dogma católico.

Acaso para vencer la dificultad y salir del inextricable laberinto en que los espiritistas se meten, por sacar adelante su errónea teoría, se diga: que esos espíritus, que tanto en los anti-



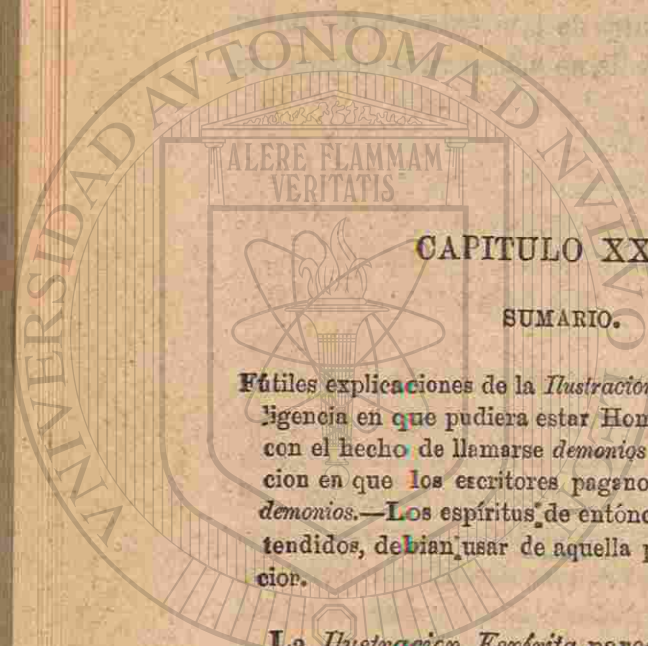
guos como en los modernos tiempos han revelado ser demonios, son víctimas de las preocupaciones que abrigaron durante la vida, y que la muerte no ha sido parte á desarraigar en ellos todavía. Mientras vivieron, se continuará diciendo, profesaron la antifilosófica creencia de que existían real y positivamente demonios; y supuesto que están muy abajo de la escala de la perfección, no es arbitrario suponer que persisten en su creencia y se engañan en propagarla.

Pase lo de la preocupación; mas ¿qué tiene que ver la preocupación de que existen demonios, con el hecho probado de que afirman serlo? Está bien que los *agentes invisibles*, arrastrados por el irresistible poder de aquella preocupación, predicaran en sus revelaciones de ultratumba que era una realidad la existencia de éstos, tales cuales se les habían dado á conocer en su peregrinación por la tierra; pero una cosa es asegurar, sea con verdad ó con error, "hay demonios," y otra cosa diversa es decir: "somos demonios;"

O ¿qué! ¿ha conocido la tierra siquiera un individuo de la especie humana que hubiese abrigado la preocupación de que era demonio? ¿En dónde? ¿en qué tiempo? Y si sería empre-

sa capaz de aterrar á un Hércules en historia averiguar la existencia de uno solo, ¿cómo sería posible darse cuenta de la existencia de tantos en la antigüedad, y de no ménos en los siglos que atravesamos?





### CAPITULO XXXI.

#### SUMARIO.

Fútiles explicaciones de la *Ilustración Espírita*.—La inteligencia en que pudiera estar Home, nada tiene que ver con el hecho de llamarse *demonios* los espíritus.—Aceptación en que los escritores paganos tomaban la palabra *demonios*.—Los espíritus de entonces, si querían ser entendidos, debían usar de aquella palabra en esa acepción.

La *Ilustración Espírita* parece explicar de un modo, por qué en la actualidad hay espíritus que confiesan ser *demonios*, y de otro, por qué confesaron lo mismo en los primeros tiempos de la Iglesia. Cuando el hecho es idéntico, la explicación debería ser idéntica, so pena de no tener el carácter de filosófica.

Así, cuando trata de sacar ayante á Home, que en casa de la condesa L..... dijo, que el

hermano de ésta se hallaba poseído por un demonio, dá á entender con demasiada claridad, que Home se expresó en tal manera, porque los autores espiritistas acostumbran llamar *demonios* á los *espíritus perversos*, *finitamente*, se entiende (1).

La consecuencia que de esto no se dedujo, pero que nosotros deducimos, es que Home pudo llamar demonio al *espíritu posesor*, sin que por esto se pudiera creer que reconocía la existencia de los demonios del catolicismo. Está bien; mas, por netamente verdadera que se suponga esta asercion, no explica el fenómeno de que los mismos espíritus se llamen *demonios*; porque una cosa es que los autores espíritas entiendan por *demonios* las almas de los difuntos, y otra que lo entiendan los *agentes invisibles*, que son principalmente los que hacen la declaración. Esto necesitaba de demostrarse, y ni siquiera se reparó en ello.

Es más racional y filosófico creer, que los espíritus, que quieren ser entendidos por los hombres con quienes se comunican, tomen las palabras en la acepción que estos las toman, so pena de no lograr su fin, y entonces resulta que

[1] "*Ilustración Espírita*," núm. 25, año 4.º



son demonios, no finita, sino perfectamente obstinados en el mal, pues esta es la acepción vulgar de la palabra en los diccionarios de todas las lenguas, y en el uso de todos los pueblos.

Y este raciocinio es tan exacto, que lo aplican los redactores de la *Ilustracion* para explicar las confesiones que los espíritus hicieron en los dias en que se consumó la muerte del paganismo. Así, tratando de cohonestarla, ocurren á este arbitrio, aunque por desgracia suya, como lo haremos notar, les resulta contraproducente. “De nuevo recordaremos, dicen, la diversa acepción que los antiguos daban á la palabra *demonios*, que es aplicada indiferentemente á toda clase de divinidades, y Plutarco asegura que la mayor parte de los demonios eran seres buenos, intarmediarios entre los dioses y las almas de los hombres.” Y más adelante agrega: “Los espíritus engañadores huían de los templos en que se habian hecho rendir culto, retardando el progreso de la humanidad, simbolizando y deificando á veces las pasiones; y seguramente convertidos despues al bien, esos mismos demonios, entre los cuales habia, como creyó Porfirio, tantas almas de hombres, se reencarnaron en los cuerpos de San Agustín, San Gerónimo, San Atanasio, Santa Eudoxia,

Orígenes y Tertuliano (1).” Prescindiendo de la injuriosa y peregrina idea de que el alma de aquellos esclarecidos santos y varones insignes haya sido el espíritu de un demonio, lo cual, por sí solo se refuta, desde luego se advierte en qué consiste el nervio de la argumentacion. Equivale á decir: los espíritus que en aquella época de transición de las tinieblas á la luz, operada por el cristianismo, confesaban ser *demonios*, entendían por tales lo que entendían las generaciones de entónces. Y no hay diferencia entra esto y estotro: los *espíritus invisibles* hablaban el mismo lenguaje que los hombres; daban á las palabras de que usaban en sus revelaciones espontáneas ó forzadas, la misma acepción y sentido que ellos.

Por lo mismo qué esto sucedía y que era lo natural, si no querían los *agentes invisibles* predicar en desierto, debe creerse con fundamento en sus testimonios, que esos espíritus, que hablaban en las pitonisas y en los oráculos; que presumían de penetrar y leer en el porvenir, y que se hacían adorar como Dioses, eran *demonios* y no almas de difuntos. ¿No estamos viendo en los conceptos que acabamos de copiar, que

(1) *Ilustracion Espiritica*. Marzo 1.º de 1871, páginas 217 y 218.



aquella palabra se aplica indiferentemente á todas las divinidades? ¿No asegura Plutarco que la mayor parte de los demonios eran seres buenos, intermediarios entre los dioses y las almas de los hombres? ¿No se palpa de las mismas frases de Porfirio que se traen á colacion, la diferencia que reconocia entre los unos y los otros? Así, pues, los antiguos, léjos de dar á la palabra *demonio* la acepcion única que favoreceria á nuestros contrarios, la dan la que ménos cuadra con sus deseos. Ninguno dice que los demonios sean lo mismo que las almas de los muertos, sino que todos establecen entre ellos diferencias sustanciales, en las cuales no se quiere parar un momento la atencion.

El pasaje de Plutarco á que se alude, por ejemplo, no confunde en manera alguna, sino que, por el contrario, distingue perfectamente las almas de los dioses y de los demonios, haciendo de éstos, no seres iguales á aquellos, sino seres intermediarios.

Los líquidos son un término medio entre los sólidos y los aeriformes; más nunca podrá decirse, sin agrabio de los principios y de las más sencillas nociones de la física que los aeriformes, los sólidos y los líquidos son una misma y sola cosa.

En cuanto á Porfirio, terminantemente enseña, ya en su carta á Annebon egipciaco, ya en su obra "De los sacrificios," que los espíritus de que se trata no son almas de difuntos, aunque pretendan hacerse pasar por tales, sino demonios, lo cual cuidan de ocultar porque realmente lo son.

En el capítulo XXIV y XXV hemos citado más de lo que era necesario para demostrar que aquel filósofo igualmente que Hérmes, Plutarco, Jámblico, y en general los paganos, jamas entendieron por demonios lo que entienden ahora los modernos exhumadores de la vieja supersticion. Nuestros lectores se servirán de pasar sus ojos por lo allí escrito, si lo tienen á bien.

De suerte que si entónces se entendió por *demonios*, seres de diversa naturaleza que las almas de los hombres; y se entendió por los mismos *espíritus reveladores*, y por los infortunados que recibian su inspiracion, la historia de la antigua magia es el argumento más poderoso contra la nueva forma que se la quiere dar por el espiritismo moderno.

Ahora bien; esta inteligencia comun respecto del significado de las palabras, es un hecho de consecuencia por lo que mira á los *espíritus*, y un hecho de que dan testimonio los sentidos,



por lo que mira á los *inspirados* de la antigüedad.

Decimos un hecho de consecuencia, porque si no lo suponemos, las *revelaciones* de los primeros carecerían de objeto, una vez que no podían ser entendidas. Luego, al confesar aquellos, que eran *demonios*, lo afirmaban en el sentido y acepción que daban los hombres á esta palabra; y la acepción que la daban está perfectamente deslindada en los citados capítulos, y esto nos exonera del trabajo de fijarla otra vez. Esas *divinidades antiguas* solo tienen de *divino* el nombre: son *divinidades* malélicas; cuando Plutarco afirma que *la mayor parte de los demonios eran seres buenos* niega, de una parte, que sean almas de difuntos; supuesto que los considera como *intermediarios* y de otra indica y en mil lugares de sus obras enseña, que hay malos demonios, estando muy léjos de conformarse con la teoría moderna de los *espíritus imperfectos* ó *demonios finitos*. Porfirio no puede ser más explícito. No nos cansaremos de repetir aquellas palabras suyas: *son perwersos por malicia, no por naturaleza; se hacen perversos por dioses ó por almas de muertos, ménos por demonios, porque lo son en realidad*. Pasemos adelante.

## CAPITULO XXXII.

### SUMARIO.

Otra demostracion histórica de la existencia de Satanás y demas demonios.—Poder de Jesucristo de lanzar tales espíritus.—Pasage de San Mateo.—Este poder comunicado á la Iglesia Católica.—Pasage de San Juan.—De hecho la Iglesia ha ejercido ese poder.—Una poseida, un calvinista y los Jesuitas de Ostroy.—Reto que no aceptaron los sectarios de Calvino.—La virtud del exorcismo católico libra á la poseida de la influencia demoniaca.—La jóven de Meissen y Lutero.—Nicolasa Aubry y el Obispo de Laon.—Triunfo de este sobre el demonio.—Otra poseida en Pátzcuaro.—Qué podemos decir los católicos á los espiritistas, para que se persuadan de que sus espíritus son demonios, y de que la Iglesia tiene poder de lanzarlos.—Se afecta desprecio por los exorcismos.—Por qué algunas veces no obran estos con eficacia.—Reflexiones.

Sin salir de los límites que nos hemos propuesto es fácil de poner en el más alto grado de evidencia esta demostracion histórica de la existencia de Satanás y comparsa.



Ciertamente nadie nos acusará de extralimitación, porque relacionemos los hechos en que tan largamente nos hemos ocupado, con el poder de la Iglesia Católica, que es también un hecho, de lanzar los demonios y arrancarles públicas confesiones acerca de su naturaleza.

Este capítulo se podría encabezar así: "El demonio que procura ocultarse, probado por el demonio que es obligado á descubrirse." ó de esta manera: "El espiritismo desenmascarado por sí mismo."

La Iglesia Católica, como su divino Fundador, tiene y tuvo el poder de lanzar los demonios; y tanto la Iglesia como Jesucristo muchas veces ejercieron esa potestad prodigiosa, que es una de las pruebas más patentes de su divinidad. En el capítulo XII de San Mateo se lee el siguiente pasaje que demuestra, de una parte, que de hecho Jesucristo ejerció tal poder, y de otra que confundió con argumentos de sentido común, que pueden hoy aplicarse á los espiritistas, á los que le disputaban la divinidad de su origen.

"Fuele á la sazón traído un endemoniado, ciego y mudo, y le curó de modo que desde luego comenzó á hablar y oír."

"Con lo que todo el pueblo quedó asombrado

y decía: ¿es éste tal vez el hijo de David, el Mesías?

"Pero los fariseos, oyéndolo decían: *Este no lanza los demonios sino por obra de Belcebub, príncipe de los demonios.*

"Entonces Jesús, penetrando sus pensamientos, díjoles: Todo reino dividido en facciones contrarias, será desolado; cualquiera ciudad ó casa dividida en bandos, no subsistirá.

"Y si Satanás echa fuera á Satanás, es contrario á sí mismo: ¿cómo, pues, ha de subsistir su reino?

"Que si yo lanzo los demonios en nombre de Belcebub, ¿vuestros hijos en qué nombre los echan? Por tanto esos mismos serán vuestros jueces.

"Mas si yo echo los demonios en virtud del Espíritu de Dios, síguese por cierto, que ya el reino de Dios ó el Mesías está entre vosotros (1)."

El hecho es innegable. Jesucristo lanzaba á los demonios; y no los lanzaba con el poder de Belcebub, sino en la virtud del espíritu de Dios, pues Satanás no puede ser contrario á sí mismo, ni siendolo, subsistir su imperio.

(1) S. Mat. XII, 22 á 28. Véase también el mismo pasaje, referido con las mismas palabras en San Lucas XI, 14 á 20.



Ahora bien; este poder, ejercido por el Redentor, fué comunicado á la Iglesia; lo cual puede verse en los Evangelios.

“Como mi padre me envió, así os envío á vosotros (1).”

“Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también á ellos al mundo (2).”

“Id y predicad, diciendo: Que se acerca el reino de los cielos.”

“Y en prueba de vuestra doctrina, curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, *lan- zad demonios*, dad graciosamente lo que graciosamente habeis recibido (3).”

“A los que creyeren acompañarán estos milagros: En mi nombre lanzarán los demonios: hablarán nuevas lenguas: manosearán las serpientes: y si algun licor venenoso bebieren, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y estos quedarán curados (4).”

Las anteriores fuentes de verdad son clarísimas; nadie dejará de ver en ellas el hecho de la comunicacion de ese poder divino á la sociedad

(1) *S. Juan*, XXI, 21.

(2) *S. Juan*, XVIII, 18.

(3) *S. Juan* X, 7 y 8,

(4) *San Marcos*, XVI, 17 y 18.

fundada por el Verbo, y que subsistirá hasta la consumacion de los tiempos.

Pero no necesitamos para nuestro intento de pasajes tan autorizados y tan expresos, ni queremos valernos de ellos en contra de quienes admiten del Evangelio lo que les parece y les acomoda; y rechazan lo que tienen á bien y no cuadra con sus errores.

¿Para qué los argumentos de autoridad, por más que esta sea divina, si la historia es bastante para hacer callar á los que desconocen en la Iglesia ese don inextimable de los cielos?

Sin hablar, porque no es fuerza que nos remontemos á épocas tan distantes y que la malicia no vacilaria en tener por legendarias, del infinito número de prodigios de esta especie que se realizaron bajo la influencia de los apóstoles y de muchos fervorosos cristianos, la historia eclesiástica y la profana más modernas abundan en hechos de lanzamientos, que no es dado negar, sin desterrar del terreno de la controversia filosófica tan seguro criterio.

San Norberto, San Alberto, San Juan de Salerno, San Bernardo, Santa Catalina de Sena, San Francisco de Sales y mil y mil á quienes sus insignes virtudes hicieron dignos de ese don, son monumentos alzados públicamente y en me-



dio de las ciudades, que predicán la existencia de ese poder que no ha permanecido ocioso en el seno de la Iglesia Católica, sino en una constante y benéfica actividad.

Pero en quienes se encuentra y se ha encontrado en toda su plenitud, pues es, por decirlo así, condición esencial de su ministerio, es en los pastores á cuyo cargo está la vigilancia del rebaño cristiano, en los sacerdotes católicos competentemente autorizados por sus superiores ordinarios.

Y cosa digna de notarse y de interesar la intención de los mismos filósofos, es que semejante poder, que hace temblar al príncipe de las tinieblas, deja de ser eficaz en los pastores y ministros desde el momento en que se separan de la única verdadera Iglesia, la católica. No por parecer esto raro á la incredulidad, deja de ser verdadero, pues sobran documentos que fundan su certeza histórica.

Aunque con parcimonia, citemos algunos. El primero que nos ocurre es el que hace constar un hecho acaecido en Polonia en el año de 1627, el de la poseída de Ostroy que refiere el ilustre Górrés (1). Se trata de una dama noble y cal-

(1) "*Mistique Divine, naturelle et diabolique.*" Tom. 4.<sup>o</sup> págs. 586 y sig.

vinista por añadidura, la cual hablaba diferentes lenguajes, descubría las cosas más secretas, daba noticia de las más distintas, y era, en suma, centro de esa muchedumbre de fenómenos que hoy extravían las conciencias de [los espiritistas. Los sectarios de Calvino, considerándose impotentes para librar á la poseída del géneo maléfico que la atormentaba, resolvieron en consejo confiarla á los jesuitas de Ostroy, ministros de la religion católica.

Es curiosa la plática que tuvo lugar entre el superior de aqueila órden y un furioso calvinista, con motivo de estas palabras que dejó escapar: *prefiero ser perro que cerdo papista*. El superior repuso: "¿Tratais de supersticiones y de fábulas las prácticas de la Iglesia y los exorcismos? Cómo pues, recurrís á ellos? ¿Es acaso por fé ó por necesidad? Acudid á vuestros ministros; que ellos hagan la prueba primero, despues la haremos nosotros, y veremos quien es más poderoso?" El calvinista respondió: "En cuanto á nuestros ministros, *ellos no saben exorcizar á los poseídos*; pero si vosotros rehusais curar á esta mujer, miraremos á la Iglesia Romana de muy distinta manera que hasta aquí."

El sacerdote católico se puso á orar y á practicar las ceremonias que para estos casos tiene



prescritas la Iglesia, consiguiendo desde luego evidenciar el hecho de la posesion. Alentado con el éxito de sus primeras tentativas, otro de los jesuitas presentes, propuso al calvinista lo siguiente:

“Ahora bien; hé aquí la alternativa: yo pediré á Dios, que si vuestra doctrina es la verdadera, pase el demonio de la poseida á mí y me haga víctima de su furor; pero si por el contrario la fe católica es la verdadera fe, pase á vosotros y os atormente por el espacio de solo una hora.” El reto no fué aceptado, como no lo fueron los de los primitivos fieles. El resultado final fué que la poseida de Ostroy quedó libre de la influencia demoniaca, por la virtud y eficacia de los exorcismos católicos.

Staffilio, en su respuesta á Santiago Schemidelin, p. 404, cuenta el caso de otra poseida, la jóven, siempre jóvenes! de Meissen. Y como del anterior aparece demostrado el poder del catolicismo sobre los demonios, de este quedará evidenciada la impotencia de los ministros reformados. “Recuerdo dice, á una jóven de Meissen que estaba poseida del demonio y que se llevó á Wittemberg á la presencia de Lutero, para que la curase. Lutero se sentia poco dispuesto á emprender la obra. Sin embargo, al fin se

resolvió é hizo conducir á la jóven al coro de la iglesia parroquial de Wittemberg, y comenzó á conjurar al demonio en presencia de muchos doctores y sabios, entre los que me encontraba yo. Pero en los exorcismos no seguia la costumbre de la Iglesia católica, sino que procedia á su modo. El demonio, léjos de ceder, embarazó de tal manera á Lutero, que éste quiso escaparse del coro, pero el demonio mantuvo las puertas tan bien cerradas que no se las podia abrir ni por fuera ni por dentro.” Al cabo, despues de mil penalidades, logró evadirse por una ventana, siendo de notarse, agrega el cronista, *que durante todo este tiempo Lutero se paseaba á lo largo del coro, inquieto y pensativo.*

No es ménos notable la posesion de otra jóven, llamada Nicolasa Aubry, que tuvo lugar en Francia bajo el reinado de Carlos IX, y en la ciudad de Vervins. La posesion se hizo constatar de una manera evidente, por los numerosos prodigios y rarezas sin cuento que bajo su influencia se producian. Luego que el obispo de Laon tuvo noticia de ella, la hizo conducir á la capital de su diócesis, donde á la sazón abundaban los calvinistas. “La mandó colocar, dice Górrés, sobre un tablado que se levantó en la Catedral. El concurso de pueblo tan grande,



que se podían contar de diez á doce mil personas, entre las cuales había muchos extranjeros. Los príncipes y otros grandes personajes que no podían venir, enviaban diputados encargados de referirles lo que pasase; el nuncio del Papa, unos miembros del parlamento y de la Universidad de París, estaban también presentes. Sin embargo, el demonio *conjurado* por exorcismo, dió innumerables testimonios de la verdad católica, de la presencia real y de la falsedad del calvinismo, de manera que los calvinistas perdieron su aplomo y sangre fría, y se enfurecieron. Ya, durante los exorcismos que habían tenido lugar en Vervins y en un viaje que Nicolasa había hecho á Ntra. Sra. de Lieja, había atentado contra su vida y la del sacerdote que la exorcizaba. En Laon, donde su número era mayor, sus furores se acrecentaron todavía más, y se temió muchas veces una sedición. Llegaron á intimidar de tal modo al obispo y á los magistrados, que se derribó el tablado construido en la Iglesia, y se omitió la procesion que se tenía costumbre de hacer ántes de los exorcismos. El demonio, altivo con su victoria, *desafió al Obispo y se burló de él*. Los calvinistas, por su parte, habían persuadido á los magistrados á que pusiesen en prisiones á Nicolasa, so pretext-

to de examinar más de cerca los hechos. El demonio triunfó; y no obstante, descubrió al Obispo la superchería..... y confesó que había ganado tiempo por la debilidad del Obispo, que *escuchaba mejor á los hombres, que la voluntad de Dios.....*

“El cabildo, en vista de esto, hizo presente al prelado que seria bueno repetir dos veces al dia los exorcismos igualmente que la procesion que les precedia, para excitar la piedad en el pueblo. El Obispo consintió, y en lo de adelante la solemnidad fué mayor.....”

“El demonio se ocupaba en lanzar imprecaciones contra la Iglesia, el Obispo y el clero, maldiciendo la hora en que había entrado al cuerpo de la jóven. Por fin llegó la última crisis. Habiéndose reunido por la tarde el pueblo en la Iglesia, el prelado comenzó los últimos exorcismos, durante los cuales se produjeron los más extraordinarios fenómenos, Acercó la Hostia consagrada á los labios de la poseida. Entonces el demonio la tomó por el brazo y arrancó á la desgraciada de entre las manos de diez y seis personas que la sujetaban. Al fin, después de mucha resistencia, la abandonó, y la dejó penetrada de reconocimiento hácia la bondad de Dios.” “Se cantó, agrega el ilustrado



escritor alemán, un *Te Deum* en acción de gracias, acompañado de un **repique** general. Continuaron por nueve días **las** procesiones solemnes; se fundó una misa **que** cada año debía celebrarse en 8 de Febrero, **en** memoria del acontecimiento, que fué representado en un bajo relieve, al resedor del coro, **donde** se le veía todavía antes de la revolución.”

Seríamos interminables, si nos propusiéramos recordar siquiera la multitud de ejemplos que cuentan pormenorizadamente las historias. Permítasenos únicamente hacer mención de uno, acaecido en nuestra patria y de nuestro tiempo, y del cual, si no fuimos testigos presenciales, lo fueron personas de criterio y dignas de toda fe, por quienes lo sabemos.

En la ciudad de Pátzcuaro, Estado de Michoacán, acaeció hace algunos años, que una jóven, ¡también jóven! se vió **repentinamente** atacada de un grave mal. Su familia, que era de la clase acomodada, ocurrió luego á los médicos, que se sorprendieron de ver **los** extraordinarios y pasmosos síntomas del mal. La aplicaron, por lo tanto, los remedios que **suelen** ser eficaces para la curación del mal de San Vito y de la catalépsis, **sin** obtener resultado. Los ataques eran periódicos; y tan presto causaban verdadera alar-

ma como desaparecían por completo, dejando á la jóven en su cabal salud. Al fin, haciéndose más frecuentes y observándose que muchas veces, durante el ataque, se producían fenómenos inexplicables, como eran saltar con la ligereza de la pluma hácia arriba y andar, sin perder el equilibrio, por las cornizas de los roperos y las perillas de las sillas, así como en el afán de atentar contra su vida, buscar y encontrar los cuchillos con que pensaba herirse, por más que sus deudos cuidaban de ocultárselos en lugares por solo ellos conocidos; observándose estos y otros fenómenos semejantes, se la creyó poseída, y se ocurrió al Párroco del lugar. Sin duda que aquel se convenció del hecho de la posesión, pues se resolvió á exorcizarla. El éxito de la medicina espiritual no pudo ser más satisfactorio; pronto los ataques cesaron, y los fenómenos dejaron de producirse (1).

[1] Un caso semejante ha tenido lugar hace pocos años en el Valle de Santiago, Estado de Guanajuato, solo que antes que se ocurriera á los exorcismos, la jóven murió. Lo sabemos de boca del director espiritual de la presunta posesión y de otros testigos presenciales. Se nos ha prometido la relación detallada de los fenómenos; si se nos remite oportunamente, lo publicaremos.



O no hay pruebas en el mundo, ó los hechos que acabamos de referir acreditan que la Iglesia católica tiene y ejerce el poder de lanzar los demonios en los casos de verdadera posesion, y que cuando los lanza, no se propone lanzar, ni lanza ciertamente *spiritus imperfectos*, como pretenden los espíritas, que no niegan las posesiones, sino que únicamente procuran explicarlas á su modo. Igualmente se acredita por ellos la existencia de esos géneos maléficos, enemigos de la humanidad, y no miembros suyos ni individuos de su especie.

De manera que los católicos podemos todavía, como en tiempo de los primeros cristianos, dirigir á los que se obstinan en desconocer la existencia de los ángeles réprobos y su perniciosa influencia sobre los que se les someten; y el dominio absoluto de la Iglesia de Cristo en esas infortunadas inteligencias, las mismas ó semejantes palabras á las que sabemos, por Tertuliano, Lactancio, Minucio Félix, etc, etc, se dirigian á los paganos, con el fin de persuadirles de que los dioses que adoraban eran demonios, y de que el único y verdadero Dios era aquel en cuya virtud eran arrojados de los hombres á quienes atormentaban y de los ídolos y estatuas que animaban.

Podemos hoy, siguiendo tan laudables ejemplos, decir á los espiritistas que lleven á la presencia de cualquiera de nuestros obispos, de aquellos de nuestros sacerdotes competentemente autorizados, ó hasta de aquellos varones santos, aunque legos, que no faltarán en una sociedad, que se distinguen de los demás por la nota de santidad que les es característica; que se lleve, repetimos, á su presencia, á un *verdadero medium*, de esos en cuyo derredor se producen tantas maravillas, que ven á distancia, descubren las cosas ocultas y hasta se lisonjean de penetrar algo de los secretos del porvenir, y le vereis pronto, tenemos confianza, despojado de ese poder que os seduce, y dando brillantes testimonios de la verdad católica y de la autoridad divina de la Iglesia, bajo la irresistible virtud de los conjuros y maravillosa eficacia de los exorcismos y ceremonias de que se acompañan.

En el terreno de los hechos, como en el de la discusion, os vencerá el catolicismo que tan entrañablemente aborreceis, solo porque os enseña que teneis un enemigo que quiere perderos y cuya existencia sin embargo negais.

Se afecta desprecio por los exorcismos de la Iglesia, que en realidad horripilan á los que nie-



gan al Dios que adoran. "Cuando, hay alguien, se dice, que los tome por lo sério, los *espíritus* se rien de ellos y se obstinan (1)." "Todo el poder del sacerdocio romano se estrellaba contra la tenacidad de los *espíritus superiores*," escribió la "Ilustración espírita" al analizar los sucesos que tuvieron lugar en el presbiterio de Cideville. Es cierto que el cura de aquella parroquia no pudo hacer cesar los fenómenos, pero también es cierto, y esto se calla intencionalmente, que los fenómenos cesaron, luego que el arzobispo á cuya arquidiócesis pertenecía Cideville intervino, alejando á las dos jóvenes de aquella parroquia (2).

Por otra parte, en algunos casos no deben sorprender ciertas resistencias. Los mismos apóstoles no pudieron lanzar un demonio. "Entonces, se lee en el Evangelio de San Mateo (3), los discípulos hablaron á Jesus y dijeron: ¿Por qué causa no hemos podido nosotros echarle?

Respondióles Jesus: "Porque teneis poca fe. Pues ciertamente os aseguro que si tuviereis fe,

[1] Allan Kardec. *Le Livre des esprits*. Lib. 1<sup>o</sup>, capítulo 9, núm. 477.

[2] Marqués de Mirville citado por Figuier "Histoire du Merveilleux," Tomo 4<sup>o</sup>, Pág 211.

[3] XVII, 18, 19, 20.

tan grandé como un granito de mostaza, podreis decir á ese monte, trasládete de aquí, y se trasladará y nada os será imposible.

"Y ademas que esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oracion y el ayuno." Hé aquí explicadas desde tiempos atras esas resistencias que hacen batir palmas á nuestros adversarios.

Faltará el *granito de mostaza* en este ó aquel sacerdote que no se prepara con el ayuno ni se fortifica con la oracion; pero se debe tener por seguro, que no faltará en todos, y que, en último caso, allí está el vicario de Jesucristo, que hará lo que no pudo el sacerdote, así como Jesus hizo lo que no pudieron sus discípulos.

Este género de prueba, concluyamos, no es realmente un medio de llegar á la verdad, sino que es la verdad que se demuestra á sí misma, tomando las formas plásticas de la evidencia.

Por lo mismo, la historia del espiritismo nos suministra las mejores armas para combatirle y derribarle en su base, que es la negacion gratuita de Satanás y de sus ángeles.

Convengamos en que sin la existencia de estos genios maléficos, nada de lo que vemos y que se refiere al hombre espiritual, es explicable. La redencion viene á tierra, y con ella la



libertad, el perfeccionamiento del individuo y de la sociedad, y todo aquello que constituye lo que se llamó civilización moderna, y es y debe llamarse civilización cristiana.

Terminemos este capítulo con un luminoso pensamiento de Baile, filósofo cuyo descubrimiento y excepticismo le abonan ante el criterio de nuestros contradictores. "Se encuentran, dice, en las regiones del cielo, seres pensadores que extienden su imperio así como sus luces hacia nuestro mundo..... Y como no se puede negar que hay en la tierra seres malos, envidiosos, vengativos, que se gozan en el daño ajeno; que por la aplicación de golpes producen cambios extraños en la naturaleza, según las pasiones, *se haría ridículo aquel que se atreviese á negar que además de estos seres malvados, hay otros muchos que no se ven y que son todavía más malignos y hábiles que el hombre* (1).

Los que niegan la existencia de los demonios, *se hacen ridículos*. El exceptico Baile es quien lo dice. Tomen al menos nota de sus palabras.

(1) *Dict. Hist. et art. Epinosa. Nota 1.ª y artículo Ruggeri.*

### CAPITULO XXXIII.

#### SUMARIO.

Se acomete la refutación de los argumentos contrarios que son apenas objeciones de poco valer, para coronar la demostración de la existencia del diablo y sus ángeles.—Argumento ú objeción fundado en la presciencia divina.—Cómo la fórmula Allan-Kardec.—Realmente el argumento estriba en la dificultad de conciliar aquel atributo de Dios con el libre albedrío humano.—Empelro tanto la presciencia de Dios como la libertad del hombre son innegables.—La una no repugna á la otra.—La dificultad de conciliarlas solamente existe para el que no es católico.—Cómo se concilian.—

Para coronar, por decirlo así, la demostración que hemos acometido, nos vamos á ocupar ahora en refutar los argumentos que se quiere prevalezcan sobre las razones filosóficas, morales é históricas que apoyan y justifican la exis-



tencia de los demonios. Tales argumentos son en realidad de verdad el único caballo de batalla del ejército contrario. Si de él esperan la victoria, no la alcanzarán de seguro, pues son bien menguados sus bríos y bien mezquina su fuerza.

Se pretende fundar uno de estos argumentos en la presciencia divina, otro en la negacion arbitraria de la eternidad de las penas, y un tercero en la moralidad y sublimidad de ciertos consejos y revelaciones espíritas. ¡Qué vasto campo para las victorias de la razon católica! Sentimos tener que ceñirnos á breves, pero firmísimas reflexiones, en una materia que no por acercarse á la region de los misterios, deja de brillar á los ojos de una sana inteligencia con abundante claridad. Así la columna que guiaba al pueblo de Israel en el desierto, era de resplandeciente luz por un lado y de sombras por el otro.

Hé aquí cómo se formula el primer argumento por el pontífice de la moderna nigromancia. "Dios sabia ó no sabia, que ciertos ángeles flaquearian; que su caída los arrastraría á una condenacion eterna y sin esperanza de salvacion; que estarían destinados á tentar á los hombres, que quienes de entre estos se dejasen se-

ducir, sufrirían la misma suerte. Si lo sabia, ha creado, pues, á los ángeles con conocimiento de causa, para su perdicion irrevocable y la de la mayor parte del género humano. Por más que se diga, es imposible conciliar su creacion en prevision semejante, con su soberana bondad. Si no lo sabia, no era todopoderoso. En uno y otro caso, es esto la negacion de dos atributos sin cuya plenitud Dios no seria Dios (1)."

Eleutheros, que se ha propuesto combatir las verdades católicas, de que somos solamente los expositores, no hace otra cosa que repetir y exornar con rasgos de vehemencia, las objeciones de Allan-Kardec, tratando de fundar sobre ellas, ¡poca cosa! todo un sistema filosófico, moral y religioso. La respuesta, pues, que demos al maestro, toca tambien al discípulo, que tan bien aprendidas se tienen sus lecciones.

Por más que se cuida de ocultar que el argumento estriba en la dificultad, que para nosotros no existe, aunque sea un misterio, de conciliar la omnisciencia divina con el libre albedrío humano, no se consigue. No puede negarse aquel atributo de la divinidad, sin negar á Dios;

(1) Allan-Kardec "El Cielo y el Infierno." Extractos publicados por la Ilustracion Espirita, núm. de 15 de Setiembre de 1872.



y no se tiene la franqueza de negar la libertad del hombre, porque sería ponerse en pugna con la conciencia de la humanidad entera. Empero, á uno de esos dos extremos son conducidos los enemigos de la fé católica, que es la razon del mundo.

Este tremendo y pavoroso problema de la libertad de la criatura racional, que puede llegar por el camino del abuso, hasta los abismos de la eterna condenacion, espanta á los entendimientos, sin dejar por eso de ser una verdad de las mejor asentadas. En último análisis, no es más que el problema de esa misma libertad que elige el bien, y que asciende á las incommensurables alturas de la felicidad suprema. Se cree al hombre con fuerzas para subir una escabrosa pendiente, y no se le conceden para precipitarse á tenebrosas profundidades. No estudiemos al hombre en general, en torno del cual podemos ver algunas sombras que nos impidan conocerle tal cual es; estudiémonos á nosotros mismos, entrando en el santuario de nuestras conciencias, y probando aquello de que somos capaces, y aquello que nos es más ó ménos dificultoso. Yo, que puedo escalar la nevada cima del Popocatepetl; aunque á costa de no pocas fatigas, estando en el pintoresco valle, de cuya

planicie se levanta en atrevidas curvas, ¿no podré, estando sobre sus cumbres que tocan los cielos, descender, si lo quiero, á la llanura? Y refiriéndonos á otro órden más elevado, yo, que soy capaz de vencerme á mí mismo, aunque muchas veces brotando lágrimas los ojos, y de dominar con cetro de hierro las pasiones que pretendan enseñorearse de mí con tiránica violencia, ¿me encontraré incapaz de rendirme á enemigo tan querido, y de entregarme sin reserva á esas mismas pasiones que se muestran tan poderosas como seductoras y halagüenas? No me digais que puedo trasladar un monte, y que me es imposible mover un granito de mostaza, porque entenderé que tratais de burlaros de mí. No me digais que puedo ser un San Francisco de Asís á la vista de una hija del Oriente, y que me será imposible ser un Neron contemplando lúbrico la asesinada belleza de su madre; no me digais que me es fácil dejar la capa, á ejemplo de José, en manos de las rabiosas imitadoras de la esposa de Putifar, é imposible representar el papel de los despechados acusadores de Susana; porque léjos de convencerme, me hareis reir de vuestra falta de seso y gran copia de necedad. No; la criatura racional, puede por el uso ó abuso de su libertad, hacer el



bien como el mal, salvarse como perderse para toda la eternidad.

Y este poder no repugna á la presciencia de Dios, ni á su omnipotencia, ni á su santidad, ni á su justicia, ni á su misericordia infinitas. Aquel atributo sublime de Dios, y esta calidad altísima en el hombre, coexisten y viven en la más serena armonía; coexiste y vive en armonía la verdad con la verdad.

La libertad humana existe de hecho con ese formidable poder; y la omnisciencia divina existe por una necesidad de perfeccion y de naturaleza con esa universal y penetrante mirada que abarca todos los espacios y alcanza todos los tiempos; que de la misma manera que preside el movimiento necesario y ciego del mundo de los cuerpos, preside el movimiento inteligente y libre del cielo de los espíritus.

La libertad humana y la presciencia divina son dos cosas que existen, y que existen, con el alcance que acabais de ver, no limitadas ni la una ni la otra á los círculos que creéis necesario trazar. Conciliarlas en la sola dificultad; y esto para el que no es católico. Porque no podríais en último extremo conciliarlas, no por eso dejarán de existir. No es la inteligencia del hombre, por esclarecida que sea, la medida del

ser, ni la prueba de la existencia de las cosas. ¡Cuántas existen de que no tiene ni siquiera noticia! ¡Cuántos conoce sin acertar á saber la manera con que existen!

¿De buena fé creéis que la presciencia divina, cuya existencia no podeis menos de reconocer y confesar, daña la libertad humana, que, si no tenéis la audacia de negar, recortais á vuestro antojo tanto, que de hecho la convertís en una quimera?

Y bien, ¿de qué manera, porque Dios conoce cuanto voy á hacer antes de que lo haga, sucede que yo obre sin libertad? ¿tengo siquiera, yo que obro ó voy á obrar, ese conocimiento anticipado? Entónces la presciencia de mis actos no solamente está en Dios, sino que está también en mí, lo cual es una falsedad como una montaña; pues yo no sé en el momento en que escribo lo que se me antojará hacer mañana, á la tarde, ni dentro de pocas horas; y aun sabiéndolo, no por eso me creería menos libre, una vez que sentiría en mí mismo el poder absoluto de no hacerlo, á pesar del conocimiento previo de que indefectiblemente lo haría.

Este es el punto esencial; si en él quedan conciliadas la presciencia de Dios y la libertad del



hombre, lo quedarán, ya esta libertad tenga los trascendentales alcances que la reconoce el catolicismo, ya los mezquinos límites en que encierran su acción los espiritistas.

Recordamos haber escrito en otra ocasión, tratando de asunto diferente, esto, que en nuestro concepto, derrama un poco de claridad hacia el lado tenebroso del problema que nos ocupa.

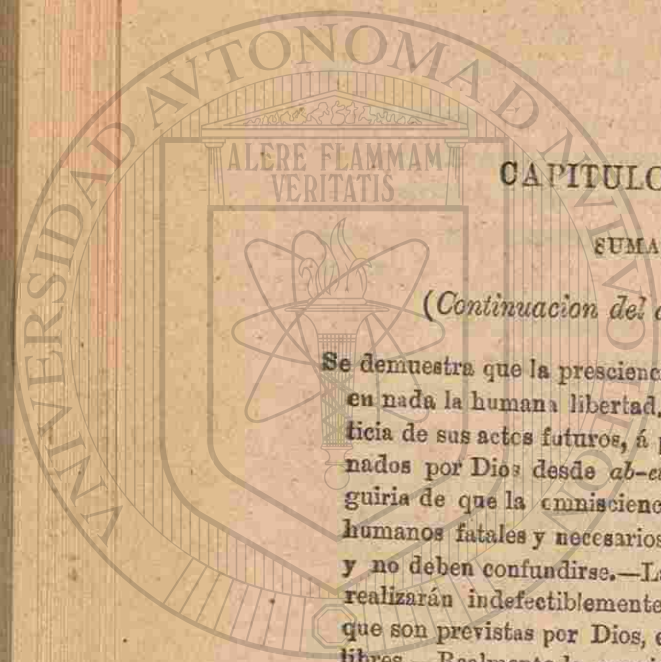
“Dios obra, decíamos, en nosotros con una fuerza tan enérgica, que parece que no somos nosotros los que obramos; y se nos insinúa con tan deleitosa dulzura, que nada es capaz de arrancarnos la convicción de nuestra libertad y de nuestra personalidad independiente.

“Su actividad inmensa está en contacto con nuestra mezquina actividad; pero no la absorbe ni la encadena. La velocidad con que la tierra se mueve es prodigiosa; sin embargo, no impide los movimientos libres de los seres que pueblan su superficie, á quienes es más sensible el movimiento de un átomo, al moverse de un punto á otro del espacio, que el que obliga á nuestro planeta á recorrer en días una órbita de millones de millones de leguas. A esta manera nos parece ser el movimiento de la volun-

tad y de la inteligencia divina, en relacion con el movimiento de la inteligencia y de la voluntad humana (1).”

(1) “Sociedad Católica” t. IV, año 6.º pág. 4.





### CAPITULO XXXIV.

#### SUMARIO.

(Continuacion del asunto anterior.)

Se demuestra que la presciencia divina no puede lastimar en nada la humana libertad.—El hombre no tiene noticia de sus actos futuros, á pesar de estar predeterminados por Dios desde *ab-eterno*.—Absurdo que se seguiria de que la omnisciencia divina hiciera los actos humanos fatales y necesarios.—Cosas que se confunden y no deben confundirse.—Las acciones del hombre se realizarán indefectiblemente, pero con la calidad con que son previstas por Dios, es decir, con la calidad de libres.—Realmente la presciencia divina viene á ser un testimonio en favor de la libertad humana.—Refutacion directa de la objeccion de que tratamos.—El antecedente establecido por Allan Kardec es cierto, pero es falso el consiguiente.—Monstruosidades porque seria necesario pasar, á ser verdadero el consiguiente.

Y en efecto, en nada puede lastimarse nuestra libertad, porque el Autor de ella sepa desde toda eternidad los actos y cosas en que la em-

pleáremos en el tiempo. Semejante conocimiento, clarísimo, infalible é indefectible como es Dios, no influye en las deliberaciones del hombre que ignora los secretos del porvenir.

La primera condicion para que obre una fuerza, ya física, ya moral, es, si pertenece á aquel órden, que esté en contacto con el cuerpo movable; si es del órden moral, que el espíritu tenga noticia de su existencia. Esto es tan claro, que no puede serlo más. Careciendo el hombre de la noticia de sus actos futuros, aun cuando estén ya predeterminados y hayan de tener lugar indefectiblemente, no influyen para nada en la deliberacion que precede á la eleccion, causa inmediata de sus actos.

Por otra parte; si fuera cierto que el conocimiento infalible de las acciones quita á estas la libertad, seria preciso negarla á Dios, á Dios que desde toda eternidad conoce el órden de sus actos y decretos soberanos. De esta manera, ¿quién seria tan ilógico que se la concediera al hombre?

Si la presciencia divina hace los actos fatales y necesarios, deberia ser verdad, ó que Dios no tiene el conocimiento anticipado de sus operaciones, que no es omnisciente, ó que no es libre. Elegid entre estos dos absurdos el que querais;



pero sed consecuentes proclamando el ateismo, pues que un Dios que no lo sabe todo, no es Dios, y un Dios sin libertad, tampoco es Dios.

Luego lo cierto es que la prevision de las acciones no daña la libertad, aunque se encuentre en el mismo ser que será causa de aquellas; y que mucho menos la dañará si la tal prevision no existe en el sér á quien serán imputables.

Lo contrario no puede sostenerse, sin afirmar prviamente que hay una razon para las cosas divinas y otra razon para las cosas humanas.

Comprendemos perfectamente que la voluntad de Dios, manifestada á la criatura en el sentido de que ejecutara esta ó aquella accion, pudiera aniquilar y aniquilara la libertad, de modo y á tal grado que se obrara necesariamente; pero no que produjera este efecto el conocimiento de Dios con relacion á sus actos futuros; conocimiento oculto á la misma criatura. Avanzamos todavía mas: tampoco lo produciria, aun manifestado, pues tal manifestacion encadenaria á la inteligencia, que se veria obligada á darle asenso, pero no á la voluntad, que prácticamente podria conformarse ó no con la divina manifestacion. ¡Cuántas verdades morales se ha dignado de manifestarnos Dios desde el principio de los tiempos! Y sin embargo, ¡cuán léjos

nos hemos puesto de esas mismas verdades, haciendo un uso desplorable de nuestro libre albedrío! Este hecho indubitable prueba, más que toda argumentacion, que á pesar de la presciencia divina, á pesar de la manifestacion de ella al hombre, los actos dimanados de su eleccion, despues de haber deliberado, no son fatales ni necesarios.

No nos confundamos ni querramos confundir: una cosa es que las acciones, que desde toda eternidad sabe Dios que hará el hombre, se realicen indefectiblemente; y otra cosa muy diversa que esas mismas acciones sean el resultado de la necesidad, de una coaccion imposible de resistir. Ellas tendrán lugar, supuesto que Dios no puede engañarse; pero tendrán lugar de la manera y en los términos que Dios las prevé: porque si así no fuera, aun cuando tuvieran lugar, con todo, se engañaria en los términos y en la manera. Ahora bien, Dios prevé las acciones necesarias, como necesarias, las contingentes como contingentes, las naturales como naturales, las accidentales como accidentales, las ordinarias como ordinarias, las extraordinarias como extraordinarias, y las libres como libres; y así como las prevé se realizarán, llegado el tiempo y la ocasion,



Así, pues, si los actos humanos libres se realizarán y no podrán menos que realizarse, como los prevé, se realizarán y no podrán menos que realizarse como libres, una vez que como libres ha previsto que se han de realizar. De suerte que si hay en esto algo de necesidad, esta necesidad consiste en que los actos han de ser precisamente libres.

Hé aquí a la omnisciencia divina encontrándose con la libertad humana, y abrazándose con el más estrecho de los ósculos. No; no podía ir por un camino aquel excelentísimo atributo de Dios, y por otro esta erección sublime también de Dios y a la vez altísimo don del hombre. La verdad tiene que encontrarse siempre con la verdad.

El argumento fundado en la presciencia divina, viene á ser realmente un luminoso testimonio en favor de la libertad humana. La metafísica en el cielo de las inteligencias, como la astronomía en el cielo de los cuerpos, suele tener sus movimientos reales y sus movimientos aparentes.

Si la primera vista y las apariencias nos dicen una cosa, una mirada más profunda y la realidad nos persuaden algunas veces de que la

contraria es la cierta. Tanto vale mirar y no contentarse con ver.

La digresión no ha sido corta, pero fué necesaria para poner en claro la futilidad de las objeciones que nos hemos propuesto resolver. Cumplamos ahora con nuestro propósito.

“Dios sabía ó no sabía, dice Allan-Kardéc, que ciertos ángeles flaquearian; que su caída los arrastraría á una condenación eterna sin esperanza de salvación, etc., etc.” Indefectiblemente lo sabía, respondemos nosotros.

“Si lo sabía, continúa Mr. Reival, ha creado, pues, á los ángeles, con conocimiento de causa, para su perdición irrevocable y la de la mayor parte del género humano.” ¡Alto ahí!

Este argumento, que es el de más nervio que se nos opone, pertenece al número y especie de aquellos que en concepto del insigne controversista español, el Dr. Báñez, por lo mismo que prueban mucho nada prueban, de aquellos á los cuales pudiéramos aplicar exacta y netamente el prolequio vulgar que dice: *lo que abarca mucho, poco aprieta.*

Y en efecto es así. No hay más que sacarle del lugar en que está, para que se palpe su poco alcance, su debilidad y futilidad. Parodiando el tal ratiocinio, podríamos probar, por ejemplo,



que la existencia del mal moral y del mal físico en el mundo, es absurda, por inconciliable con la presciencia y con la bondad divinas. Véamos si no, Dios sabia ó no sabia que los hombres abusarian de su libertad, cometerian injusticias de todo genero, pecarian en todas maneras, infringirian su ley, sufririan miserias, dolores, enfermedades de toda suerte de penas en el cuerpo. Si lo sabia, como es inconcuso, ha criado, pues, á los hombres con conocimiento de causa, para que abusaran de su libertad, cometieran toda clase de injusticias, etc., etc; y es imposible conciliar semejante creacion con tal prevision y con tan soberana bondad. Luego el mal físico y moral no existen, ó Dios no es infinitamente sábio ni soberanamente bueno, es decir, no es Dios.

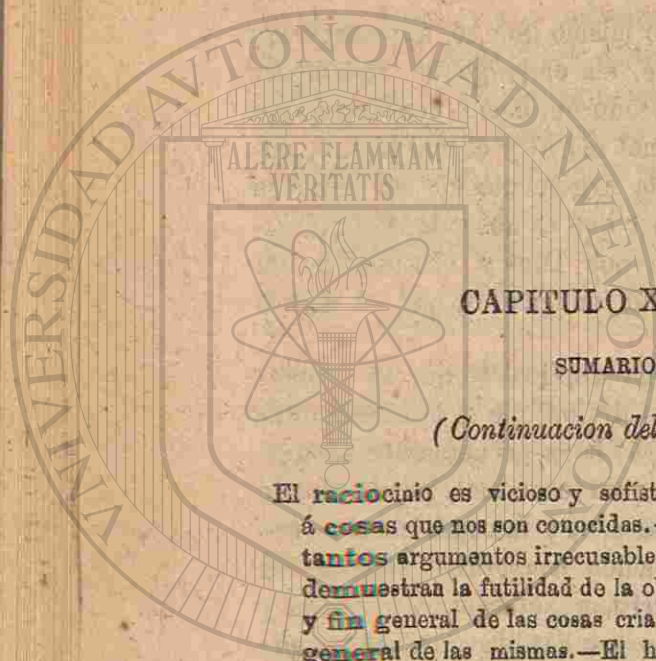
Este raciocinio es igual en el fondo y en la forma al que creen incontrastable los espiritistas. Y sin embargo, estamos ciertos de que no pasarán por ninguna de sus consecuencias, y que se apresurarán á decir que, al deducirlas, se han hecho á un lado las más óbvias nociones de la filosoffa, se ha destrozado la lógica y escarneido el sentido comun. Y estamos tan ciertos de ello, porque lo mismo que admiten la existencia de un Dios infinito en todo genero de perfec-

ciones, admiten la existencia del mal sobre la tierra.

Ahora bien; esto mismo que se apresurarian á responder los que, sin embargo de reconocer que Dios existe, reconocen, como nosotros, que tambien existe el mal moral y el mal físico, podemos contestar á la argumentacion en que se apoyan para sostener que es absurda la existencia de seres criados por Dios y obstinados en el mal y eternamente condenados, por el abuso de su libertad.

Y no se nos venga replicando que es conciliable con la bondad divina que el hombre obre el mal; pero no que se haga perpetuamente desgraciado por haber obrado el mal, pues siendo el mal esencialmente mal, y la causa de la reprobacion y condenacion *temporales*, segun los partidarios del espiritismo, eternas en opinion y creencia de nosotros los católicos, si el argumento de la presciencia divina tiene la trascendencia que de contrario se supone, igualmente sólido seria en uno y en otro supuesto, una vez que Dios no aborrece el mal, porque sus efectos sean *temporales* ó eternos, *finitos* ó infinitos, sino porque es mal y solo porque es mal.





### CAPITULO XXXV.

#### SUMARIO.

*(Continuacion del anterior)*

El **raciocinio** es vicioso y sofisticado.—Aplicaciones de él á **cosas** que nos son conocidas.—Ellas vienen á ser otros **tantos** argumentos irrecusables y de sentido comun que **demonstran** la futilidad de la objecion.—Fin particular y **fin** general de las cosas criadas y órden particular y general de las mismas.—El hombre preside al primero, y Dios al segundo, sin encontrarse.—Consecuencia.—**Si** los hombres se pierden, es á pesar de Dios que les **imparte** su gracia para que no se pierdan.

**Por** otra parte, no hay relacion necesaria entre el extremo que examinamos de la disyuntiva y la consecuencia que de ella se infiere; no se **comprende** de ninguna manera en la **incon-**testable verdad del antecedente la pretendida

verdad del corolario; el raciocinio es vicioso y sofisticado.

Lo que anteriormente nos ocupamos en demostrar, y demostramos, á nuestro entender, con poderosas razones, acerca de que el conocimiento de que precisamente tendrá lugar tal ó cual acto, no significa ni puede significar que el mismo acto se realizará de una manera fatal y necesaria, pone de manifiesto que aquella relacion no existe, y que, no existiendo, la consecuencia no se comprende en las premisas que la sirven de base.

El modo de hacer resaltar la exactitud ó inexactitud de una argumentacion cualquiera, cuando se presenta tan absoluta y general, como la argumentacion que impugnamos, es aplicarla á cosas que nos son conocidas, y por decirlo así, familiares. Haciendo esta evolucion, la luz oculta, si la hay, se ostenta con toda claridad, hiere profundamente el entendimiento y lo impresiona hasta el grado de la más invencible persuacion, palpándose las tinieblas, si la luz es solamente de artificio. Así, el sentido comun con ese infalible golpe de vista que le es propio, palpa y hace palpar la verdad ó la falsedad de cuanto se propone á la decision de su criterio.



Apliquemos, pues, semejante raciocinio á lo que comunmente pasa con los seres inteligentes que conocemos, sin más que conocernos á nosotros mismos. El hombre sabe muy bien que la casa que edifica con tantos afanes, tarde ó temprano será derruida; porque sabe, aunque no sea más que por una larga experiencia, que las obras humanas no son permanentes; que el tiempo y la naturaleza de cosuno marcarán el hasta aquí á su siempre limitada duracion. ¿Podia, por esto, asegurarse con seriedad, que el hombre edifica la casa con el fin de que la destruyan? El relojero, que no ignora, que la máquina de bronce que construye para la medida del tiempo, apenas le sobrevivirá, se toma tanto trabajo, sin otra mira que la de que pronto sea desordenada por una mano imperita ó deshecha por otra mano salvaje?

¿Rafael creó su *Transfiguracion*, Murillo arrebató á los cielos el verdadero retrato de María, y Miguel Angel esculpió su génio en los magestuosos muros de la Basílica de San Pedro, con el objeto único de que sirviesen de alimento á la voracidad de los siglos?

¿Homero compuso su *Iliada*, Dante su *Divina Comedia* y Milton su *Paraiso perdido*, para que la polilla de las bibliotecas la fuesen taládran-

do poco á poco, ó para que un incendio las redujese repentinamente á cenizas y las borrara hasta de la memoria de los hombres?

Nosotros, que diariamente llenamos esta hoja de papel, y vosotros que escribís sin tregua ni descanso en defensa del espiritismo, ¿nos fatigamos de tal suerte con el fin solo de prestar á los tenderos material más barato y económico para que envuelvan sus especias?

Y sin embargo, todos aquellos grandes hombres, y nosotros, aunque pequeños, semejantes á ellos, sabian y sabemos, qué es lo que sucede con todo lo que no es obra de Dios.

Entre estas mismas obras, observad que el árbol nace, crece, fructifica y muere; y con todo, Dios no hizo el árbol únicamente para que pereciese. La flor de los campos revienta, regala con sus aromas en la mañana, y en la tarde tuerce el cuello y se marchita; y no obstante, no para que se marchitase fué dotada por el Criador de tan espléndida belleza.

El hombre mismo, la hechura clásica, la obra maestra del gran geómetra, el rey del universo mundo, y el ciudadano de la eterna patria, no tiene mayor vida que la de la flor, gala de los campos; que la del árbol, corona de magestad y de hermosura de las montañas; y á pesar de



todo esto, no hay oído humano en cuyo tímpano no resuene pavorosa esta sentencia: *es un hecho indefectible que el hombre ha de morir una vez* (1); sentencia que se comprueba y se confirma todos los años, todos los meses, todos los días, todas las horas y todos los instantes, porque no hay punto de tiempo en que la muerte cese de cortar un hilo de los millares de millares que forman la gran tela de la humanidad. Y ¡el hombre, hablamos del hombre natural, de ese compuesto de espíritu y de materia, no de ese hombre fantasma, aborto de la imaginación calenturienta de los espiritistas, habría sido formado de aquellos dos elementos, tan solo para que pasase por la tierra? ¿Podría siquiera suponerse tal creación, cuando seres que le son inferiores en naturaleza, permanecen invariables é incorruptibles, siglos de siglos? Levantad los ojos á los cielos, y ante las legiones de resplandecientes astros que brillan desde el principio del mismo modo que brillan ahora, no osareis sostener seriamente hipótesis tan extravagante y absurda.

(1) *Statutum est hominem semel mori. Pensamiento que está en la conciencia de la humanidad y que es un golpe de gracia contra el espiritismo, pues destruye la base de las reencarnaciones.*

No; no es la destrucción el fin del árbol, de la flor, ni mucho ménos del ser, para cuyo servicio y recreo fueron hechos el árbol y la flor y todas las otras criaturas que llenan el orbe. El Hacedor Supremo no pudo proponerse fin tan mezquino.

Los que opinen así, niegan á la primera inteligencia la sabiduría infinita; son verdaderos ateos, puesto que el Dios que reconocen no puede ser Dios.

El fin de las cosas no puede estar nunca en aquello que las aniquila. Si el árbol y la flor y el hombre se convierten en polvo, su fin, ciertamente, no es esa pasajera conversión. El fin es más alto, por más que muchas veces no podamos con nuestras pobres inteligencias señalarlo y determinar lo tal cuál es.

El verdadero filósofo debe levantar sus miradas, si no quiere enredarse en un laberinto de contradicciones y de abismos, si desea asir una orla del manto de la verdad. Como en cada una de las cosas criadas hay un fin particular, y en todas las cosas criadas un fin general, así hay también en el universo un orden particular y un orden general: el primero, sometido en cierto modo á la criatura que, ú obedece á una ley necesaria de su naturaleza, que va siempre con



ella, ó sigue los impulsos de su libertad; y el segundo, sometido á la Inteligencia Suprema que conoce todas las causas, y á la Voluntad Absoluta que las ordena todas y las hace converger, sin violentarlas, á la unidad, que es El mismo, y solo El mismo.

Sí; Dios sabe desde toda eternidad, que los hombres que han de ser reprobados, se perderán á sí mismos: pero no los crió para que se perdiesen, ni para reprobarlos. Ellos se pierden, á pesar de Dios, que les imprime su gracia para que no se pierdan; y son reprobados por El, á pesar de que quisiera salvarlos. Expliquémonos y veremos con esto solo deshecha la tremenda objecion, que ya con lo dicho se encuen- tra desbaratada.

## CAPITULO XXXVI.

### SUMARIO.

La condenacion del hombre á pesar de Dios que lo quiere salvar, no arguye crueldad ni falta de poder en Dios, ni pequeñez, sino por el contrario, grandeza en el hombre.—Esse, criado libre, fué abandonado *en manos de su propio consejo*.—En la libertad estriba la grandeza del hombre; ella es el pedestal de su dignidad y de su gloria.—La justicia es una balanza.—Si uno de sus platillos puede levantarse hasta los cielos, el otro puede descender á los abismos.—No hay razon por qué Dios no hubiese dado al hombre la libertad, siendo esta en sí misma buena.—No debía haberle dotado de una libertad infinitamente perfecta como la suya.—Dios no hace dioses.—La facultad de hacer lo malo y lo absurdo no es poder, sino falta de poder.—No hay razon por qué Dios se hubiera abstenido de criar al hombre solo porque preveía que abusaría de la libertad.

En efecto, se pierden, á pesar de Dios que les imparte su gracia, y son reprobados por El, á pesar de que quisiera salvarlos. Y esto, sin que se pueda acusar á Dios de cruel y sin que sea



ménos infinita, permítase ne la frase, su omnipotencia. Y esto, sin que el hombre baje de su nivel y se empequeñezca, sino por el contrario, dejando traslucir, en medio de su misma eterna desgracia, que ocupa el primer peldaño en la escala de los séres que forman el conjunto que llamamos universo, y ostentando, hasta en la abyeccion, los timbres de una grandeza que no es conocida de las otras criaturas que están bajo de su dominio.

El hombre se pierde y se solva eternamente, si lo quiere; Dios le ha dejado en manos de su propio consejo (1): es árbitro de su destino y señor absoluto de sus acciones; nada en el mundo es capaz de obligarle por la violencia á este ó aquel acto; sé encara temerario al mismo Dios, como Luzbel, y como Atila se torna en azote suyo. Si no puede hacer todo lo que quiere, puede querer todo lo que hace y deja de hacer, y queriendo, cumple su voluntad.

En esta temerosa facultad estriba su grandeza y se asienta el pedestal de su dignidad y de su gloria. Por ella, más que por otra cualquiera, aparece ser la imágen y semejanza del que le criara á imágen y semejanza suya. Sin ella,

(1) Ecles. XV. 14. Reliquit eum in manu consilio sui.

lo más grande, lo más excelente en él, seria el instinto, vendria á ser como las bestias, y no su dominador. Sin ella, no podria aspirar á nada excelso, á nada superior, á nada que estuviera fuera de los límites del universo. La cadena de oro que une á éste con el cielo, se fundiria, si es que hubiera sido forjada; el puente de diamante suspendido entre el escollo por donde hace su penosa peregrinacion, y aquel océano de felicidad en que quiere engolfarse con una voluntad que nada quebranta, vendria á tierra, si es que hubiera sido colocado sobre tan prolongados abismos.

El hombre se pierde porque es libre; porque es libre se salva. La felicidad suprema y la eterna desgracia solo existen para los séres libres. No hay para el hombre premios, si no hay castigos; no hay premios eternos, si no hay castigos perdurables. La justicia es una balanza, cuyos platillos suben cuanto bajan. Querer que subiera el uno sin que el otro bajara, es pretender un imposible. Si, pues, colocado en uno de ellos un hombre á quien elevan sus virtudes, puede levantarse hasta las inconmensurables alturas de los cielos, tambien podrá descender á las profundidades de los infiernos el hombre á quien abantan sus vicios.



¿Queriais que Dios no le hubiera dotado de libertad? Ruines, entónces que sois, pues desertaís de la humanidad, y vais á demandar un puesto en una piara de cerdos, en un rebaño de carneros, ó en una bandada de buitres.

Y ¿por qué Dios no le habria dado la libertad? ¿Es acaso esta un mal esencial? ¿No es, por el contrario, un bien, una perfeccion? O ¿queriais que le hubiera dado una libertad de que no hubiera podido abusar? Y ¿medís siquiera el alcance de vuestras palabras? ¿calculais hasta qué punto llevais vuestras pretenciones? Si en algo de ello os ocupárais, os abstendriais aun de imaginarlo, al ménos para no dar al mundo vosotros mismo testimonio de vuestra necesidad y de vuestra ceguera. ¿Sabeis qué cosa es la libertad puesta al abrigo de todo abuso? Es una libertad perfectísima, infinitamente perfecta, que supone una inteligencia perfectísima, tambien infinitamente perfecta: que supone todavía más, un ser perfectísimo, infinitamente perfecto.

¿Podia Dios dar á sus criaturas semejante libertad? Responded; no es un misterio lo que quiero que me expliquies; es una verdad de aquellas que van con nosotros á donde quiera que vayamos; que vemos, aun cuando hayamos tenido la desgracia de cegar y aun cuando hu-

yamos de ella los ojos que temen lastimarse con su luz.

Dios no podia dar esa libertad á ninguna criatura, con todo y su omnipotencia sin límites. Dios no puede hacer dioses; y esto precisamente es lo que pretendéis. Criar hombres con una libertad de que no pudieran abusar, es criar hombres con una libertad infinitamente perfecta, con una inteligencia infinitamente perfecta, con un ser infinitamente perfecto. ¿Y qué cosa es un ser infinitamente perfecto? No es otra cosa mas que un dios. Y Dios es uno ó no es: ó existe por sí mismo ó no existe.

Al afirmar esto, no negamos, sino que reconocemos la omnipotencia infinita de Dios. Poder hacer lo malo, poder hacer lo absurdo, no es ni filosófica ni moralmente poder, sino defecto y falta de poder. Dios no puede hacer lo malo, Dios no puede hacer lo absurdo, pero no por eso deja de ser omnipotente; por el contrario, podria decirse que es más omnipotente, porque no puede hacer lo absurdo ni lo malo, si en lo infinito cupiera graduacion. No puede engañar; no puede faltar á la verdad; no puede hacer que una cosa sea y no sea al mismo tiempo; que lo que ha existido no haya existido. No puede hacer lo malo, porque el mal es una imperfeccion. No



puede hacer lo absurdo, porque lo absurdo es la nada, es decir, la negacion de todo ser y de toda perfeccion. Y Dios es el sumo bien, la plenitud del ser y la perfeccion suprema. Estos límites de la omnipotencia infinita son negativos; y por lo mismo son nada y nada pueden limitar. Si pudieran considerarse como verdaderos límites, no seria omnipotente Dios, sino bajo la base de que fuera posible que dejara de ser omnipotente; lo que, si bien se pueda escribir por cualquiera mano que haya sido adiestrada en las escuelas, no se puede imaginar por ninguna inteligencia, por roma y salvaje que se la suponga.

No debió criarlo, insistís en decir, si sabia que abusaria de su albedrío (1). Esto sí que es poner verdaderos límites a la omnipotencia de Dios, encadenar su voluntad y pretender que el torrente de su fecundidad creadora se estanque, por decirlo así, en el hueco de una mano, y no lleve las expansiones de la vida en su curso por los espacios infinitos. ¡No debió criarlo, si sabia que abusaria de su libertad! Reflexiónese sobre lo que se dice: estúdiense concienzudamente las razones á cuyo peso se huyen marcosamente las espaldas, ántes de entregarse á

(1) "Ilustracion espirita," núm. 30, año IV, Mayo 1.º da 1872.

los trasportes de hilaridad de un triunfo, en qué no se cree, pero del que se hace alarde, con el fin de ocultar la impotencia en que se está de triunfar en buena lid (1).

(2) Llama la atención que los redactores de la "Ilustracion," que esquivan los argumentos más contendentes contra su sistema, se empeñan, siempre que no pueden salir de la estrechez en que los ponen nuestras razones, en repetir que *contestemos categóricamente, que dejemos las evasivas*. El ardid es bien conocido. Declamando de esta suerte, no es remoto que algunos incautos crean que sus objeciones son irresolubles; pero ellos no quedarán satisfechos en su conciencia, de que dicen la verdad. Hemos cuidado, al tratar de la presciencia divina, de dar al argumento que en ella se funda, más fuerza que la que de contrario se le ha dado; no hemos huido el cuerpo á ella. No marecemos que se nos eche en cara semejante reproche. Habiamos dicho el domingo que el argumento que examinamos todavía y sobre el cual vuelve la "Ilustracion" desentendiéndose de lo que le reduce á ceniza, era de aquellos que por lo mismo que probaban mucho nada probaban; y retorcimos el raciocinio contrario así: Dios sabia que el hombre haria el mal, luego no debió criarlo. Los espiritistas reconocen la verdad del antecedente, pues no niegan la existencia del mal moral, ni la presciencia divina. Luego en concepto suyo, Dios crió al hombre, de quien sabia haria el mal, con injusticia. Y como esto es absurdo, igualmente absurdo es inferir que Dios fué injusto en criar al hombre, del hecho de saber que se perderia. Ni una palabra se dice, siquiera por cortesia, sobre este argumento. Se pasa sobre él como sobre brasas. ¡Paciencial



Supuesto que Dios resolvió criar al hombre con el libre albedrío, y así lo crió; que no podía darle la libertad sin la posibilidad de que abusara de ella, y que la libertad es en sí misma una perfeccion, un bien, no vemos por qué Dios se habria abstenido de criarle, solo por saber que él, el hombre, se perderia abusando de su libertad, alzándose sacrílego contra el que lo sacaba tan bondadosamente de la nada.

¿Se quiere que Dios no haga lo bueno, porque sabe que el hombre abusará de ello? ¿A dónde iriamos á parar? El hombre abusa de todo durante su vida. Luego nada de lo que vemos debió haber sido criado.

## CAPITULO XXXVII.

### SUMARIO.

(Continuacion del anterior)

El abuso que el hombre hiciera de su existencia y de su libertad no tiene relacion necesaria con el hecho de la existencia, ni con el don de la libertad.—Qué seria forzoso suponer como cierto, si lo fuera la objecion que nos ocupa.—Criando Dios al hombre, como le crió, no se le puede atribuir injusticia.—La justicia en Dios.—No existe en Dios la justicia llamada *commutativa*.—Solamente existe en El la *distributiva*.—En este sentido, no puede decirse sin contradiccion que al criar al hombre, constituido en la posibilidad de abusar de la libertad, fué justo ni injusto.—Tarea necia de juzgar del Criador como se juzga de la criatura.—Otra demostracion.—En Dios no hay pasado ni porvenir; todo es presente.—La criacion del hombre, el acto de ver que abusaba de su libertad y el abuso mismo no son en Dios sucesivos, sino simultáneos.—Consecuencia de esta manera de considerar las cosas.—Incomprensibilidad de la eternidad para la razon humana.—Imágen de la eternidad en nosotros.—Altísimo pensamiento de S. Agustin.

Si criar al hombre, si dotarlo de libertad es un bien en sí mismo, como no puede dejar de



erlo, Dios pudo criarle y dotarle de libertad, sin que ninguno de sus atributos infinitos sufriera injuria ni menoscabo. Y esto independientemente del uso ó abuso que el hombre hiciera de su existencia y de su libertad, lo cual no tiene relacion necesaria con el hecho de la existencia, ni con el don de la libertad.

¿Cómo seria juzgado aquel que, viendo á uno de sus semejantes ahogándose en un caudaloso río y pudiendo salvarle, le dejara perecer, solo porque descubria que era el mayor de sus enemigos, porque recordaba que no habia recibido de él sino males, y veia que infaliblemente pagaria con fiera ingratitud hasta el beneficio que se sentia dispuesto á hacerle? ¿Se le juzgaria injusto porque á pesar de todas esas consideraciones cedia á los generosos impulsos de su noble corazón? ¿Quién seria tan romo de entendimiento que tal juzgase, y de tan pervertido corazón que así sintiese? ¿No seria, por el contrario, enaltecida su condacia y reputado él como un héroe, pues que, seguro de que daba abrigo dentro del pecho á la sierpe que le habia de hincar el diente, no vacila en tenderle los brazos en el más cierto de los peligros?

¿Podria calificarse de injusto y de cruel á quien libertase de las cadenas, al que sabia que

despues le habia de encadenar? ¿Qué juicio quedaba entonces, para el que, léjos de salvar al que se ahoga, le sumerge más en la corriente caudalosa? ¿Qué calificacion convendria al que, en vez de romper las cadenas del cautivo, se las dobla y remacha?

Era indispensable, si el argumento que refutamos fuera recto, ó que Dios no hubiera criado al hombre, ó que no le hubiera hecho libre, ó que le hubiera dotado de una libertad infinita por su perfeccion, ó que no hubiera hecho nada de lo que existe. Pero si Dios no hubiera criado al hombre, porque no hubiera podido criarle, siendo el hombre un sér, y por lo mismo bueno, se argüiria, contra su omnipotencia. Si le hubiera criado sin libertad, le habria criado semejante á los brutos, sin ese sello de grandeza verdadera que le hizo digno del cetro del universo; y entonces los dardos envenenados del orgullo que le cita ante sus tribunas, solo para condenarle, se dirigirian contra su bondad y su sabiduría.

En cuanto á que le criara con una libertad perfectísima en el infinito grado que la suya, vimos ya que Dios no puede hacer absurdos.

Únicamente falta el último supuesto, el de que le hubiera criado tal cual es, es decir, li-



bre, pero con la posibilidad de que abusara de su libertad, pero que de hecho no pudiera abusar, sin hacérsele violencia; lo cual ó es contradictorio ó hace necesario, que existiendo quien pudiera abusar de todo, nada existiese de que pudiera abusar. En esta hipótesis, deberíamos suprimir el universo. Pero entonces preguntaríamos ¿á que vendria á reducirse la omnipotencia divina? ¿No son las maravillas de la criacion las que la pregonan en la tierra y en el firmamento?

Volvamos otra vez á la injusticia que era fuerza atribuir á Dios, si hubiera criado al hombre con el conocimiento ciertísimo é infalible de que abusaria de su libertad y se perderia eternamente.

¿Qué se entiende por justicia? ¿De cual justicia se habla? Es preciso que ántes nos pongamos de acuerdo. Si por justicia se entiende dar á cada uno lo que por derecho perfecto le corresponde, á nadie le puede ocurrir que Dios sea justo ó injusto en este sentido. Ninguna criatura tiene derechos respecto de su criador. En tal caso no seria soberanamente independiente, ni infinitamente soberano. Aquel que está obligado depende en cierto modo de aquel respecto del cual está obligado. Soberano, y

más aún, infinitamente soberano, es aquel que tiene todos los derechos; y no los tendria todos, si tuviera una sola obligacion, pues no tendria el derecho reciproco de esa obligacion, ni el de libertarse de ella. “¿Quién es, exclama, el Vaso de eleccion, el que le dió primero alguna cosa, para que pretenda ser por ello recompensado? (1)”

En Dios no hay, no puede haber la justicia *commutativa* que presupone derechos mútuos entre los seres en quienes aquella se administra.

¿Se habla de la justicia que consiste en una *equitativa distribucion de los bienes y de los males* (2), y que es para el soberano, la regla, conforme á la cual dá á cada uno sus méritos, y que por esto se llama distributiva? Esta justicia, si reside en Dios, es uno de sus atributos más sublimes y augustos. Empero esta justicia respecto de las criaturas, se ejerce conforme al sér que graciosamente recibieron al ser criadas de la manera que lo fueron, y se confunde con la soberana voluntad de Dios que quiere el cumplimiento de los designios de su sabiduría y la

(1) S. Pablo, Rom. XI. 35.

(2) Santo Tomás. *Summa, Teológica*. Pág. 1<sup>a</sup>, q. XXI, art 1<sup>o</sup>.



manifestacion de la munificencia de su bondad en las cosas. Semejante justicia comienza á resplandecer, permítasenos la frase, cuando las cosas han recibido la existencia, se manifiesta despues y no ántes de la criacion. Distribuir equitativamente los bienes y los males conforme al mérito de cada sér, supone ya el sér, pues toda distribucion es un acto que se refiere al sér como su objeto. Luego Dios al criar al hombre y todas las cosas, no tuvo que tomar ni pudo tomar consejo de su justicia. Por lo mismo, no puede afirmarse, sin contradiccion en los términos, que al criarlos fuera justo ó injusto. La criacion es obra de la sabiduría, de la bondad y sobre todo, de la omnipotencia divina, pero nunca de la justicia que sigue al sér en sus designios y operaciones.

Tarea necia es juzgar del criador como se juzga de la criatura, y medir á Dios con la misma vara que á los hombres. Basta reflexionar en qué consiste la justicia divina, como lo hemos hecho, para convencerse de la futilidad del argumento que se cree irresoluble.

Por último, coronemos esta demostracion con otro género de razones de que se hace mofa, pero que no por eso dejan de ser razones sin réplica. Para Dios no hay pasado ni porvenir,

porque no hay sucesion; todo para El es presente. Su inteligencia es como un espejo infinito en que á la vez se están reflejando las cosas que nosotros no hemos visto, pero que vieron las generaciones de sesenta siglos, y las que no hemos visto, pero que verán las generaciones que vendrán despues de nosotros hasta la consumacion de los tiempos. En seres finitos no cabe la idea de la eternidad, pero cabe su copia. Así, en un espejo no cabe la bóveda estrellada, pero cabe su imágen. No podemos los hombres ver directamente la eternidad, pero sin ella nada podemos concebir que no sea absurdo.

De suerte que lo que para nosotros pasa en diversos tiempos, es para Dios siempre actual y permanente. No se debe juzgar del Criador, repetimos, como se juzga de la criatura.

Ahora bien, veamos si Dios, al criar al hombre y ver que abusaria de su libertad [y se perderia eternamente, pudo evitarlo con el excelso poder de su omnipotencia. En Dios acontecen á la vez y al mismo tiempo estos tres hechos: el acto de la criacion del hombre libre, el acto por el cual ve que el hombre abusaria de su libertad, y el abuso mismo del hombre. Entre estos tres actos no hay, no puede haber sucesion, porque la eternidad es indivisible. Para



Dios todo es uno, criar al hombre, ver que abusaría de su libertad, y el abuso de esta con todas sus pavorosas consecuencias. ¿Habiéndole criado, pudo dejar de haberle criado? No; y en apoyo de esto tenemos el principio de contradicción; *una cosa no puede ser y dejar de ser al mismo tiempo*. Viendo que el hombre abusaba de su libertad, ¿pudo dejar de haberle criado? No, por idéntica causa.

Si Dios hubiera visto antes de eriarle, que abusaría de la libertad, habría podido no eriarle por esta razón; pero no pudo haberlo visto antes, porque el *antes* y el *después* no existen para El.

Si yo hubiera previsto que al pasar por tal camino sería despojado por malhechores, lo habría evitado no pasando: pero imposible de todo punto me habría sido evitarlo solo con no pasar, cuando pasaba ya, y estaba siendo despojado, porque sería necesario que pasase y que no pasase juntamente. Lo mismo debe decirse de Dios cuando se trata de la realización de un absurdo.

Así ve Dios las cosas y los sucesos todos; y viéndolos así y no pudiendo verlos de otro modo, no se puede argüir contra su omnipotencia, ni increpar su bondad, ni hacer cargos á su jus-

ticia. Pero no comprendéis la eternidad, ni cómo en sus altísimas regiones pasan á la vez cosas que acá vemos que pasan en diferentes tiempos. Tampoco nosotros lo comprendemos y rendimos la cerviz indómita á la vista de profundidades tan misteriosas; así como rendimos el brazo á un peso superior á nuestras fuerzas.

No se comprende por la mente humana la eternidad, pero si se concibe que ella es necesaria: que sin ella de nada de lo que existe puede darse cuenta; que sin ella nada existiría, ni Dios mismo; y este género de demostraciones satisfacen á un espíritu recto, muchas veces más que las demostraciones directas.

Sin embargo, concentrémonos dentro de nosotros mismos, y no nos contemplaremos tan á oscuras. Nos repugna que Dios vea todas las cosas actualmente presentes en cualquiera punto de la eternidad; y no obstante nosotros, cuando vemos algo del pasado y del porvenir, no le vemos ni lo podemos ver sino como presente, en cualquier punto del tiempo en que lo veamos. Así, el génio que se ha levantado á mayor altura en las regiones de lo invisible (1) ha podido decir: que el pasado para el hombre no es

(1) San Agustín. Confesiones.



más que la memoria actual de las cosas pasadas, y el porvenir la expectativa también actual de las futuras. De suerte que las cosas pasadas, presentes al alma, constituyen el pasado: las cosas futuras, presentes al alma, constituyen el porvenir: y las cosas presentes, presentes al alma constituyen el presente.

Así que cuando entendemos y raciocinamos, entendemos y raciocinamos sobre cosas actualmente presentes; y no podríamos entender nada ni raciocinar sobre nada sin la presencia actual de aquello de que entendemos y sobre lo que raciocinamos, pertenezca al presente, al pasado ó al porvenir. Si esto pasa en el hombre, ser limitado y finito, ¿cómo no ha de pasar de un modo más real en Dios, sér infinito, que todo lo reduce á la unidad?

### CAPITULO XXXVIII.

#### SUMARIO.

Se refuta la objecion contra la existencia de los demonios fundada en la negacion gratuita de las penas eternas.—Anhelos de los malos por borrar de sus conciencias la eternidad de las penas.—Palabras de Job.—Aquel anhelo es un testimonio de su verdad.—Creencia constante de la humanidad en la existencia del infierno.—Teseo en su asiento de dolor, Prometeo adherido á la roca inmortal, Dido frente á frente del abismo de horror y de tinieblas sin fin, Eneas interpellando á las sombras del Aqueronte, etc; justifican aquella creencia.—La verdad de las penas eternas es una consecuencia necesaria, por una parte de la santidad y bondad de Dios, y por otra de la libertad humana.—Falta de proporcion entre la falta y el castigo.—Inconsecuencia.—Si no repugna un premio infinito, tampoco debe repugnar una pena infinita.—

En seguida de esta objecion viene la que se funda en la negacion arbitraria de la eternidad de las penas, siendo de consecuencia, á ser ra-



zonable la negacion, que si no hay penas eternas, no puede haber seres eternamente desgraciados.

No es nuevo este anhelo de algunos miembros enfermos de la humanidad, por borrar de sus conciencias una verdad que los mantiene en continua alarma y sobresalto, y por trasformar en un fantasma vano lo que les aflige y atormenta, como que es la más espantosa realidad. Juzgan, decia Job, que el abismo tendrá su vejez: *existimabit abyssum quasi senescentem* (1). "Es fuerza, escribia Lucrecio, arrancar á toda costa este temor, [el de las penas eternas] del corazon de los hombres y desterrarle para siempre del mundo, porque turba la paz del género humano, y no permite gozar de ninguna seguridad, de ninguna alegría y de ningun placer (2)."

Este es el secreto y verdadero móvil de los que se ponen á luchar contra la irresistible corriente de una verdad, que va con ellos á todas

(1) Job XLI. 23.

(2) *Et metus ille foras praeceps. Acherontis agendas; Funditus humanum qui vitam turbat ab imo, Omnis suffundens mortis nigrore, neque ullam, Esse voluptatem liquidam puramque relinquit.*—De Nat. Lib. 6.º. 1.º. III.

partes. La eternidad de las penas es un dique, y se esfuerzan en romperle, para precipitarse sin inquietud y sin zozobra en el desorden que tan halagüeño le pintan sus pasiones. Es un freno, y procuran hacerle pedazos para no sentir fuerza alguna que los contenga en la florida pendiente de los placeres reprobados, que tan ligera y suave les parece.

Empero, ese mismo empeño que tanto les irrita, y ese mismo temor que tanto les impone, son los mejores testimonios de que es una verdad aquello que tan en alto grado les preocupa. ¿A qué afanarse por aniquilar la nada? ¿Por qué temer tan hondamente una quimera? Se llaman enemigos del infierno, y son en realidad sus involuntarios propugnadores. Sus desesperados ataques son la apología más brillante del temeroso dogma.

¡Improba tarea la que ponen á cargo de sus hombros!

No es pequeña la de pretender ser superior á la humanidad, puesto que la humanidad ha creído constantemente en el infierno. La historia y la mitología siempre la presentan creyente en este punto.

Los filósofos y los poetas, los historiadores y los oradores de la antigüedad, lo mismo que los



de los modernos tiempos, han venido siendo, de generacion en generacion, los ecos fieles de esa voz universal, por más que su sonido les fuese á pero é ingrato.

El infeliz Teseo, sobre su eterno asiento de dolor, Prometeo, adherido á la roca inmortal y ofreciendo siempre al furor del buitre de corvo pico el inagotable alimento de sus entrañas; Dido, imaginándose, en su amorosa desesperacion, aquel abismo donde siempre reina el horror, y donde son eternas las tinieblas; Eneas, suplicando á las mudas sombras del Aqueronte que le permitieran dar noticia al mundo de lo que encierra el centro de la tierra, y de la eterna roche que allí domina; Platon y Sócrates, al hablar de aquellos castigos que atormentan y no cesan jamas, estuvieron muy léjos de apartarse de la espantosa realidad que no pudo ser inventada por ellos (1). La situacion miserable de los unos, y las autorizadas voces de los otros, á pesar del grande espacio de tiempo en que se suponen aquellos atormentados, y en que éstos vivieron, se conforman con la situacion desesperada de los malvados que se condenan, segun el cristianismo, y con la infalible voz escrita en el libro de los libros.

(1) Virgilio, Eneida. Lib. 4.º y 6.º Platon. Gorgias.

El *discedite a me maledicti in ignem aeternum*, que salió de los apacibles labios del que se llamó y era manso y humilde de corazon, no es una vana frase traida á propósito solamente para infundir terror en los hombres, por Aquel que, siendo la verdad, no engaña ni puede engañar jamas.

Asustan, y mucho, las penas eternas; todos desean, y con vehemencia, que ellas no existiesen, y sin embargo, á su pesar, tienen que reconocer que no pueden ser una quimera, pues no hay quimeras superiores á la humanidad.

La misma razon, que quisiera verlas aniquiladas, proclama su necesidad, sea cual fuere el aspecto bajo que se proponga considerarlas. Como el rio de la fuente, como el humo del fuego, como la consecuencia de su principio, ve que brotan los eternos tormentos de la inmortalidad del alma y de su libertad, de la existencia de la ley y de la existencia del bien y del mal moral sobre la tierra, de la bondad y de la santidad, de la justicia y de la providencia del Dios que reina en las alturas de los cielos.

Si el hombre es libre, y puede, abusando de su libertad, infringir la ley y hacer el mal, y la infringe y le hace en efecto, digno es de castigo, si persiste en su rebelion, pues Dios, santo y



bueno, no podría nunca abrir de la misma manera los brazos á los buenos que á los malos, ni reconciliarse con la maldad de una obstinada voluntad; justo y providente, debería aplicar una pena que no desdijera de su poder ni de su grandeza, y ejercer su imperio, de un modo en los fieles ciudadanos, y de otro en los súbditos rebeldes. La medida de ese castigo no puede ser aquella con que se miden los tiempos, porque para los que mueren ya no hay tiempo: al dejar los umbrales de la vida, se han despedido de él para siempre: desgraciados ó felices, castigados ó premiados, se encuentran en las regiones de la eternidad, en donde todo es eterno y no puede dejar de ser eterno. Entraron en la eternidad obstinados en su pecado, porque no se arrepintieron de él en tiempo; y en aquel abismo espantoso es otra la ley, pues no puede ser la misma. Para que lo fuera, sería necesario igualar cosas esencialmente diferentes; que lo que pasa se confundiera con lo que permanece; que lo finito no se distinguiera de lo infinito. Para que en la eternidad rigieran las mismas leyes que en el tiempo, en materia de penalidad, sería forzoso que en cada caso que se presentase, el Legislador eterno cambiara la naturaleza de las cosas; y Dios es inmutable y su voluntad

subsiste siempre la misma. Sería necesario, además, que las cambiase, no conforme á su voluntad soberana, sino conforme á la voluntad del hombre, una vez que el cambio de aquella lo haría indispensable la obstinacion de esta. Y entónces, ¿quién era el señor, el criador y la criatura? Los papeles se trocarian, ó tendríamos que admitir un Dios que crió al hombre, esclavo del hombre criado por El.

Fácilmente se acepta, no se disputa ni se pone en duda, por un momento siquiera, la eternidad de los premios con que son recompensados los justos. Los que tal hacen á tiempo que niegan la eternidad de las penas, debían ser lógicos, negando la eternidad de los premios. Unos y otros son obra de la justicia de Dios. Si Dios debe á los buenos una felicidad eterna, debe también á los malos una eterna desgracia. Tanto como le regocija el bien que galardona; le irrita le irrita el mal que castiga. Su regocijo es infinito, su cólera no puede tener otra medida.

La justicia divina, dijimos ántes, es una balanza de brazos iguales, cuyos platillos suben tanto cuanto bajan: querer que subiera el uno sin que el otro bajara, es un imposible. Ahora agregamos que también lo sería pretender que mientras uno de los platillos recorriera la dis-



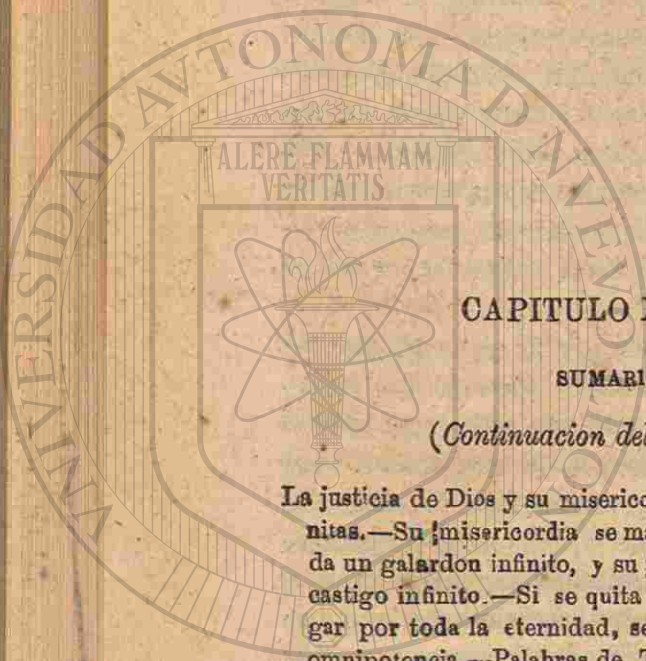
tancia de un metro, por ejemplo, hácia arriba, el otro recorriera una distancia menor hácia abajo.

Una pena infinita para una criatura finita, no es proporcional. ¡Y sí lo es un premio infinito para la misma! ¿En dónde está la razon de la diferencia? Si el sér finita la criatura, le hace incapaz de lo infinito, debe creerse de todo infinito, y no solamente de éste ó de aquel. Si siendo finita vemos que se conforma con ella algo infinito, la incapacidad no es esencial; y entónces lo infinito en general no repugna á su naturaleza, siempre que haya algun sér superior de quien le reciba. El argumento no valdria si se dijera, no hay felicidad eterna para los buenos; tampoco debe valer, si se dice, fundado en la distancia que media entre lo finito y lo infinito, no hay penas eternas para los malos, pues estribando toda la fuerza del racionio en la falta de proporcion y siendo aquella esencial, no existe y puede existir en ningun caso. Porque si la suprema y perdarable felicidad con que será galardonada la criatura, es una verdad sin réplica, entónces es cierto que puede haber proporcion entre las obras buenas y el premio que se las espera; y por lo mismo entre lo finito y lo infinito, siendo finitas las obras é infai-

to el premio. Así que, cuando, para afirmar que las eternas penas son absurdas, se ocurre á falta de proporcion entro lo finito y lo infinito, se parte de un principio que está léjos de serlo, puesto que se reconoce la verdad de su contrario. Semejante racionio seria fortísimo para los que negasen juntamente con la eternidad del castigo la eternidad del galardón, pero sin firmeza alguna para los que admiten ésta y rechazan aquella.

Fijese la atencion en que no se niega que haya alguna pena, y terrible, para los que hagan el mal, sino simplemente que esta pena pueda ser eterna. La cualidad, no la cosa misma es lo que repugna. La diferente manera de discurrir respecto de un extremo y del otro, no estriba en qué se trate en el primero de penas y en el segundo de premios, sino precisamente en aquello que les es comun. Siéndoles comun la eternidad, existe para ambos ó para ninguno. Esto es rigurosamente lógico; todo lo demás es contradecirse en los términos, decir *sí* y *no* con relacion á cosas que en lo que tienen de comun se confunden.





### CAPITULO XXXIX.

#### SUMARIO.

(Continuacion de la anterior.)

La justicia de Dios y su misericordia son igualmente infinitas.—Su misericordia se manifiesta infinita, cuando da un galardón infinito, y su justicia, cuando aplica un castigo infinito.—Si se quita á Dios el poder de castigar por toda la eternidad, se le quita la mitad de su omnipotencia.—Palabras de Tertuliano.—Dios ama el bien con un amor infinito, y aborrece el mal con un odio infinito.—Aquel amor se manifiesta en la felicidad sin límites con que galardona á los que obran el bien, y este odio en las penas eternas con que se castiga al pecador.—Objecion, Dios aborrece el pecado, pero no á quien le comete.—Se resuelve.

La justicia de Dios, por otra parte, así como su misericordia y demás atributos son infinitos; y este carácter se manifiesta en ellos, principal-

mente cuando la Divinidad gobierna al mundo moral y á las criaturas racionales.

Si su misericordia es soberanamente infinita, cuando perdona, su justicia debe ser también soberanamente infinita, cuando castiga. Si su misericordia perdonara infinitamente á los que se arrepienten, y su justicia solo pudiera castigar finitamente á los obstinados en su rebelion, su misericordia seria infinita; pero no seria infinita su justicia, Ahora bien, lo único que haria infinito el castigo é infinita la justicia que le impone, seria la eternidad de ese mismo castigo; así como lo que hace infinito el perdón é infinita la misericordia que le otorga, es la duración sin fin de los premios con que son recompensados los justos.

Suprimir la eternidad de las penas seria quitar lo infinito á la justicia de Dios; seria lo mismo que reconocer que hay algo en Dios que sea finito, y por lo mismo que no es Dios.

El terrible Tertuliano, ese poderoso martillo en quien jamás hizo mella el yunque de la herejía, esa personificación altísima y gloriosa de la razón humana, al encargarse de refutar este error que en su tiempo no faltaba quienes pro-pagaran, dice con aquella elocuencia y vigor propios solamente de él: "Dios no es omnipo-



tente sino porque puede hacernos tanto mal como bien. Quitarle el poder de castigarnos, dejándole solo el de recompensarnos, es quitarle la mitad de su omnipotencia, la mitad de su mismo sér. Yo no podria esperar de Dios un bien infinito, si no tuviese que temer de su parte ningun mal infinito. Yo no podria fijar tranquilamente mi vista en las recompensas que El prepara á la virtud, si no tuviese que temer las penas que reserva al crimen. Yo me veria obligado á dudar que un Dios que no podia castigarme eternamente, pudiese recompensarme eternamente. La plenitud de su divinidad está tan ligada á su justicia, que ya no puedo mirarle como mi Dios, si El no puede presentarse á mi á un mismo tiempo como padre y como Señor; como Padre por su clemencia, y como Señor por su disciplina; como Padre, por su poder acariciador, y como Señor, por la severidad de su justicia; como Padre, á quien yo pueda amar piadosamente, y como Señor, á quien yo deba necesariamente temer. Finalmente, yo tengo necesidad de un Dios á quien pueda amar porque él *prefiera la misericordia al sacrificio*, y á quien deba temer, porque no sufra el pecado; á quien pueda amar, porque *quiera la penitencia y no la muerte del pecador*, y á quien deba te-

mer, porque rechaza al pecador obstinado. Por esta razon la Escritura Sagrada, insistiendo sobre estas dos cosas, me dice: *Ama á tu Dios, y teme á tu Dios*. Palabras sublimes, que se dirigen, las unas al hombre que obedece á su Dios, y las otras al que menosprecia su ley y le ultraja (1)."

¡Qué razonamiento! ¡qué lógica! Oponed á ese inexpugnable razonamiento, ya que no algo que le iguale, algo que se le parezca; contrastad esa lógica con una lógica en que el enlace de las ideas sea más íntimo y la consecuencia de los

(1) Sit denique omnipotens, quia et juvandi et laedendi potens. Minus est tantummodo prodesse, quia non aliud quid possit quam prodesse. De ejusmodi qua fiducia bonum sperem, si hoc solum potest? Quomodo innocentiae mercedem secter, si non et nocentiae spectem? Diffidam necesse est ne in alteram partem remunerator, qui utrumque non valuit. Usque adeo justitia etiam plenitudo est divinitatis ipsius, exhibens Deum perfectum, et Patrem et Dominum: Patrem clementia, Dominum disciplina; Patrem potestante blanda, Dominum severa; Patrem diligendum pie, Dominum timendum necessarie. Diligendum quia, *malit misericordiam quam sacrificium*, et timendum quia *nolit peccatum*. Diligendum quia *malit poenitentiam peccatoris quam mortem*, et timendum quia *nolit peccatores sui jam non poenitentes*. Ideo lex utrumque definit: "Diliges Deum, et Timebis Deum." Aliud obsecutori proposuit, aliud et orbitatori, (*Contr. Marcion.*)



principios más necesaria. No veais en el apolo-  
gista africano al teólogo, sino al filósofo; si la  
estola que lleva os hace reír, os hará reflexio-  
nar el manto con que se cubre. Si llegó á ser  
ornamento de la Iglesia, primero fué gloria de  
la Academia.

Continuemos. ¿Dios ama el bien? Sí: ¿Cómo?  
Con un amor infinito. ¿Dios aborrece el mal?  
Sí. ¿Cómo? con un ódio infinito. Porque el bien  
es digno de ser infinitamente amado, y el mal  
merece ser infinitamente aborrecido. El amor  
infinito al bien, con relacion á la criatura, se  
manifiesta en la felicidad sin límites de tiempo  
ni de espacio con se le galardona; y el ódio in-  
finito al mal, en las perdurables penas con que  
se le castiga.

Dios, es infinitamente perfecto, debe unirse  
y permanecer eternamente unido con el bien;  
infinitamente bueno y santo, debe separarse y  
estar eternamente separado del mal. Aquella  
union continua y sempiterna constituyen la su-  
ma felicidad, la felicidad absoluta, el galardón  
último. Esta separación, cuyas distancias no se  
estrecharán jamás, en saliendo de la tierra á  
las regiones en donde no se conoce el movi-  
miento, constituyen la suprema desgracia, la des-  
gracia sin medida y sin término, el final castigo.

Pero el mal no es el hombre malo; y si es cier-  
to que Dios aborrece el pecado, no puede abor-  
recer al pecador, cuya conversión quiere, cuya  
muerte le contrista. Esto se objeta; y nosotros  
respondemos. Separad el mal del hombre malo  
que muere obstinado; separad el pecado del pe-  
cador impenitente. ¿Lo podeis? No. Pues entón-  
ces digno es de ódio y de pena el hombre que  
hace el mal y se obstina, que peca y no se ar-  
repiente; porque, haciendo el mal, obstinándo-  
se y no arrepintiéndose nunca, siempre es acre-  
edor á la pena.

Así el hombre que obra el bien y persevera,  
gana el amor infinito de Dios, y le gana para  
siempre; porque obrando el bien se identifica  
con el bien, y perseverando en él, nunca dejará  
de merecer el galardón.

No sería posible que Dios aborreciera al ma-  
lo hasta cierto tiempo, mientras que trascurrie-  
sen algunos siglos, por grande que fuera su ci-  
fra, al cabo de esas *largas eternidades* que aca-  
ban y de que hablan los espiritistas: y que des-  
pués, el aborrecimiento se convirtiese en amor,  
pues si así fuera, siempre resultaría que Dios  
era voluble y mudable; la razón eterna no pre-  
sidiría á los misteriosos movimientos de su vo-  
luntad. ¿Por qué habia de aborrecer hasta cier-



to punto el mal, y amarle despues de llegar á ese punto? ¡Por capricho? No le llameis Dios, ¡Por compasion? No la tuvo, no pudo tenerla desde el principio; no la tendrá, no la podrá tener despues.

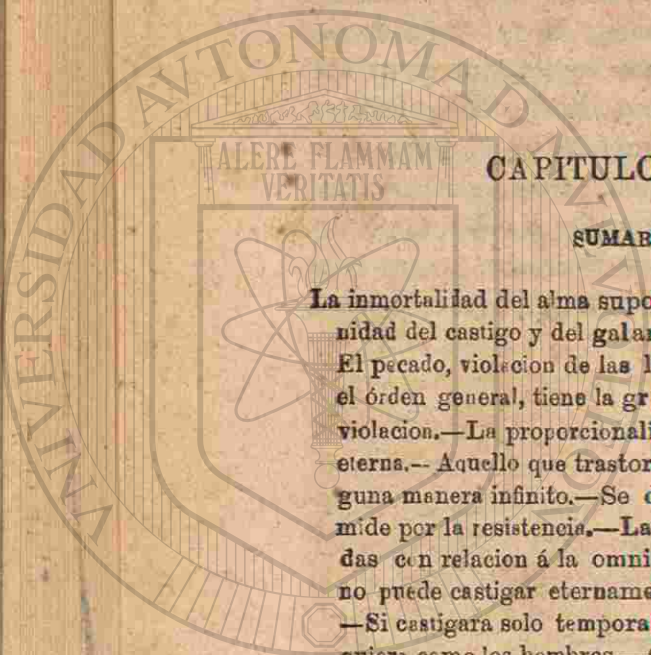
Supóngase que la compasion pudiera tener lugar sin que ese cambio arguyera nada contra su inmutabilidad. La compasion seria razon para que dejase de castigarle, pero nunca para que le premiase, haciendole partícipe de los gozes de su reino.

No podia ser, en efecto, que Dios, al cabo del trascurso de algunos siglos, pusiese al malo juntamente con el bueno, á la virtud al lado del vicio. ¡Catilina gozando lo mismo que Cincinato! ¡Camila, flor de Castidad, á la par que Celopatra, mónstruo de lujuria! ¡Troppman al lado de San Vicente de Paul! ¡Santa Teresa de Jesus junto de la reina *Doncella*! ¡Marco Anrelio cerca de Nerón! ¡Luis XVI y Jacobo de Inglaterra frente á frente de Robespierre y de Cronwell! ¡Los traidores y los patriotas confundidos! ¡Coronados con una misma corona, los tiranos y sus víctimas! ¿Seria esto justicia? ¿Seria Dios quien la ejerciese de ese modo?

¿Qué sucederia entónces con ese sér á quien se dejaba de castigar y á quien no se podia ga-

lardonar? Permaneceria indiferente á la felicidad y á la desgracia; esto no seria posible, porque el hombre ama necesariamente la felicidad, y sufre cuando no la posee. Si es dueño de sus acciones, no lo es de sus instintos ni de su naturaleza. ¿Le aniquilaria Dios? No le hubiera criado inmortal; la inmortalidad no seria esencial á la criatura humana. Dios, por otra parte, ne puede criar primero un hombre inmortal, y hacerle mortal despues de criado; porque Dios no puede contradecirse ni hacer aquello que es absurdo.





CAPITULO XXXX.

SUMARIO.

La inmortalidad del alma supone necesariamente la eternidad del castigo y del galardón.— Qué es el pecado.— El pecado, violación de las leyes infinitas que presiden el orden general, tiene la gravedad infinita de aquella violación.— La proporcionalidad exige que la pena sea eterna.— Aquello que trastorna leyes infinitas, es de alguna manera infinito.— Se demuestra.— La potencia se mide por la resistencia.— Las penas eternas consideradas con relación á la omnipotencia Divina.— Si Dios no puede castigar eternamente, su poder es limitado.— Si castigara solo temporalmente, no castigaría ni siquiera como los hombres.— Objeción: es mas propio de Dios perdonar que castigar.— Respuesta de Tertuliano.— Si la pena no fuera eterna, no sería eficaz.— *Lo que no es eterno no es nada.*— La eternidad de las penas está en la conciencia de la humanidad.

A un sér inmortal corresponde un premio y una pena eternos. La inmortalidad en el que se hace digno del galardón y del castigo, necesari-

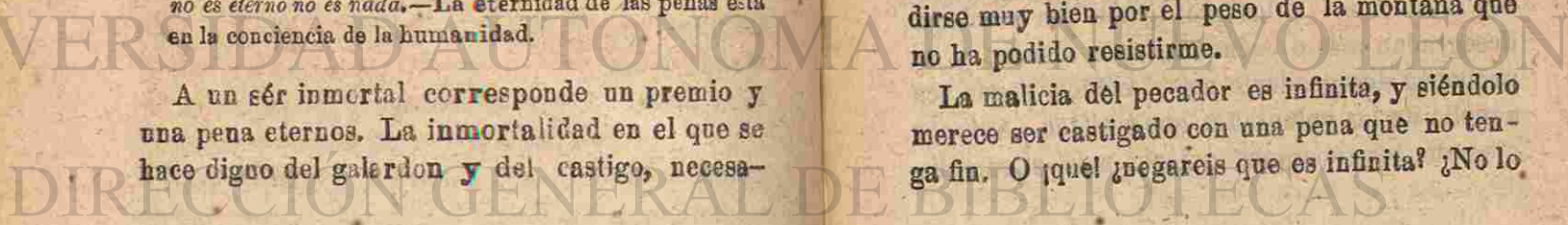
riamente supone la eternidad del castigo y del galardón. Los que niegan, pues, las penas eternas, niegan la inmortalidad del alma.

El pecado, filosóficamente considerado, no es más que una violación de las leyes que rigen el orden general. El hombre pone en perturbación ese orden que Dios quiere y debe querer que se conserve inalterable. Tal orden es infinito, como eslabón que une las partes de la creación, que es como infinita.

El pecado, pues, que no es otra cosa más que la violación de las leyes infinitas que presiden al orden general, participa de la gravedad de aquella violación, y es, como ella, infinito. La proporcionalidad exige que también lo sea la pena. Porque es claro que lo que trastorna leyes infinitas, de alguna manera es infinito. De otra suerte el trastorno sería imposible.

Si yo hago vacilar en sus cimientos una montaña de millones de millones de quintales, es porque en algún modo puedo disponer de una potencia proporcional; y mi esfuerzo podrá medirse muy bien por el peso de la montaña que no ha podido resistirme.

La malicia del pecador es infinita, y siéndolo merece ser castigado con una pena que no tenga fin. O ¿quién negareis que es infinita? ¿No lo





veis pretendiendo contrastar á la voluntad divina, vencéndola en cierto modo? La vence, en efecto, una vez que mientras que Dios quiere que el hombre vaya por esta senda, toma un opuesto camino. ¿Seria justo Dios, si se contentara con castigar tan grande atrevimiento con una pena más ó menos larga, pero siempre inferior á la malicia que habia logrado burlar su voluntad altísima y sin límites?

Nosotros vemos en este punto muy claro; la necesidad de las penas eternas brota de la manera más natural, de esta pavorosa lucha entre el Criador y la criatura. El castigo es proporcionado á la malicia de la voluntad rebelde; y la malicia de la voluntad rebelde se mide por la resistencia que hace á la voluntad que trata de sujetarla. En este principio se funda la conducta que observan los gobiernos que rigen las sociedades, y nadie les ha calificado por ello de injustos y de crueles. Segun los grados de intencion con que se quiere una cosa por parte de quien tiene derecho de mandar, así es y debe ser la sancion. Y los que tienen que obedecer desagradan más ó menos al que manda, y se proponen desagradarle más ó menos, segun sea aquella de las voluntades que resisten. Así, por ejemplo, los soberanos quieren más el cumpli-

miento de las leyes que ven á la moral y á la conservacion de la paz y del órden público, que las relativas á la administracion; y ménos que estas, las tocantes á la policia. De la misma manera, los ciudadanos que infringen estas últimas leyes, ofenden ménos á los gobernantes que los que infringen las de administracion; los que infringen éstas, los ofenden más que los que violan las de la policia, pero ménos que los que quebrantan las tocantes á la moral y á la conservacion de la paz y del órden públicos. Por esto la sancion es diversa en todos esos casos, y es más severa quanto la ley que se infringe es de mayor importancia y se quiso más eficazmente por el legislador. Pues bien; Dios quiere absolutamente y con toda la fuerza de su infinita voluntad, sin que en este querer haya ni más ni ménos, la conservacion del órden general; el hombre que le perturba tiene una voluntad tan grande para perturbarle, como es grande la voluntad que resiste: y por lo mismo, una infinita malicia que le hace digno de una eterna sancion.

Mas claro, el hombre que puede abusar de su libertad, lleva dentro de sí mismo una potencia que, si emplea en el sentido del mal, toma el nombre de malicia. Al poner en accion esta



potencia, tropieza con una resistencia que quiere que use de su libertad y practique el bien. Es evidente que si se rinde á esta resistencia, que no es otra cosa más que la voluntad de Dios no hará el mal, y que para hacerlo necesita poder vencer esa resistencia. Y como es indudable que el hombre, poniendo en juego su potencia, hace el mal, *es porque ha tenido poder para vencer y ha vencido de facto la resistencia que se le oponía* (1). No solamente en física, sino tambien en moral, es un principio de eterna verdad el de que la potencia se mide por la resistencia. Aplicándole, pues, al presente caso, resulta que la potencia del hombre, al hacer el mal, ó su malicia, debe medirse por la resistencia que tiene que vencer y que vence. Y como esta resistencia es infinita, porque es la voluntad de Dios, que absolutamente quiere que practique el bien,

(1) Usamos de las palabras *potencia* y *resistencia*, por la semejanza de ellas en el orden físico y moral, y para dar á nuestro raciocinio una mayor claridad. Por lo demás, la inteligencia de la frase subrayada no debe alarmar, pues el hombre que hace el mal, hace su voluntad, con menosprecio de la voluntad divina, que quiere que haga el bien; y en este sentido, el hombre tiene poder para vencer, y en cierta manera vence á Dios, haciendo lo que es contrario á su voluntad altísima.

la potencia del hombre ó su malicia lo es tambien; y siéndolo su malicia, debe serlo el castigo.

No comprendemos qué podrá oponerse en razon á este argumento sin réplica, y de cuya exactitud nos responde la filosofía, de un lado, y de otro la conciencia de la humanidad.

Considerando ahora el dogma de las penas eternas bajo otro punto de vista, bajo el punto de vista de la Omnipotencia de Dios, encontramos que está en la más perfecta armonía con ese atributo de su esencia soberana, por el cual se nos manifiesta de una manera más especial,

¿Quereis que Dios no pudiera imponer sino penas temporales? No reflexionais que con esto poneis un límite á su poder y le igualais con los soberanos de la tierra que pueden imponer é imponen ese género de castigos.

Si Dios está sobre todos los que bajo el sol ejercen algun poder, es principalmente porque puede más que ellos; porque si estos disponen del tiempo en todo lo que proyectan y practican, El dispone de la eternidad en todo lo relativo á sus divinas operaciones; porque si aquellos pueden hacernos mal en el cuerpo, El puede hacernos mal en el cuerpo y en el alma.



“No temais, ha dicho, á aquellos que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; sino temed á Aquel que puede perder el cuerpo y el alma, arrojándole á las tinieblas. (1)”

Si el poder de los soberanos de la tierra, se manifiesta por los castigos que imponen, tambien el poder de Dios debe manifestarse de esta manera, pero siempre excediendo infinitamente el poder de aquellos con el suyo; y solo es infinitamente superior al tiempo que pasa, la eternidad permanece.

Si Dios castigara solo temporalmente, no castigaria ni siquiera como los hombres; en realidad no castigaria. Los hombres, en efecto, castigan á sus semejantes hasta con la muerte, es decir, les hacen un mal igual en duracion al bien que ellos disfrutan, igual á la vida que tienen. Para que Dios, pues, castigara siguiendo la proporción del sér que tiene, lo mismo que los hombres, á las criaturas que se le rebelan, seria necesario que les hiciese un mal igual á la vida eterna que goza; y por lo mismo, que las castigase por toda la eternidad.

Però os oimos exclamar: que es más propio de Dios perdonar que castigar. La razon de

[1] S. Mateo.

Tertuliano, á quien ciertamente no opondreis nada que la debilite, os va á responder por nosotros: “Dios, dice, no es el autor del bien, sino en cuanto que lo exige; él no es extraño al mal, sino en cuanto que es su enemigo; él no es su enemigo, sino en cuanto que le combate; él no lo combate, sino en cuanto que lo castiga. Así es como Dios es todo bueno, supuesto que es todo para el bien. Los males de los castigos no son males, sino para aquellos que los sufren; pero en sí mismos son verdaderos bienes, porque son males justos, males que garantizan la virtud y aterran al crimen, y bajo este punto de vista son verdaderamente dignos de Dios [(1).” “Es, pues, más digno de Dios, prosigue Tertuliano, del Dios sumamente perfecto, perdonar al criminal impenitente, que castigarle; porque Dios no es Dios sumamente bueno, sino en cuanto que es enemigo implacable del mal, y que manifiesta su amor al bien y su ódio al mal, protegiendo al uno y combatiendo al otro (2).” Contestad al filósofo, si es que entendeis algo de filosofía.

Si la pena con que Dios castiga al hombre,

(1) Contr. Marc. lib. II, c. 13 et 11.

(2) Id. lib. I. c. 26.



no fuese eterna, no sería verdadera pena, y caería de eficacia. Un génio, cuya inteligencia ha penetrado grandes secretos y se ha colocado en los límites que separan las verdades naturales de las verdades misteriosas, ha dicho estas palabras, dignas de la reflexión más detenida: "Lo que no es eterno, nada es (3)." Y en efecto, ¿qué es el tiempo en presencia de la eternidad? Méno aún que lo que es un grano de mostaza comparado con las inmensas molas de los millares de millares de astros que giran por la extensión infinita de los espacios; méno aún que una molécula de ese fluido finísimo de cuyos movimientos brota la luz, en presencia de todo el éter que se difunde por todas partes, y está en los lugares ocupados por los cuerpos, y está en las regiones vacías; infinitamente más grande en extensión que aquellos lugares.

Para un sér inmortal, lo que tiene que pasar es una cosa que no le affige. Sobre la tierra, si nos atormentan los dolores pasajeros, es porque juzgamos que no terminarán. Desde el instante en que sabemos y nos convencemos, de que á pesar de que sufrimos, seremos al cabo felices.

(3) San Agustín.

simos, el dolor pierde su aguijón, y aun encontramos placer en sus tratamientos, por duros que sean. Para un sér inmortal, solamente la eternidad es algo, porque solamente la eternidad es proporcionada á la inmortalidad; el tiempo es nada para un sér que no dejará de existir, porque el tiempo tiene que acabar, y acabando no puede atormentar, ni regocijar á los seres que no mueren.

De la eternidad de la pena depende su eficacia; ó no hay pena eficaz. Basta conocer superficialmente la naturaleza del hombre y estudiarla bajo el punto de vista de su vida práctica, para convencerse de que si la sancion es la garantía del cumplimiento de la ley, debe ser eterna, ó no será verdadera garantía.

¡Cuántas veces el hombre, para disfrutar de un placer frívolo, de un placer en que apenas piensa y ya ha desaparecido, se entrega á él, aunque tenga ciencia cierta y segura de que á tal placer seguirán dolores sin cuento y desazones amargas! El hombre se decide fácilmente por el presente que le halaga, menospreciando el porvenir que puede serle funesto. Cada uno apele al testimonio de su propia conciencia, y verá como, desgraciadamente, así tiene costumbre de conducirse.



Si bajo el concepto de que las penas son eternas, porque tales y ha sido siempre la creencia de la humanidad, el hombre no por eso anda por buenos caminos, ni deja de caer todos los días, ¿qué sucedería si llegase á persuadirse de lo que los enemigos de su felicidad le sugieren? ¿Cuál sería su conducta, si creyera que el mal que hace le merecería únicamente un sufrimiento, que por largo que fuese, pasa al fin á una felicidad inacabable!

Si ahora el mundo se encuentra en tanta corrupción, si la virtud parece que ya no vive sobre la tierra, y el vicio se encuentra entronizado y ensalzado por todas partes, sería un caos, si se le quitara el saludable correctivo de las penas eternas.

No hay que dudarlo; lo que más prueba la verdad de este dogma es, que á pesar de ser el espanto de los hombres, y de que estos quisieran eximirse de su influencia funesta que les amarga sus más dulces placeres, ninguno de estos, ni todos juntos han podido desprenderse de él, arrancándole de sus conciencias.

Por esto un sábio ha dicho, con el acento de la más profunda convicción: “Descended á las profundidades de su naturaleza, sondead su corazón, y encontráreis en él el infierno, con el

horrible cortejo de la eternidad de las penas; vosotros encontrareis ese negro diamante engastado en él de tal manera, que nada es capaz de separarlo de él, ni aun de oscurecerlo. Parece una de esas verdades que se llaman innatas, de esas verdades de sentido común y de instinto natural, bases de la inteligencia y de la razón, que pueden perderse de vista por algún tiempo, que se pueden olvidar por algunos instantes, y aun afectar que no se conocen, y hasta se pueden negar exteriormente con las palabras; pero que sin embargo, se ve el hombre obligado á creerlas interiormente, en virtud de esa voz secreta de la conciencia, que les revela incesantemente y que nada es capaz de acallar. La rabia misma con que el incrédulo procura destruir ese dogma en el espíritu de los demás, es una prueba de que no puede desarraigarlo de su propio espíritu (1).”

¿Qué se puede oponer en contra de esa voz íntima de cada uno y que, no dejando de escucharse en ninguno, es propiamente universal? Ella no es una prueba metafísica, pero es una prueba de sentido moral, de que es imposible

(1). Padre Ventura de Ráulica. “La confesion Sacramental.”



prescindir, y que tiene de particular que de la misma manera que fuerza el ascenso de las inteligencias privilegiadas, obliga la creencia de los espíritus vulgares y de los entendimientos más limitados.

Demos ahora una ligera ojeada sobre los argumentos que en todos tiempos se han hecho, aunque inútilmente, contra el dogma de la eternidad de las penas.

## CAPITULO XLI.

### SUMARIO.

Objecion contra la eternidad de las penas.—Otra vez la presciencia divina.—Círculo vicioso recorrido por los contrarios.—La repugnancia de estos á las penas eternas no es absoluta, por lo mismo no son absurdas.—Palabras de Allan Kardec.—Otra objecion: una condenacion perpetua por un *error* pasajero, seria la negacion de la bondad de Dios.—Artificio en usar la palabra *error*—Se demuestra que no es conforme con el buen sentido ni está en armonía con la razon, que la duracion de la pena se mida por la del pecado.—

La primera objecion se pretende fundar en la presciencia divina. Se cree incompatible la existencia de las penas eternas con este soberano atributo de la Divinidad. (1)

(1) Véase el número 16, tomo 1° "Ilustracion Espírita."



También se creían incompatibles con él la existencia y creación de seres que pudieran perderse por toda una eternidad; y sin embargo, ha sido forzoso reconocer, que tal incompatibilidad es imaginaria, y que, por el contrario, no hay cosas que más armonicen, si valen algo las inducciones de la recta razón. Todos los argumentos allí desarrollados son aplicables ahora, pues las objeciones son las mismas, por más que el objeto de ellas parezca indiferente.

Incurriríamos en repeticiones superfluas, si volviéramos á encargarnos de exponer aquellos. No hay más que reflexionar, que los sectarios que combatimos, se agitan dentro de un círculo vicioso, para poder dar apariencias de verdad á las razones que alegan contra el problema de la existencia de seres eternamente desgraciados por su culpa, y contra el de la eternidad de los tormentos con que son afligidos. Dijeron entonces: "no hay seres eternamente desgraciados, si no hay penas eternas." Y ahora dicen: "no hay penas eternas, si no hay seres eternamente desgraciados." Es natural, por lo tanto, que nosotros combatamos en el mismo campo y que usemos de las mismas armas, pues no hay motivo que justifique el cambio, ni de lugar, ni de táctica.

Solamente se nos permitirá, ántes de pasar adelante, que observemos una cosa que habíamos llamado; y es, que la eternidad de las penas no repugna absolutamente á sus impugnadores; en consecuencia, no es absurda en concepto suyo. Así es la verdad. Allan Kardec, (no podemos citar persona más caracterizada por su autoridad,) ha dicho: "Sí, mientras que el mal exista entre los hombres, los castigos subsistirán. (1)" Ahora bien; ¿repugna, supuesto el libre albedrío, que el hombre, un individuo, al ménos, de la especie humana, se obstine para siempre en el mal? Si se afirma tal repugnancia, debe negarse la libertad. Así es, que de contrario, se admite la eternidad de las penas para el caso de que un hombre permanezca eternamente obstinado.

Cuando ménos, es posible que se obstine; y siendo, el castigo eterno es de consecuencia. Y ¿qué cosa posible es absurda?

Pasenos á examinar de preferencia la objeción que más incontestable juzgan, á pesar de que no resista el análisis, y al primer golpe del raciocinio más vulgar, queda desvanecida. Pongásmola como la formula el pontífice de la ni-

(1) Le livre des esprits. L. 4, c. 2º



gromancia moderna. "Interrogad, dice, á vuestro buen sentido, á vuestra razon; preguntad si una condenacion perpetua por algunos momentos de *error*, no seria la negacion de la bondad de Dios [2]."

Entendemos que por *error* se significa aquí la accion deliberada del hombre que sabe que hace el mal, de hacerle; y no la creencia invenciblemente errónea de que, al hacer el mal, hace el bien; puesto que tal creencia, por monstruosos que sus resultados prácticos sean, no merece castigo, ni temporal ni eterno. Ya comprendemos por que se usa de esa palabra, prefiriéndola á la de *pecado*, por ejemplo. Es un pequeño artificio que vale la pena de poner en juego, para captarse entendimientos poco cuidadosos de examinar el fondo de las cosas. Así, el argumento puede pasar y hacer tal cual mella en alguno. Lo comprendemos bien.

Como se ve del razonamiento inserto, parece que lo que va conforme con el buen sentido y se halla en armonía con la razon, es que la duracion de la pena se mida por la duracion del error, ó pecado, diremos nosotros; que tanto tiempo se sufra aquella, cuanto se gozó, cometiendo este.

(2) Id. id. id.

De suerte, que si en un minuto logro incendiar una casa con la tea que tengo preparada, merezco que se me atormente por el espacio de un minuto, y nada más. Otro minuto de castigo seria la mayor injusticia del juez que aplicaba la pena, y el más poderoso argumento contra su bondad.

Un segundo, no necesito más, para clavar el puñal en las tiernas entrañas de mi madre y en el amoroso pecho de mi padre, y para quitar al uno y á la otra una vida, de la cual procedió la que me hace contar en el número de los hombres. Pues bien, es fuerza castigar ese *error*, en que no son capaces de incidir los mismos brutos que no tienen entendimiento: ¿Cómo castigarle? ¿Por cuánto tiempo? El modo es indiferente; lo que importa fijar es el tiempo. ¿Un siglo, un millon de siglos, una eternidad? ¡Injusticia! ¡injusticia! El castigo debe durar tanto cuanto el delito que se pena. El tiempo de satisfaccion no puede pasar de un segundo, precisamente el tiempo empleado en cometer el acto punible.

Poco importa que el incendio de la casa se comunique á las demás, y reduzca á cenizas la ciudad entera; nada, que la querida sangre, que no tuvo reparo en derramar, cause la desolacion de muchos huérfanos que quedan sin amparo, y



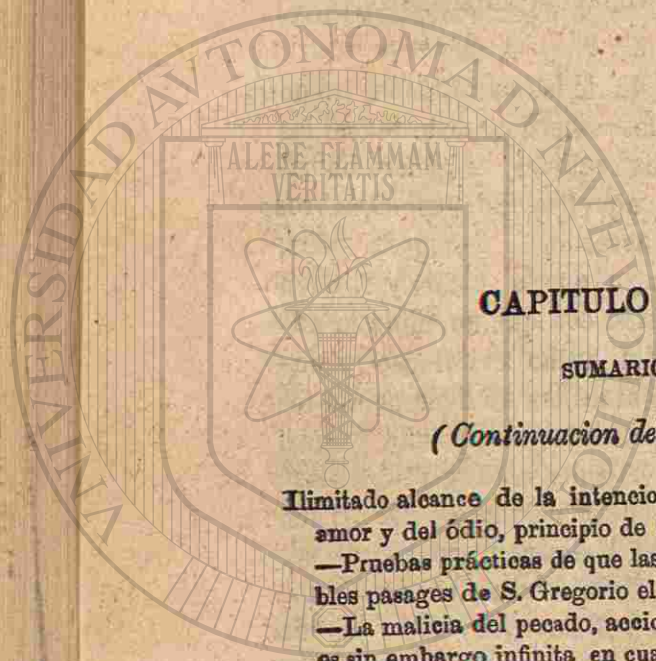
que esta desolacion dure toda la vida y sea el origen de muchedumbre de irreparables males para aquellos inocentes. Sufran los que tenian un hogar en que virir y en que cubrirse de la intemperie; sufran sus descendientes, que no tendrán ya en que guarecerse; padezcan mis hermanos y los hijos de mis hermanos á quienes privé de padres y de abuelos, padezcan luengos tiempos. Yo, que fui la causa de tan largos y atroces sufrimientos, no debo sufrir más que un segundo, no se me debe hacer padecer más que un instante. Pretender mi juez ir más allá respecto de mi persona, es despojarse de toda bondad, es salvar los inviolables linderos de la justicia. ¡Eres un monstruo tú que quieres atormentar por el espacio de dos segundos á mi que no he vacilado en atormentar á los de mi sangre por toda su vida! ¡A mí, que he derramado la consternacion y el espanto en todo un pueblo, que siempre vivirá en alarma y con el temor de que yo ó alguno que se me parezca en instintos, vuelva á incidir en el error de incendiar cuatro paredes; error de un minuto que con la pena de un minuto debe ser castigado.

Pero todos, no solamente nosotros, advierten, que no es este el lenguaje de la razon, ni esta la voz del buen sentido de la humanidad. To-

dos creen que debe irse más allá; que no basta un minuto para castigar al incendiario, ni un instante de sufrimiento para escarmentar al parricida.

Los gobernantes de todos los tiempos y de todos los lugares, los sacerdotes de todas las épocas y de todas las regiones, el género humano entero, incluso aquellos de sus miembros que se han hecho acreedores á alguna pena, han pensado y piensan que la razon y el buen sentido no se contentan con que se mida la pena por la duracion del hecho criminoso y punible, y miran como atacados de demencia á los que, en materia de penalidad, se ajustan á aquel principio; y no solo han pensado y piensan así, sino que así han obrado y obraren. La prision más ó ménos larga, el destierro perpetuo, la pena de muerte, en el orden social; las penas del infierno, en el orden religioso, lo están justificando. Registrad los libros teogónicos de todos los pueblos, y los códigos penales de todos los países. No necesitais de más, para convenceros de esta verdad.





## CAPITULO XLII.

### SUMARIO.

(Continuacion del anterior)

Ilimitado alcance de la intencion pecaminosa.—Ley del amor y del odio, principio de las acciones humanas.—Pruebas prácticas de que las cosas pasan así.—Notables pasajes de S. Gregorio el Grande y de S. Agustín.—La malicia del pecado, accion de una criatura finita, es sin embargo infinita en cuanto á la duracion, y por lo mismo debe serlo la pena.—Esto sirve para resolver la otra objecion de que se habla.—Opinion de un filósofo incrédulo, convertido.

Empero, nada más falso que el principio en que estriba la anterior objecion. Se supone que el pecado que se castiga es nada más que un acto instantáneo de la voluntad que se pone en contradiccion con la ley; y la realidad es que su du-

racion no está ni puede estar definida, como no está definida ni puede estarlo la persistencia de la voluntad. Esta puede volver sobre sí misma, arrepentirse de la accion pecaminosa, momentos despues de haberla llevado á ejecucion; pero tambien puede obstinarse, y de hecho se obstina en ella, tiempos más ó ménos largos. De suerte, que como puede arrepentirse de la culpa inmediatamente despues de cometida, puede tambien permanecer obstinada por todos los años de la vida y trascender su obstinacion aun más allá de la existencia.

Aun más allá de la existencia, decimos, pues en muriendo, el hombre no está ya en la posibilidad de obtener el perdon por el arrepentimiento. *Si el árbol cayere hácia el Mediodia, ó hácia el Norte, donde quiera que caiga, allí quedará* (1).

El poder de la voluntad, que puede querer esta ó aquella cosa determinada, no solo por un instante, sino por años, por siglos, y, lo que es más todavía, por ese abismo insondable de tiempos que se llama *siempre*, es infinito. No es cierto que quien hace un mal le quiera únicamente durante el espacio de tiempo en que le

(1) Si ceciderit lignum ad Austrum, aut ad Aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit Ecles XI, 3.



hace; la verdad es que le sigue queriendo mientras que no muestra su repugnancia con las protestas sinceras del dolor que le causa haberle cometido. La verdad es que cuando la criatura racional infringe la ley, no limita su intencion al presente, apénas preceptible, sino que la extiende á todo el porvenir.

Es evidente que si esto no sucediera, jamas obraria mal, pues no era posible que se condujese en tal modo, queriendo eficazmente el pecado, que no vacilaba en cometer, en un momento dado, y repugnándole á la vez para el momento ó momentos subsiguientes. La intencion actual es, si se quiere, pasajera, instántanea; pero la virtual puede ser permanente, si no es que la voluntad, por actos explícitos y contrarios, ponga límites á una duracion que seguirá corriendo, una vez que ha comenzado á correr.

El que ama actualmente tiene ánimo de amar siempre, ó su amor no es verdadero amor. Tambien el que aborrece se propone aborrecer para siempre, ó no es cierto ni positivo su aborrecimiento. Como se llama comunmente inextinguible al amor, se llama irreconciliable al odio. Estos dos sentimientos antípodos recorren el mismo camino, aunque no se encuentren jamas.

¿Y quién ignora que el odio y el amor son en último término, ó más bien dicho, en principio, la fuente de las acciones humanas, ya tengan estas por objeto el bien, ya se dirijan al mal.

Lo que determina la accion es la intencion; y tantos grados de bondad ó de malicia se encuentran en aquella cuantos en esta. Si, pues, la intencion del que obra mal, no se limita al momento presente, la accion pecaminosa no puede llamarse nunca *error* de un instante.

Para persuadirse de esto, basta fijarse en lo que ordinariamente sucede con el hombre que tiene la desgracia de apartarse de Dios.

Si el soberbio pudiera eternizarse sobre la tierra, no cessaria jamas de humillar á sus semejantes. Si el avaro contara con que siempre viviría, nunca le veriamos dar de mano á las usuras y á los fraudes que acrecen su tesoro. Si el gloton no temiera que la muerte le ha de sorprender al fin, siempre se le vería aplacando la terrible comezon que le consume, en los banquetes y en las orgías. Si el libertino pudiese prolongar sus dias al antojo de su voluntad, viviría ocupado los largos años de su vida en tender redes á la inocencia y en atentar contra el pudor; no saldria nunca de ese fango por donde le arrastra con ímpetu la concupiscencia de



la carne, y donde procura apagar, deseando no conseguirlo, las llamas impuras de su corazón.

La intención pecaminosa, pues, no comprende un solo instante, sino que va más allá de todos los instantes. La acción material pasa, pero su malicia sobrevive, conforme al propósito implícito de la voluntad; y como puede sobrevivir tanto, mediante la impenitencia, que el hombre se constituya en la imposibilidad de arrepentirse, la malicia de la acción es en realidad infinita, y acreedora, por lo mismo, á una pena eterna. “¡Ah! decía San Gregorio el Grande, si no hubiera muerte, ni juicio de Dios, ni infierno, los pecadores no cesarian de pecar, porque no hay pecador alguno que no desee vivir eternamente para poder pecar eternamente (1).” Este mismo sentimiento lo había expresado ya ántes San Agustín, diciendo: “que aquel que muere impenitente, pecaría siempre, si siempre viviera (2).” “La prueba clara y terminante de esto, es, agrega el primero, que el hombre de desórdenes y de pasiones, cuando no puede pecar con las obras, continúa pecando con los deseos; que él no cesa de aprobar, de querer y

(1) Dialog. lib. IV. cap. 44.

(2) De Civit. Dei.

de amar el pecado que no puede ya cometer; que no se detiene en el camino del pecado sino cuando es detenido por la carencia de medios, por la falta de ocasiones, por las enfermedades ó por la muerte; y que no abandona el pecado, sino cuando el pecado lo abandona á él (1).” Semejante rebelión de la voluntad, que abarca todas las duraciones que con el pensamiento puede abarcar; que abarca, por lo mismo, la eternidad que no le es posible medir, pero que concibe, debe ser castigada de otro modo; el castigo debe extenderse á todas esas duraciones que comprende la intención, y por lo tanto á la eternidad.

El pecado, pues, como acción de una criatura finita, no podrá considerarse en sí mismo como infinito, pero sí le conviene y tiene ese carácter en cuanto á la duración; y por esto se impone al pecador una pena infinita no en sí misma, sino infinita en cuanto al tiempo solamente.

No se diga que hay contradicción en asegurar que lo que es finito en sí mismo, puede ser infinito por lo que respecta á la duración, pues por más que no pudiéramos explicarnos direc-

(1) Loc. cit.



tamente como una y otra cosa serian, hechos que no podemos negar, nos lo persuaden con la más luminosa de las evidencias. ¿No estamos viendo que el hombre, á pesar de ser finito, es inmortal, es decir, infinito con relacion al tiempo? Lo mismo pasa con sus acciones buenas ó malas; finitas en sí mismas, porque pasan, son infinitas como efectos de la voluntad, cuya intencion permanece y trasciende como su sér á las regiones de ese tiempo que no tiene fin, ó de esa eternidad que ha tenido principio, pero que nunca tendrá término.

Examinemos ahora la objecion que se formula así: "No porque Dios es inmenso, la ofensa que se le hace es inmensa; los efectos son como sus causas; la culpa, efecto, seria infinita, si el hombre, causa, fuera infinito; el hombre es limitado: luego cuanto venga de él es limitado (1)." Supongamos recto el raciocinio; para que se vea que en nada toca el dogma de las penas eternas, nos basta distinguir la proposicion: *el hombre es limitado*; y deducir la consecuencia modificada en el sentido de la distincion. Ya se comprenderá que nos fundaremos para ello

[1] *Ilustracion Espiritual* número 16, Octubre 1.º de 1872.

en el hecho notorio á que nos referimos anteriormente. *El hombre es limitado*; ¿en sí mismo? es cierto. *El hombre es limitado*; ¿en cuanto á la duracion? es falso, y lo negamos como tal. La verdad de la inmortalidad, que no se le disputa, prueba la falsedad de la limitacion, en cuanto á tiempo que se le supone.

Lo mismo acontece con sus acciones; son finitas en sí mismas, é infinitas en cuanto á su duracion. El hecho de que la voluntad en sus voliciones se refiere al *siempre* que no acaba, lo está justificando.

La consecuencia, pues, deberia ser que cuanto venga del hombre, salvo lo que se relaciona con la duracion de su sér y trascendencia de sus acciones, es limitado. Pero tal consecuencia armoniza con el dogma de las penas eternas, léjos de serle contraria. Pero las penas se aplican á las acciones; y aquellas son y deben ser infinitas en duracion, porque estas lo son tambien en duracion, mediante la intencion pecaminosa de la voluntad, causa eficiente de ellas; intencion que va infinitamente más allá del instante que se emplea en la ejecucion del acto material que la denuncia.

"Es cierto, dice un filósofo incrédulo, que tuvo la fortuna de hacerse creyente, es cierto que



el hombre no es infinito por su naturaleza y por su sér; pero lo es por su voluntad y su tendencia ó propension. Todos los movimientos de su alma son un esfuerzo continuo para alcanzar la totalidad y plenitud de la existencia y la felicidad; y como la voluntad es el órgano y el principio de todas sus acciones, estas tienen el carácter de su origen, y se especifican por su naturaleza. Así como cuando la voluntad del hombre rompe la armonía, que la más justa é irrevocable de las leyes establece entre sus facultades y los atributos divinos, no hace ménos que romper su íntima unión con el Ente infinito, desprecia la infinita felicidad que este le ofrece, y espera hallarla en el falso halago de otra criatura, ó en las tinieblas de su propia nada: así busca el infinito fuera de la verdad.

La justicia divina quiere que le halle; y el infinito fuera de la verdad, no puede ser más que el de tormentos y desgracias (1)."

(1) El Evangelio en triunfo. Tomo. 1.º pág. 362."

### CAPITULO XLIII.

#### SUMARIO.

*(Continuacion del anterior.)*

La medida de las acciones malas está en su malicia.—La malicia de ellas está en razón directa de la dignidad de la persona que se ofende.—Autoridad de Aristóteles.—La malicia de la ofensa hecha á Dios es infinita.—Consecuencia de esto es la eternidad de la pena.—Palabras de Sto. Tomas.—Los que niegan aquel dogma tiemblan al negarlo.—Objecion que se pretende fundar en la Escritura Santa.

La medida de las acciones no son ellas mismas. La medida es siempre distinta del objeto que se mide. La medida de las acciones malas está en la duración que pasa del momento en que tienen lugar; está también en su malicia que aumenta ó disminuye según la grandeza del



objeto ó la importancia de la materia de ellas, y hasta segun las circunstancias de que se acompañan.

En efecto, la gravedad de la accion se mide por su malicia, y esta por la excelencia del objeto de la ofensa que con ella se hace. Esto es una verdad que se encuentra grabada en todas las conciencias, y que se aplica á los actos ordinarios de la vida. Es una verdad de sentido comun.

No se estima de la misma manera la ofensa hecha á Dios que la hecha á la sociedad; no se reputan iguales esta y la que se dirige al soberano. Entre la que se dirige al soberano y la que va á parar al ministro, hay grande diferencia. Lo mismo sucede entre la ofensa hecha al ministro y la hecha á un simple ciudadano ó individuo cualquiera de la sociedad. Sin salir de los individuos, segun son estos respecto del ofensor, ya por los vínculos de la sangre, ya por los vínculos de la voluntad, ya por la edad, ya, en suma, por la situacion en que se hallan colocados, así son las ofensas más ó menos graves.

Jamas se ha equiparado el asesinato cometido en un rey, emperador ó presidente con el asesinato de un sencillo labriego.

Si yo abofeteo á oien de mis semejantes, se me llamará pendenciero, inconsiderado, díscolo; pero si abofeteo á mi padre, poco, muy poco se me habrá dicho, si se me dice monstruo. Segun son las personas ofendidas, así son las ofensas. Conforme á ese principio, que consideramos de alta filosofía y de eterna justicia, nos conducimos siempre los que ahora vivimos, se condujeron los que vivieron ántes que nosotros, y se conducirán los que vivan despues.

Nada más natural que así sea; miéntras mayor es la excelencia de la persona que se ofende, mayor es el atrevimiento, más dañada la intencion, y más intensa la malicia del ofensor. Porque es evidente, y esto lo sentimos todos, que no nos resolvemos con la misma facilidad á insultar, por ejemplo, á un igual que á un superior, á herir á un indefenso que á otro que puede defenderse.

No es esta doctrina de los teólogos ni de los ultramontanos; es creencia, persuacion iustintiva de la humanidad. Consultad á Aristóteles, que nada entendia de esta teología que os escuece y de ese ultramontanismo que os atormenta; y él os dirá: "Que la pena se mide por



la dignidad de aquel contra quien se peca (1).”  
Medid en seguida la ofensa hecha á Dios, por la dignidad, magestad y excelencia divinas que son infinitas, y os resultará í infinita como ellas.

Infinita os resultará la ofensa, y por lo tanto, eterno y justo el castigo, si considerais, como Tertuliano: “Que todo pecado es una renuncia de Dios y excénais con él mismo. ¿Cómo, pues, había de ser injusto que el hombre que renuncia á Dios, despreciando voluntariamente sus leyes, sea separado eternamente del Dios, de quien el mismo ha querido ser privado eternamente? Luego, ó se justifica tal crimen, ó no es injusto semejante castigo (2).”

Infinita os resultará la culpa, y por lo mismo eterna y merecida la pena, si raciocináis como raciocinaba el gran obispo de Hipona; si decís como él: “Todo hombre que peca, antepone los goces del tiempo á los de la eternidad. Nada es, pues, más justo que el castigo de un mal eterno para el hombre que ha pecado contra el bien eterno, matando en sí mismo la felicidad eterna (3).”

(1) Ethic. 5. 5. Poena taxatur secundum dignitatem ejus in quem peccatur.

(2) Contra Marcion, lib. 2º c. 15.

(3) De Civit. Dei, lib 21, c. 12.

Infinita os resultará la gravedad de la infracción de la ley divina, y por consiguiente, perdurable y equitativa la sancion, si os elevais, como el ángel de las escuelas, y antorcha del mundo, y profundizais con él el abismo de malicia que se comprende en una sola ofensa hecha á la Magestad divina, una vez: “Que todo hombre que comete un pecado mortal, pone su fin en la criatura con menosprecio del Criador, y que el pecado no es otra cosa más que la elección que el hombre, con su libre albedrío, hace del sumo mal, del mal infinito, con perjuicio del sumo bien, del bien infinito, del amor infinito (1).”

Para ver la justicia de la eternidad de las penas con que serán atormentados los que se condujeron mal durante la vida, y no volvieron sobre sus pasos ántes de recibir el golpe de gracia de la muerte, basta abrir los ojos. Cerrados que los tengamos, encontraremos ese dogma tan pavoroso como verdadero, escrito con letras, que el esfuerzo de todos los tiempos juntos no podría borrar jamas, en el libro de nuestra conciencia; veremos los lúgubres reflejos de ese negro diamante, como llama el padre Ventura

(1) Santo Tomas Sum, Suplem 9. 100. art. 1º



al infierno, engastado en nuestro corazón, de tal manera que nada es capaz de arrancarle de él, ni aun de oscurecerle.

Los mismos que lo niegan tiemblan al negarlo. ¡Oh! si no se desentendieran de este temblor involuntario, que muda pero elocuentemente les dice: vais errados; volved el paso atrás!...

Pero basta; ¡y para dar fin á esta materia digamos una palabra acerca del dogma de las penas eternas en su relacion con la autoridad de los libros evangélicos.

“¿Quién asegura, se dice, que en las Santas Escrituras está siempre autorizada la creencia en las penas eternas (1)?” Nosotros lo aseguramos con fundamento en las mismas Santas Escrituras.

(1) “Ilustracion Espirita.” Núm. 16. pág. 135.

## CAPITULO XLIV.

### SUMARIO.

(Continuacion del anterior.)

Textos de los libros sagrados alegados en contra de las penas eternas.—Los pasajes que se invocan no se refieren á ellas ni á los hombres que ya cumplieron su mision sobre la tierra.—Interpretacion de Sto. Tomas dada al verso 80 del Salmo LXXVI.—Mayor ó menor pena de los condenados, pero siempre eterna.—Isaiás estableciendo de la manera más clara el dogma de que se trata.—Los textos citados en contrario no fueron escritos para dar á conocer lo que tienen que temer los pecadores despues de la muerte; y si lo fueron con ese fin los que favorecen aquel dogma.—Pasajes del Nuevo testamento.—Inteligencia que pretende dar Allan Kardec á la palabra eterno de que usan las Escrituras.—Se demuestra que tal inteligencia carece de fundamentos.—

Con el fin de convencer que en las Santas Escrituras hay fundamentos en contra, como los hay en favor de las penas eternas, se traen á



colacion varios pasajes de Isaias, de Jeremías y del Salmista, uno de Miqueas y otros de los Macabeos (1).

Pero en primer lugar, ninguno de estos pasajes, que son otros tantos elogios de la misericordia infinita de Dios, se refiere á las penas eternas, ni á los hombres que han cumplido ya su mision sobre la tierra. Basta leer uno á uno los versículos, aisladamente y en su relacion con el contexto de todo el capítulo en que se hallan. Hay alguno entre los citados, como el 31 del capítulo III de Jeremías, que hemos buscado inutilmente en la Biblia que tenemos á la mano.

Todos los pasajes que se hacen valer contra la eternidad de las penas, establecen que Dios, porque es misericordioso, no siempre castigará á los hombres que todavía viven y que han andado fuera de los caminos rectos; pero absolutamente nada dicen de la suerte reservada á los que, habiendo muerto en cuanto al cuerpo,

(1) "Ilustracion Espirita" del I.º de Octubre de 1872.  
Isaias 57 v. 16, xxx v. 18 XLII 1-3. XLIII, 25 LJV 18.  
Ps. CII 9, CXLIV, 9, 14.  
Jeremías. III, 12, 31.  
Miqueas VII 18.  
II Macabeos VII 32 y 33.

tienen sin embargo que cumplir con la sentencia que contra ellos haya fulminado el Juez Supremo en el último juicio.

Es cierto que no faltan quienes hayan querido extender algunos de estos textos, el 8.º del Salmo 76, por ejemplo, á los condenados; pero nadie podrá convenir en que sea posible hacerlo con sólidos fundamentos y razones incontables; pues nada hay ni en los antecedentes ni en los consiguientes que autorice á dar á las palabras del versículo mayor alcance, ni á interpretarle extensivamente.

Caso de que pudiera extenderse el pasaje bíblico á los réprobos, evidentemente que no podría entenderse, que conforme á él tendria que disminuirse la duracion de la pena, y por lo mismo, que dejase de ser eterno el castigo. Porque siempre, en materia de interpretaciones, se debe procurar evitar toda contradiccion y que resulte siempre uniforme la mente del escritor ó del legislador. Entónces deberia entenderse que el pasaje aludido y otros semejantes: "hablan de una misericordia que hace menos intenso el castigo, pero que no lo extingue por completo." *De misericordia aliquid relaxante, non de misericordia totaliter liberante* (1).

(1) Santo Tomas. Supplem. 9. c. art. 3.º



Esto no repugnaria á la razon, como no repugna que los bienaventurados tengan mayor ó menor gloria; pero igualmente eterna. Los condenados tambien podrán tener mayor ó menor pena, pero siempre por toda la eternidad. Las diferentes virtudes de los primeros y la misericordia y la justicia de Dios que las premiará de una manera proporcional, pero que nunca dejará de premiarlas, y los diversos pecados de los segundos, y la justicia y la misericordia divina que los castigará ménos de lo que merecen ser castigados, pero que no dejará de castigarlos nunca, presentan como razonable el concepto de que aun los réprobos experimentarán en aquellas cavernas que no tendrán fin, la benéfica influencia de la misericordia infinita de Dios.

Lo que hay de cierto es que los agiógrafos que se citan, no pensaron hablar, en los lugares que se traen á colacion, de la misericordia divina, respecto de los que ya murieron y á sí mismos se condenaron; y por consiguiente no pensaron hablar de la duracion más ó ménos larga del castigo que estos últimos debian sufrir.

Así, por ejemplo, se hacen valer en contra de las penas eternas cinco pasajes de Isaias; y sin embargo, Isaias es uno de los que establecen de la manera más expresa y terminante, la ver-

dad de aquel dogma. Vamos á demostrarlo: en el cap. V. v. 14, dice: "Por esto ensanchó el infierno su seno, y abrió su boca sin fin: aperuit os suum absque ullo término, y en ella caerán sus campeones y el pueblo y cuanto hay en él de ilustre y glorioso." En el v. 14 del capítulo XXXIII, se expresa así: "Aterrados han sido en Sion los pecadores: el temblor se ha apoderado de los hipócritas. ¿Quién de vosotros podrá habitar en un fuego devorador? ¿Quién de vosotros podrá morar entre los ardores sempiternos? Y finalmente, en otro lugar exclama: "Y saldrán á ver los cadáveres de los que prevaricaron contra mí: cuyo gusano no muere nunca y cuyo fuego jamas se apagará (1).

Como se vé de estos textos, Isaias enseña del modo más explícito la eternidad de las penas. No puede, por lo mismo, haber pensado en enseñar lo contrario, como se pretende per parte de los enemigos del nombre cristiano. Hay más, estos pasajes no son adecuados como los que se hacen valer.

Los primeros han sido escritos ex-profeso para dar á conocer lo que tienen que esperar los pecadores despues de la vida, miétras que los

(1) Cap. LXVI. v. 24.



segundos fueron escritos con otro motivo; los primeros hablan precisamente de las penas eternas; los segundos ni las mencionan, ni siquiera las suponen; los primeros son explicitos en dar por sentada la verdad del dogma que nos ocupa, y los segundos ni la apoyan ni la atacan, siquiera sea implícitamente. En los primeros, los escritores sagrados se sirven de aquella verdad, que cuidan de determinar para que no se confunda, y de pintar con los negros y húgubres colores que le son propios, con el fin de apartar á los pecadores de los senderos torcidos que conducen al abismo: y en los segundos se pondera con la vehemencia y elevacion de que es capaz el humano lenguaje, con igual fin, pero siempre sin contradecirse y sin dar lugar á que se crea que existe contradiccion; en los primeros, se pone en juego el temor, y en los segundos el amor: el temor y el amor de Dios, que son como los dos polos opuestos del mundo moral. No pueden, pues, sin violencia, ponerse en oposicion diametral unos pasajes con otros, refiriéndose, como es evidente que se refieren, á objetos diversos, á situaciones distintas y á tiempos diferentes.

Por lo demás, no se podrá citar un solo lugar de las Santas Escrituras en que, tratándose de

las penas que deben sufrir los que mueren sin haberse arrepentido, se afirme ó se dé á entender siquiera que serán más ó menos largas; pero nunca eternas. Nosotros, por el contrario, podemos citar innumerables textos explicitos por donde se ve que los tormentos que ha de sufrir el réprobo serán *para siempre*, como es para siempre la bienaventuranza de los justos. Desde luego llamaremos la atencion hácia ese *abismo sin fin*, que Isaías llama infierno, hácia ese *fuego devorador* y á esos *ardores sempiternos* que pondera el mismo profeta; así como tambien á ese *gusano que no muere nunca* y á ese *fuego que jamás se apagará*.

Pasajes son estos, expresos y terminantos, que no necesitan de ser explicados ni interpretados, para palpar que hablan de los tormentos que sufrirán los réprobos despues de la muerte.

Tan á lo vivo pinta Isaías los horrores del infierno en esas sus pavorosas expresiones, que el mismo Jesucristo se dignó referirse á ellas cuando quiso fundar en la autoridad de su palabra el dogma de las penas eternas. “Si tu mano te es ocasion de escándalo, córtala: más te vale entrar mauco en la vida eterna que tener dos manos e ir al infierno, al fuego inextingui-



ble: en donde el gusano que las roe nunca muere y el fuego que las quema nunca se apaga." Y no creyendo bastante esta alusion á las palabras del hijo de Amos, continúa: "Y si tu pié es ocasion de pecado, córtale: más te vale entrar cojo á la vida eterna, que tener dos piés y ser arrojado al infierno, al fuego inextinguible: donde el gusano que les roe nunca muere y el fuego nunca se apaga." No creais que el Redentor del mundo se da por contento con haber dicho una y otra vez un mismo pensamiento. Juzga de tan alta importancia la verdad que en él se encierra, que no reputa superfluo proseguir su enseñanza de estos modos: "Si tu ojo te sirve de escándalo arráncale: más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno: donde el gusano que las roe nunca muere y el fuego jamas se apaga (1)."

En vista de estas referencias del Verbo Divino á las tremendas palabras de Isaías, si alguna duda pudiera haber sobre que ellas comprendian el dogma de las penas eternas, queda desvanecida por completo. No es el único lugar de los libros del Nuevo Testamento donde se

(1) San Márcos. cap. IX. v. 42, 43, 44, 45, 46 y 47.

nos hacen revelaciones tan altas. Si quisiéramos insertarlos todos, pasaría sus límites naturales este capítulo. Además de la parábola del rico avariento que nos habla de aquella devorante llama y de aquel abismo donde fué sepultado, de aquel caos sin límites que le dividia de Lázaro, y de aquel horrible tormento que no era dable aliviar ni con una gota de agua, tenemos la descripcion que San Mateo hace del juicio final, en donde nada se suprime, ni la acusacion, ni los cargos, ni la contestacion, y en donde se pone íntrega la sentencia, siendo esta la parte resolutive: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, que fue destinado para el diablo y sus ángeles (1)." ¿Y cuál es este abismo de fuego preparado para el diablo y sus ángeles? Oidlo de la boca de San Juan: "El diablo que lo sedujo, dice, fué precipitado en el estanque de fuego y de azufre, donde la bestia y el falso profeta serán atormentados noche y dia por los siglos de los siglos (2)." Ese abismo de fuego no se apagará alguna vez, sino que arderá *noche y dia por los siglos de los siglos*; y arderá para atormentar no solo al dia-

(1) San Mateo cap. XXV v. 41.

(2) San Juan Apoc. XX. 9.



blo y sus ángeles, para quienes fué destinado; sino tambien para atormentar á los malditos de Dios que han sido condenados á habitar en él.

Ya lo vemos, el sufrimiento no cesará ni un solo día, ni una sola noche, sino que durará por los siglos de los siglos; es decir, por toda la eternidad, como dice San Mateo, *in ignem eternum*

Pero se dice por Allan Kardec (1) y por sus discípulos (2), con el fin de encontrar una salida á pasajes tan explícitos, que no dejan de preocuparlos, no obstante el desden con que aparentan mirar los Evangelios: que las palabras *eterno y eternidad*, no han significado épocas sin fin, sino épocas ocultas ó desconocidas: que los teólogos son los que han venido á darles aquella significacion que no tuvo en hebreo la palabra, por el prurito de imitar á los griegos y los latinos. De suerte que, segun aquellos, no porque en algunos textos bíblicos se lee *eterno, eternidad*, debemos entender que se trata de tiempos ó cosas que tendrán fin, sino de tiempos ó cosas cuyo fin no conocemos. No somos fuertes en hebreo, lo confesamos, pero sí

(1) Livre des esprits lib. IV. cap. II.

(2) Ilustracion espirita de 1.º de Octubre de 1872.

lo era San Gerónimo que tradujo la Biblia, y lo eran sin duda sus contemporáneos que no le contradijeron, ni le acusaron de error en este punto.

Pero por cierto que no necesitamos de ser fuertes en tan antiguo idioma, para convencer á nuestros contrarios de que en los lugares citados en que se lee *eterno* quiere decir *perdurable, sin fin*.

Hagamos la prueba. Creemos que ni Allan Kardec, ni sus discípulos niegan que la felicidad de los justos es eterna; y por lo mismo, que los lugares en que el Evangelio habla de felicidad y de vida eternas, se significa que esa vida y esa felicidad serán sin término ni fin. Pues bien; la misma palabra *eterno*, aplicada á suplicio ó á muerte, sobre todo cuando se contraponen, deben significar muerte ó suplicio sin fin. De manera, que cuando San Mateo dice que los réprobos *irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna*, dice: o bien que aquellos irán á un suplicio que tendrá fin, y éstos á una vida que acabará, ó al contrario, pues no podemos traducir de una manera el *eternum* que califica á *suplicium*, y de otra el *eternam* que califica á *vitam*, una vez que no hay razon que autorice un distinto modo de proceder. Y como nuestros

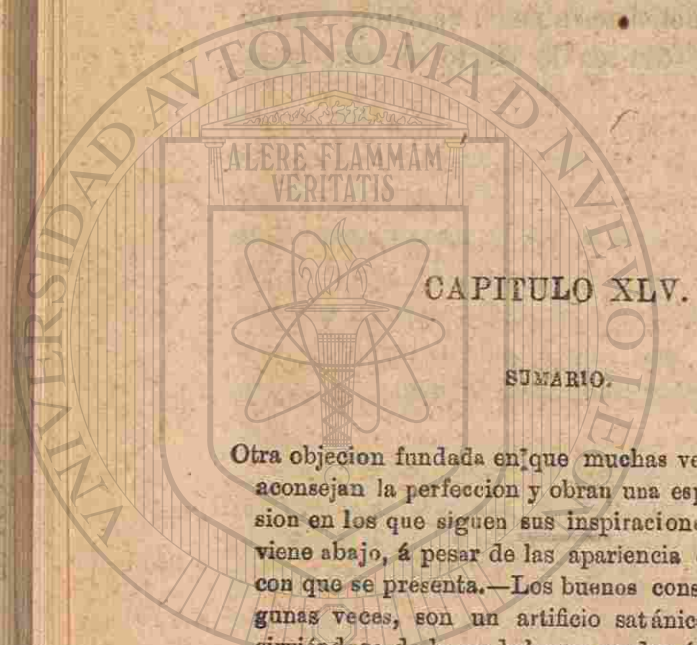


adversarios no pueden dejar de traducir *vitam eternam*, vida sin fin, deben traducir tambien *supplicium eternum* é *ignem eternum*, suplicio y fuego sin fin. Además, este es un recurso muy desgraciado, porque cuando en las Santas Escrituras se habla de las penas eternas, no se usa precisamente de la palabra *eterno*, sino muchas veces de otras, sobre cuya significacion jamas se ha cuestionado, y aun se sirven los agiógrafos de frases enteras que revelan que los sufrimientos durarán siempre, sin ocurrir para ello á la palabra *eterno*, á que hoy se disputa la acepcion de perdurable, de existente por siempre.

Y en efecto, para no meternos en registrar de nuevo la Sagrada Biblia, nos basta llamar la atencion sobre algunas palabras ó frases de los textos que llevamos citados. *Absque ullo termino; ardoribus sempiternis; vermis eorum non morietur, et ignis eorum non extinguetur*, dice Isaias y repite San Márcos. Aquí, sin usar de la palabra *eternum*, se dice que los tormentos no tendrán fin. Lo mismo sucede con el *in saecula saeculorum* del evangelista San Juan. Así, pues, la objecion que se nos hace, tomada de la etimología de la palabra, es tan pueril como la audacia en afirmar que en las Santas Escrituras

no se encuentran fundamentos del dogma de las penas eternas, ó si se encuentran, tambien los hay en favor del sistema penal espírita. Ya hemos visto que cosa sea lo cierto en este particular.





CAPITULO XLV.

SUMARIO.

Otra objecion fundada en que muchas veces los espíritus aconsejan la perfeccion y obran una especie de conversion en los que siguen sus inspiraciones.—La objecion viene abajo, á pesar de las apariencias de incontestable con que se presenta.—Los buenos consejos que dan algunas veces, son un artificio satánico.—El demonio sirviéndose de la verdad para perder á Eva.—El mejoramiento de los ateos é incrédulos no es más que hipocresia.

Unicamente nos falta contestar al tercero de los argumentos ú objeciones que contra la existencia de los demonios se hace valer; argumento ú objecion que, por ciertas apariencias fascinadoras, no se pierde oportunidad de alegar so-

bre todos. Le dan la preferencia, porque estando al alcance de las inteligencias más vulgares é impresionando de pronto al comun de los hombres, que no penetra en el fondo de las cosas, sino que se entretiene en la peligrosa llanura de su superficie, es más apropósito para producir el efecto que se desea. Podiamos asegurar que el argumento de que tratamos es el que ha tenido mejor éxito entre la gente incauta, la indocta y poco reflexiva. Tambien es aceptado por aquellos descreidos que se encuentran dispuestos á estar y pasar ligeramente por todo lo que contenta su aversion sistemática á doctrina ó dogma alguno de la iglesia romana, y por aquellos de malas costumbres, que bien hallados con sus pasiones, rechazan cuanto puede servirles de freno y admiten gustosos cuanto conspira á mantenerlos en la tranquilidad y paz en que viven, aunque esta paz y aquella tranquilidad sean las de los sepulcros. Pero digamos en qué se funda la objecion.

Se ha observado que los *espíritus*, al comunicarse con los hombres que los evocan, no siempre ni en todo se muestran malos, sino que muchas veces dan consejos, buenos en sí mismos, persuaden máximas que no desdicirían de un moralista ó ascético cristiano, y encaminan á la



práctica de acciones que nadie podía considerar como reprobadas, siendo por sí engendradoras de perfección. Los espíritus se convierten luego en predicadores severos y en directores espirituales, escrupulosos. En suma, son enemigos irreconciliables de Dios, y se muestran celosos partidarios de su causa. En estos hechos, que de paso diremos no son numerosos, y que nunca pasan sin mezclarse con otros que dan á conocer lo verdadera calidad del agente de que proceden, se funda la objeción que hacen los discípulos de Allan Kardec.

“¿Qué importa, exclaman los RR. de la *Ilustración Espírita*, que sea el diablo quien nos diga: sed perfectos como lo es el Padre que está en los cielos, si con el diablo está Jesús? Por otra parte, ¿se concibe al Dios del mal trabajando en favor del Dios del bien? Si tan maligno y astuto es el rey de los infiernos ¿cómo puede contribuir á la salvación de las almas? ¿qué gana el diablo con venir á predicarnos el Evangelio en su mayor pureza? (1)”

“Es, por consiguiente, escribe Allan Kardec, estúpido el papel que se hace representar al demonio, porque es un hecho de toda notoriedad

(1) *Ilustración Espírita* pag 184.

que á consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo *invisible* se ven todos los días incrédulos y ateos, vueltos á Dios, orar con fervor, lo que nunca habían hecho; gentes viciosas trabajar con ardor en su mejoramiento. Pretender que esta es la obra de las astusias del demonio es hacer de él un verdadero *gurrripato*. Como no es una suposición, sino el resultado de la experiencia, y con los hechos no hay negaciones posibles, es necesario concluir ó que el demonio es muy torpe como primer gefe, ó que no es tan astuto ni tan maligno como se pretende... ó bien que todas las *manifestaciones* no son de él (1).”

Ponemos las relaciones del maestro y de los discípulos, sin debilitar la fuerza que entrañen, sin disfrazarlos en uno solo de sus rasgos. No obstante las apariencias en que se fortifican y de que toman ese tinte de falaz hermosura que puede deslumbrar á quien los contempla de paso, se les verá estremecerse como débiles arbustos de la mentira, á un aliento del comfortable céfiro de la verdad: se notará que basta un movimiento ligero de cabeza, para que la color,

(1) Allan Kardec, “Intervención de los demonios en las manifestaciones espíritas. Extracto publicado por la *Ilustración*, pág. 153 y 154. ®



bajo la cual ocultan horrorosas formas, caiga, no de otra suerte que sucede con el tinte de las mejillas de las muchas falsas bellezas que pululan hoy en las calles, en las plazas y en los teatros. Antes de responder, tomemos en cuenta ciertas expresiones, que desde luego llaman la atención.

¿Qué importa, se dice, que sea el diablo quien nos diga: "Sed perfectos como el Padre que está en los cielos." Mucho y nada. Mucho, si cuando tal dice el enemigo del linaje humano, es para hacernos tragar el anzuelo, en cuya punta está el veneno que nos mata; mucho, si usa de esas palabras, como de un cebo con que hacer pasar á nuestro apetito, tan inclinado á las golosinas, la hiel que nos amargaré, el gérmen que corromperá el pan con que nos alimentamos, por bien preparado y elaborado que esté. Nada, si tales consejos los encamina á procurar nuestro mejoramiento; nada, si al enseñarnos la hermosa máxima, se propusiera ayudarnos en la espinosa obra de nuestra salvacion. Pero si lo que se propone es hacernos retroceder, si lo que se propone es perdernos, como en efecto sucede, el nada se convierte en mucho, en todo, para decirlo de una vez.

El demonio no varía de opinion ni fácil ni difícilmente. Cuando concibe una cosa, la concibe de la manera que siempre la ha de concebir. El demonio de hoy, oculto bajo el brillante ropaje de la ciencia moderna y en los efluvios *invisibles* del magnetismo animal, es el mismo demonio de hace seis mil años, calándose la máscara del engaño y cubriéndose bajo las formas de la serpiente astuta. El mismo que en el paraíso y á la presencia de la primera pareja, tomó sacrílego en sus lábios, para perderla por la soberbia, estas palabras, proféticamente ciertas entonces y hoy históricamente verdaderas: *seréis como dioses, si comiereis del fruto de ese árbol*, puede tomar hoy con el mismo fin esas ú otras que se las parezcan.

El demonio dijo una verdad, pues cierto es que los cristianos, cuando siguen la bandera del crucificado, se deifican, son como dioses. Pero con la verdad perdió á nuestros primeros padres, que no advirtieron ó que no quisieron advertir que se servía de ella para inducirlos á la desobediencia, á la negacion de la obediencia, á la negacion práctica de la misma verdad.

La verdad, pasando por los labios satánicos, sale de ellos impregnada de veneno que mata.

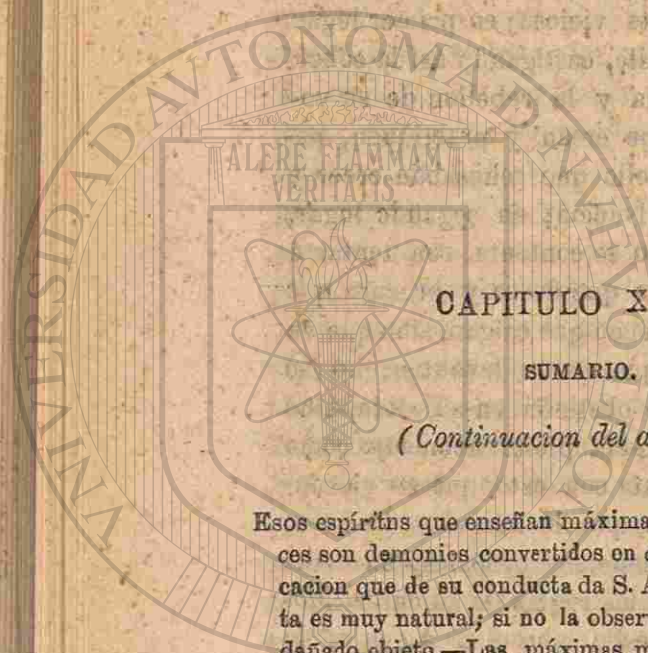


“Todos los días se ven, se asegura con énfasis, incrédulos y ateos, vueltos á Dios, orar con fervor, lo que nunca habian hecho; gentes viciosas trabajar con ardor en su mejoramiento.” En verdad á los incrédulos y á los ateos y á la gente viciosa se dirigen siempre los *susodichos* *espíritus*, de preferencia. La razon es natural y por demás sencilla; el terreno le está ya preparado; no hace otra cosa, al comunicarse con ellos, que voluntariamente se le ofrecen.

No se conduce de la misma suerte con los creyentes y con los buenos, á quienes tienta de otro modo, y con los que no tiene el suficiente valor para comunicárseles, hablándoles así en idéntico tono. Su táctica en este caso es diversa. Y ¡cosa singular! se han visto innumerables ateos é incrédulos y gente viciosa declararse por el espiritismo; pero no verdaderos creyentes y virtuosos. ¿No era más natural que esos *espíritus buenos* simpatizasen más con los hombres buenos que con los malvados, con los que confiesan, que con los que niegan á Dios; con los que creen, que con los que no creen? ¿Por qué, pues su recluta la hacen entre los criminales únicamente? ¿Y por qué si la pretenden hacer entre la gente honrada, no lo consiguen, aunque pongan en juego sus esfuerzos?

La respuesta se viene á los labios de cualquiera. El demonio se dirige á los ateos y á los incrédulos y á la gente viciosa; en primer lugar, porque Dios lo permite, castigando así la soberbia de su inteligencia y la rebelion de su voluntad, tolerando que crean y practiquen, para su perdicion, aquello que rehusaban creer y practicar para su salvacion; en segundo lugar, porque el demonio no se contenta con tentar á los que le sirven, sino que desea y procura que caigan; no se contenta con que caigan, sino que va más allá, y quiere que no se levanten; no se contenta con que se obstinen en su caida, sino que quiere que le rindan pleito homenaje como á señor; no se contenta con esto, que es ya mucho, sino que quiere que le adoren. Por esto dicta su evangelio, tiene sus oráculos, hace sus prodigios y establece las reglas de su culto. *Mo-  
na de Dios*, como le llamaba San Agustin, le pretende imitar en todo; y si el cristianismo engendra hombres buenos y perfectos por la humildad, el satanismo ó espiritismo forma hipócritas que parecen buenos y perfectos, pero que solo parecen. No debe asombrar, pues, ese mejoramiento de los ateos, incrédulos y gente viciosa que se afilian en los batallones de la nigromancia moderna.





## CAPITULO XLVI.

### SUMARIO.

(Continuacion del anterior)

Esos espíritus que enseñan máximas morales algunas veces son demonios convertidos en *angeles de luz*.—Explicacion que de su conducta da S. Agustín.—Esa conducta es muy natural; si no la observaran no lograrían su dañado objeto.—Las máximas morales que enseñan y los buenos consejos que dan, siempre van mezclados con otros consejos y máximas detestables.—Se citan algunos casos sacados de los anales del espiritismo práctico.—Reflexion.

Allan Kardec y todos los de su secta dan mucha importancia á argumento propuesto porque se funda en hechos que realmente tienen lugar algunas veces, y por el efecto que han pro-

ducido en el progreso de la propaganda espírita. Pero afortunadamente para la verdad los argumentos á que más importancia se da y que fascinan y seducen más á la multitud irreflexiva, son los más fáciles de refutarse.

No de ahora, sino de siglos atrás, consta la existencia de esos espíritus que, despues de mil errores prácticos á que impelen á algunos hombres, les enseñan máximas morales de alguna elevacion y les dan consejos verdaderamente prudentes. Aquellos malos demonios de que á cada paso hablan en sus obras Porfirio, Apuleyo, Jámblico, etc., y que se distinguen particularmente por el empeño que muestran en sus comunicaciones y en sus manifestaciones de hacerse pasar como dioses, en nada se diferencian de los demonios del cristianismo que suelen presentarse á los hombres convertidos en ángeles de luz, segun palabras de San Pablo. Y así como aquellos obrarian torpemente si en su afan de hacerse pasar por dioses, no tuvieran en cuenta que la primera condicion era la de convencer, siquiera sea aparentemente, su inclinacion natural hácia el bien y su apego á la virtud, así tambien estos serian nada ménos que unos *gurrapatos*, si deseando pasar por ángeles de luz, aparecieran cubiertos de tinieblas morales, em-



pujando únicamente hácia el mal y aconsejando en todas ocasiones el vicio.

Ya San Agustín se preguntaba en su tiempo: "¿Por qué los mismos demonios que por otra parte justifican con hechos innegables que no son otra cosa que espíritus inmundos, por qué, dice, estos mismos demonios dan en el secreto de sus santuarios algunas enseñanzas morales, según cuentan, á cierto número de iniciados?" "Si esto es cierto, se responde, no hacen más que ostentar en ello una malicia más refinada, y mayor astucia; porque tal es el poder de la probidad y de la castidad, que ninguno ó casi ninguno hay que no desee ser alabado por ellas, ni de corazón tan corrompido que haya perdido el sentido de lo honesto. Si, pues, no se transformasen, como dice la Escritura, algunas ocasiones en ángeles de luz, los demonios no podrían consumir su obra de seducción. Así es, que la impureza se ostenta descarada á la vista de todo el mundo y la castidad balbucea entre las sombras algunas palabras al oído de un pequeño número de iniciados. Las lecciones del vicio son públicas; las de la virtud son secretas. El honor se oculta: la vergüenza se manifiesta. Las malas acciones atraen una muchedumbre de espectadores; las buenas palabras encuentran

apenas algunos oyentes: ¡como si lo honesto debiera ruborizar, y gloriarse aquello que no lo es! Pero ¿dónde pasa esto si no en los templos de los demonios? ¿dónde si no en los receptáculos de la impostura? ¿y por qué? para seducir á los hombres virtuosos que son siempre los buenos, y para que no se corrijan los malos que son siempre las más (1)."

Esto que San Agustín decía en su tiempo á los antiguos espiritistas, podemos repetir nosotros hoy á los modernos nigromantes. Si esos espíritus invisibles ó demonios, que tal es su verdadero nombre, que hoy hacen irrupción en el mundo, porque juzgan fácil de volverle á unir á su carro, como le tenían ántes del cristianismo, no se convirtieran en ángeles de luz; si no dieran á sus aspiraciones algunas veces esos rasgos de virtud, esas tendencias al bien; si en sus predicaciones no cuidaran de mezclar á la zizaña que tratan de aumentar, algunos granos de trigo; si siempre predicaran el mal y aconsejaran el crimen, serian imposibles de todo punto sus conquistas. Si, pues, todo su deseo se cifra en realizarlas, es natural que pongan para ello los medios adecuados, por más que abriguen

(1) De civitate Dei, Lib. II, cap. 26.



hacia esos medios, repugancias invencibles; pues de otra suerte la infusa obra que se proponen no pasaria de una quimera.

No debe de asombrar, por consiguiente, que de vez en cuando hablen con entusiasmo de Dios y de su culto, con celo, de moral y de religion y con verdadera uncion, de la inmortalidad del alma humana y de la felicidad eterna que se la espera. No deben juzgarse por solo sus palabras, sino sobre todo por sus hechos. Siguiendo esta regla de buen criterio, á poco de observar unas y otros, se podrá venir en conocimiento de que el dios que con entusiasmo predicán, es ellos mismos que quieren ser adorados, ó el alma universal del mundo que, adorada por los hombres, consigaará irrevocablemente á estos á su tenebroso reinado; que la moral y la religion que pone en tan laboriosa actividad su celo, es la moral de Epicuro y de Lucrecio, del Baron de Holbach y de Pigault Lebrun, es la religion de Empedócles y de Pitágoras, de Espinosa y de Kant; que la inmortalidad del alma se reduce á una vida más ó ménos larga en las regiones de los espacios, para ir en seguida á gozar de esa su felicidad eterna, que de todos modos se obtiene y que deben gozar juntamente los opresores y los oprimidos, los engañadores y

los engañados, los seductores y los seducidos, los verdugos y las víctimas, y en suma los malvados y los buenos, sea cual fuere el número de crímenes que aquellos hayan cometido perseverando en ellos hasta la muerte, sea cual fuere el número de virtudes que estos hayan practicado hasta el término de la vida.

De estas contradicciones de los agentes invisibles, hemos puesto ya varios ejemplos en otro lugar. Citarémos algunos ahora en que se advierte á primera vista ese su empeño en todas materias de mezclar la verdad con el error, lo bueno con lo malo; y todo con el objeto de seducir y de engañar. *Para agradar á Dios es necesario amar á sus semejantes*, decia un espíritu que se comunicaba en 26 de Marzo de 1854, en un lugar de la Francia, en casa de Mr. A.... Máxima es esta enteramente conforme con la moral cristiana. *Es necesario ser sóbrio, continúa, la peor de todas las acciones es beber y comer demasiado.* Ved aquí ya el pecado animal, permitasenos llamar así á la gula, puesto sobre todos los pecados, incluso el de la idolatria; he aquí el yo considerado como superior al mismo Dios.

En otra sesion un espíritu dice: *es necesario seguir las leyes de Dios y de la naturaleza; amar*



*a los hombres, es amar á Dios....., lo cual conducirá al hombre á la felicidad. Y apenas acaba de decir esto, cuando exclama; el cielo es una cosa imaginaria....., la muerte es nada....., los malos no serán separados de los buenos....., el alma va á la inmensidad..... (1)*

*— Otro espíritu decía á Home: Fe en Dios y el cambio que se hará en el mundo será de los más gloriosos. Todos los otros dioses deben humillarse ante El. Vos otros debéis hacer todo lo posible por destruir la idolatría de rango, de fortuna, del yo, de la inteligencia y del saber (2).*

*Oid como explica otro espíritu aquellas palabras del Divino Salvador, "El hombre no separe lo que Dios unió." Cuando Jesucristo ha dicho, son palabras del Espíritu, el hombre no separe lo que Dios ha unido, debe entenderse de la union segun la ley de Dios y no segun la ley ver-sátil de los hombres.*

*El divorcio es una ley humana que tiene por objeto separar legalmente lo que está separado de hecho. Esta ley no es contraria á la ley de Dios, puesto que no reforma, sino lo que han hecho los hombres. El mismo Jesus no ha consagrado la*

(1) Bizonard, Des raportes de homme avec le demon. Tomo VI pág. 206.

[2] Obra citada pág. 409.

*indisolubilidad del matrimonio. El llamado espíritu de San Pablo, evocado en Paris en 1860, termina así su instruccion relativa á estas palabras, "Fuera de la caridad no hay solvacion;" amigos míos, d á gracias á Dios porque os ha permitido que podais gozar de la luz del espiritismo; obraid de suerte que al veros se pueda decir que verdadero espíritu y verdadero cristiano, son una sola y misma cosa.*

*Un espíritu protector evocado tambien en 1863 comenta esta máxima moral de los Libros Santos, "La fe traslada la montañas," del siguiente modo: los apóstoles, á ejemplo de Jesus han hecho tambien milagros. Estos milagros no eran otra cosa más que efectos naturales cuya causa era desconocida á los hombres de entonces, pero que hoy se explica en gran parte y se comprenderá del todo por el estudio del espiritismo y del magnetismo (1).*

*Como se ve de estas comunicaciones así como de otras á que nos hemos referido en el cuerpo de lo escrito hasta aquí, los espíritus ó agentes invisibles no desdeñan del todo la verdad, ni se muestran absolutamente enemigos de la moral y de la religion, en algunas ocasiones.*

(1) Obra citada pág. 575 y 576.

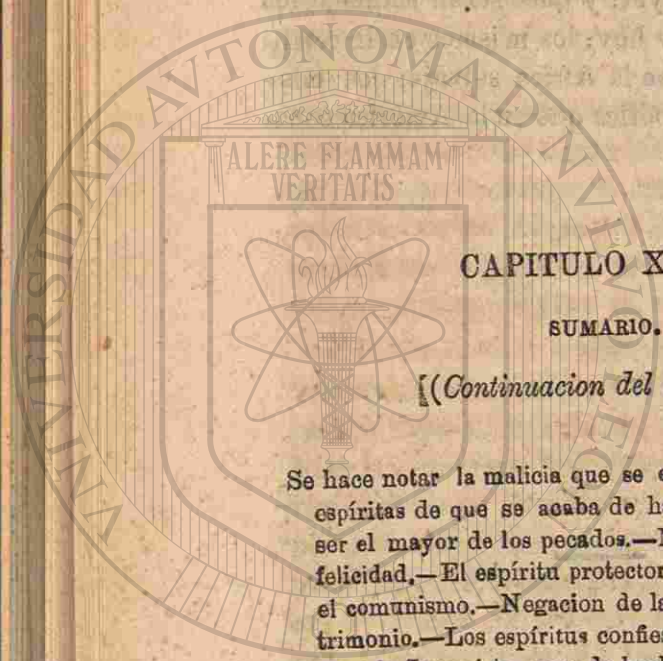


Pero al mismo tiempo se ve que, si pronuncian una verdad, es para confundirla en seguida con un error y formar un todo monstruo so que llene de tinieblas á las inteligencias; que si inspiran algun buen consejo y hablan de moralidad y de religion, es para inspirar otros verdaderamente infenos, para convencer de la existencia de una moral corruptora del corazon y de un culto idolátrico, depresivo de la dignidad humana y que aleja á los hombres cada vez más del fin para que fueron criados.

Esta conducta que observan los espíritus revela su malicia y no su bondad. Si fuesen espíritus buenos, solamente aconsejarían el bien y nunca el mal; únicamente inclinarían a la virtud y nunca impelerían, ni descarada ni solapadamente, hácia el vicio. De que aconsejen ó prediquen ordinariamente el mal, ó aun cuando sea de tiempo en tiempo, se deduce bien que sean seres malignos por índole, y no puede inferirse de que prediquen y aconsejen alguna vez el bien que puedan ser espíritus buenos, porque no se concibe que aquel que es malo, para conseguir sus ocultos fines, ponga en juego todas sus artes sin menospreciar aun aquellos medios que le repugnan; no se concibe de igual modo que aquel otro que es bueno aconseje, siquiera

sea raras ocasiones, cosas que no van conformes con los sanos principios de la moral que son los mismos hoy que ayer, y que serán mañana los mismos que ayer y hoy; los mismos en la civilizada Europa que en la Africa salvaje; los mismos en la Asia despótica que en la América constitucional.





## CAPITULO XLVII.

### SUMARIO.

[(Continuacion del anterior.)]

Se hace notar la malicia que se encierra en las máximas espíritas de que se acaba de hablar.—La gula resulta ser el mayor de los pecados.—Negacion de la suprema felicidad.—El espíritu protector de Home predicando el comunismo.—Negacion de la indisolubilidad del matrimonio.—Los espíritus confiesan de palabra los milagros de Jesucristo, pero de hecho los niegan, afirmando que son efectos naturales.—Reflexiones.

Pero, por seguir el hilo del raciocinio, nos olvidábamos de hacer notar toda la monstruosidad, toda la malicia é hipocresía que se encierra en las máximas que ya copiamos; aunque, por otra parte, conocemos que no es tan necesari-

rio, al ménos para entendimientos un tanto cuanto reflexivos. Mas el raciocinio ganará mucho en fuerza, sin duda, si se corporiza, por decirlo así, y pone en relieve la base en que descansa.

Llamamos ya la atencion sobre la rapidez con que pasa el espíritu evocado en 26 de Marzo de 1834, en casa de Mr. A. . . . . de la más pura verdad primero, á lo que es tambien verdad, pero no de la misma gerarquía, y de aquí al error con apariencias de verdad; pues si bien es cierto que es malo *comer y beber demasiado*, esto moral y fisiológicamente no es lo *peor*, como se asienta. ¿Y por qué? No nos equivocamos al juzgar que se pondera tanto el mal de la gula, para que se vean con menor repugnancia faltas de mayor gravedad, y para que se rompa más fácilmente el freno de leyes superiores en órdenes más elevados. Tambien puede ser muy bien que el fin oculto sea conducir poco á poco al materialismo, estableciendo la superioridad de la materia sobre todo.

El otro espíritu apenas acaba de decir: *amar á los hombres es amar á Dios; y esto conduce á la felicidad*: máximas enteramente cristianas, cuando nos habla, sin hacer reparos ni parar mientes en la contradiccion, y como de paso, de que el

LA NIGROMANCIÁ: TOM, II.—31



*cielo es imaginario, y la muerte es nada, y de que la suerte de los buenos será igual á la de los malos.*

Si el cielo es imaginario, ¿en dónde se encuentra la felicidad? Si la muerte nada significa, ¿qué cosa es entonces la vida? Y si la virtud y el vicio se confunden en los que los practican, ¿cuál es la moralidad que se inculca, cuáles los principios de justicia eterna que se proclaman?

El espíritu protector de Home deja la moral del individuo, y dándose aires de profeta y de reformador, se desliza suavemente en la moral social, minándola por su base y sirviéndose de palabras que suenan bien, pero que son trastornadoras del orden y altamente subversivas. Esa destrucción de la idolatría, del rango de fortuna, del YO de la inteligencia y del saber, es el aguijón con que se trata de irritar al demagogo que duerme, para que como un torrente devastador se precipite á echar abajo las montañas, para que todo sea valle, ó solevantar los valles para que todo sea montañas; y entonces, ó todo quedaría incendiado, ó en una sequedad que haría imposible la producción; el grito de muerte arrojado como una maldición al rostro de la riqueza individual y social, grito que la Comuna ha repetido ya de una manera pavorosa y en

medio de los estragos del puñal y del petróleo, en la nación que se llama el cerebro del mundo; sería, en suma, el despotismo que predica una cruzada contra la civilización, y que anuncia una nueva irrupción de bárbaros, como la empresa más gloriosa que se puede acometer en el porvenir.

Y como si no fuera bastante á los espíritus amenazar de muerte á la sociedad, soplan el incendio en el santuario del hogar, destruyéndolo por medio del divorcio que se llama legal, y que separando sus piedras fundamentales, derrumba un edificio que no es obra de los hombres, sino de la Divinidad. ¿No veis con qué tranquilidad se seienta que *la ley del divorcio no es contraria á la ley de Dios?* ¿No veis con qué cinismo se miente, afirmando que *Jesucristo no ha consagrado la indisolubilidad del matrimonio?*

Pero no es sobrado destruir la sociedad y la familia; es necesario no detenerse y avanzar al punto de estación que principalmente se propone; es fuerza arruinar la religión, rompiendo sus vínculos y desmoronando sus cimientos. Por esto, otros espíritus os dicen que la caridad, que sabemos que es una hermosa trinidad de amores que une el cielo con la tierra, y la tierra consigo



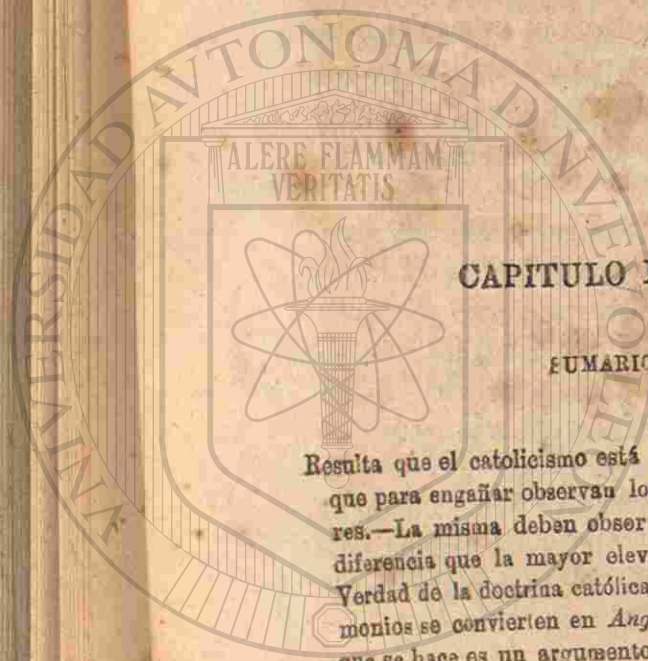
misma, no es más que el *espiritismo* ó la superstición. Y más adelante se os hablará de los milagros, que son la prueba de la divinidad de la religión, asegurando primero que Jesucristo los hizo y los hicieron los apóstoles, rindiendo con tal afirmación un tributo á la verdad evangélica; y despues, como que los espíritus se espantan de confesion tan paladina, ya os hablarán y dirán que esos milagros no eran verdaderos milagros, sino *efectos naturales cuya causa era desconocida á los hombres de entónces; que hoy se explica en gran parte, y se comprenderá del todo por el estudio del espiritismo y del magnetismo*. Segun esto último, á pesar de lo que se habia dicho al principio, ni Jesucristo ni los apóstoles hicieron milagros; hicieron lo que diariamente un estudiante en un gabinete de física ó en un laboratorio químico, provocando la electricidad de los cuerpos por el frotamiento, desarrollando las corrientes magnéticas por el contacto con los imanes, ó combinando de mil modos sales con ácidos y ácidos con sales. Jesucristo, ¡oh blasfemia! y los apóstoles, ¡oh ceguedad! no fueron otra cosa que magnetizadores de gran potencia, físicos de superiores conocimientos prácticos, químicos de grandes recursos, ó *mediums* inocentes, que decían lo que otros pensaban y que

ellos ignoraban, y hacían lo que otros únicamente sabían y disponían.

Hé aquí lo que vale á los espíritus proclamar una verdad, é inspirar al oído una máxima de excelente moral. Les cuesta poco un grito y una sugestión en ese sentido, para dispensarse del trabajo que ocasionan y de la repugnancia que les causan.

Con esta especie de pasaporte, con esta careta, ya pueden en seguida penetrar en las conciencias y en las almas de los que se preocupan en su favor, y sembrar la zizaña que quieren sembrar, y recoger abundante cosecha. Si no supiesen inspirar confianza de este modo, los espíritus eran perdidos; su propaganda sería la cosa más torpe y más necia; vendrían á hacer el papel, con respecto á los hombres, de inteligencias estúpidas y de verdaderos *gurrripatos*.





### CAPITULO XLVIII,

#### SUMARIO.

Resulta que el catolicismo está en la verdad.—Conducta que para engañar observan los seductores más vulgares.—La misma deben observar los *espíritus*, sin más diferencia que la mayor elevación de sus artificios.—Verdad de la doctrina católica que enseña que los demonios se convierten en *Angeles de luz*.—La objeción que se hace es un argumento en favor de la doctrina.—Consecuencias.

Resulta, por el contrario, que el catolicismo está en la verdad, cuando atribuye á los demonios los fenómenos, comunicaciones y manifestaciones espíritas; que el espiritismo se ve en el caso de inventar una nueva teoría ó de resucitar

un viejo sistema, y en el de criar, con el poder efímero de su palabra, nuevos seres habitantes de los espacios, ó de bautizar con otro nombre los que fueron criados desde el principio; pues de otra manera no le es posible explicar los mil absurdos y contradicciones que ve realizados. El catolicismo, sin necesidad de hacer representar á los demonios en sus funestas comunicaciones con el hombre que voluntariamente se le rinde, un estúpido papel, ni de convertirlos en atolondrados *gurripatos*, explica todos estos fenómenos mágico-espíritas de la manera más fácil y sencilla, más natural, más razonable y satisfactoria.

Podemos llegar al conocimiento de cómo deben conducirse los demonios, cuando tratan de hacerse adorar por los hombres y de extraviarlos del camino recto por medio de la seducción y del engaño, viendo lo que los hombres malvados acostumbran hacer para pervertir á sus semejantes, é inclinarlos á cometer este delito ó aquel crimen.

El seductor más vulgar de entre los hombres, si se propone propagar un error, jamás dice que es un error; si intenta buscar un cómplice de sus iniquidades, nunca muestra los actos en que estas consisten por el lado deforme



que constituye su parte positiva, sino que les busca el lado más hermoso y halagüeño, y los muestra por éste; y ya que no le es posible hacer ver en ellos la belleza real, se esfuerza en revestirlos con falsas apariencias de belleza. Se propone, por ejemplo, inducir á un acto deshonesto, y procura hacer sentir con la palabra los goces de la sensualidad; piensa inducir á que se cometa un robo, y habla de las fáciles utilidades que se obtendrán y del bienestar que proporcionará el disfrute de los bienes que se codician; pero no es probable que en ningún caso haga la apología de la fornicación, ni presente el robo como una virtud.

El seductor más vulgar entre los hombres, siempre hace caer en el error, valiéndose de una verdad que, con artificio y malos argumentos que no todos son capaces de resolver, relaciona con aquel; induce al vicio, haciendo grandes elogios de la virtud. Nunca dá el veneno que mata, solo y diciendo este es veneno, sino que le mezcla con los alimentos ordinarios que contienen la vida, repitiendo que aquel presente es un manjar gustosísimo; nunca escancia la hiel que amarga el paladar, llenando la copa de pura hiel, sino que vierte en una buena cantidad de néctar una ó dos gotas de acíbar; nunca pondrá

en la mano de ninguno el áspid cuya ponzoña quiere aprovechar, sino que cuidará de ocultarle entre las flores, hermosas á la vista y suaves al olfato por su fragancia.

Todo esto hace el seductor más vulgar entre los hombres, y todo esto se ve en la necesidad de hacer, si es que ha de lograr los perversos fines que le determinan. En el momento en que se resolviera á obrar descaradamente y con franqueza, presentando el error como error, el vicio como vicio, y el veneno como veneno, la hiel como hiel y el áspid sin nada que ocultase su deformidad, debería perder toda esperanza de conseguir su objeto; representaría con respecto á los hombres que se proponía seducir y engañar, el papel de un atolondrado *gurrripato*.

Si de aquella suerte tiene que obrar el hombre seductor, cuyo entendimiento y perspicacia son siempre inferiores al entendimiento y perspicacia de los *espíritus*, de la propia manera tendrían que obrar éstos para engañar y seducir, sin otra diferencia que refinar más sus artificios con los recursos de su mayor inteligencia, y de sus más exactos conocimientos acerca de la naturaleza moral del hombre.

El catolicismo, pues, que enseña que muchas veces los demonios se convierten en ángeles de



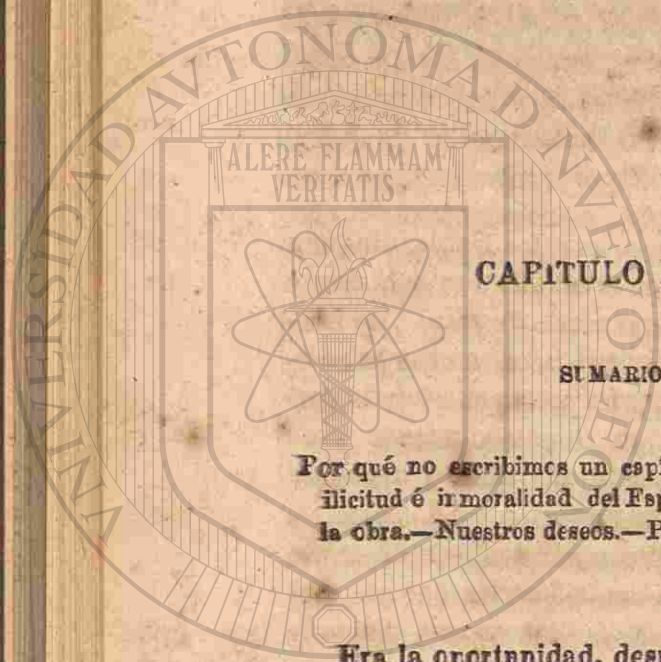
luz para arrastrar más fácilmente á los hombres al abismo de tinieblas; que predicán la verdad, para inducir al error; que se constituyen en panegiristas de la virtud, para corromper, hace representar á los demonios el papel que les corresponde de inteligencias superiores aunque malignas, no un papel estúpido, les da á conocer como espíritus eminentes, aunque engañadores, y no como atolondrados *gurripatos*, según se esfuerzan en convencerlo los espiritistas.

La objecion, pues, de que nos ocupamos, léjos de fundar un argumento en contra de la doctrina católica acerca de los demonios, suministra una razon más en favor de ella.

En consecuencia, podemos ya concluir de cuanto hemos expuesto en los últimos capítulos, que los demonios del cotolicismo, es decir, esas inteligencias puras en un principio, corrompidas por su soberbia despues, y obstinadas en el mal por toda la eternidad, existen realmente, no son mitos ni una personificacion alegórica del principio del mal, ni fantasmas á que ha dado cuerpo la imaginacion ó el interés de los teólogos, que se supone buscaban algo con que espantar á la incauta muchedumbre y tenerla temblando á su servicio. Todo esto no es más que recursos de que la incredulidad y las pasiones desenfren-

nadas se valen para hacerse ruido y formarse una atmósfera artificial de falsa calma y de aparente tranquilidad. Todo ello no es más que declamaciones vulgares y verdadera gerizonza.





CAPITULO XLIX.

SUMARIO.

Por qué no escribimos un capítulo aparte acerca de la ilicitud é immoralidad del Espiritismo.—Conclusion de la obra.—Nuestros deseos.—Protestas del autor.

Era la oportunidad, despues de todo lo hasta aquí escrito, de poner un capítulo aparte en que nos ocupáramos en demostrar lo inmoral é ilícito que es á los católicos y á los que no lo son, consagrarse á las prácticas del espiritismo. Pero como su ilicitud é immoralidad aparecen de su misma historia; y por otra parte en el curso de nuestra polémica hemos hecho patentes una

y otra, sin proponérselo directamente, ya por medio de nuestras pobres reflexiones, ya por medio de las de escritores de gran peso, ya por medio de resoluciones autorizadas de los gefes de la Iglesia católica que hemos copiado ó á que nos hemos referido, nos parece inútil y superflua semejante tarea.

Si el árbol se conoce por los frutos, ninguno hay ciertamente en el mundo que con mayor diligencia deba ser arrancado de raíz. La historia de los hechos espiritísticos, en sus relaciones con el hombre, nos ha puesto en claro la corrupcion que inculca en su entendimiento y en su corazon, pervirtiendo sus ideas y haciendo que degeneren sus sentimientos. La locura, el suicidio y la irreligion aparecen ser el triple término á donde son conducidos los que por medio de las prácticas de la nigromancia tienen la gran desdicha de ponerse en relaciones con el demonio. Doctrina que tan espantosos efectos produce no puede, aunque lo prediquen sus sectarios, reputarse nunca lícita y moral. Con poco que se reflexione, la inteligencia ménos perspicaz no podrá ser seducida ni engañada por el pálido destello de verdad con que se pretende encubrir hondos y lóbregos abismos de error. ®



Esta, pues, será nuestra última palabra acerca del espiritismo.

Con ella y con la ayuda de Dios, hemos tocado el fin de nuestro trabajo. Dios que nos ha ayudado quiera hacerlo fructuoso á nuestros semejantes á quienes amamos. Un poco de bien que hayamos contribuido á que se haga, es la única recompensa que ambicionamos.

Solamente nos faltan dos cosas: una que debemos á nuestra Madre la Iglesia Católica, y otra que debemos á nuestros hermanos desgraciados que hemos venido combatiendo.

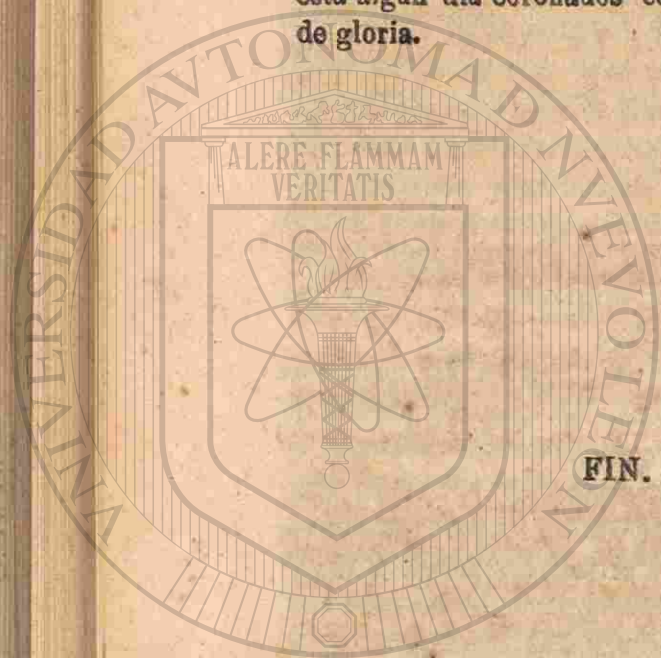
Como al encargarnos de las varias cuestiones que hemos discutido en estos estudios, hemos tenido necesidad de ocuparnos en algunos puntos de religion, de dogma y de moral, es posible que hayamos incurrido en alguna equivocacion, y dicho algo que no vaya conforme con la Religion Católica en cuyo seno nacimos, vivimos y queremos morir, con el dogma católico, único razonable al cual hemos tenido, tenemos y deseamos tener siempre encadenada nuestra inteligencia, ó con la moral católica, la sola que, practicada, puede obrar la regeneracion interior del hombre, y perfeccionando á éste por grados, restituirle la semejanza de aquel que le crió á su imagen. Si

tal ha sucedido, si tal hemos dicho, protestamos ante Dios y ante la Iglesia nuestra Madre, que ni nuestro error ni nuestras palabras han sido intencionales en el sentido de querer persuadir, creer y obrar otra cosa que lo que la Iglesia católica quiere que se persuada, crea y obre. Sujetamos, pues, todo lo que hemos escrito al infalible juicio de la misma Iglesia y de su cabeza el Soberano Pontífice, así como también al discreto, sapientísimo y autorizado del Pastor que inmediatamente nos rige.

En cuanto á nuestros desgraciados hermanos á quienes combatimos, les pedimos pordon de toda palabra que, en el calor inevitable de la discusion y en el entusiasmo por la defensa de la verdad, se nos haya podido escapar, injuriosa á sus personas, para nosotros inviolables y sagradas. Les protestamos igualmente que al combatirlos no nos hemos inspirado en ningún dañado sentimiento de odio y de malevolencia, y que como católicos y como hombres, los amamos con cristiana caridad; que somos enemigos irconciliables de sus doctrinas; pero que respecto de sus personas, somos los amigos más sinceros. Pedimos á Dios, con todas las veras de nuestro corazón, que les mande sus luces para que puedan ver la monstruosidad de sus errores, en;



tren por las únicas sendas rectas porque se camina del destierro á la patria, y nos veamos en ésta algun dia coronados con la misma aureola de gloria.



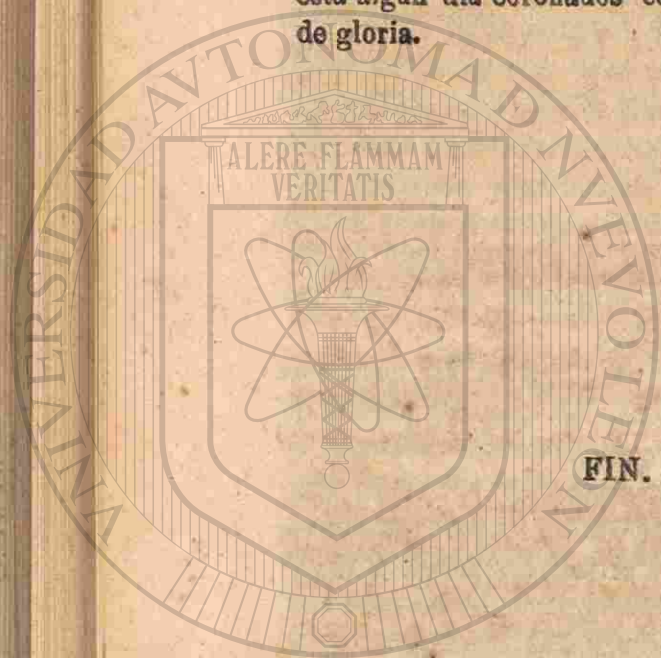
## SUPLEMENTO.

Ofrecimos por via de suplemento publicar concluida la obra, todas las disposiciones eclesiásticas relativas á la nigromancia moderna encubierta, ora en el magnetismo, ora en el somnambulismo, ora en el espiritismo, triple máscara con que acostumbra cubrirse el deforme rostro. Vamos á cumplir en parte nuestra promesa. Debíáramos comenzar por la Bula *Caeli et terras Creator* de Su Santidad el Sr. Sixto V, dada á conocer al orbe católico á mediados del siglo XVI; pero siendo grande su extension y refiriéndose á una época anterior á la aparicion ó resurrección

LA NIGROMANCIA. TOMO II.—32



tren por las únicas sendas rectas porque se camina del destierro á la patria, y nos veamos en ésta algun dia coronados con la misma aureola de gloria.



## SUPLEMENTO.

Ofrecimos por via de suplemento publicar concluida la obra, todas las disposiciones eclesiásticas relativas á la nigromancia moderna encubierta, ora en el magnetismo, ora en el somnambulismo, ora en el espiritismo, triple máscara con que acostumbra cubrirse el deforme rostro. Vamos á cumplir en parte nuestra promesa. Debíáramos comenzar por la Bula *Caeli et terras Creator* de Su Santidad el Sr. Sixto V, dada á conocer al orbe católico á mediados del siglo XVI; pero siendo grande su extension y refiriéndose á una época anterior á la aparicion ó resurrección.

LA NIGROMANCIA. TOMO II.—32



cion de la doctrina que hemos procurado impugnar, nos abstenemos de insertarla.

La primera resolucion eclesiástica de que tenemos noticia, fué de 23 de Junio de 1840. Lo refiere así el "Journal historique et littéraire de Liege," reproduciéndolo el Amigo de la religion, de 11 de Agosto del mismo año. Fué dada con motivo de la siguiente súplica dirigida al Sr. Gregorio XVI:

"N. ruega á V. Santidad tenga la dignacion de hacerle saber, para la instruccion y la tranquilidad de su conciencia, y tambien para la direccion de las almas, si es permitido á los penitentes tomar parte en las operaciones del magnetismo."

En la Congregacion general de la inquisicion romana tenida en 23 de Junio de 1840, en el convento de Santa Maria de la Minerva, en presencia de los Cardenales, se hizo la pregunta propuesta; y sus Eminencias respondieron en los siguientes términos:

"Remoto omni errore, sortilegio, explicita aut implicita dæmonis invocatione usus magnetismi, nempe merus actus adhibendi media physica aliunde licita, non est moraliter vetitus, dummodo non tendat ad finem illicitum aut quomodo cumque pravum. Applicatio autem prin-

cipiorum et mediorum pure physicorum ad res et effectus vere supernaturales, ut physica explicentur, non est nisi deceptio omnino illicita et hoereticalis."

A los pocos meses se dirigia á la misma Santísima Sede una segunda consulta que segun el Amigo de la Religion, estaba así redactada:

"Descubriéndose en las observaciones magnéticas una ocasion proxima á la incredulidad y á las malas costumbres, se desea, para la tranquilidad de las conciencias, conocer la opinion de la Santa Sede acerca de esto.

"Se conoce ya la respuesta dada por el Santo Oficio; pero seria provechoso obtener de la Santa Sede, si no una decision formal, á lo ménos una regla más determinada y más explicita sobre esta materia, á fin de que los gobiernos católicos, encargados por Dios de proteger la religion y de hacer las leyes para poner freno á las costumbres públicas, supiesen cómo conducirse." A esta consulta se respondió por decreto de 21 de Abril de 1841 de la Congregacion general de la Inquisicion Romana, aprobado por S. S. el Sr. Gregorio XVI, por medio de esta proposicion.

"*Usus magnetismi, prout exponitur non licere.*"

A poco tiempo el Obispo de Lausana, no satisfecho con las resoluciones hasta entónces pu-



blicadas, entrando en más detalles acerca de los hechos observados, dirigió á la misma Santa Sede nueva consulta. Hela aquí:

“*Eminentissime Domine.* Cum hactenus responsa circa magnetismum animaleminime sufficere videantur, sitque magnopere optandum, ut tutius magisque uniformiter solvantur casus non raro incidentes, infra signatus

“*Emittentiae vestrae humiliter sequentia exponit.*

“Persona magnetizata, quæ plerumque sexus est foemini, in eum statum soporis ingreditur, dictum *scnmanbulismum magneticum*, tum alte, ut nec maximus fragor ad ejus aures, nec ferri ignisve nulla vehementia illam suscitare valeant. Ab solo magnetizatore, cui consensum suum dedit (consensus enim est necessarius) ad illud extasis genus adducitur; sive variis palpationi simplici mandato eodemque interno, cum vel pluribus leucis distat.

“Tunc viva voce, seu mentaliter, de suo absentiumque penitus ignotorum sibi morbo interrogata, persona evidenter indocta illico medicos scientia longe superat: morborum intereorum in humano corpore, qui cognitu definitaque peritis difficillimi sunt, causam, sedem, naturam indigitat, eorumque progressus, variationes, et complicationes evolvit, idque propriis

“terminis; saepe etiam dicturum morborum diurnitatem exacte praementiat remediaque simplicissima et efficacissima praecipit.

“Si adest persona, de qua magnetizata mulier consulitur, relationem inter utramque per contactum instituit magnetizator; cum vero abest, cinnus ex ejus caesarie eam supplet ac sufficit. Hoc enim cinnino tantum ad palum magnetizatae admoto, confestim haec declarat, quid sit (quin adspiciat oculis), cujus sint capilli, ubinam versetur nunc persona ad quam pertinent, quid rerum agat, circaque ejus morbum omnia supradicta documenta ministrat, haud aliter atque si medicorum more corpus ipsa introspiceret.

“Postremo magnetizata non oculis cernit; ipsis velatis, quidquid erit illud legit legendi necia, seu librum, seu manuscriptam, vel apertum vel clausum, seu capiti vel ventri impositum. Etiam ex hac regione ejus verba egredi videntur. Hoc autem statu educta, vel ad jussum etiam internum magnetizantis, vel quasi sponte sua, ipso temporis puncto a se praeuuntiato, nihil omnino de rebus id paraxismo peractis sibi conscire videtur, quantumvis ille duraverit: quatenam ab ipsa petita fuerint, haec omnia



“nullam in ejus intellectu ideam, nec minimum in  
“memoria vestigiū reliquerunt.

“Itaque orator infrascriptus, tam validas cer-  
“nens rationes dubitandi, an simpliciter natu-  
“rales sint tales effectus, quorum occasionalis  
“causa tam parum cum eis proportionata de-  
“monstratur, enexi vehementissimeque vestram  
“Eminentiam rogat ut ipsa pro sua sapientia ad  
“majorem Omnipotentis gloriam, nec non ad  
“majus animarum bonum, quae a Domino re-  
“demptae tanti constiterunt, decernere velit, an  
“posita praefatorum veritate Confessarius, Pa-  
“rochusve tuto possit poenitentibus aut paro-  
“chianis suis permittere:

“1. ° Ut magnetismum animale, illis cha-  
“racteribus aliisque similibus praeditum, exer-  
“ceant, tamquam artem medicinae auxiliatricem  
“atque suppletoriam.

“2. ° Ut sese illum in statum somnambulis-  
“mi magnetici demittendos consentiant.

“3. ° Ut vel de se vel de aliis personas con-  
“sulant illo modo magnetizatas,

“4. ° Ut unum de tribus praedictis susci-  
“piant, habita prius cautela formaliter ex animo  
“renunciandi cuilibet diabolico pacto explicito,  
“omni etiam satanicae interventioni, quoniam  
“haec non obstante cautione a nonnullis ex mag-

“netismo hujusmodi vel iidem vel aliquot effec-  
“tus obtenti jam fuerunt.

“Eminentissime DD. Eminentiae vestrae.

“De mandato reverendissimi Episcopi Lausa-  
“nensis et Genevensis, humillimus obsequentis-  
“simusque servus SAC. XAVERIUS FONTA-  
“NA, Can. Cancell. Episc.

“Friburgi Helvetiae, ex aedibus Episc., die  
“19 Maii 1841.”

La reepuesta dada á esta pregunta tan por-  
menorizada, por la Sagrada Congregacion, fué  
la que sigue:

“*Sacra Poenitentiarum, mature perpensis expo-  
sitis, respondendum censet prout respondet: Usus  
magnetismi, prout in casu exponitur, non licere.  
Datum Romae, in S. Poenitentiarum, die 1 Julii  
1841. Card. CASTRACANE, M. P.—PH. PO-  
MELIA, S. P. Secretarius.*”

A proporcion que las prácticas supersticiosas  
fueron ganando terreno, principalmente en Eu-  
ropa, el supremo Jefe de la Iglesia Católica re-  
dobló su celo, fué más explícito en sus condena-  
ciones, y le plugo darles el carácter de universa-  
les. Así es que en 4 de Agosto de 1856 dirigió  
el Sr. Pio IX una Encíclica á todos los obispos  
de la cristiandad, cuyo tenor es el siguiente:



*Supremae sacrae Romanae Universalis Inqui-*  
*sitionis Encyclica, adversus magnetismi abusum.*  
Feria IV, die 30 Julii 1856.—In Congregatio-  
ne generali S. R. et universalis Inquisitionis,  
habita in Conventu S. M. super Minervam,  
Emi. ac Remi. DD. Cardinales, in tota repu-  
blica christiana adversus haereticam pravita-  
tem generales Inquisitores, mature perpensis  
illis, quae circa gravitatem magnetismi experi-  
menta a viris fide dignis undequaque relata  
sunt, decreverunt edi praeseantes literas ency-  
clicas ad omnes Episcopos, ad magnetismi usum  
compscendos.

Etenim compertum est novum quoddam su-  
perstitionis genus inveni ex phaenomenis mag-  
neticis, quibus haud scientiis phisicis enuclean-  
tis, ut par esset, sed decipiendis, ac seducen-  
dis hominibus student neoterici, plures, rati  
posse occulta, remota ac fatura detegi magne-  
tismi arte, vel praestigio, praesertim ope mu-  
liercularum, quae unice a magnetizatoris natu-  
pendent.—Nonnullae jam hac de re a S. Sede  
datae sunt responsiones ad peculiare casus,  
quibus reprobantur tanquam illicita illa expe-  
rimento, quae ad finem non naturalem, non ho-  
nestum, non debitis mediis adhibitis assequen-  
dum, ordinantur; unde in similibus casibus de-

cretum est Feria IV, 21 Aprilis 1841, usum  
magnetismi, prout exponitur, non licere. Simili-  
ter quosdam libros ejusmodi errores perviva-  
citer disseminantes prohibendos censuit S. Con-  
gregatio. Verum quia praeter particulares ca-  
sus, de usu magnetismi agendum est, hinc per  
modum regulae sic statutum fuit Feria IV, 28  
Julii 1847: *Remoto omni errore, sortilegio expli-*  
*cita aut implicita daemone invocatione, usus*  
*magnetismi, nempe merus actus adhibendi media*  
*physica aliunde licita, non est moraliter veti-*  
*tus dummodo non tendat ad finem illicitum,*  
*aut quomodolibet pravam. Applicatio autem*  
*principiorum, et mediocum pure physicorum ad*  
*res, et effectus vere supernaturales ut physice ex-*  
*plicantur non est nisi deceptio omnino illicita, et*  
*haereticalis.*—Quamquam generali hoc decreto  
satis explicetur licitudo; aut illicitudo in usu,  
aut in abusu magnetismi tamen adeo crevit,  
hominum malitia ut neglecto licito studio scine-  
tiae, potius curiosa sectantes, magna cum ani-  
marum jactura, ipsiusque civilis societatis de-  
trimento, ariolandi, divinandi principium  
quoddam se nactos gloriatur. Hinc somnambu-  
lismi et clarae intuitionis, uti vocant, prestigiis  
mulierculae illae, gesticulationibus non sem-  
per verecundis, abreptae, se invisibilia quae-



“que conspiciere effatint, ac de ipsa religione ser-  
“monis instituire, animas mortuorum evocare,  
“respondea accipere, ignota ac longinqua detega-  
“re, aliaque id genus superstitiosa exercere au-  
“an temerario praesumunt, magnum quaestum  
“sibi ac dominis suis divinando certo consecutu-  
“ras. In hisce omnibus, quacumque demum  
“atantur arte, vel illusionem, cum ordinentur me-  
“dia physica ad effectus non naturales, reperi-  
“tur deceptio omnino illicita et haeretica, et  
“scandalum contra honestatem morum. Igitur da-  
“tantum nefas, et religioni et civili societati in-  
“feratissimum efficaciter cohibendum, excitari-  
“quam maxime debet pastoralis sollicitudo, vigi-  
“lantia ac zelus Episcoporum omnium. Quapro-  
“pter quantum divinae adjutrici gratia poterant,  
“locorum ordinari, qua pateant charitatis monitis,  
“quaseveris oblationibus, qua demum juris  
“remediis adhibitis, prout attentis locorum, per-  
“sonarum temporumque adjunctis, expedire in  
“domino indicaverint, omnem impendant operam  
“ad ejusmodi magnetismi abusus reprimendos et  
“evellendos, ut dominicus grex defendatur ab  
“inimico homine, depositum fidei sartum tectum.  
“que custodiatur, et fideles sive crediti a morum  
“corruptione praeserventur. Datum Romae in  
“Cancellaria S. Officii, apud Vaticanum die 4  
“Augusti 1856. —V. Card MACCHI.

Ultimamente en 21 de Mayo de 1855 se pu-  
blicó otra Enciclica á todos los obispos é inquisi-  
dores del Estado Pontificio, y es la que incerta-  
mos en seguida:

“Desde que empezaron á divulgarse los fenó-  
“menos magnéticos, consultada la Santa Sede,  
“expidió varias, decisiones por conducto de la  
“penitenciaría y del Santo Oficio, relativas á  
“casos particulares propuestos acerca de si era ó  
“no lícito el uso del magnetismo. En cuanto á  
“la máxima general, despues de profundas dis-  
“cusiones, en la féria IV, 23 de Julio de 1847,  
“renovando las resoluciones de 23 de Junio de  
“1840, se decreto lo siguiente: *Remoto omni er-  
“rore, sortilegio, explicita demonis invocatione  
“usus magnetismi, nempe merus actus adhibendi  
“media physica aliunde licita, non est, moraliter  
“vetitus, dummodo non tentat ad finem illicitum  
“aut quomodocumque pravam. Applicatio autem  
“principiorum et mediorum pure physicorum ad  
“res et effectus vere supernaturales ut physice ex-  
“plicentur, non est nisi deceptio omnino illicita et  
“haeretica.*” Aun cuando con este decreto pa-  
“reciera conciliarse lo que respecta á la ciencia  
“física, y la represion de viciosas y reprobadas  
“aplicaciones magnéticas; cau todo, una triste  
“experiencia ha dado á conocer la necesidad de



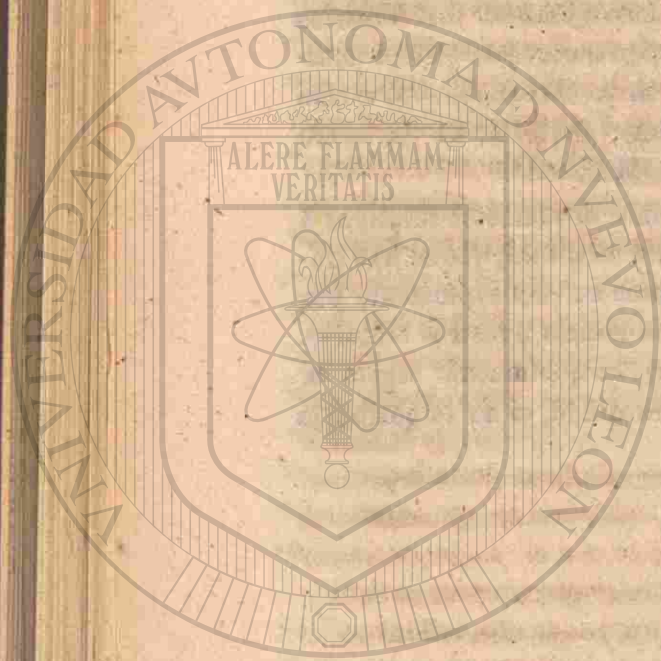
“previencias más eficaces: por cuanto no se em-  
“plea el magnetismo de la manera debida y pa-  
“ra honestos fines naturales; sino que, según las  
“continuas reclamaciones de atendibles sujetos,  
“remitidas de muchas de las ciudades del mis-  
“mo Estado Pontificio, hay magnetizadores que  
“acostumbran aplicar el magnetismo, para fines  
“no naturales, con gravísimo perjuicio de la mo-  
“ralidad privada y de la común pública, sirvién-  
“dose de mujeres que se sujetan á tomar actitu-  
“des descompuestas y pretendiendo además adi-  
“vinar y revelar ocultos y futuros acontecimien-  
“tos. En su vista, no estando esos espectáculos  
“exentos de una ilícita é irreligiosa ilusión, se  
“ha juzgado necesario prohibirlos por completo  
“y castigar á sus autores, cooperadores y fau-  
“tores.

“Por lo cual se previene á todos los Obispos  
“é Inquisidores de nuestras provincias que vigi-  
“len sobre ello y procedan sumariamente por la  
“via económica, *inspecta rei veritate*, previo el pa-  
“recer de personas timoratas y doctas, propor-  
“cionando la pena á la delincuencia, con prision  
“que ha de determinarse por tiempo, según la  
“mayor ó menor culpa, y teniendo informada de  
“ello á la suprema, particularmente cuando el  
“uso del magnetismo, por aparecer acompañado

“de circunstancias heréticas, exigiera, un rigu-  
“roso proceso conforme á los sagrados cánones.  
“Esta circular será comunicada á los Vicarios  
“de los distritos, y se procurará su exacto cam-  
“plimiento. Roma, en la Cancillería del Santo  
“Oficio en el Vaticano, feria IV, 21 de Mayo  
“de 1865.—V. Card. MACCHI.”

Estos son los últimos documentos relativos á  
la materia de que trata esta obra, que se han pu-  
blicado. Los pormenores en este suplemento por  
sí de ellos no tuviesen noticia nuestros lectores.  
Su conocimiento impedirá que muchos caigan en  
el abismo de donde es difícil, si no imposible la  
salida.





## INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

Págs.

Capítulo I.—*Sumario.*—Exámen de la teoría del somnambulismo.—Hay quienes traten de conciliar éste con el magnetismo.—Condiciones que se presuponen para la producción de los fenómenos.—Contradicción entre los partidarios de una y otra teoría.—No se niega el somnambulismo artificial; mas él no explica los fenómenos.—Se demuestra esto respecto de los físicos y de los mecánicos.—Caso referido por Paysegur.—Los pájaros de M. Treffen más inteligentes que el aldeano de Buzancy.—Se necesita una inteligen-





cia y una voluntad para la producción de los fenómenos; pero no pueden ser las del somnábulo.—El *hipnotismo* tampoco dá la explicación.—Demostración..... 5

Capítulo II.—*Sumario*.—Se ataca la teoría del somnambulismo en su base.—Papel que desempeñan los sentidos en los *hipnotizados* y en los somnábulo.—Ellos son cadenas del alma.—No se demuestra, sino por la necesidad en que se está de explicar los fenómenos.—Si el somnambulismo es la causa, los noctámbulos obrarían aquellos prodigios, y no los obran.—Diferencias entre los somnábulo y los noctámbulo.—El somnambulismo no produce los fenómenos porque sea *magnético*, ni porque sea *nervioso*.—Absurdo en que está basada la teoría del somnambulismo.—Supone que el alma puede obrar sin el auxilio de los sentidos.—Semejante supuesto es falso.—El hombre es un ser compuesto de alma y cuerpo, de forma de y materia.—Es un todo, uno é indivisible.—La unión de su alma y de su cuerpo no es accidental, sino sustancial.—Consecuencias de estas verdades.—El

alma obra conforme á su naturaleza, cuando lo hace sirviéndose de los sentidos.—Si se la priva de ellos, se le hace violencia.—El somnambulismo artificial se halla en este caso.—El cuerpo es cárcel y los sentidos cadenas conforme á la opinión de los que combatimos.—Yerran y se engañan á sí mismos..... 17

Capítulo III.—*Sumario*.—El hombre, rey, convertido en esclavo; Señor, hecho prisionero de la materia.—En qué consiste su grandeza.—La teoría que enseña que los sentidos son cadenas y el cuerpo cárcel, destruye aquella agrandez.—La unión de su alma con el cuerpo no es tampoco una pena como se supone.—Con esto se hace de la humanidad una raza de malvados.—Pasajes de Allan Kardec que justifican semejantes afirmaciones.—Las enseñanzas cristianas son enteramente contrarias.—La unión del alma con el cuerpo, en que consiste la vida, es lo natural.—La separación y la muerte, es una pena temporal.—Remota antigüedad de aquellos errores resucitados por los es-

LA NIGROMANCIA: TOM, II.—33



piritas.—Contradicciones en que incur-  
ren..... 29

Capítulo IV.—*Sumario.*—Palabras de Pas-  
cal.—Reflexion acerca de ellas.—Horror  
á la muerte.—No se explica, así como ni  
tampoco el amor que se tiene á la vida  
con los principios enseñados por el es-  
piritismo.—Dios no ha hecho la muer-  
te.—Palabras de S. Próspero y de Bos-  
suet.—Absurdos que resultan de consi-  
derar que los sentidos son cadenas del  
alma.—El somnábulo es centro y no  
cusa de los fenómenos.—Notable expli-  
cacion de Santo Tomás.—Reflexiones... 49

Capítulo V.—*Sumario.*—Una palabra sobre  
las teorías psicológicas presididas por el  
somnambulismo.—La estalépsia, la sen-  
tividad, la epilepsia, el síncope, el histé-  
rico, la eclampsia, etc.—Estas teorías su-  
ponen en la persona, centro de los fenó-  
menos, un estado morboso que altera la  
vida de relacion.—Parten de la base del  
aislamiento del alma del cuerpo, y de la  
independencia del espíritu de la materia.  
—Ni lo uno ni lo otro son favorables á

la accion *psíquica*.—Por lo mismo, están  
en igual caso que el somnambulismo.—  
Las afecciones morbosas ni son causa úni-  
ca, ni explican juntos todos los fenóme-  
nos.—Absurdos que resultan, si se supo-  
nen ciertas esas teorías.—El hombre en-  
fermo, superior al hombre sano.—Los  
*mediums* al producir tantos prodigios ba-  
jo la influencia de gran número de enfer-  
medades; muchas de ellas contrarias; y  
al dejar de producirlos, repentinamente  
curados de todas ellas..... 53

Capítulo—VI. *Sumario*—La *alucinacion*.—  
En qué consiste segun M. Litré. Pre-  
tende explicar por ella los hechos del es-  
piritismo. La realidad de aquellos es  
únicamente objetiva. La alucinacion se  
supone existente sin causa. La que M.  
Litré le dá es arbitraria.—Demostracion.  
La realidad de los fenómenos es objetiva.  
Razones que lo justifican..... 59

Capítulo VII.—*Sumario*—La teoría del es-  
*piritismo*.—Reflexiones preliminares.—  
Reminiscencias.—Por qué de ciertas afir-  
maciones nuestras respecto á aquella hi-



pótesis.—Antigüedad de ella.—Palabras de Lucrecio á Mencio.—Otras de Apuleyo.—Este hablaba como habla Allan Kardec.—Jámblico y las manifestaciones.—Porfirio y las comunicaciones..... 69

Capítulo VIII.—Sumario.—Certeza del principio en que descansa el *espiritismo*.—Se extravía al determinar que la *potencia inteligente*, causa de los fenómenos, son las almas de los difuntos.—Absurdos y errores que supone aquella teoría.—Uno de los principales es que el hombre, al venir al mundo, viene sin fin.—Realmente niega al hombre, y negando al hombre niega á Dios..... 79

Capítulo IX.—Sumario.—Algunos otros errores de la teoría espiritista.—Las almas que animan á los cuerpos humanos fueren criadas de una vez y con anterioridad á los mismos.—Ni la historia ni la tradición apoyan semejante afirmación.—La historia y la tradición dan testimonio de lo contrario.—El Génesis.—La metempsicosis pitagórica no era un hecho sino una asercion filosófica.—El error de

la creacion simultánea y anterior de las almas, defendido por Allan Kardec es insostenible en el terreno de la filosofía.—Armonia entre las leyes del mundo de los cuerpos y del de los espíritus.—Unidad y variedad. La creacion sucesiva de las almas corresponde á la reproduccion de los cuerpos. Lo que es el hombre segun Allan Kardec. Consecuencia de la importante confesion que se le escapa. La union del alma y del cuerpo en el hombre es sustancial y natural..... 90

Capítulo X. Sumario. (Continuacion del asunto anterior). Demostracion directa de que la union del espíritu y la materia en el supuesto humano es natural y permanente, sustancial y necesaria. El hecho de la generacion y de la union de alma al cuerpo engendrado. El alma no se une al cuerpo por disposicion natural de Dios que la ha criado. Los que afirman que tal sucede niegan á Dios la omnipotencia, la independenciam y la santidad.—Arbitraria diferencia entre la generacion del hombre y los otros animales —



Consecuencia de Pitágoras. — Diferencia de los sexos. — Ella es la base de la regeneración. — Otras consideraciones.... 100

Capítulo XI. — *Sumario.* — Los absurdos de la reencarnación y de la erraticidad. — El alma no tiene conciencia ni conserva memoria de una existencia anterior; y debía tener aquella y conservar ésta, si la teoría espírita fuera verdadera. — Las reencarnaciones sucesivas son la negación de la personalidad del alma. — En qué consiste esa personalidad. — Aplicación de su concepto á las reencarnaciones. — Las reencarnaciones consideradas bajo el punto de vista de la imputabilidad moral..... 113

Capítulo XII. — *Sumario.* — (Continuación del asunto anterior) — Amor á la vida. — Este principio espírita: *los espíritus no retrogradan*, no puede cohonestarse con la teoría de las reencarnaciones. — Argumento perentorio contra éstas, desarrollado por San Agustín y Santo Tomás. — La reproducción sucesiva de los cuerpos humanos supone que el número de ellos

es indefinido. Si la creación de las almas que los anima se afirma haber sido simultánea, tenemos un *indefinido*, especie de *infinito en acto*. Se patentiza que esto es un absurdo..... 123

Capítulo XIII. *Sumario.* (Continuación del asunto anterior). Los espiritistas pretenden fundar las reencarnaciones en algunos pasajes de los Libros Santos. — Texto de San Mateo. Antecedentes históricos necesarios para su buena inteligencia. Explicaciones de S. Gerónimo y de S. Juan Crisóstomo. Texto de S. Juan. Tergiversación de él hecha por Allan Kardec. Otra vez el Crisóstomo y San Agustín. Reflexiones que se desprenden naturalmente del texto..... 129

Capítulo XIV. — *Sumario.* — Resumen de las razones dadas contra el espiritismo. — Otra de las bases de esa teoría se hace consistir en la eficacia de las *evocaciones* y en la realidad de las apariciones de los difuntos. Sentir de la Iglesia sobre este último punto. Los espiritistas no abordan la cuestión fundamental, demostrando



que la causa de los fenómenos son las almas de los muertos. Unica demostracion de Allan Kardec. Se funda en el testimonio de los pretendidos espíritus.— No son infalibles.—Alguna vez han manifestado que son el demonio.— Hechos que comprueban ser esto lo más creible. Notables palabras de Porfirio..... 141

**Capítulo XV. Sumario.** Comunicaciones espiritistas. Sus inconvenientes. Ellas no dependen de la voluntad de los vivos que evocan á los difuntos. Tampoco dependen de la voluntad de éstos. Mucho menos tienen lugar por disposicion expresa de Dios. Ni las almas de los muertos que están gozando de Dios, ni las de los que están purificándose de ciertas manchas, ni la de los réprobos, es creible que se comuniquen. Motivos que lo persuaden..... 154

**Capítulo XVI. Sumario.** Imposibilidad natural de las comunicaciones espíritas.— La comunicacion natural de las almas humanas tiene lugar por medio de los sentidos, y las almas separadas carecen de

ellos. Cuestion que se relaciona con este punto y que el águila de Aquino resuelve satisfactoriamente. Si las almas separadas pudieran comunicarse con los que viven, serian aquellas más perfectas así, que unidas al cuerpo. En el mismo supuesto los vivos podrian comunicarse con los demás, sin valerse de los sentidos. Si el cuerpo es un obstáculo para la comunicacion entre éstos, lo será tambien para su comunicacion con las almas de los muertos. Ann cuando hubiese en éstos y en los hombres capacidad natural para comunicarse, no puede suponerseles voluntad. Razones..... 162

**Capítulo XVII. Sumario** Manifestaciones espíritas. Su imposibilidad natural. Las almas separadas del cuerpo tienen menor poder sobre la materia que unidas á él. Cuestion que se propone y resuelve Santo Tomás. Aplicacion de ella á los fenómenos de las manifestaciones. Objecion. Respuesta. Argumento *ad hominem*.... 172

**Capítulo XVIII. Sumario.** No quedan más de tres géneros de seres, á que poder



atribuir como causa los fenómenos espíritas, los Angeles buenos y los malos. Por qué no se demuestra que Dios no es la causa de ellos. No pueden serlo los Angeles buenos y por los mismo el *Magnetismo* de Brillot es inadmisibile de todo punto. Se indica que los ángeles malos, Satanás y sus legiones son los únicos á que pueden atribueirse. Estado actual del mundo con respecto á fé y á moralidad. Progreso de la materia y retroceso intelectual y moral. Los espiritistas no aceptan la solución única del problema. Razones en que se fundan. Se anuncia que se refutarán estas razones..... 380

Capítulo XIX. *Sumario.* Palabras de Voltaire, reconociendo la existencia de Satanás. El hecho que no se niega de la redencion, supone, necesariamente, la existencia de aquel. ¿Quiénes son Satanás y sus ángeles segun el catolicismo. Algunas reflexiones..... 189

Capítulo XX. *Sumario.* El diablo no es un mito. Fenómeno universal. Fundamento del *duabismo*; no el *indiano* ni el

de los maniqueos. El sacrificio humano. No pudo ser inventado ni adoptado por el hombre. Tampoco pudo ser de institucion divina. *Lo que debe existir existe....* 198

Capítulo XXI. *Sumario.* Objeciones contra la existencia de Satanás tenidas como argumentos por Allan Kardec. Vana consistencia de ellas. Respuesta. No porque los ángeles rebeldes fueron criados naturalmente perfectos, debieron ser siempre moralmente perfectos. Su perfeccion natural es relativa, no absoluta. La perfeccion moral depende del buen uso que se hace de la libertad. Así, ó los ángeles, á pesar de su perfeccion natural, pudieron caer, ó no fueron criados inteligentes y libres. Su obstinación en el mal nada prueba contra la bondad, la santidad y la misericordia de Dios, como se pretende. Ocupacion de Satanás y los suyos, con respecto al hombre. Perniciosa influencia que ejercen en él. De dónde les viene el poder que tal influencia supone. El hombre puede resistirla victoriosamente. Cuenta con el auxilio de los



ángeles buenos y con el poder de la Gracia. Si alguno es vencido, es] porque lo quiere. Muchas veces esas desgraciadas inteligencias son instrumentos de la justicia divina..... 202

Capítulo XXII.—*Sumario.*—Consecuencias de lo dicho en el anterior capítulo.—La cuestión es de hecho; y en punto á hechos el fallo corresponde á la historia y á la tradición.—Las tradiciones y las historias de todos los pueblos, proclaman la existencia de los genios maléficos llamados demonios.—El primero de los libros, desde su primera página hasta la última, les hace representar un papel importante.—Escena del Paraiso terrenal.—Es una prueba palmaria de la existencia de Satanás.—La serpiente que habla no es un mito.—Las ciencias confirmando la verdad de la relacion del Génesis.—Los dragones-serpientes y la Geología.—Palabras de Oavier.—Otras de Zimmermann..... 213

Capítulo XXIII.—*Sumario.*—La lingüística y la arqueología, por el mismo camino que la geología.—Draconías.—Agato-de-

monios.—El papiro *Anastasi.*—Lingüística y arqueología aztecas.—En la estructura de las palabras del idioma azteca en sus momentos, podemos leer lo mismo que en el Génesis.—Otros pasajes de los libros santos igualmente terminantes.—Reflexiones..... 224

Capítulo XXIV.—*Sumario.*—La tradicion universal de los pueblos confirma la existencia de los demonios. La misma es inexplicable bajo el concepto de que no son más que *mitos.* En Persia son tenidos como seres reales *Ariman* y los *Dews, Ozmad* y los *Darudes.* En Egipto *Tifon* y sus legiones. En Grecia *Pluton* y los *Agato-demonios.* En otros pueblos los *Kuey, los Daitias, los Racsis, etc.* En el Perú *Eponamon* y en México *Miclansecutli* ó *Tzontemoc.* Esto por lo que ve á los nombres; en cuanto á la cosa, poetas historiadores y filósofos dan idea precisa de ello. Extracto de una carta de Porfirio de Anebon..... 239

Capítulo XXV.—*Sumario.*—(Continuacion del asunto anterior).—Otras palabras le



Porfirio.—En nada se diferencian los demonios, cuya existencia asegura el filósofo pagano, de los del catolicismo.—Pasaje de Hermes Trismegisto.—Este y Porfirio no confunden como Allan Kardec las almas de los muertos con los demonios.—Reflexiones.—Jámblico y San Pablo.—Testimonio de Platon ..... 248

Capítulo XXVI.—*Sumario.*—(Continuación del asunto anterior)—Las opiniones de los escritores citados eran las de las sociedades en que vivían.—Por qué no nos servimos de la autoridad de los Padres de la Iglesia.—Testimonios de los fundadores del protestantismo y de otros sectarios suyos.—Lutero en pláticas con Satanás.—Calvino, Melancton y Zuinglio.—Vesic.—Consideraciones sobre el protestantismo.—El ministro anabaptista M. Murrey atribuyendo los fenómenos espiritistas al diablo.—Igual opinion de un ministro metodista y de otro congregacionista.—Profesion de fé de Coquerel.—El mismo Home reconociendo la existencia del demonio..... 257

Capítulo XXVII.—*Sumario.*—La existencia de los demonios confirmada por los principios del moderno espiritismo. Artificios de Satanás. Dominios admitidos por Allan Kardec. La diferencia entre estos y los que reconocen el catolicismo es solo aparente. Se demuestra. Los demonios de Allan Kardec son en realidad seres aparte y no las almas de los difuntos, como lo quiere persuadir. Siendo el poder de aquellos espíritus superior al de estos, lo es también su ser. Se deduce esto mismo de dos principios. Base del espiritismo: *Los espíritus fueron criados buenos y sencillos; los espíritus nunca retrogradan.* La perversidad de los espíritus de Allan Kardec se reconoce por el mismo, que no es transitoria, sino perpetua, y para siempre ..... 269

Capítulo XXVIII. *Sumario* La existencia de los dominios demostrada por la historia del antiguo espiritismo. Los agentes invisibles han confesado y confiesan que son demonios. Lucha entre el cristianismo y el paganismo. Silencio de los oráculos atestiguado por los cristianos y



reconocido por los paganos. Testimonios de Estrabon, Juvenal, Plutarco y Porfirio. Consecuencias de aquel hecho, Los cristianos arrancando confesiones á los espíritus que cautivaban á los poseos. Autoridad irrecusable de Tertuliano de Lactancio, de J. Cipriano y de Minucio Félix..... 285

Capítulo XXIX. *Sumario.* La historia de la magia moderna persuadiendo lo mismo que la del antiguo espiritismo. El párroco de Herbay y una *mesa giratoria*. El Abate Agustín Renon, Mr. Mathieu y los espíritus Abcotin; Gedoa y otros. Hecho referido y presenciado por M. Benezet. El espíritu de *Julia*. El abate Ali-maguana. El espíritu de *Saint Fare*, los *Walbins* y los *Jonconrils*,..... 298

Capítulo XXX. *Sumario.* Los esperitistas no tienen razon para sostener que los espíritus no son lo que afirman, sino lo que niegan ser. Motivos para creer que no mienten cuando afirman que son demonios. La preocupacion de las almas de los difuntos sobre que existen demonios

y de la que no pueden desprenderse, según el espiritismo, no los puede inducir á creer y decir que realmente lo son.... 307

Capítulo XXXI. *Sumario.* Fútiles explicaciones de la *Ilustracion Espirita*. La inteligencia en que pudiera estar Home, nada tiene que ver con el hecho de llamarse *demonios* los espíritus. Aceptacion en que los escritores paganos tomaban la palabra *demonios*. Los espíritus de entónces, si querian ser entendidos, debian usar de aquella palabra en esa aceptacion..... 314

Capítulo XXXII. *Sumario.* Otra demostracion histórica de la existencia de Satanás y demás demonios. Poder de Jesucristo de lanzar tales espíritus. Pasaje de San Mateo. Este poder comunicado á la Iglesia Católica. Pasaje de San Juan. De hecho la Iglesia ha ejercido ese poder. Una possida, un calvinista y los Jesuitas de Ostroy. Reto que no aceptaron los sectarios de Calvino. La virtud del exorcismo católico libra á la possida de la influencia demoniaca. La jóven de Meissen y Lutero. Nicolasa

LA NIGROMANCIA. TOMO II. — 34



Aubry y el Obispo de Leon.—Trunfo de éste sobre el demonio. Otra posesión en Patacuaro. Qué podemos decir los católicos á los espiritistas, para que se persuadan de que sus espíritus son demonios, y de que la Iglesia tiene poder de lanzarlos. Se afecta desprecio por los exorcismos. Por qué algunas veces no obran éstos con eficacia. Reflexiones.... 321

Capítulo XXXIII.—Sumario.—Se acomete la refutación de los argumentos contrarios que son apenas objeciones de poco valer, para coronar la demostración de la existencia del diablo y sus ángeles. Argumento ú objeción fundado en la presciencia divina.—Cómo la formula Allan Kardec. Realmente el argumento estriba en la dificultad de conciliar aquel atributo de Dios con el libre albedrío humano. Empero tanto la presciencia de Dios como la libertad del hombre son innegables.—La una no repugna á la otra.—La dificultad de conciliarlas solamente existe para el que no es católico.—Cómo se concilian..... 339

Capítulo XXXIV. Sumario. [Continua-

ción del asunto anterior]. Se demuestra que la presciencia divina no puede lastimar en nada la humana libertad. El hombre no tiene noticia de sus actos futuros, á pesar de estar predeterminados por Dios desde *ab- eterno*.—Absurdo que se seguiría de que la omnisciencia divina hiciera los actos humanos fatales y necesarios. Cosas que se confunden y no deben confundirse. Las acciones del hombre se realizarán indefectiblemente, pero con la calidad con que son previstas por Dios, es decir, con la calidad de libres.—Realmente la presciencia divina viene á ser un testimonio en favor de la libertad humana. Refutación directa de la objeción de que tratamos.—El antecedente establecido por Allan Kardec es cierto, pero es falso el consiguiente. Monstrosidades porque sería necesario pasar, á ser verdadero el consiguiente..... 348

Capítulo XXXV. Sumario. (Continuación del anterior). El raciocinio es vicioso y sofístico. Aplicaciones de él á cosas que nos son conocidas. Ellas vienen á ser otros tantos argumentos irrecusables y de



sentido comun que demuestran la fatilidad de la objecion. Fin particular y fin general de las cosas criadas y orden particular y general de las mismas. El hombre preside al primero, y Dios al segundo, sin encontrarse. Consecuencia. Si los hombres se pierden, es á pesar de Dios que les imparte su gracia para que no se pierdan..... 356

Capítulo XXXVI. Sumario. La condenacion del hombre á pesar de Dios que lo quiere salvar, no arguye crueldad ni falta de poder en Dios, ni pequeñez, sino por el contrario, grandeza en el hombre. Este, criado libre, fué abandonado *en manos de su propio consejo*. En la libertad estriba la grandeza del hombre; ella es el pedestal de su dignidad y de su gloria. La justicia es una balanza. Si uno de sus platillos puede levantarse hasta los cielos, el otro puede descender á los abismos. No hay razon por qué Dios no hubiese dado al hombre la libertad, siendo esta en sí misma buena. No debia haberle dotado de una libertad infinitamente perfecta como la suya. Dios no hace dio-

ses. La facultad de hacer lo malo y lo absurdo no es poder, sino falta de poder. No hay razon por qué Dios se hubiera abstenido de criar al hombre solo porque preveia que abusaria de la libertad..... 363

Capítulo XXXVII. *Sumario*. (Continuacion del anterior.) El abuso que el hombre hiciera de su existencia y de su libertad no tiene relacion necesaria con el hecho de la existencia, ni con el don de la libertad. Qué seria forzoso suponer como cierto, si lo fuera la objecion que nos ocupa. Criando Dios al hombre, como le crió, no se le puede atribuir injusticia. La justicia en Dios. No existe en Dios la justicia llamada *conmutativa*. Solamente existe en El la *distributiva*. En este sentido, no puede decirse sin contradiccion que al criar al hombre constituido en la posibilidad de abusar de la libertad, fué justo ni injusto. Tarea necia de juzgar del Criador como se juzga de la criatura. Otra demostracion. En Dios no hay pasado ni porvenir; todo es presente. La criacion del hombre, el acto de ver que abusaba de su libertad y



el abuso mismo no son en Dios sucesivos sino simultáneos. Consecuencia de esta manera de considerar las cosas. Incomprensibilidad de la eternidad para la razón humana. Imágen de la eternidad en nosotros. Altísimo pensamiento de S. Agustín..... 371

Capítulo XXXVIII. *Sumario.* Se refuta la objeción contra la existencia de los demonios fundada en la negación gratuita de las penas eternas. Anhelos de los malos por borrar de sus conciencias la eternidad de las penas. Palabras de Job. Aquel anhelo es un testimonio de su verdad. Creencia constante de la humanidad en la existencia del infierno. Teseo en su asiento de dolor, Prometeo adherido á la roca inmortal, Dido frente á frente del abismo de horror y de tinieblas sin fin, Eneas interpelando á las sombras del Aqueronte, etc., justifican aquella creencia. La verdad de las penas eternas es una consecuencia necesaria, por una parte de la santidad y bondad de Dios, y por otra de la libertad humana. Falta de proporción entre la falta y el casti-

go. Inconsecuencia. Si no repugna un premio infinito, tampoco debe repugnar una pena infinita..... 381

Capítulo XXXIX. *Sumario.* (Continuación del anterior.) La justicia de Dios y su misericordia son igualmente infinitas. Su misericordia se manifiesta infinita, cuando da un galardón infinito, y su justicia, cuando aplica un castigo infinito. Si se quita á Dios el poder de castigar por toda la eternidad, se le quita la mitad de su Omnipotencia. Palabras de Tertuliano. Dios ama el bien con un amor infinito, y aborrece el mal con un ódio infinito. Aquel amor se manifiesta en la felicidad sin límites con que galardona á los que obran el bien, y este ódio en las penas eternas con que castiga al pecador. Objeción. Dios aborrece el pecado, pero no á quiea le comete. Se resuelve..... 390

Capítulo XL. *Sumario.* La inmortalidad del alma supone necesariamente la eternidad del castigo y del galardón. Qué es el pecado. El pecado, violación de las leyes infinitas que presiden el orden general, tiene la gravedad infinita de aque-



lla violacion. La proporcionalidad exige que la pena sea eterna. Aquello que trastorna leyes infinitas, es de alguna manera infinito. Se demuestra. La potencia se mide por la resistencia. Las penas eternas consideradas con relacion á la omnipotencia Divina. Si Dios no puede castigar eternamente, su poder es limitado. Si castigara solo temporalmente, no castigaria ni siquiera como los hombres. Objecion: es más propio de Dios perdonar que castigar. Respuesta de Tertuliano. Si la pena no fuera eterna, no seria eficaz. *Lo que no es eterno no es nada.* La eternidad de las penas está en la conciencia de la humanidad..... 398

Capítulo XLI. *Sumario.* Objecion contra la eternidad de las penas. Otra vez la presciencia divina. Círculo vicioso recorrido por los contrarios. La repugnancia de éstos á las penas eternas no es absoluta, por lo mismo no son absurdas. Palabras de Allan Kardec. Otra objecion: una condenacion perpetua por un error pasajero, seria la negacion de la bondad de Dios. Artificio en usar la palabra *er-*

*ror.* Se demuestra que no es conforme con el buen sentido ni está en armonía con la razon, que la duracion de la pena se mida por la del pecado..... 411

Capítulo XLII. *Sumario.* (Continuacion del anterior). Ilimitado alcance de la intencion pecaminosa. Ley del amor y del odio, principio de las acciones humanas. Pruebas prácticas de que las cosas pasan así. Notables pasajes de San Gregorio el Grande y de San Agustín. La malicia del pecado, accion de una criatura finita, es sin embargo infinita en cuanto á la duracion, y por lo mismo debe serlo la pena. Esto sirve para resolver la otra objecion de que se habla. Opinion de un filósofo incrédulo, convertido..... 418

Capítulo XLIII. *Sumario.* (Continuacion del anterior). La medida de las acciones malas está en su malicia. La malicia de ellas está en razon directa de la dignidad de la persona que se ofende. Autoridad de Aristóteles. La malicia de la ofensa hecha á Dios es infinita. Consecuencia de esto es la eternidad de la pena. Palabras de Santo Tomás. Los que



niegan aquel dogma, tiemblan el negarlo. Objeccion que se pretende fundar en la Escritura Santa..... 427

Capítulo XLIV. *Sumario.* (Continuacion del anterior). Textos de los libros sagrados alegados en contra de las penas eternas. Los pasajes que se invocan no se refieren á ellas ni á los hombres que ya cumplieron su mision sobre la tierra. Interpretacion de Santo Tomás dada al verso 80 del Salmo LXXVI. Mayor ó menor pena de los condenados, pero siempre eterna. Isaias estableciendo de la manera más clara el dogma de que se trata. Los textos citados en contrario no fueron escritos para dar á conocer lo que tienen que temer los pecadores despues de la muerte, y sí lo fueron con ese fin los que favorecen aquel dogma. Pasajes del Nuevo Testamento. Inteligencia que pretende dar Allan Kardec á la palabra eterno de que usan las Escrituras. Se demuestra que tal inteligencia carece de fundamentos..... 433

Capítulo XLV. *Sumario.* Otra objeccion fundada en que muchas veces los espíritus

aconsejan la perfeccion y obran una especie de conversion en los que siguen sus inspiraciones. La objeccion viene abajo, á pesar de las apariencias de incontestable con que se presenta. Los buenos consejos que dan algunas veces, son un artificio satánico. El dominio sirviéndose de la verdad para perder á Eva. El mejoramiento de los ateos é incrédulos no es más que hipocresia..... 446

Capítulo XLVI.—*Sumario.*—(Continuacion del anterior). Esos espíritus que enseñan máximas morales algunas veces son demonios convertidos en *ángeles de luz.*—Explicacion que de su conducta dá San Agustín.—Esa conducta es muy natural; si no la observaran no lograrían su dañado objeto.—Las máximas morales que enseñan y los buenos consejos que dan, siempre van mezclados con otros consejos y máximas detestables.—Se citan algunos casos sacados de los anales del espiritismo práctico.—Reflexion..... 454

Capítulo XLVII. *Sumario.* (Continuacion del anterior).—Se hace notar la malicia que se encierra en las máximas espíritas



de que se acaba de hablar. — La gula resulta ser el mayor de los pecados. — Negacion de la suprema felicidad. — El espíritu protector de Home predicando el comunismo. — Negacion de la indisolubilidad del matrimonio. Los espíritus confiesan de palabra los milagros de Jesucristo, pero de hecho los niegan, afirmando que son efectos naturales. — Reflexiones. 464

Capítulo XLVIII. *Sumario.* Resulta que el catolisismo está en la verdad. Conducta que para engañar observar los seductores más vulgares. La misma deben observar los *espíritus*, sin más diferencia que la mayor elevacion de sus artificios. Verdad de la doctrina católica que enseña que los demonios se convierten en *Angeles de luz*. La abjecion que se hace es un argumento en favor de la doctrina. 470

Capítulo XLIX. *Sumario.* Por qué no escribimos un capítulo aparte acerca de la ilicitud é inmoralidad del Espiritismo. Conclusion de la obra. Nuestros deseos. Protestas del autor..... 476

Suplemento..... 481

## ERRATAS MAS NOTABLES.

## TOMO PRIMERO.

Página XX, línea 24, dice: *todo*; lease: *todo*.

Página XXVIII, línea 3, dice: *á Job*, debe decir: *á Dios*.

En la misma página, línea 23, dice: *Job 1, 8*; debe decir: *Job 1, 7*.

Página XXX, línea 26, dice: *olaphisit*; debe decir: *colaphizet*.

Páginas 170 y 171, líneas 1.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> dice: *estudio nociendo*, debe decir, *estudio concienzudo y conociendo*.

Página 194, línea 2.<sup>a</sup> dice: *que*, debe decir: *que convertiria*.

Página 326, línea 27, dice: *sino una doctrina* (deben suprimirse)

Página 327; líneas 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>, (deben suprimirse)

Página 350, línea 3.<sup>a</sup>, dice: *cursan*; debe decir: *curan*.



## ERRATAS DEL TOMO II.

Página 8, línea 25, dice: *sonámbulo* debe decir *sonámbulo*.

Página 12, línea 14, dice: *Puysegun*, debe decir *Puysegur*.

Página 13, línea 15, dice: *consumo*, debe decir: *consuno*.

En la misma página, línea 24, dice: *Desmen didas*; debe decir: *desmedidas*.

Página 23, línea 8, dice: *divinfdad*, debe decir: *divinidad*.

Página 24, línea 21, dice: *invisible*; debe decir *indivisible*.

Página 51, línea 9, dice: *en*, debe decir *es*.

En la misma página, línea 13, dice: *noda*, debe decir: *nada*.

En la misma página, línea 19, dice *se*; léase *en*.

Página 55, línea 12, dice: *ca*; debe decir *la*.

En la página 55, línea 24, dice: *sea*; léase: *se*

Página 56, línea 14, dice: *sasafeciones* debe decir *esas afecciones*.

Página 73, línea 8, dice: *damostramos*; debe decir *demostramos*.



Página 75, línea 1, dice: *a*, debe decir *la*.

En la misma página, línea 8, dice: *poder*; debe decir: *pode-*

En la misma, línea 19, dice: *engañol de enigma del*: debe decir: *engaño del enigma de*.

Página 78, línea 4, dice *coda*; debe decir *cada*.

Pág. 81, línea 14, dice *no sea*; léase: *nos sea*.

Página 83, línea 14, dice: *no pide*; debe decir: *no puede*.

Página 92, línea 17, dice: *criados*; debe decir *criadas*.

Página 99, línea 13, dice: *causal*: debe decir *caual*.

Página 107, línea 10, dice: *da*, debe decir *de*.

Página 110, línea 20, dice: *retrogradur*, debe decir: *retrogradar?*

Página 118; línea 19, dice: *inflaman*, debe decir: *infaman*.

Página 119, línea 1<sup>a</sup> dice: *digna*; léase: *digno*.

En la 124, línea 3, dice *espíritus*, léase: *espiritas*

Pág. 132, línea 19, dice *peble*, léase *plebe*.

Pág. 133, línea 17, dice *esstritu*, léase *espiritu*

Pág. 136, línea 25, dice *nacimianto*, debe decir: *nacimiento*.

Página 146, línea 21, dice *ta dos*, léase: *tados*.

Pág. 148, línea 7, dice *Reineval*; léase *Reival*.

En la misma página, línea 12; dice: *como brasas*; léase: *como por brasas*.

Pág. 149, línea 13, dice *die*, léase *dia*.

En la misma página, línea 22, dice *s*; léase *si*.

Página 151, línea 10, dice: *pocos reflexivos*; debe decir: *poco irreflexivos*.

Página 156, línea 1, dice: *el*; (*suprimido*.)

Página 156, línea 20, dice: 1852 léase: 1846.

Página 158, línea 14, dice: *en* debe decir: *es*.

Página 165, línea 12, dice: *evucada* debe decir *evocada*.

En la misma página línea 13, dice: *si quiera*; debe decir: *siquiera*.

Página 169, línea 7, dice: *es*; debe decir *se*.

Página 175, línea 11, dice: *citari*; léase: *citar*.

Página 178, línea 27, dice: *lo producirán*; debe decir: *los producirían*.

Página 184, línea 1, dice *ebr*; debe decir: *bre*.

Página 199, línea 16, dice: *el es*; léase: *es el*.

Página 231, línea 1, dice: *ios*; léase: *los*.

Página 233, línea 23, dice; *vana pareciendo*; debe decir: *van apareciendo*.

Página 234, línea 7, dice; *ne* léase: *no*.

Página 246, línea 6, dice; *a que más*; debe decir *más que a*.

En la página 246, línea 13, dice *aduletario*; debe decir: *adulterio*.



Página 247, línea 6, dice: *temporalea*; debe decir: *temporales*.

Página 249, línea 6, dice: *genfe*; léase: *gefe*.

Página 250, línea 25, dice: *aret*; léase, *arts*.

Página 275, línea 20, dice; *reconozcamos*; debe decir; *reconocemos*.

Página 285, línea 11, dice; *posseos*; debe decir; *posesos*.

En la misma página, línea 12, dice; *J. Cipriano*; debe decir; *S. Cipriano*.

Página 287, línea 2, dice; *diurns*, debe decir; *mediurns*.

Página 291, línea 1, dice; *Delito*; debe decir; *Delfos*.

Página 293, línea 1, dice *tributo*, y debe decir *atributo*.

Página 299 línea 8, dice *Herolay*; debe decir: *Herbay*.

Pág. 302, línea 8, dice *Minoa*, léase *Minos*.

En la 317, línea 11, dice *entra*, léase *entrel*.

En la 322, línea 33, dice *cierg*, léase *ciego*.

En la 327, línea 3, dice *distintas* léase *distantes*.

En la 329, línea 27, dice *pueblo tan grande*; léase *pueblo era tan grande*.

En la página 338, líneas 6 y 7, dice *descubrimiento*; léase *descreimiento*.

En la 341, línea 18, dice *tienen*, léase *tiene*.

En la 362, línea 11, dice *imprte*, léase *imparte*.

En la 365, línea 7, dice *hubira*; léase; *hubiera*.

En la misma página, línea 27, dice *abantan*; léase; *abatan*.

En la 368, línea 9, dice *omniponte*; léase *omnipotente*.

En la 373, línea 20, dice *tribunas*; léase *tribunales*.

En la 388, línea 27, dice *finto y lo nito*; léase: *ni'o y lo infinito*.

En la 396, línea 16, dice; *Celo*- léase *Cleo*-

En la 404, línea 11, dice *eternidad*, léase *eternidad que*.

En la 413, 23, dice; *Pasenos*, léase *Pasemos*.

En la 439, línea 15, dice *terminauntos*; léase; *terminantes*.

En la misma página, línea 20, dice; *Isatas*; debe decir; *Isafas*.







